



UNIVERSITÀ
DEGLI STUDI
DI PADOVA

Università degli Studi di Padova

Dipartimento di Studi Linguistici e Letterari

Corso di Laurea Magistrale in
Lingue Moderne per la Comunicazione e la Cooperazione Internazionale
Classe LM-38

Tesi di Laurea

“Uno de ellos” de Ricardo Gómez Gil: propuesta de traducción al italiano

Relatore
Prof.ssa María Begoña Arbulu
Barturen

Laureanda
Giulia Capitanio
n° matr.1157186 / LMLCC

Anno Accademico 2018 / 2019

Índice	pág.
Introducción	3
1. El autor y su obra	5
1.1 Sobre el autor	5
1.2 <i>Uno de ellos</i> – contenido y estructura	7
2. Texto original	11
3. Traducción al italiano	79
4. Comentario traductológico	149
4.1 Problemas morfosintácticos	151
4.1.1 Parataxis e hipotaxis	151
4.1.2 <i>Deber de</i> + infinitivo	153
4.1.3 Repeticiones de palabras idénticas	154
4.1.4 Modos y tiempos verbales	155
4.1.5 Reduplicación de pronombres	157
4.1.6 Transposición	158
4.2 Problemas léxicos	160
4.2.1 Los antropónimos	161
4.2.2 Los <i>realia</i>	162
4.2.3 Las metáforas	164
4.2.4 Los préstamos	165
4.2.5 El léxico científico	166
4.2.6 La fraseología	166
4.3 Problemas estilísticos	170
Conclusión	173
Bibliografía	175
Sitografía	177
Abstract	179

Introducción

Este trabajo de tesis consiste en la traducción al italiano de la novela española *Uno de ellos* escrita por Ricardo Gómez Gil y publicada en septiembre 2018. *Uno de ellos* es una novela de 100 páginas para jóvenes cuyo género es el de ciencia-ficción.

Esta tesis se compone de cuatro capítulos: en el primer capítulo se presenta la descripción de la vida del autor, de su estilo y de su pensamiento. Luego está la introducción a la novela *Uno de ellos*, con sus características, su estructura y su trama; en el segundo capítulo se presenta el texto original. Sigue la propuesta de traducción al italiano en el tercer capítulo y en el cuarto aparece el comentario traductológico sobre los aspectos más relevantes de la traducción, sus dificultades y las soluciones elegidas.

Uno de ellos se divide en tres capítulos y cuenta la historia de un chico de trece años y de su hospitalización en *el Centro*, tras el encuentro con algunos *seres filiformes* que atacaron a él y a su familia en la casa del abuelo. Nada se sabe de estos seres, ni de la canica introducida en el vientre del chico que le permite comunicar con *ellos*, ni del tratamiento que le hacen en *el Centro* para curarlo. Nada se sabe hasta el final del libro, y el lector es llevado de la mano por Ricardo Gómez Gil a través de acontecimientos misteriosos, hechos inexplicables y preguntas cuyas respuestas se encuentran a lo largo de la novela.

Por lo que respecta al comentario traductológico, se ha analizado el tipo de texto y el público al que está destinado; luego se ha explicado la estrategia traductiva adoptada y se han analizado las cuestiones más problemáticas, desde el punto de vista morfosintáctico y léxico.

Aunque traducir un texto de literatura juvenil pueda parecer fácil, es necesario considerar aspectos fundamentales, a partir del público de jóvenes que irán a leer la obra, de la cultura diferente de estas personas. Por esto se ha elegido una estrategia traductiva orientada hacia el texto de partida, para no alejarme de la historia original, incluso desde el punto de vista morfosintáctico. Un problema sobre el que he tenido que reflexionar es el de los *realia*, las palabras culturales que no existen en la lengua de llegada. He buscado una solución y una traducción apropiada.

El trabajo de traducción no ha tenido que ver solamente con aspectos lingüísticos, sino con la consulta de numerosos diccionarios y páginas web que me han ayudado a

solucionar las cuestiones problemáticas relativas a palabras en contextos definidos: médico, de la construcción, de la encuadernación, etc... Ha sido un trabajo largo y minucioso desde diferentes puntos de vista, y al mismo tiempo muy interesante y apasionante.

1. El autor y su obra

1.1 Sobre el autor

Ricardo Gómez Gil nació en febrero de 1954 en un pueblo cerca de Segovia. Pronto se mudó a Madrid, donde creció y pasó toda su infancia y adolescencia. Fue profesor de Matemáticas durante muchos años y luego dejó su profesión y empezó a escribir, ya cumplidos los cuarenta años, para dedicarse a tiempo completo a la pasión que acompañó su infancia. Él escribe en la biografía de su página web: “siento que volví a nacer el día que decidí dedicarme a escribir”¹.

Comenzó con relatos y novelas para adultos y, pasado poco tiempo, se centró en la LIJ (Literatura Infantil y Juvenil). Su primer libro fue publicado en 1999 y se llamaba *Los poemas de la arena*. Desde aquel momento consiguió numerosos premios y menciones. Al principio ganó premios con sus cuentos, como en 1997 el Accésit en el Premio de Cuentos Alfonso Sancho Sáez, en Jaén; en 1998 el Premio Ignacio Aldecoa de cuento, en Vitoria, por el relato *Algo es algo*; en 1998 el Premio Ciudad de Mula, en Murcia, con el cuento titulado *Mujer mirando al mar*. En 1999 transformó de cuento a novela *Los poemas de la arena* y ganó el Premio Felipe Trigo de Novela, en Villanueva de la Serena, Badajoz. En 2001 ganó el Premio Gabriel Miró de cuentos, en Alicante, con su *El hombre que nunca leyó Moby Dick*.

Desde el 2003 se ha dedicado completamente a la literatura juvenil, y han llegado otros premios. Después del Premio Alandar de Literatura Juvenil, de Edelvives en 2003 por *El cazador de estrellas*, Ricardo Gómez decidió dedicarse exclusivamente a la Literatura, abandonando la enseñanza. Fue el comienzo de una carrera llena de satisfacciones: ganó otros numerosos premios, entre ellos el Premio Barco de Vapor de Editorial SM en 2006 con la obra *Ojo de Nube* y el Premio Gran Angular en 2010 de Editorial SM con la novela *Mujer mirando al mar*. En 2003 y, diez años después, en 2013, ganó el Premio Alandar de Editorial Edelvives con respectivamente *El cazador de estrellas* y *Juegos inocentes juegos*.

También ha sido premiado en el campo de la poesía, con el Premio Nacional de Poesía Pedro Iglesias Caballero en 1999, por el libro de poemas *Hace tiempo*.

¹ Página oficial de Ricardo Gómez Gil: <http://www.ricardogomez.com/biografia/biografia-1/>

Trabajó también en el ámbito de la divulgación científica, finalmente se dedicó principalmente a la literatura infantil juvenil (LIJ), aunque “no entiende muy bien dónde está la frontera entre edades. Prefiere que los lectores sean quienes se consideren adultos, jóvenes o niños”².

De las numerosas entrevistas que Ricardo Gómez Gil ha concedido, se desprende el perfil de una persona con muchos intereses y con las ganas de transmitir los aspectos más buenos de la vida a sus lectores, y esta es la razón por la que decidió dedicarse a la escritura y convertirla en su trabajo.

“Leo y escribo. Paseo. Me apasionan la fotografía y el cine. Disfruto con la música. Charlo con mis amigos. Escribo y leo. Viajo cuando puedo...”³.

Ricardo Gómez Gil está socialmente comprometido. A partir del 2008 apoya el proyecto Bubisher, que ayuda a las poblaciones del Sahara y promueva la lectura en esos territorios. Afirma: “Me repugnan la injusticia y la barbarie. Odio a los que promueven la guerra. No comprendo cómo permitimos que haya hambre en el planeta. Desprecio a quienes se enriquecen a costa ajena.”⁴

“Si te lo encuentras por la calle y buscas en su mochila, te aseguro que encontrarás una libreta y una cámara fotográfica. Y es que Ricardo toma nota de todo y lo registra, porque nunca se sabe cuándo te vas a encontrar una buena historia que merezca la pena ser contada.”⁵

El autor define así su personalidad y el estilo que refleja en sus obras. Con respecto a sus obras, el autor define su estilo como “Conciso pero detallista. Pulcro pero audaz”⁶.

² Página oficial de Ricardo Gómez Gil: <http://www.ricardogomez.com/mislibros/>

³ Página oficial de Ricardo Gómez Gil: <http://www.ricardogomez.com/biografia/biografia-1/>

⁴ *Ibid.*

⁵ Página oficial de Ricardo Gómez Gil: <http://www.ricardogomez.com/biografia/cuantan/>

⁶ Ana Zugasti, Entrevista a Ricardo Gómez Gil: <http://rz100arte.com/121-preguntas-ricardo-gomez/>

1.2 *Uno de ellos* – contenido y estructura

Uno de ellos, publicada en septiembre de 2018, es una novela de ciencia-ficción, la última escrita por Ricardo Gómez Gil. Es la inquietante historia de un chico y su familia que huyen de su casa porque *algo* les ha atacado, de la siguiente hospitalización del chico y de las potencialidades que descubre poseer tras el estremecedor encuentro con *ellos*.

El libro está dividido en tres capítulos, y en cada uno se desarrollan dos líneas narrativas simultáneamente. En el primer capítulo, la primera línea es la del coche, la del presente, en la que el protagonista cuenta lo que pasa en aquel momento del viaje, junto con sus padres, durante la fuga de la finca de los abuelos, pero están a salvo. Al mismo tiempo el chico cuenta lo que sucedió en la casa, con estos “entes filiformes” que les atacaron; los tiempos verbales cambian al pretérito indefinido: esta se puede definir como la segunda línea narrativa. Entre las dos no hay divisiones gráficas, se pasa de una a la otra directamente, como se puede ver en el ejemplo de la página 17.

“Mamá se sienta en el asiento trasero, a mi lado. Cerca, despide un aura de calor que me sorprende. Finjo dormir.

La noche del incidente con el perro me sentía cansado, pero esperé hasta las doce para irme a la cama.”

El primer capítulo se presenta como un largo flashback, aunque el lector ya sabe que los tres están a salvo en el coche.

En el segundo capítulo se cuenta la hospitalización del chico en El Centro, una especie de hospital en el que se trata comprender qué ha pasado y cuál es la función de *neila*, la glándula que se encuentra en su vientre después de que uno de los entes traspasara su cuerpo en la casa. En este capítulo, la narración del presente es lo que él vive en el Centro y la línea narrativa pasada se refiere a los días pasados y a los experimentos que le hicieron antes, siempre en el Centro. Los elementos principales se van descubriendo a la vez, la información se facilita poco a poco, llenando al lector de preguntas a las que nadie sabe responder. Las mismas preguntas que también el protagonista se hace: sobre su destino, si alguien está al corriente de lo que está sufriendo, si alguien sabe qué son estos seres, qué pasará en futuro... preguntas que se encuentran en la narración en sí misma.

En el tercer y último capítulo se da la reunificación con los padres, la vuelta a su propia casa y el comienzo de su nueva vida, todo enriquecido por una perenne sensación de angustia y de voluntad de descubrir. En este capítulo se vuelve a utilizar la estructura del primero: aparece de nuevo el elemento del coche, el de viajar juntos y el de la narración en tiempo presente. El cambio temporal en este caso está proyectado hacia el futuro. Preguntas y pensamientos rellenan una vez más la mente del protagonista, preguntándose cómo será su nueva vida, respuesta que encontrará al llegar a su casa.

Se puede hablar de una situación de antes-durante-después, de un pasado, presente, futuro, con el viaje en el coche como elemento constante en el pasado y en el futuro, y los acontecimientos del Centro como centro de la historia. El elemento inquietante de misterio hace de fondo en toda la novela; cada capítulo termina con un golpe de efecto, una revelación que lleva el lector a querer seguir con la lectura.

Al final de la novela, la última frase se dirige directamente al lector, como si *alguien* supiera que nosotros estábamos allí leyendo la historia y ahora conocemos lo que será de nuestro destino.

Además, el descubrimiento de los poderes especiales del chico puede en cierto modo estar conectado con la idea de transformación de su propio cuerpo típica de la adolescencia. Pese a ser narrado de modo exagerado e inverosímil, el gesto de cerrarse con llave en el cuarto de baño para controlar su cuerpo y descubrir sus reacciones se remite al comportamiento adolescente, con la diferencia de que en la historia el chico deja una huella de sangre directamente de sus manos. Otros poderes que descubre poseer durante la novela son un oído afinado, una vista mejor y una inteligencia más desarrollada. Aunque en segundo plano, otro tema que resulta interesante es el del conocimiento: al salir del Centro, ya curado, el único deseo que tiene el protagonista es el conocimiento, quiere comprar libros nuevos para aumentar su saber.

“Pero en la biblioteca los libros de matemáticas, de física y química, de lengua o de historia me resultaban tan claros que los profesores me parecían pastores tratando de enseñar lo básico a un rebaño de ovejas.” (p.68)

Los nombres propios de los personajes no se conocen, excepto los de los médicos del Centro que se presentan al chico. En cambio, el nombre del chico nunca es nombrado,

sus padres lo llaman simplemente “hijo”, mientras que él se refiere a ellos con “padre, madre” o “mamá y papá”. Incluso la edad del protagonista es desconocida, pero se descubre cuando en la página 48 él mismo, hablando con los entes filiformes, pregunta: “—¿Sabéis que tengo trece años?”.

El chico protagonista no sabe nada de lo que le está pasando, no comprende y se hace preguntas, elabora pensamientos y reflexiones cuyo único interlocutor es el lector mismo, dado que el chico no revela a nadie lo que piensa, hace o descubre. El lector es su único aliado.

Se desarrolla en este sentido el tema de la soledad, la incapacidad del chico de hablar con sus padres y sentirlos lejos. El protagonista se siente solo en el Centro, donde también el entorno contribuye a la realización de esta sensación, ya que él es el único paciente y el resto del personal son personas adultas que se refieren a él en tono profesional. Lo que sorprende es que el chico se siente solo hasta en su casa, con sus padres, en el lugar en el que debería sentirse seguro y ser él mismo; afirma haber perdido toda la ilusión. El libro cuela una metáfora de la vida de los adolescentes que cruzan una fase de distanciamiento y rebelión, de oposición contra los padres y las ganas de libertad, una fase en la que consideran ajeno todo lo que antes le pertenecía, como le ocurre al chico protagonista de trece años.

El tema de conversación pendiente con los padres se desarrolla también desde otros puntos de vista en la novela. Hay un acercamiento del punto de vista del diálogo, la mayoría de las veces ausente, como afirma el protagonista en la página 55 “son expertos en secretos y en silencios”. Aparece el sentimiento de culpa del hijo por haber asustado a sus padres, y se pregunta: “¿Cómo puede una madre temer a su hijo?” (pág. 61). La novela ofrece muchas lecturas entre líneas, que van más allá de la simple narración de los hechos. Una vez más Gómez Gil ha logrado describir a la perfección un mundo que, aparentemente lejos e irreal, nos afecta más de lo que podemos imaginar.

2. Texto original

Uno de *ellos*

1.

Comenzaron invadiendo el piso de arriba en silencio, sin hacer apenas ruido, y cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde. Si solo hubieran sido tres o cuatro, mi padre se habría ocupado de *ellos*, pero eran muchos, tal vez decenas o cientos. En pocos días desde que empezó aquello no nos quedó más remedio que huir, apenas con tiempo de coger lo imprescindible. El coche no había llegado aún a la verja de la entrada cuando una gran llamarada surgió de la casa y, al poco, la envolvió entera. Mis padres perdían lo que habían edificado con tanta ilusión, pero con eso terminaba aquella pesadilla.

Viajo en el asiento trasero del coche, y por el retrovisor veo tras de nosotros destellos anaranjados sobre el cielo aún oscuro. También percibo el rostro serio de mi padre, y oigo el suspiro de alivio de mamá. Intento imaginar cómo se las habrá apañado mi padre para que aquello estallase al poco de salir. Una vez más, admiro su sangre fría, su iniciativa y su valor a la hora de protegernos a mamá y a mí. Debía de estar agotado. Llevábamos dos o tres noches sin dormir.

Mi madre debe de pensar lo mismo que yo, porque acerca su mano a su rostro y dice mientras lo acaricia:

–Tranquilo. Mejor así. ¿Estás bien?

Mi padre asiente y esboza una sonrisa. Luego, mi madre se dirige a mí, volviendo la cabeza:

–Hijo, recuéstate y trata de dormir un rato. El viaje será largo.

Obedezco. Veo que el cielo comienza a clarear y que mi padre conduce deprisa, demasiado para una carretera tan estrecha, aunque a esas horas apenas hay tráfico. Me siento agotado y, aunque quiero enterarme de su charla, hecha entre bisbiseos para no molestarme, los párpados me pesan como si fueran de piedra. Apenas pegué ojo la noche anterior, y las previas fueron aterradoras.

Debo de haberme quedado dormido, porque la luz de fuera es ahora más intensa. Quizá he hablado en voz alta antes de despertar, porque mi madre está girada hacia mí, como escuchándome con atención. Mi padre sigue al volante, pero no sé qué hora es. Por la altura del sol deduzco que no muy tarde, pero me da pereza incorporarme para ver el reloj del salpicadero. Debemos de estar ahora en una carretera general, porque por la ventanilla

veo pasar cerca la parte superior de algún camión. Al cabo de un rato, oigo que mi madre dice:

–Para, por favor. Me sentaré detrás, con él.

–¿Segura?

–Sí. ¿Estás bien para conducir? ¿No te apetece parar un rato y echar una cabezada?

–Estoy bien. Descansaremos en la siguiente estación de servicio. Lo que necesito es un café.

El coche para en el arcén y mi madre sale y pasa a mi lado. Me incorporo y le hago sitio, pero vuelvo a tumbarme apoyando mi cabeza en su pierna. Me susurra: «Duerme, duerme...», y se entretiene acariciando mi sien, como recuerdo que hacía cuando era pequeño y me invitaba a dormir. Siento calientes las yemas de sus dedos.

Cierro los ojos. Me estoy haciendo pis y me arrepiento por no haberlo dicho un poco antes, cuando mi padre detuvo el coche, pero recuerdo el propósito de parar pronto y callo, contagiado por el deseo de mis padres: huir lo antes posible, lo más lejos posible, de aquella casa maldita. Antes de que nadie pueda descubrir lo ocurrido allí.

Intento apartar el recuerdo de los últimos acontecimientos, lo que no es difícil, porque de nuevo me envuelve el sueño, un sopor irresistible.

Nos hemos detenido. Mientras mi padre llena el depósito, mamá y yo entramos al bar. Ella también va al baño con prisa, después de preguntarme si me atrevo a pasar solo al servicio. Le respondo que sí, a pesar de que no me apetece abrir aquella pesada puerta, que me recuerda a otras. Cuando lo hago, compruebo con alivio que no hay nadie y me encierro en una cabina, asegurándome de que el cerrojo queda bien echado aunque me duele el vientre de tanto aguantarme. Hago pis como las chicas, sentado, con los ojos fijos en la puerta, temiendo que *ellos* la atraviesen, aunque estamos lejos y la explosión y el incendio seguramente habrán acabado con todos.

Tengo la sensación de estar dentro de una película. La camarera, una mujer mayor, no nos pierde ojo mientras devoramos un bizcocho reseco. Debemos de tener aspecto de fugitivos, y exactamente eso es lo que somos. Mi padre, con la barba de días anteriores y las deportivas y la cazadora tiznadas de hollín. Mi madre, despeinada y con ojeras, cargada con un bolsón negro que no combina con sus viejos pantalones violeta y un chaquetón gris. Yo, con ojos enrojecidos como de haber llorado, algo que me sorprendió cuando poco antes me vi en el espejo... Por suerte no nos pregunta nada, ni cuando mi

madre se acerca a encargarnos unos bocadillos y unas latas de refresco, que la camarera mete en una bolsa y cobra sin dejar de echarnos ojeadas furtivas. En ese momento, casi me divierte pensar que, al salir, esa mujer llamará a la policía comunicando vagas sospechas de un secuestro.

Mamá ofrece ponerse al volante después de insistir en que mi padre necesita dormir un rato, pero sé que él no aceptará. Lleva tantas horas protegiéndonos que no permitirá dejar el coche en manos de mi madre sin su vigilancia. Él cede después de que ella utilice un argumento convincente:

–Prefiero que te ocupes tú del mapa. Ya sabes que me mareo cuando leo en el coche, así que no te sería de utilidad.

Era cierto: mi madre se mareaba si lee en el coche, pero no entiendo lo del mapa. El recorrido desde la finca hasta nuestra casa lo hemos hecho por lo menos una docena de veces, e incluso yo podría haber indicado el camino sin ayuda, pero pienso que mis padres quizá tengan el propósito de ver al tío Marco, para contarle lo ocurrido, y la forma más rápida de llegar sea viajando por carreteras secundarias. Después de todo, la finca donde había sucedido todo aquello era del abuelo. «Estás loco, ese lugar está maldito», le decía mi tío cuando se enteró de que pretendía rehabilitar la casa. Esa conversación, que entonces escuché casi por casualidad, había vuelto a mi memoria al día siguiente de empezar *aquello*.

Vuelvo a tenderme en el asiento trasero. No quiero dormir ni recordar lo ocurrido, pero las imágenes de aquellos días vienen sin que pueda hacer nada por evitarlo. Nadie imagina lo que es el miedo hasta que lo sientes de verdad.

La luz es una bendición... Todo parece inocente a la luz del día o cuando las bombillas están encendidas. Sin embargo, en la oscuridad las cosas no son lo que creemos. Los objetos normales (la cama, la mesilla, un sillón...) no tienen la capacidad de cambiar de sitio ni de adquirir vida propia, pero hay otras cosas que habitan las tinieblas, lo sé por experiencia. ¿Quién asegura que al apagar la luz, a pocos centímetros de ti, no hay *nada*, no hay *nadie*? No puedes saberlo hasta que no sientes su aliento, su calor, su roce... Un crujido inesperado puede anunciar su llegada. Una corriente de aire, un escalofrío, que ya están a tu lado.

Mi madre conduce despacio.

Del asiento de al lado solo me llegan los roces al pasar las hojas del mapa de carreteras, y leves bisbiseos de confirmación acerca de la ruta seguida. Mis padres no hablan. Ya lo habían hecho mucho los días anteriores, y discutido bastante, por mi culpa. Al comienzo me hicieron responsable de la muerte de Sawyer, pero cuando descubrieron la verdad se sintieron avergonzados, mi padre sobre todo, y me pidieron perdón. Creo que sus esfuerzos, su empeño en que sobreviviéramos, tuvo que ver con su deseo de compensarme por su primera acusación.

«Yo no he sido», les decía una y otra vez. «Yo no tuve la culpa», repetía.

Acabaron creyéndome, claro. Pero ya era tarde.

La cosa comenzó con un sonido, una especie de goteo en el piso de arriba. Un *ploc*, *ploc* al principio inocente, rítmico, como de agua cayendo, que sonaba a intervalos. Ya en ese momento me extrañó, porque no llovía, y tardé mucho en dormir. Debía de ser de madrugada cuando me levanté al baño. Todo estaba oscuro y había un profundo silencio; ni siquiera se oía *eso*. Al ir a encender la luz, noté como si unos dedos gélidos recorrieran mis pantorrillas y me quedé paralizado, con la mano a pocos centímetros del interruptor. Confieso que mojé un poco el pantalón del pijama y por eso no quise contar nada a la mañana siguiente. Corrí al baño en la oscuridad y, mientras acababa de hacer pis, tuve la sensación de que alguien respiraba cerca de mi oído. Volví a la cama y me metí bajo las sábanas. El *ploc-ploc* se hizo más grave y rápido: imaginé los dedos de una mano tamborileando hacia la derecha de mi cabeza, en el cajón de la mesilla. Sonó un minuto o así. Luego, paró.

Pasé el día tratando de saber si aquello había sido solo una pesadilla. Escondí el pantalón del pijama bajo la cama esperando que se secara, y cada poco recordaba ese gusaneo en mis pantorrillas, tan vívido que de vez en cuando me levantaba las perneras del pantalón para saber si había dejado huellas. Hasta la tarde no ocurrió nada importante. Mi padre cortó leña. Mi madre preparó comida, que tomamos juntos al río. El perro se tiró al agua y jugó persiguiendo un pez. De no ser por mi cansancio, por la sombra de aquel sueño y, sobre todo, por lo ocurrido poco después, el día habría sido feliz.

Cuando volvimos, Sawyer comenzó a ladrar. Sin dejar de hacerlo, dio varias vueltas a la casa y se apostó en la entrada aullando. «Tranquilo, Sawyer», dijo mi padre tomando una gruesa rama como bastón, quizá pensando que algún animal podría haberse colado en casa. Él pasó y, después de registrar todo, volvió a la entrada. «Calla, perro bobo.

No hay ni un conejo que puedas cazar». Nadie dio importancia a esos sucesos, hasta que después comenzamos a atar cabos. Pero, ya digo, entonces fue demasiado tarde.

Me alzo a mirar por la ventanilla. Siguiendo instrucciones de mi padre, mamá gira por un camino que se interna por un bosque de árboles altísimos. De vez en cuando, entre las ramas se cuele la luz y el coche pasa por encima de isletas plateadas de hojas. Vuelvo a tumbarme al oír a mi padre:

–Una hora, más o menos. ¿Quieres que conduzca yo? Estoy bien, ¿eh?

–Yo también. Descansa un rato.

Sawyer calló después de aquello, pero anduvo nervioso de acá para allá. Solo yo compartía su inquietud. Miré al techo esperando oír el goteo de la víspera, y no percibí nada. Mi padre estaba de buen humor y propuso un *scrabble*, pero mi madre dijo que quería avanzar en una novela, de modo que él fue hacia su mesa de trabajo y me invitó a que le acompañase. «¿Me echas una mano? Debo acabar esto antes del lunes». Él es encuadernador y se había llevado un baúl con tarea pendiente. Aunque a veces le ayudo, esa tarde yo no tenía ganas de coser lomos. Fingí leer en el sofá mientras observaba la escena. Mi padre había encendido una lámpara sobre su mesa, y mi madre tenía un flexo sobre su sillón. Apenas había claridad fuera, y mi aprensión crecía a medida que aumentaba el contraste entre las zonas de luz y de sombras.

Sentí que los rincones umbríos se llenaban de presencias amenazadoras, calladas y, de momento, quietas. Recuerdo que pensé que era como si tomaran posiciones, pero trataba al tiempo de convencerme de que aquello no eran más que imaginaciones mías, impresionado como estaba con la pesadilla de la víspera. Por fin conseguí que Sawyer se tendiese a mi lado, aunque de vez en cuando alzaba la cabeza, gañendo. Pasado un tiempo, mi padre se volvió:

–Pero, hijo, ¿cómo puedes estar leyendo sin luz? Te vas a quedar ciego.

El interruptor de la lámpara que había junto al sofá era de los del suelo, de los que se presionan con el pie. Me incliné sobre el brazo del sofá y acerqué la mano al botón, pero sentí un latigazo que me sacudió de la punta del dedo hasta el codo. Grité y en ese instante Sawyer dio un ladrido que a todos nos heló la sangre. El animal salió disparado del sofá derribando el florero que estaba sobre la mesa, huyó del salón y se quedó aullando en la entrada. Al estrépito, mis padres se alzaron y preguntaron:

–¿Qué pasa? ¿Qué ha sido eso?

Mamá se inclinó hacia mí y apenas pude balbucear; mi sobresalto por la reacción de Sawyer fue mayor que el dolor del calambre. Mi padre, por otro lado, fue hacia el perro, que ladraba con desesperación. Le oímos repetir: «Tranquilo, Sawyer, tranquilo...». Mamá y yo mirábamos expectantes hacia la puerta. Los ladridos fueron cesando, y poco después apareció mi padre con el perro en brazos. Sangraba por el hocico, y mi padre me preguntó:

–¿Cómo ha sido? ¿Lo has pisado o algo así? Mira cómo está...

Rota la placidez de la tarde, las horas siguientes transcurrieron con la pena de ver al pobre animal acurrucado, gimiendo en un rincón. Recibió carantoñas de todos y, con las luces encendidas, yo olvidé mis aprensiones. Cenamos pendientes del fiel Sawyer, preocupados por el hilillo de sangre que salía de su hocico y que ni las compresas frías que mamá le aplicaba lograban frenar del todo. «Habrá que llevarlo al veterinario mañana», dijo mi padre. Por su mirada, yo sospechaba que me hacía responsable de lo ocurrido.

Mamá detiene el coche en un recodo del camino que hace de mirador. «¿Quieres estirar las piernas?», me pregunta mientras abre la puerta trasera. «Descansaremos un rato».

Salgo del coche y siento algo de frío, aunque la mañana es cálida. Abajo se ven un amplio barranco y el serpenteante cauce de un río. A lo lejos, montañas azules envueltas en brumas. Unos metros más allá de aquel sitio, mi padre habla por teléfono. No oigo su voz, pero sí puedo ver que gesticula como si discutiese con alguien. No entiendo todo aquello; debe de ser a causa del sueño.

Bebemos agua y mamá me ofrece unas galletas de su bolso. No tengo hambre. Solo pesadez, aunque no exactamente eso. Quiero estar tranquilo, amodorrarme tratando de entender lo ocurrido esos días. «¿Te duele algo, hijo?», pregunta mamá. No, no me duele nada que se pueda señalar con un dedo.

Transcurre quizá media hora. En un momento, mi madre se acerca a mi padre con el mapa. Mientras habla, van pasando páginas y mi madre toma algunas notas en un cuaderno. Él acaba de hablar y se sienta con la cabeza abatida en el murete que limita la carretera. Parece agotado. Quizá ha discutido con mi tío; los dos estarán disgustados por lo ocurrido con la casa, supongo. Mi madre se le acerca y hablan un par de minutos, pero no alcanzo a saber de qué. Cuando vuelven, mi padre solo dice: «Conduzco yo», antes de

pasar al volante. Mamá se sienta en el asiento trasero, a mi lado. Cerca, despiden un aura de calor que me sorprende. Finjo dormir.

La noche del incidente con el perro me sentía cansado, pero esperé hasta las doce para irme a la cama. Afligido por Sawyer, ni recordé los ruidos de la víspera. Me revolví inquieto sin lograr dormir, y oí el parloteo de mis padres antes de que se acostaran. No sé qué hora sería cuando desperté de pronto. Sin saber por qué, abrí los ojos y barrí el techo de lado a lado, como buscando algo; después de esa inspección sentí miedo, sin entender por qué lo había hecho. No vi ni oí nada, pero estaba intentando dormir cuando sentí una vibración, que aún no era ruido. Poco después percibí el goteo, más grave que la noche anterior, más rápido, como brotando de dos puntos distintos del techo: *bo-bo-bop, bo-bo-bop...*

Si solo hubiera sido eso... Tenía los ojos cerrados, pero sentí que flotaba *algo*, como si mi piel percibiese un par de esferas congeladas que puede situar: una junto a la puerta de la habitación y otra a la derecha de mi cabeza. Logré ubicar su posición, en los pulsadores de la luz. ¡*Aquello* era responsable de mis espasmos, de la herida de Sawyer! ¡A los dos nos habían *herido*! Grité: «¡Mamáaaa...!».

Acudieron mis padres y, en cuanto encendieron la luz, aquello cesó. Me vieron sentado, con los ojos desorbitados, sudando... Logré balbucear algo sobre ruidos en el techo. Intentaron oír, pero no notaron nada, claro. Me trajeron agua. Hablaron de una pesadilla. Debieron de verme tan asustado que me llevaron con ellos. Hacía mucho que no dormía en su cama. También atendieron a Sawyer, de cuya nariz seguía fluyendo un delgado hilillo de sangre. Mi padre estaba enojado y discutió con mamá. Antes de que pudiera dormirme, le oí levantarse y supuse que se iba a dormir al sofá del salón.

«No vayas tan deprisa», advierte mi madre. «Vamos a estrellarnos», añade. Es cierto. El coche va muy rápido y hay muchas curvas. No entiendo por qué mi padre conduce de esa manera, pero no pregunto por ello ni adónde vamos. Presiento que no me van a decir la verdad.

A la mañana siguiente, Sawyer estaba muerto. En la alfombra donde dormía se veía el rastro de un pequeño y drámatico charco rojo. En el porche, mi padre envolvió al pobre animal en una sábana. Creo que fue la primera vez que vi llorar a papá. Lo entendí: era su perro. Lo acompañaba cuando estaba en casa, paseaba con él por la finca. Lo que no comprendía era esa sorda hostilidad hacia mí. Debía de pensar que era yo el responsable,

que le había dado una patada en el hocico o algo así. El hocico de los perros es muy sensible, lo sé, pero desconozco si una simple patada puede causarles la muerte. Incluso llegué a pensar que sí, que lo había matado yo...

A mediodía, mi padre cavó una fosa y enterramos a Sawyer. Fue un día triste. Debíamos habernos marchado en ese momento, y creo que no lo hicimos por no dejarle solo. Sí, habría sido terrible sepultarlo y abandonarlo allí. Yo no dejaba de pensar en los ruidos que provenían del techo, en las presencias que sentía amenazadoras en la oscuridad, pero ¿cómo explicar aquello? ¿Y a quién, si todos estábamos ahogados por el dolor del duelo?

A pesar de todo lo que ocurrió después, recuerdo muchas cosas de ese día. Mi padre pasó mucho rato fuera de la casa y mamá salió a acompañarle, aunque también me atendía a mí. Los dos lloramos, y ella trató de explicarme que papá estaba rabioso pero que no me culpaba de nada. Yo pensaba en mi padre y en el perro, aunque a medida que pasaban las horas temblaba al imaginar qué ocurriría esa noche. La temía, claro. Solo de verme a solas en la habitación, tiritaba de miedo. Creo que fue entonces cuando recordé las advertencias que mi tío Marco le había hecho a mi padre: «Esa casa, esas tierras están malditas».

La llegada de la noche me aterrorizó. No me separé de mi madre, y miraba con recelo tanto los interruptores como los rincones en penumbra, donde imaginaba que tomaban posiciones extrañas y vengativas formas. Temblaba cuando mi padre o mi madre encendían la luz y, sin embargo, me daban ganas de gritarles que lo iluminaran *todo*, que esa era la única manera de ahuyentar la amenaza. Después de cenar, reuní fuerzas para pedir a mi madre:

–Por favor, esta noche quiero dormir con vosotros. Tengo mucho miedo.

Ella trató de consolarme, pero sospecho que no creía sus propias palabras:

–¿Miedo de qué, hijo? Tus pesadillas no tienen que ver con lo ocurrido con Sawyer.

Insistí y fue una bendición que me permitieran dormir en su cama. Me sentía protegido por mis padres, inmune a cualquier peligro. Agotado como estaba, no tardé en conciliar el sueño.

No me despertó el goteo, sino la luz encendida. Me sobresalté al ver a mi padre observando el techo de la habitación. Le avisé chillando:

–Son *ellos*, papá. ¡Son *ellos*!

Explicué que esos ruidos ya los había oído yo. Que había *algo* en la casa.

Mi padre argumentó:

–Arriba está el depósito del agua. Se habrá roto alguna tubería. Mañana subiré a repararla.

Al ir a apagar la luz, mi padre recibió una sacudida que le echó hacia atrás como si le hubiera mordido una serpiente. Soltó una blasfemia y se agarró el brazo herido. Mi madre lo asistió asustada y le preguntó si estaba bien. Dolorido, mi padre trató de buscar un explicación:

–El agua ha debido de provocar algún falso contacto. Tened cuidado con enchufes y todo lo demás. No sé por qué no han saltado los fusibles.

Supongo que todo el mundo trata de encontrar explicaciones a lo extraño.

Mi madre pide a mi padre que se detenga. Baja a hacer pis a un bar de un pequeño pueblo y me pide que le acompañe. Aprovecho para ir al baño, dejando abierta la puerta. En el espejo vuelvo a ver mis ojos enrojecidos por el sueño, pero mis labios están pálidos. Mamá compra chicles, supongo que por hacer algún gasto. Mi padre espera impaciente y arranca nada más cerrar las puertas. Sigo sin entender su prisa, y ahora caigo en la cuenta de que no me ha dirigido palabra en toda la mañana.

Me duele el cuello y me cosquillean las manos, así que decido no tumbarme y voy mirando por la ventanilla. Vamos por carreteras secundarias y solo de vez en cuando nos cruzamos con algún coche. Desde luego, no volvemos a casa, pero no quiero preguntar por nuestro destino.

Mientras se hacían las obras, una vez acompañé a mi padre a la parte arriba de la casa. Había enormes tabloncillos puestos de canto sobre los que se debía pisar con cuidado para no meter el pie en las planchas de escayola. No recordaba ningún depósito, aunque podía haberse instalado más tarde. A la mañana siguiente, mi padre tomó la escalera y trepó por el hueco cerrado con una trampilla. Le vi desaparecer con recelo y oí sus pasos mientras las maderas crujían por la presión. Yo le preguntaba para asegurarme de que se encontraba bien, y él iba explicando:

–Parece que está todo bien... No hay humedad. Quizá haya sido un pájaro, o alguna madera suelta... tal vez el viento...

Yo sabía que no eran el viento ni ningún pájaro, pero ¿cómo convencerle? Bajó y revisó con atención las paredes, buscando humedades. Fue al cuadro eléctrico y bajó y

subió los interruptores. Comprobó uno por uno los enchufes con el secador de pelo y pulsó cada llave de la luz, viendo cómo las lámparas obedecían a los contactos. Al comienzo temí por él, pero pronto me convencí de que nada ocurriría mientras no llegase la noche. Más tranquilo, me alegró verle entretenido con sus quehaceres, que debían de hacerle olvidar la muerte de Sawyer. En un momento, mientras preparaba la comida, traté de convencer a mi madre de que nos fuéramos, pero recibí una respuesta vaga:

–Tu padre quiere quedarse algunos días más; tiene cosas que hacer y, encima, con lo de Sawyer... No le vamos a molestar con nuestras prisas.

Ahora creo que debí haber insistido más, fingir una apendicitis, un dolor de muelas, algo que nos hubiera obligado a regresar.

Las horas de ese día transcurrieron premiosas. Mi padre trabajó toda la tarde concentrado en su trabajo y yo le ayudé a coser, prensar y alinear cuadernillos, teniendo cuidado en no equivocarme porque a cada minuto temía una sorpresa que nos pusiera en peligro. Cayó la noche, se encendieron dóciles las bombillas y miré de reojo los lugares en penumbra sin sentir el más mínimo temor. Incluso consideré que todo aquello no había sido más que una suma de fenómenos inexplicables, pero en ningún momento me separé más de un metro de mis padres. No lo notaron, claro.

A todos nos pesaba la desaparición de Sawyer. Mi padre andaba taciturno y mi madre se mostraba más cariñosa con él que de costumbre. Yo procuraba no hacer ruido y ser complaciente. Antes de la cena, acompañé a mi padre a la tumba del perro. Él me abrazó, y me gustó sentir el calor de su cuerpo. Vi las luces encendidas de la casa, la luna creciente en el cielo, las estrellas. ¡Todo parecía tan en calma...! Parecía que el único pesar iba a ser la inexplicable y repentina desaparición del perro.

Fui a mi habitación, venciendo mi miedo. Mis padres se acostaron poco después y no quise molestarlos; supe que querían estar juntos, como otras veces. Decidí mantener las luces encendidas durante toda la noche. Era la oscuridad lo que debía temer, me decía. Solo la oscuridad, me repetía.

Pero la oscuridad acabó por llegar por sí sola, sin que la buscáramos.

No sé todavía hacia dónde nos dirigimos, pero vamos muy deprisa. El paisaje ha cambiado de nuevo. Solo de vez en cuando, mi padre pregunta: «¿Qué tal?», y mi madre me mira, me sonrío y dice: «Bien», o «Vamos bien, ¿verdad, hijo?». Sí, se supone que todo va bien, pero no sé adónde vamos.

Me siento muy cansado, quizá por la falta de sueño. Me aburre el paisaje y vuelvo a tumbarme. Noto muy caliente la pierna de mi madre y su mano sobre mi frente.

Tendido, veo el cielo azul y las nubes parecen volar por el marco de la ventanilla. Me escuecen los ojos; me siento mejor al cerrarlos. Aquella noche no ocurrió nada, ni a la mañana siguiente. Mi madre y yo fuimos a comprar al pueblo con el coche y dejamos a mi padre trabajando. Al final de la tarde tenía tres volúmenes encuadernados, a falta de cortar las lengüetas que sobresalían de las guardas. Aunque la ausencia de Sawyer constituía un gran vacío, creo que mi padre sentía consuelo saliendo de vez en cuando al lugar donde estaba enterrado.

Debimos marcharnos esa tarde, sin intentar apurar los dos días que nos quedaban en la casa. Pero mi padre llevaba semanas planificando ese encierro coincidente con mis vacaciones escolares para acabar trabajos de encuadernación que requerían una especial atención, algo que no quería hacer en su taller. Sentía una vaga aprensión por lo ocurrido las noches anteriores, pero no quería añadir la inquietud por mi miedo al pesar de mi padre. ¡En qué hora...!

Ahora, pasado el tiempo, pienso que debimos haber interpretado las señales. El primer aviso tuvo lugar hacia las ocho. Por las ventanas entraban las últimas luces de un atardecer de primavera, cuando el sol ya hacía un rato que se había ocultado pero la negrura no lo invadía todo. En un aparato de música sonaba un disco algo melancólico, de los que le gustan a mi madre, que leía en el sofá. Una bombilla estalló y en el aire quedó un olor como de metal quemado.

Interrumpimos nuestras tareas para mover muebles y recoger los diminutos cristales esparcidos por el suelo, en una mesita de rincón y en el respaldo de un sofá. Mi padre maldijo de nuevo la instalación eléctrica y se propuso cambiar la bombilla al día siguiente, desenchufando la lámpara de la pared. Mamá buscó en un rincón un atado de velas. Por si acaso.

A aquel incidente le siguieron los preparativos de la cena, que hicimos algo más temprano que de costumbre. Después pusimos una película de la que no recuerdo nada, pues no le presté atención, absorbo como estaba en mis celos, y nos fuimos a la cama. Tardé en conciliar el sueño.

Trato de saber por dónde vamos, pero por la ventanilla no veo más que un cielo azul por el que flotan aborregadas nubes. Mis padres no hablan, no sé si piensan que estoy

dormido o es que las preocupaciones de cada uno son mayores que las mías. Debemos de estar cruzando por algún pueblo; mi padre ha aminorado la velocidad. Hay farolas extrañamente encendidas a esta hora de la mañana.

Me despertó un estampido seco procedente del cuarto de mis padres. A eso siguieron voces y ruidos. Comprobé que eran las cuatro de la mañana. Dudaba si levantarme o no cuando reventó la bombilla del techo de mi habitación y sentí que sobre la cama caía una lluvia de vidrio pulverizado. Aunque me tapé con las sábanas, algunos fragmentos cayeron sobre mi cabeza. Estaba tapado cuando oí cómo se abría la puerta con urgencia y mi padre preguntó:

–¿Estás bien, hijo?

–¿Qué ha pasado? –mi voz debía de temblar por el miedo.

–Han estallado algunas bombillas.

Apareció mi madre con una vela. Se acercó y me dijo que tuviese cuidado al levantarme. Apartó las sábanas y observó con atención mi rostro y mi cabello, retirando fragmentos de cristal. «Levántate... Despacio... Espera, las zapatillas...».

Oí cómo las sacudía sobre el piso.

Apenas me puse en pie, hubo cinco explosiones más, una tras otra, en diferentes lugares de la casa. Vi a mi padre corriendo por el pasillo en dirección a la entrada, gritando: «¡Alguna sobrecarga! Voy a desconectar...». Temí por él, con motivo. Al poco, le oímos gritar y voló hacia atrás como si un gigante le hubiese golpeado. Cayó sobre el sillón y quedó tendido de espaldas. Corrimos hacia él procurando no apagar la vela y, en la penumbra, nos consoló oír su voz quejumbrosa:

–Me he quemado. Me he quemado el brazo...

–Espera. Quieto... No te muevas.

Mamá fue a la cocina, mientras yo me arrodillaba en el suelo y abrazaba a mi padre, que olía a vello chamuscado. En ese instante comenzamos a oír golpes en el techo, como de pelotas de goma botando alocadas entre la escayola y el tejado. Papá me estrechó entre sus brazos y mamá apareció con gesto atónito, cargada con un paquete. Se refugió con nosotros y trató de protegerme con su cuerpo. Los tres temblábamos, pero no fuimos capaces de pronunciar palabra.

Al cabo de unos segundos, el estrépito cesó y nos envolvió un silencio pringoso y oscuro como el alquitrán. «Qué ha sido eso?», «Un terremoto» y «Algo se rompió arriba» fueron una pregunta y un par de explicaciones. Yo repetí:

–Te lo dije, papá, te lo dije, te lo dije. *Ellos* están allí.

–¿Quiénes, hijo? ¿Quiénes son *ellos*?

No tenía respuestas. ¿Qué podía haberles dicho?

Mi madre tomó el paquete que había dejado sobre la mesa, cogió una vela, la prendió, dejó caer unas gotas sobre la mesita y la adhirió al cristal. A la luz trémula, observó con cuidado el brazo de mi padre y vi su piel enrojecida y el vello rizado, con los extremos negruzcos.

–¿Cómo te has hecho esto?

–No sé. No llegué a abrir el cuadro del contador.

–Creo que no es grave. ¿Te duele?

–Un poco.

–Nos asustaste. Creí que te desnucabas contra la pared. Menos mal que caíste en el sillón. ¿Qué tal la espalda?

–Bien, no te preocupes.

Al menos, el estado de mi padre parecía tranquilizador. Ya casi a oscuras, mamá fue a la cocina y trajo unas botellas de agua mineral, que fue vertiendo sobre el brazo herido, mojando el sillón. Al tiempo me dijo:

–¿Puedes encender algunas velas? Vamos a necesitarlas.

Aunque las manos me temblaban, logré encender cuatro velas en diferentes sitios del salón. En el paquete había más o menos una docena y, como adivinando mis pensamientos, mamá me ordenó:

–Es suficiente. Tenemos que reservar las demás.

Acabada la cura, mis padres me preguntaron y les conté con detalle lo ocurrido varias noches atrás, incluyendo lo que supuse que había sucedido con Sawyer. Mamá fue resolutiva:

–Esto es una locura. Tenemos que irnos. Voy a recoger lo indispensable y saldremos de aquí ahora mismo.

Apenas terminó de hablar, el estrépito volvió. Esta vez algo más agudo, como si las pelotas soltaran con cada bote un leve quejido. Duró más tiempo, pero por alguna razón

resultó menos amenazador. Escuchamos con atención, abrazados, y cuando cesó mi padre preguntó:

–¿Pero qué diablos es eso?

Los dos se levantaron y yo los seguí. Mi padre fue al rincón en que solía trabajar, recogió los libros recién encuadernados y los guardó en el baúl. Por su parte, mamá prendió una vela y se fue hacia su habitación. En la oscuridad, las luces retemblaban en las paredes revistiéndolo todo de un aspecto fantasmal. Entonces lo vi. Por lo menos, vi a uno de *ellos*, y un escalofrío recorrió mi espalda. Grité:

–¡Está ahí!

Mi padre se giró hacia donde yo señalaba, en los alrededores de la vela que lucía sobre el aparador. «¿Qué?» y «¿Dónde?», preguntó.

No pude describirlo, pero durante la fracción de segundo en que lo vi me pareció una traza de humo con el aspecto de un rostro distorsionado, con las cuencas de los ojos vacíos y una boca sin labios. *Aquello* debió de escurrirse en la oscuridad y me dede giró hacia un rincón, por donde me pareció que se escondía. Vi a mi padre blandiendo la piedra que solía utilizar para plegar sus cuadernillos, dispuesto a golpear a lo que fuera *aquello*. En ese instante llegaron voces de mi madre:

–¡No puedo abrir! ¡La puerta se ha atascado!

Mamá forcejaba con la cerradura de su habitación y mi padre corrió a ayudarla. Los oí empujar y golpear, y me quedé en el umbral, mirando hacia el salón, tratando de saber dónde se habría escondido aquella presencia amenazadora.

Mi padre detiene el coche. Consulta el mapa y mamá se le acerca desde el asiento de atrás. Hablan en siseos y señalan algunos lugares. No puedo oírlos. A estas alturas, sospecho que tampoco vamos a casa de mi tío y que lo que buscamos debe de estar bastante escondido. Al poco, mi padre reanuda la marcha y ella ofrece los bocadillos, pero no tenemos hambre. Sin embargo, me incorpora y me hace beber un zumo; dice que me sentará bien. Mi padre sigue conduciendo deprisa, demasiado deprisa, él que ha sido siempre tan juicioso al volante. Yo prefiero seguir adormilado; las imágenes de lo ocurrido, lo que recuerdo, siguen martilleando mi memoria. Trato de entender...

Los empujones de mi padre no conseguían vencer la resistencia de la puerta, así que me madre apremió: «Déjalo, solo quería coger algo de abrigo. Vámonos de aquí...».

Yo permanecía alerta mirando hacia la sala, hipnotizado por las oscilantes sombras de los muebles contra las paredes y el techo, seguro de que aquella presencia fantasmal no se habría evaporado y se escondería tal vez bajo la mesita, quizá tras el sofá.

Los únicos ruidos procedían de las pisadas de mis padres, que recogían de aquí y de allá lo que consideraban necesario, y que mi madre fue guardando sin orden en el bolsón que solíamos llevar a la compra. Cuando dieron por acabada esa tarea, oí el tintineo de las llaves del coche en la mano de mi padre, que me tomó del brazo al tiempo que nos instaba a salir de allí. «¿Y las velas...?», preguntó mamá mientras nos dirigíamos hacia la salida. «Déjalas».

No tardamos en comprobar lo fútil de aquel intento. Reunidos en el recibidor, comprobamos primero con asombro y después con pánico que la puerta no se abría, por más que mi padre giraba el pomo y tiraba de él. Mamá chilló: «¡No puede ser! ¡Dime que esto es una pesadilla! ¿Qué está ocurriendo, por Dios...?».

«Espera... Hay un hacha bajo el fregadero. Vuelvo ahora. No os mováis...». Mi padre pasó entre nosotros y mamá me abrazó, protegiéndome. Le vimos volver hacia el salón, su silueta recortada contra la claridad, y entonces yo grité:

—Por favor, papá, no vayas. ¡Son muchos!

Me desembaracé de los brazos de mi madre y di unos pasos hacia mi padre, intentando retenerle agarrando el faldón de su jersey. Él se detuvo, mi madre fue hacia donde estábamos y yo señalé el techo con el dedo.

Yo ya había visto a *uno* y costaba reconocer a *muchos*. Parecían apenas hilos grises sobre el techo blanco, que serpenteaban en el aire y que en condiciones normales habríamos achacado al humo que desprenden las velas. A mis padres les costó distinguir esos espectros a medida que yo movía mi dedo hacia *ellos*, pero acabaron por hacerlo. Parecían nadar en el aire como culebras atrapadas en una charca, retorciéndose unas sobre otras, subiendo y bajando despacio, como al acecho. Supuse que las gargantas de mis padres estarían tan resacas como la mía, porque no pudimos articular un grito. Nuestra parálisis se rompió cuando uno de esos hilos adquirió consistencia: se ensanchó, pareció ganar en densidad y descendió hasta la altura de nuestros ojos, intentando adoptar la forma de un rostro humano. Mi padre se giró, agarró algo del aparador que había a nuestra espalda y lo lanzó hacia aquella forma grotescamente ovalada. El proyectil, quizá un libro o un portafotos, lo atravesó y, por un instante, esa forma se descompuso y pareció

desgajarse en nubecillas, algunas de las cuales chisporrotearon sobre las llamas de las velas.

–El fuego... –recuerdo que dijo mi padre.

Nos dejó y avanzó con los brazos extendidos, como queriendo protegernos, hacia la mesita donde había quedado el paquete de velas. Las tomó y reuló con ellas hacia donde estábamos y, pegados a la pared, retrocedimos hasta la cocina.

Pensé que de nada serviría cerrar la puerta y atrancarla con la mesa si *ellos* estaban decididos a entrar, pero comprendí el intento de mi padre. Mientras mamá encendía otras dos velas, él rebuscó bajo la pila del fregadero, extrayendo en desorden botes, barreños y trapos. Utilizando una espátula de madera y un paño, fabricó algo parecido a un hisopo, que impregnó en alcohol de quemar. Luego, vi un hacha en sus manos.

–Quedaos aquí. Gritad si vienen. Voy a intentar abrir.

–¡No, papá! Son demasiados –dije–. Se irán de día.

–¿Qué sabes de *eso*? –los ojos de mi madre eran de pánico–. ¿Por qué dices que se irán?

–Siempre se han ido de día.

–¿Qué pueden hacernos?

La pregunta sobraba. A todos nos vino a la cabeza lo sucedido con Sawyer.

–Quizá convenga esperar –dijo mi madre mirando a papá.

–No esperaremos –respondió él–. Quedan tres o cuatro horas para que amanezca. Es mucho tiempo.

–¡No salgas ahí fuera, por favor!

Mi padre pareció dudar y nos abrazamos. «Esperad, voy a intentar algo», dijo. «Vigilad la puerta. Avisadme si entran».

Abrió la ventana de la cocina, subió a la encimera y utilizó la culata del hacha para golpear el anclaje de la reja. El estruendo de los golpes nos estremeció y creo que todos pensamos que aquello los atraería. Mientras papá, de rodillas y en equilibrio, aporreaba el hierro, mamá y yo vigilábamos la puerta y el techo, sabiendo que tarde o temprano tendríamos que enfrentarnos a aquellas cosas.

Nos dieron unos minutos de tregua. Primero fueron uno o dos.

«¡Papá, ya vienen!», avisé.

Mi padre dejó el hacha, saltó al suelo y observó con atención el techo, retirándonos de la puerta. Tomó el hisopo, lo acercó a la vela y se encendió una antorcha azulada. Agitándola, se aproximó con cuidado a aquellas figuras grises, que evadieron la llama culebreando por el techo. Él se acercaba, *ellos* huían. Parecía un juego no demasiado peligroso. Mi padre dijo a mi madre, tendiéndole el hachón:

–Ten, hazlo así si se acercan. Voy a seguir...

Volvió a golpear la reja mientras mi madre, abrazada a mí, sostenía la llama a distancia sobre su cabeza. Nos tranquilizó oír a mi padre: «Creo que va a saltar un anclaje».

Mientras seguían los golpes, divisé a otros dos y avisé a mi madre, pero las llamas se apagaban. Me solté de ella y busqué en la mesa el alcohol de quemar. Con cuidado, sin perderlos de vista, vertí una pequeña cantidad sobre el paño ardiente, retirando deprisa el frasco. La llama creció, pero el serpenteo de esas formas se hizo más rápido y amenazador, mientras intentaban cercarnos, descendiendo ligeramente del techo.

La llama rozó a uno de esos hilos, que chisporroteó con un siseo agudo. Los dos o tres que quedaban parecieron engrosarse, y pronto creí ver a otros, mientras los golpes del acero retumbaban y parecía vibrar más aún la luz de las velas encendidas. «Son más», dijo mi madre. «Aguanta un poco», dijo papá. «Creo que esto va a saltar».

Entraron unos más, y luego otros. Parecían jugar con nosotros, anticipándose a los movimientos de mi madre, que temblaba de miedo pero continuaba agitando la antorcha a nuestro alrededor, protegiéndonos.

En esa lucha, nos olvidamos de papá. Le oímos gritar:

–Están por aquí... ¡Esas cosas me han mordido, o lo que sea!

Vi a mi padre retorcerse de dolor, con una mano en el cuello. Mamá y yo nos acercamos a la ventana mientras él reanudó su pelea con la verja. Yo tuve la sensación de que aquellas serpientes de humo eran más y más, tal vez docenas, pero no quise alarmar. Me sentía impotente. «Si al menos tuviera otra antorcha», pensé. Fue mi madre la que suplicó:

–Son demasiados. Acaba pronto, por favor...

Mi padre bajó, tomó un rollo de papel de cocina y lo encajó en un cucharón. Vertió alcohol en su extremo y lo prendió, pasárselo a mi madre. Envolvió otro trapo en el que tenía mi madre e hizo un nudo el él. Lo volvió a humedecer y me lo tendió a mí.

«Aguantadlos», dijo. «Creo que falta poco». Volvió a subir. Esta vez, comenzó a dar patadas en el hierro, maldiciendo, sudando.

Los dos hachones encendidos eran una declaración de guerra, y *ellos* respondieron culebreando más rápido, cada vez más corpóreos, cada vez más cerca. Al poco, mi madre chilló y se encogió un segundo, pero no dejó de agitar la antorcha. Por fin se produjo un estruendo y mi padre gritó. Miré hacia la ventana. La verja no se había soltado del todo, pero colgaba de uno de sus anclajes. Al tiempo que sentía una quemazón en la pierna, vi cómo él daba otra patada, y la reja acabó por desprenderse.

Como si lo hubieran entendido, aquellas formas redoblaron su ataque. Crecieron, adoptaron una forma ovalada y nos rodearon. Algunas de ellas parecieron crujir al acercarse a las llamas, y las demás se enfurecieron. Sentí otras picaduras en la mano, en el pecho, y *aquello, lo que fuera*, parecía que me atravesaba, entrando por mi ombligo y saliendo por el omóplato, y durante ese segundo noté como si dejara en mi cuerpo un canal de hielo. Lo que siguió lo recuerdo de una forma vaga, y no sé si en este orden: mi padre ayudándonos a mamá y a mí a trepar a la encimera, sacando del armarito la botella de gas butano y manipulando la válvula, la botella de alcohol derramada sobre el suelo, los brazos de mamá ayudándome a bajar, un arco de fuego descendiendo hacia la ventana... Y poco más hasta que me encontré en el coche: el aire fresco, la torpe carrera, las manos de mamá en mi cintura, el dolor en los brazos, en las piernas, en el pecho... y el sueño. La modorra. Después, a mi padre al volante. Y la explosión...

Mi padre ha corrido mucho, pero al final parece que hemos llegado, aunque no sé adónde. Veo un edificio cercado por un alta valla, ante el que nos hemos detenido, y sospecho que ese destino tiene que ver con la conversación telefónica y el mapa. Salgo despacio, apoyado en mi madre. Sus manos están muy muy calientes, y me hiere la luz del sol. Por lo que veo por el retrovisor, solo un segundo, tengo los ojos amoratados.

Si es lo que sospecho, me estoy convirtiendo en uno de *ellos*. No sé si en este lugar podrán hacer algo por mí, pero al menos mis padres lo han intentado.

Ahora podré dormir...

2.

Por fin, tras el estremecedor encuentro de anoche, puedo decir que estoy despierto y lúcido, aunque no sé si soy la misma persona que llegó aquí hace seis semanas, que es todo lo que he podido conocer sobre el tiempo transcurrido. Desde entonces no he visto un calendario ni oído noticias en la radio o en la televisión. Si me fío de lo que me cuentan, y por los cálculos que puedo hacer, deduzco que estaremos a mediados de mayo. Poco a poco voy recomponiendo mi vida anterior, recordando detalles de antes y de ahora. Pero recordar no es lo mismo que saber.

Apenas me han explicado nada sobre las primeras semanas que pasé aquí. Lo resumen diciéndome que estuve inconsciente, aunque eso no es del todo cierto porque, a medida que se disipan nieblas que ocultan mis recuerdos, puedo evocar lo que quizá fueran sueños, pero también sucesos reales, como la imagen de mis padres observándome en la camilla a través de una ventana acristalada y supongo que insonorizada. Mi madre lloraba; yo la veía, pero no podía oír su llanto.

Por lo que veo a través de la ventana de esta habitación, más parecida a la de un hotel que a la de un hospital, falta poco para la puesta de sol. El cielo está despejado, la temperatura es tibia y me rodean montañas cubiertas de bosques, lo que me hace suponer que este sitio está hacia el norte. Tampoco me han dicho dónde estoy ni cómo se llama este lugar, al que todos se refieren como «el Centro». Lo importante es que ya no estoy atado a tubos ni a sensores que controlen mi presión arterial o los latidos de mi corazón, ni hay frascos o sobres con medicinas, como recuerdo de esas primeras semanas de falsa inconsciencia. Mis manos están ya libres de vendas y puedo mover los dedos con libertad. La puerta está abierta y podría salir y recorrer a mi antojo el enorme edificio donde ahora vivo, y que parece construido para mí. Nadie me impediría el paso, ni siquiera a los lugares más reservados, ¡y ay de quien intentara hacerlo! Ahora soy el dueño de este lugar, que tiempo tendré de conocer a fondo.

Acaba de visitarme uno de los médicos. Inclina su cabeza a modo de saludo y me pregunta qué tal estoy. Le digo que bien. Me avisa de que cuando caiga la noche tienen intención de repetir el encuentro de ayer. «Serán tres, quizá más», me advierte. No me importa; traspasada la frontera del pánico, puestas a prueba mis capacidades, ya no tengo miedo. Antes de irse, me pregunta si necesito algo y respondo que no. «Nos vemos en la cena, dentro de una hora», dice antes de cerrar la puerta, intentando ser amable.

Ayer a mediodía, por primera vez desde que ocurrió lo de la casa, pude hablar con mis padres. Lo hicimos a través de una mampara de cristal que nos aislaba. Por lo visto, los médicos les dijeron que debían preservarme de cualquier infección, pero yo sé que es mentira, que la razón tiene más bien que ver con que aún no están preparados para tocarme: se asustarían, y necesitan tiempo. A mí me aconsejaron que no hiciera o dijera nada que los inquietase y despertase emociones incontrolables. Había micrófonos y altavoces a ambos lados y sus voces me resultaban metalizadas, como sucede en una videoconferencia.

Todos nos esforzamos por hacerlo bien, supongo. Estábamos sentados a corta distancia y, a excepción del tacto, me llegaron todas las sensaciones de estar junto a ellos, lo que incluía el perfume dulzón de mi madre y la loción de afeitado de mi padre. Y su calor.

Tras los saludos típicos, y después de asegurarnos que todos estábamos bien, lo que significaba dejar de lado su angustia por mi situación, mi madre trató de mostrar su optimismo:

–Nos dicen que en una o dos semanas saldrás de aquí, que estás ya recuperado. ¡Qué alegría, hijo! No sabes las ganas que tenemos de que vuelvas a casa.

–Lo imagino, mamá. Yo también –traté de que mis palabras resultaran sinceras.

–Se nos hace vacía la casa sin ti, pero ya no falta nada. Debes tener un poco de paciencia. Los abuelos y el tío Marco te envían muchos recuerdos.

–¿Están bien todos?

–Sí, al principio muy preocupados por ti, pero al tanto de tu mejoría. Ya verás la alegría que se llevan cuando sepan que pronto estarás en casa.

–¿Necesitas algo para cuando estés allí? –es mi padre el que pregunta ahora, siempre dispuesto a resolver cualquier problema de intendencia.

–No se me ocurre nada.

Fué incómodo, imagino que también para ellos. Sospecho que les habría gustado abrazarme y llevarme de allí, pero estaban resignados de antemano a las condiciones impuestas por este lugar en el que estoy internado. Por otro lado, cuando en una conversación todo el mundo sabe que obvia las preguntas importantes (qué sucedió y por qué, cómo vamos a hacer a partir de ahora, qué será de nosotros), es como tener un melón y verse obligado a comer la piel sin tocar la pulpa. El amargor no sacia y deja un sabor áspero en la boca.

Divagamos un rato más, hablando de cuestiones insustanciales (difusos planes de descanso durante el verano, cartas enviadas por compañeros del instituto, el embarazo de la hermana de mi madre, la marcha del trabajo de mi padre...) hasta que, poco después, una médica irrumpió con una sonrisa en la salita en la que estaba yo. Dijo que solo disponíamos de cinco minutos más y que yo debía descansar. Juraría que ella estaba escuchando nuestra charla y que aquello era una ayuda para librarme de esa conversación un poco opresiva.

Al despedirnos me inquietó la manera y la intensidad con que mi madre observaba la ropa que vestía, no muy distinta de la que habría podido llevar al instituto. Me pareció una mirada inquisitiva, profunda y absorta, como si durante todo un minuto la imagen se hubiera coagulado entre sus párpados. Pronto caí en la cuenta de que en realidad el problema era mío. Ella solo me echó un vistazo, no fueron más de un par de segundos. Fui yo quien sufrió esa dilatación del tiempo, quien captó a cámara lenta el recorrido de los ojos de mi madre desde el cuello de mi camisa hasta mis zapatillas, en una fracción entre dos de sus pestaños. Algo parecido me ocurrió anoche, y sospecho que esta cualidad tiene alguna ventaja, aunque no sé bien qué partido podría sacarle.

Mis padres se acongojarían si les dijera que no tengo prisa por volver a casa. Hay tantas cosas a las que debo acostumbrarme todavía que temo que ellos sean un obstáculo para mí, y yo para ellos. ¡Si supieran que apenas los recuerdo de cuando yo era niño! Mi vida entre los cinco y los nueve años es una mancha borrosa, una zona de niebla en la que no puedo distinguir nada. Tampoco me acuerdo claramente de mis abuelos maternos, ni de esa hermana de mi madre de la que debería saber que está a punto de parir un hijo que se supone será mi primo, una palabra que no tiene significado afectivo para mí.

Los médicos me tranquilizan. Dicen que poco a poco recuperaré esos recuerdos que están adormecidos dentro de mí, pero que acabarán por aflorar. Y que lo harán con la misma claridad que ahora recuerdo otras cosas, con una intensidad salvaje.

Cuando tengo dudas de si estoy soñando o no, llevo mi mano a una zona entre el ombligo y la ingle derecha. En esa región blanda y desprotegida palpo una dureza algo prominente, como si me hubieran insertado una canica entre el músculo y la piel, la única huella externa de lo que ocurrió aquel día en la casa. En apariencia solo ha cambiado eso, pero la primera vez que me coloqué frente a un espejo, después de despertar, tuve miedo de que reflejase *algo* o *a alguien* que no conociera.

A pesar de que esa inspección me tranquilizó, de que el óvalo de mi cara, mi nariz, ojos y labios me resultaban familiares, sé que muchas otras cosas han cambiado, aunque esas no pueden verse en los espejos. Ahora tengo que acostumbrarme a ellas, y los demás también.

Esta habitación es acogedora y espaciosa. Además de una cama, hay dos sillones cómodos, un escritorio frente a la ventana y una estantería a la que han trasladado libros variados que podrían gustarme, aunque aún no he tenido tiempo de ocuparme de ellos. También hay un equipo de música y discos que antes solía escuchar, lo que significa que habrán preguntado a mis padres. Pero nada de eso me interesa de momento, y ni siquiera echo en falta un ordenador o un móvil que me permita conectarme con el exterior. En realidad, estas horas constituyen el tiempo más largo que he pasado aquí, porque hasta ahora he estado ocupado con entrevistas y exploraciones que han tratado de saber cómo estoy y, sobre todo, en qué me estoy transformando.

En un rincón del techo hay una araña, pequeña como un grano de arroz. Se mueve arriba y abajo como ingrávida pero en realidad recorre los invisibles hilos que ha tejido para capturar a sus presas. Sin moverme del sillón en el que estoy sentado, puedo ver que tiene en su abdomen siete diminutas manchas amarillas dispuestas en forma de V. Ayer, desde la terraza, contemplé cómo un gato acechaba y capturaba a un topillo; la escena de caza tuvo lugar entre las hierbas y arbustos que tapizan el suelo del jardín, y los dos animales se ocultaban uno del otro y de miradas ajenas. Pero yo *vi* a través del follaje el calor que emanaba de sus cuerpos, de forma tan nítida como *oí* el gruñido del gato que paralizó de terror a su víctima antes de saltar sobre él, y los aullidos de dolor del topillo mientras colmillos y garras desgarraban su cuerpo.

No sé en qué me estoy convirtiendo. También intentan saberlo los médicos y psicólogos que me atienden, que deben de temerme después de lo de anoche. Y con motivo.

Supongo que somos lo que recordamos. Cada noche nos entregamos al sueño, que es algo parecido a la muerte. Al despertar, nuestro cerebro rescata en pocos segundos el paquete de datos que nos convierte en lo que somos: lo que hemos aprendido del mundo y de nosotros mismos, lo que hemos vivido con la familia y los amigos, las obligaciones y los planes para ese día o los meses sucesivos... Mi vida anterior fue así. Mi madre me despertaba y en pocos segundos yo era yo. Pero ahora es diferente. Llevo varias semanas

despertándome. Hay cosas que recuerdo y otras que no. Creo saber más o menos quién soy. Sé que soy hijo de mis padres, pero también parece que soy nieto de alguien que no recuerdo quién es ni cómo es. Así que no puedo asegurar que sea la misma persona que entró aquí, al menos de momento.

Debo prepararme para ir a cenar. También esto es nuevo. En mi vida pasada casi siempre lo he hecho con mis padres. Ahora actúan de padres dos médicos que me hacen compañía, un hombre y una mujer, a los que a veces se une el psicólogo. Deben de pasar la noche aquí, se supone que cuidándome. Soy el único paciente de este extraño hospital, si es que es un hospital, que tampoco lo sé.

Voy al baño. Me lavo las manos y los dientes por rutina, ya que en realidad están limpios. Me observo en el espejo, que solo permite ver mi rostro y parte de mi torso. Me pregunto una vez más quién soy yo ahora. Soy humano, sí, y algo más. Pero ¿llego a ser un monstruo...?

Cuando entro a la sala que hace de comedor, aún no hay nadie. Un reloj indica que faltan siete minutos para las ocho y media. Es temprano. Me entretengo echando un vistazo a cuadros colgados en la pared, con paisajes y figuras que no me dicen nada. Uno muestra un paisaje marino, con un acantilado y una playa por la que pasea una mujer solitaria y pensativa. No recuerdo haber estado nunca tan cerca del mar, aunque supongo que me habrán llevado alguna vez.

No sé si mis padres sabrán que el tío Marco ha venido por aquí al menos dos veces. De él no tengo recuerdos de cuando estuve adormilado, pero sí me acuerdo de una primera visita al poco de despertar, y luego de otra unos días después, cuando yo estaba más consciente. A diferencia de las visitas que me han hecho mis padres, a él sí le dejaron pasar a mi lado y tocarme, y yo me alegré porque estuviera cerca. A mi padre, especialmente, le amargaría saber que su hermano ha disfrutado de una cercanía conmigo que a él le han vedado.

El tío Marco es una pieza del rompecabezas que trato de componer. No sé todavía qué papel juega en este drama, pero sí tengo claro que es el responsable de que yo esté aquí; que mi padre le llamó cuando ocurrió lo de la casa, y que él los guio hasta este lugar. ¿Habría muerto si me hubiesen llevado a un hospital normal? ¿Cómo conocía él este centro? ¿Está al tanto de lo que me ocurre? ¿Habría ayudado lo sucedido a que él y mi

padre se reconcilien? Las lagunas de mi memoria me impiden distinguir entre lo que he olvidado y lo que nunca he sabido.

Entra la doctora. Es una mujer joven, no muy alta, a quien he comprobado que le cuesta trabajo sonreír. Me saluda por mi nombre y me tiende la mano, como ha hecho siempre, quizá sabiendo que me desagrada el besuqueo entre desconocidos. Sus dedos son muy suaves, y creo que los médicos me dan la mano solo para que me acostumbre al calor humano. «¿Cómo estás hoy?». Ella debería saberlo mejor que yo: anoche, después de lo ocurrido, me acompañó a la habitación y me extrajo un par de centímetros cúbicos de sangre, que ya debe de haber analizado. «¿Qué tal las pruebas?», le respondo yo. «Todo normal. ¿Notas algún síntoma especial?». Niego con la cabeza, diciéndome que la sensación de victoria, la euforia después del pánico, la sensación de poder, no deben aparecer en los análisis de sangre.

Por supuesto que conozco a esta médica, aunque no he trabajado mucho con ella y no sé qué función tiene aquí. Tal vez se ocupe de los microscopios y de las analíticas. Se apellida Robles, pero no sé su nombre de pila porque todo el personal del Centro se trata por el apellido. «Doctora Robles, acuda a la sala de rehabilitación», se escucha a veces por los interfonos. Pero aseguraría que no es su apellido real. El médico que me hizo ayer la prueba, y que vendrá hoy a cenar, se llama Rojo. Hace unos días, caí en la cuenta de que además está una enfermera apellidada Blanco; al psicólogo se le conoce como el doctor Calle, y luego hay apellidos como Del Pino, Tejedor, Romero o Palacios. Incluso los vigilantes se llaman Moreno y, en un malabarismo imaginativo, Pedroso. No hay entre ellos ningún Díaz, González, Pérez o Sánchez, y he contado hasta dieciséis personas aquí. Quizá haya más. Ese supuesto encubrimiento de apellidos lo tomo como una especie de juego, pero me inquieta.

En un aparador hay lo necesario para poner la mesa, y comenzamos a prepararla. «Seremos tres», dice ella, que es bastante lacónica. Durante un rato no hay más que el tintineo de cubiertos, el tabaleo de platos y nuestras pisadas por el suelo. En realidad, yo percibo algo más, lo que debe de ser un nido de cucarachas en un extremo de la sala, pero no digo nada. Poco después, escucho pisadas que atraviesan el largo pasillo en esta dirección. Segundos más tarde, vuelve a abrirse la puerta y aparece el médico que me visitó en la habitación hace un rato:

–Buenas noches. Disculpad, llego tarde. ¿Todo bien?

En realidad, faltan dos minutos para la media, de modo que esas disculpas son solo una forma de llenar el silencio.

El hombre se mueve con agilidad y remata los últimos detalles, trayendo los cubiertos del postre y alineando cubiertos y platos con una disposición milimétrica. Debe de ser algunos años mayor que mi padre, pero es un hombre que debe de resultar atractivo para las mujeres, delgado, con cabellos que peina hacia atrás, perilla y unas gafas que cuelgan siempre de su cuello pero que solo utiliza para leer. A diferencia de la doctora, es hablador, pero su locuacidad no resulta molesta porque siempre encuentra temas interesantes que tratar y el tono adecuado para cada caso. Si no fuera por él, me digo, la médica y yo comeríamos casi en silencio, como con mi madre, y solo hablaríamos de trivialidades.

–Me entretuve viendo las predicciones del tiempo. Parece que en un par de días tendremos tormentas y agua en abundancia. Estoy harto de esta sequía.

–Más vale que vayas acostumbrándote –dice la doctora.

– ¡No quiero acostumbrarme! Reclamo la porción de agua que corresponde a estas latitudes. Alguien en el planeta está disputando de la que a mí me corresponde.

Nos sentamos al fin y el médico sirve agua en los vasos. Sé que junto al aparador hay una nevera con zumos variados, que solo tomo en el desayuno. La mesa tiene capacidad para seis personas, de modo que estamos holgados. En la sala hay otras cuatro mesas iguales, y me pregunto si en alguna ocasión se habrán reunido simultáneamente treinta personas en alguna comida, pero todo en este sitio está sobredimensionado.

En el Centro hay diez habitaciones como la mía, seis cubículos como el que ocupé cuando estaba inconsciente, un quirófano, una pequeña piscina, un amplio gimnasio que debe de ser sala de rehabilitación, una sauna, una biblioteca, cocina, salas de visita, despachos de consulta y supongo que otras dependencias que aún no he visitado. Todo para un único paciente, que soy yo. Mientras los doctores hablan, me hago preguntas cuya respuesta quizá no conozca jamás.

Como si los pequeños gestos estuviesen sincronizados, cuando el hombre apoya la jarra sobre la mesa escucho la llegada del carrito con la comida. También entre el personal de servicio hay turnos, y el de la noche suele ser un hombre, quizá paquistaní, que abre, deja el carro junto a nosotros tan silencioso como llegó. Dejo que me sirvan y durante un par de minutos permanecemos en silencio, que es roto poco más tarde por el médico:

–¿Recordáis el fresno seco que hay junto al estanque? Me enteré de que iba a ser cortado y sustituido por otro y he comprado un ginkgo, que el jardinero plantará mañana. ¿Sabéis que hasta 1700 no hubo ningún occidental que viese un ginkgo vivo? Se pensaba que estaba extinto.

–Creo que vi uno en un botánico –responde la doctora.

–Puede ser. Se puso de moda a partir de esa fecha, y en Europa se pagaban cantidades astronómicas por ellos.

Me surge una pregunta y me veo con fuerza para formularla en voz alta:

–¿Quién paga todo esto?

–¿El árbol? ¡Yo! –Dice el médico, ufano–. No es tan caro como parece, y quizá sobreviva mil años. Es un buen recuerdo para la posteridad, ¿No?

–Me refiero –hago una pausa y dejo la cuchara en el plato mirando fijo a los ojos del hombre– a este lugar. El edificio, los médicos, el jardinero, la comida. Todo esto.

Los dos me observan con atención y suspenden también la cuchara en el aire. Es él quien interviene:

–Creo que una Fundación, algo así. Mucha gente con dinero, claro.

–¿Una Fundación de qué?

–Ni idea. El acrónimo es algo así como Fundación para el Desarrollo Humano con no sé qué cosas.

De improviso el tiempo se suspende y creo adivinar la utilidad de esa grabación a cámara lenta que viví con mi madre ayer. La doctora mira sin pestañear al hombre, cuya sonrisa está congelada. No obstante, hay un movimiento casi imperceptible del iris de su ojo izquierdo, que oscila de un lado a otro como la mirada de un animal que buscara una salida para salvar su vida. Puedo suponer que la conversación es incómoda para él, y quizá que miente, pero no tengo forma de demostrarlo. Me siento con valor para seguir preguntando:

–¿Hay otros centros como este?

–En Europa, creo que no –sigue él–, pero quienes me contrataron también me ofrecieron trabajo en Australia, aunque no sé si del mismo tipo que aquí.

–¿Y qué tipo de trabajo se hace aquí?

La crema de verduras se enfría en los platos, pero nadie se siente capaz de seguir con la cena. Él sonrío mientras habla despacio, adoptando un tono profesional:

–En general, tratamos infecciones de organismos exóticos o infrecuentes, caracterizando la sintomatología y desarrollando tratamientos e inmunización, cuando procede.

La mujer lo escucha con respeto y no hace ademán de intervenir. Él tiene más edad, quizá mucha más experiencia, y tal vez sea uno de los miembros de esa Fundación.

–¿Alguien, además de mí, ha pasado por aquí?

–Un mes antes que tú, dos gemelas francesas, de veintitrés años –su respuesta parecía sincera y miró a la mujer, buscando un asentimiento que se produjo.

–¿Qué ha sido de ellas? –de pronto no quiero dejar ningún resquicio, o al menos la posibilidad de obtener alguna información relevante.

–Muchacho, eso es secreto médico.

–¿Lo de anoche también tiene que ver con el tratamiento? –pregunto fijando la mirada en él.

–¡Por supuesto! –responde de prisa–. Se trata de valorar y predecir la relación presente y futura entre el hospedador y el parásito.

–¿He sido parasitado, entonces? ¿Me libraré de él? ¿Qué es *eso*, en realidad?

Esta vez no responde. Extiende el torso hacia atrás, levanta los brazos como rindiéndose y esboza una sonrisa:

–Bueno, chico, hasta aquí. Estamos cenando, ¿no? En las consultas podemos hablar de estas cosas y de otras muchas. Pero no olvides que estamos en proceso y que te quedan semanas para obtener el alta. Al final de tu estancia aquí se te dará un informe detallado –hace una pausa y sigue–: A ti y a tus padres.

No insisto. Volvemos a la cena. Retiramos los platos con la crema y servimos el segundo, que está ya tibio. Para aliviar la tensión generada por el interrogatorio, él se dirige a ambos con entusiasmo:

–¡Me encantan los árboles! Un día tendré un terreno en el que plantar especies capaces de hablar entre sí.

–Está bien –la médica quiso hacer una gracia sin gracia–. Iremos a verte y trataremos de hablar con ellos.

–No, lo digo en serio: los árboles se comunican. Intercambian señales químicas que favorecen la floración, la resistencia a enfermedades o la prevención de plagas. Pero no todos los árboles son compatibles...

Callo mientras ellos hablan. No me avisaron de lo de anoche, pero sí de lo que me espera en un par de horas, quizá con tres o con cuatro a la vez. Por supuesto, tengo miedo. Observo al médico. Quizá fue él quien ideó la experiencia, que dudo se haya realizado antes con esas gemelas. ¿Y si hubiera salido mal? ¿Estaría de nuevo como al principio, tendido en la camilla, inconsciente? ¿O quizá muerto?

No intervengo el resto de la cena. Por lo que dicen, deduzco que la mujer lleva poco trabajando aquí. Los dos viven en algún pueblo cerca, cuyo nombre se han cuidado de no pronunciar. Cambian de turno a las tres de la madrugada. Anoche, él estuvo solo, observando detrás del cristal. No sé si hoy ella le acompañará. Antes de despedirnos, el doctor me dice:

–¿Estás bien? Te has quedado muy callado al final. Tal vez estés cansado. ¿Quieres que lo aplacemos a mañana?

–No. Está bien hoy.

–¡De acuerdo! ¿Qué te parece dentro de una hora?

–Vale.

Hay un ascensor para subir a la planta de arriba, donde están las habitaciones, pero elijo las escaleras. Eso supone recorrer el pasillo hasta el final y luego ascender tres tramos de escalones. Como no hay interruptores, las luces automáticas van encendiéndose a tramos, a medida que avanzo, pero eso significa que siempre hay una zona de oscuridad, o al menos de penumbra, por delante de mí. Los primeros días alguien me acompañaba, pero a partir de un momento pedí hacerlo solo, pese a que aquello me daba terror. El pasillo es ancho y los techos son altos. Si me detuviese un rato, cosa que no he probado, las luces se apagarían y quedaría envuelto en la negrura hasta que un sensor me detectase de nuevo. Durante el día casi siempre hay personal por allí, haciendo la limpieza o trabajando en despachos, pero a esas horas de la noche, solo debían de estar los dos médicos y un vigilante nocturno que a veces he visto hacer la ronda por el jardín. El silencio, por tanto, es total. Llego al final del pasillo y, como es de esperar, se enciende una luz en el primer rellano, pero el piso superior aún está oscuro. Si presto atención, hay pequeños ruidos, como el de una polilla cabeceando frenética contro una bombilla. Y fuera están los grillos y alguna rapaz que aúlla al comienzo de la noche. Como queda algo de la claridad vespertina, entra luz por una ventana superior, pero eso no hace más que acrecentar las aprensiones, porque las barandillas y los barrotes de los escalones

proyectan sombras inquietantes sobre el suelo y las paredes. Alguien podría suponer que en este escenario gótico, silencioso y claustrofóbico, al protagonista de la historia le espere algo así como una momia ululante al final de la escalera, o un caballero con la garganta cortada y chorreando sangre, tendiendo hacia él unas manos que piden auxilio o claman venganza. Pero no es eso lo que yo podría temer. Hay cosas peores. Están aquí, encerradas entre los muros de este lugar. Y, por lo que he comprobado, tienen vida autónoma.

Llego a mi habitación. Ya comprobé otros días que las demás puertas están cerradas, pero la mía está siempre abierta. Ni siquiera tiene algo parecido a un pestillo que pudiera aislarme de peligros de fuera. Aquí sí hay interruptores, tanto generales como de pequeñas lámparas dispersas junto a la cama, sobre la mesa, al lado de los sillones... No me gusta la luz del techo, así que enciendo varias lámparas y apago la de arriba. Abro la ventana. Quizá, como decía el médico, haya un cambio de tiempo, porque me llega un leve olor a ozono. A las diez, en pocos minutos, se encenderán los aspersores del jardín y comenzarán a huir del suelo pequeños animales voladores que durante unos minutos flotarán iluminados como fantasmas alrededor de las luces exteriores. Llevo lo bastante aquí como para conocer las rutinas, pero me digo que nunca he vivido aquí una tormenta, rodeado por montañas que deben amplificar los truenos y de árboles que se iluminen altos como fantasmas. ¿Cómo se comportarán *ellos* en medio de una tormenta, con el aire cargado de electricidad?

Hago pis y me lavo los dientes. Cada vez que puedo me miro en el espejo, por ver si descubro algo que aún no he visto. Acabada la inspección, llevo mis dedos hacia el bajo vientre, por debajo de la cintura del pantalón. Ahí está esa protuberancia, algo parecida a un grano de grasa pero más dura. No me duele, pero está ahí. Los primeros días pregunté qué era y si me lo podían extraer. Sobre lo primero me dieron vagas explicaciones. A lo segundo me respondieron que no, y después de mucho insistir me dejaron ver la imagen de una ecografía. No es una pequeña esfera limpia e insertada en la piel. Se trata de un glóbulo orgánico que extiende ramificaciones por una superficie comparable a la palma de mi mano, como esos dibujos que pueden verse en los libros de texto del cuerpo de una neurona con sus dendritas. «Está muy vascularizado y comunicado con vasos y nervios. No sabemos qué ocurrirá si intentamos extraerlo», me dijeron, así que no insistí. «Puede que se disuelva solo, o que tu organismo acabe por deshacerse de eso», añadieron. Por eso, me someten a una eco cada dos días, lo miden y lo acarician, casi diría que

mimándolo. En este tiempo no ha habido ningún cambio. La hipótesis de uno de estos médicos medio pirados es que la agudización de mis sentidos tiene que ver con *eso*, que ya forma parte de mi cuerpo. Si fuera así, tendría un órgano distinto.

Me pregunto cuántos de estos detalles conocerán mis padres, pero antes de que yo pueda salir de aquí supongo que los informarán de estas y de otras cosas, porque tendré que seguir durante un tiempo con análisis y pruebas. ¿Serán capaces de contener su angustia? ¿Me convertiré en alguien sujeto a estrecha vigilancia y estarán siempre pendientes de mis cacas, mis bostezos o mis estornudos? ¿Me dejarán salir solo de casa? Y, lo que es más importante: ¿podré hacerlo?

Un par de insectos se cuelan volando en mi habitación, así que cierro la ventana. Se llamarán de alguna forma, pero no sé cómo. Uno es grande, con alas de color verde claro que doblan la longitud de su cuerpo, y realiza sibilantes vuelos de planeo. El otro es pequeño, de alas transparentes y diminutas que agita con desesperación. No debo temerlos, carecen de aguijón. Además, si quisiera, podría cazarlos al vuelo. Ya lo he probado con moscas, que vuelan mucho más rápido, y ahora soy infalible.

Echo un vistazo a la torre de discos que me trajeron. Por lo que comprobé son nuevos, pero se han molestado en quitarles las fundas de plástico, como invitándome a utilizarlos. Solo una vez encendí la cadena de música y puse un disco, que debe de seguir allí. De repente, el grupo que me gustaba dejó de parecerme interesante, y ese desapego incluyó al resto de intérpretes y canciones que me llevaron. Los títulos de los libros sí llamaron mi atención, pero no he abierto ninguno todavía.

Para leer se necesitan una disposición y una calma que todavía no tengo.

Pese a ser espaciosa, la habitación no da para pasear, y he pasado parte de la tarde en el sillón, de modo que me tiendo en la cama. Anoche, más o menos a estas horas, llamaron a la puerta. Hoy lo harán más tarde, pero ocuparon un buen rato en preguntarme qué tal estaba, en medir mi tensión y en introducir lo que fue una nueva prueba para comprobar la reacción de mi cuerpo a un estímulo distinto. Eso me dijo literalmente el doctor Rojo: «un estímulo distinto». En eso se equivocó, porque no era nuevo, pero no dejó de sorprenderme. Caigo en la cuenta de que el encuentro de hoy será más o menos a la misma ora que ayer, cuando *ellos* están activos.

No conocía la sala a la que me llevaron: una habitación desnuda y no muy grande. Tardaron un poco en explicarme el propósito y en prepararme para la prueba. Querían

estudiar la reacción de mi cuerpo a ciertas luces y sonidos, me dijeron. Llevaron una silla de respaldo alto, con reposabrazos, en la que debía sentarme. Me pidieron permiso para colocar algunos sensores en mi pecho, en mi cuello y en mis parietales, que debían medir la temperatura, la tensión y los latidos cardiacos. No me sorprendió que me solicitaran que desabrochara mi pantalón y colocaran el último, que parecía algo más voluminoso, junto a la canica de mi abdomen, al tiempo que me preguntaban si estaba incómodo con él. Convinimos un código de pánico: si la experiencia me resultaba demasiado molesta o dolorosa, detendrían las pruebas; solo bastaba con que yo llevase mi mano izquierda a la nuca. «Así», me dijeron haciendo el gesto. «¿Quieres repetirlo tú?». Lo repetí. «No lo olvides: la mano izquierda», insistieron. «La sala estará en penumbra, pero las luces que provienen del suelo variarán de color, como cambiarán los sonidos de graves a agudos», me dijeron mientras señalaban una tira de leds que recorría la periferia de la habitación, «puede que de forma periódica, pero también rítmicamente, oscilando, ¿lo entiendes?». «Sí». «¿Quieres que hagamos una prueba antes de nada?». «Creo que no». «¿Seguro?». «Sí, seguro». Y añadieron, antes de dejarme solo: «Puedes abrir o cerrar los ojos, como quieras. Y es posible que percibas algún cambio de temperatura, pero todo está controlado, ¿vale? ¿Quieres seguir?».

Cuando todo estuvo preparado, el doctor Rojo me sonrió y me dio una suave palmada en el dorso de la mano. Al cerrar la puerta, vi cómo se encendía una pequeña luz roja sobre el dintel. Estaban grabando.

Puede que se tratara de una cámara anecoica, porque durante un tiempo el silencio fue absoluto, hasta que me acostumbré a oír el borboteo de la sangre entre las cámaras de mi corazón. El cordón de luces, que durante este tiempo se había mantenido en un blanco amortiguado, comenzó a palpitar haciéndose algo más intenso, al mismo ritmo de mis latidos. De pronto, viró al rojo y se mantuvo un tiempo, para pasar luego al verde, al azul, y volver al blanco. Por lo que yo podía percibir, aquello constituía una prueba inocua, y el ciclo de luces se repitió una vez más, hasta que comenzaron los sonidos, oscilando entre graves y agudos, como me habían advertido, vibraciones en las que yo trataba de adivinar una cuerda de violín o el zumbido producido por el aire al pasar por el cuello de una botella.

De repente se hizo el silencio y, pasados unos segundos, pude rescatar el sonido de mi corazón. Las luces volvieron al blanco y se mantuvieron estables durante un minuto, pero,

de improviso, distintas porciones de leds comenzaron a oscilar en periodos y colores que parecían aleatorios, a la vez que combinaciones de sonidos producían un ruido cuyo volumen en algún momento me resultó insoportable. No estaba asustado, sino molesto con aquel desorden auditivo y visual, y pensé que si lo que querían era medir cómo mi frecuencia cardiaca se incrementaba con el ruido y los destellos, debían de estar consiguiéndolo, porque noté cómo mis manos se crispaban sobre el reposabrazos y mi corazón latía con más fuerza. «Bien, hemos acabado», me dije a punto de llevar mi mano izquierda sobre la nuca. «Jamás entraré en una discoteca con disparos de láser y ruido a todo volumen», recuerdo haber pensado. Debieron de notar mi gesto crispado porque de pronto el ruido cesó, la luz volvió al blanco tamizado y se fue progresivamente apagando, hasta que solo quedó el punto rojo de la cámara en grabación.

Mis latidos fueron reduciendo su frecuencia y de pronto lo vi. Fue solo una fracción de segundo, un culebreo levísimo en la oscuridad, al tiempo que bajaba la temperatura. Sin poner palabras aún a lo que era, noté cómo el vello de mis brazos se erizaba y cómo se contraía mi estómago. Después, volvió a oscilar brillante en un sitio distinto, y mis dientes rechinaron. «¡No puede ser!», me dije.

En ese mismo instante tomé conciencia del papel que jugaba ese órgano situado en mi vientre, de esa excrecencia que no es exactamente mía pero que forma parte de mí. Noté una descarga cálida y sedante procedente del núcleo de aquella esfera que se extendió primero por la zona adyacente e inundó luego el resto de mi cuerpo, y el tiempo pareció dilatarse mientras mis pensamientos fluían: «Calma. Solo es una prueba. En esto consiste el experimento, en tratar de reproducir lo que sentí en la casa. Yo les he hablado del aspecto de estos seres y se trata de una proyección holográfica, de meros dibujos en la oscuridad. Desean saber que puedo controlar mi miedo y lo conseguiré. Ellos no volverán a producirme pesadillas, ni despierto ni dormido. Conseguiré dominar el pánico...».

Después de aquello, mis dedos y los músculos de mis mandíbulas se fueron relajando y los latidos de mi corazón buscaron un ritmo normal. Atisbé en la negrura, buscando...

Llaman a la puerta y debo interrumpir mis recuerdos. Es Rojo y viene a por mí. «Adelante», digo. Me sorprende. No es él, sino Robles. «El doctor quiere saber si estás preparado». «Lo estoy», respondo mientras me levanto. «¿Quieres beber algo antes? ¿Hacer pis?». Niego con la cabeza y chasqueo la lengua. Dejamos las luces encendidas, pero cerramos la puerta. Me digo mientras sigo a la mujer que lo importante es impedir

el pánico, y espero que el órgano de mi vientre, al que tendré que poner nombre, contribuya a ello.

Vamos a la planta baja y utilizamos el ascensor. Mientras desciende, ella alza su mirada hacia mí, y no sé cómo interpretarla, porque hay una mezcla de simpatía y de compasión. Me da rabia lo segundo, pero entiendo que para ella no soy más que un enfermo. Imagino que en algún momento los médicos no pueden evitar esa mirada conmisericordiosa hacia sus pacientes. El viaje es rápido. Sigo a la mujer, pero podría hacer yo solo ese camino.

El doctor espera a la puerta. Se supone que ya conozco lo que va a suceder y, además, me ha anticipado que serán varios los entes que convivirán conmigo en esa habitación cerrada. Rojo coloca una mano sobre mi hombro mientras me pregunta:

–¿Estás bien? Si no, podemos dejarlo para mañana.

–Estoy preparado.

–Ya sabes lo que hay. Sigue en pie el gesto de corte, ¿recuerdas? Mano izquierda a la nuca.

–Ajá, pero no entraré en pánico.

–Escucha... No te confíes. No conocemos bien la función de esa cosa que tienes en el vientre. La vez anterior te protegió, como me dijiste, pero no tiene por qué hacerlo ahora, o no como lo esperas. ¿Comprendes?

–Comprendo, pero no va a pasar nada.

–Mi deber es preservarte de cualquier riesgo. El otro día estuvimos a punto de cortar porque tu corazón se desbocó a ciento setenta. La doctora Robles me ha convencido de que ese límite es una barbaridad, y lleva razón. Si sube a ciento cincuenta, abortamos aunque no levantes tu brazo. Quiero que también lo sepas.

–¿Y qué sucederá en caso de cortar?

–Eso déjalo de nuestra cuenta. Está previsto –su gesto es más severo que el de la noche anterior, y continúa hablando–: Vamos a hacerlo todo más breve; no habrá luces ni música estridente. Simplemente esperaremos. ¿Te atreves a aguantar media hora en la oscuridad?

–Sí.

–Toma, pasa –me tiende dos discos, uno más grueso que el otro–. Creo que tú mismo podrás colocártelos. No olvides que estamos aquí.

Entro en la habitación en sombras, iluminada por un blancor lechoso a ras de suelo. La luz roja sobre la puerta ya está encendida. Antes de sentarme, retiro las películas de protección de los dos discos y me adhiero los sensores asegurándome de que están bien colocados. No sé por qué las palabras del médico me han llenado de aprensión, pero estoy convencido de que aún no me conoce bien, de que no sabe del todo quién soy ahora.

«No entrar en pánico», me digo. Es lo que tengo que evitar. Nada más sentarme, la intensidad de las luces se reduce gradualmente, hasta que no queda más que un tenue resplandor que apenas indica los límites de la habitación. Me siento cómodo, con los codos y las manos firmes en el reposabrazos. Si mis padres supieran lo que estoy dispuesto a hacer... Nunca lo sabrán. Incluso aunque se lo contara, no lo imaginarían.

Miro al frente. El destello rojo atrae mi atención, pero intento que mis ojos capten todo el campo visual, incluida la negrura que hay a mi alrededor. Es posible que todo comience como la otra noche, por un destello serpenteante que dure una décima de segundo, y quiero estar atento a ese instante, que podría coincidir con el de un parpadeo. Ante la ausencia de estímulos, mi cerebro vaga por regiones que no controlo, y pienso en mi tío Marco, que ha prometido venir otro día y responder a mis preguntas. ¿Por qué él sabe más que mi padre? ¿Cuáles son las razones profundas de las disputas entre los dos hermanos? Tenía razón el tío: la casa estaba maldita. ¿Por qué mi padre no le hizo caso? Seguro que mi tío intentó convencerle con argumentos poderosos. ¿Cuál fue la parte que su padre no creyó? No queda más remedio que esperar respuestas a esas preguntas, como no hay otra que seguir sentado esperando. ¿Cuánto tiempo habrá transcurrido?

De pronto, una desazón me araña como un zarpazo: ¿y si Rojo y Robles me abandonaran aquí? ¿Quién puede asegurar que sigan tras la puerta, e incluso que el vigilante nocturno se haya ido con ellos? Siento el borboteo de mi sangre, y las preguntas se agolpan sin que pueda controlarlas: ¿y si todo, el edificio, y los nombres falsos de los médicos y del personal, y esta habitación, no fuera sino una macabra trampa para cazarme a mí, a esas gemelas francesas y a quién sabe quién más? ¿Podría abrir la puerta, si decidiera salir? ¿Quién oiría mis gritos de auxilio? Mis pulsaciones deben de pasar de cien, y eso que no ha ocurrido nada. Espero que ese órgano de mi vientre me proteja, pero ¿y si no lo hace, como advirtió el médico? ¿Y si, en lugar de eso, crece de pronto y va ocupando lo que son mis venas y mis nervios? ¿Y si no soy más que un estado transitorio, como la pupa de la monstruosa metamorfosis de un insecto? ¿En qué me transformaría,

en más cosa que humano o en más humano que cosa...? Acerco los dedos a mi vientre y toco esa canica, que está a la misma temperatura que el resto de mi cuerpo. No se me olvida: «mano izquierda a la nuca». Pero aún es temprano.

Por lo que sé, *ellos* solo salen de noche. Y la noche está poblada de aprensiones y fantasmas.

Respiro profundo. Seguro que si Robles y Rojo siguen ahí, habrán monitorizado mis latidos. Quizá se estén alarmando al creer que veo cosas que no pueden captar con su cámara. ¡Es el silencio! El miedo nace de la nada, proviene del silencio y de la oscuridad. Echo de menos algún sonido. ¿Cuánto tiempo habrá transcurrido? ¿Diez minutos, veinte? No me gusta esta espera. Aún no he llegado a la línea del pánico, pero esta sensación no me agrada. Debo de tener las pupilas dilatadas y estar forzando los músculos oculares, intentando captar cualquier brillo en la negrura. Presiento que hay algo, pero no sé qué es. ¿Y si esta vez aparecieran y atacaran sin hacerse visibles?

Anoche...

Anoche, lo que creía ser un holograma o una proyección resultó ser real. Era uno de *ellos*, una de esas sierpes fantasmales que nos atacaron en la casa. Imagino que hoy se harán corpóreas de la misma forma que ayer: primero un trazo forforescente y sinuoso que luego, poco a poco, fue adquiriendo consistencia y volumen mientras culebreaba por la sala, al comienzo ignorándome, como si no hubiera detectado mi presencia. Supe que no era una simulación cuando comencé a distinguir detalles de su cuerpo: lo que parecían tres ojillos diminutos y brillantes en un extremo, y otro similar en el opuesto, un cuerpo cilíndrico recubierto por algo parecido a escamas, dos apéndices filiformes en mitad de su cuerpo y una doble línea de puntos violetas recorriendo su dorso y su vientre. Nada que los médicos o los técnicos de aquí habrían podido imaginar, pero que concordaba con los monstruos que nos atacaron en la casa. No son de aquí. Nada, que se sepa, es capaz de flotar ingrávido. Nada conocido es capaz de atravesar los muros de esta sala, igual que se filtraron por las paredes de nuestra casa, como si fueran espíritus. Anoche sentí terror, claro, y habría tocado mi nuca con la mano izquierda de no haber estado paralizado por el pánico. Pero había algo más, relacionado con la curiosidad: quería verlos, saber a qué me había enfrentado y de qué manera podría protegerme de *ellos* en el futuro. Y hubo otro elemento decisivo: cuando *aquello* pareció verme y dirigió su extremo triocular hacia mí, la almendra de mi vientre comenzó a latir, al tiempo que generaba calor y me inundaba

una sensación de sosiego, como si mi advirtiera de que *eso, por esta vez*, no me causaría daño. Por eso conseguí mantenerme inmóvil, mientras la serpiente se me fue acercando en forma de una perfecta S, flotando, dirigiéndose hacia mi rostro. Y pude ver de cerca sus ojos sin párpados, dos hoyuelos grises a cada lado de lo que podríamos llamar cara y una línea recta asimilable a una boca, que quizá esconda unos punzones agudos y finos con los que sentí que nos mordieron en la casa, pero que *esta vez* no se mostraron. Luego, aquello desapareció a mi espalda. Durante unos interminables segundos, en los que no pude volver la cabeza, supe que aquella sierpe se mantuvo detrás de mí; la oí vibrar y sentí su helor. Y, de pronto, las luces se encendieron y *aquello* desapareció.

No los veo ahora. Quizá no se muestren hoy, a pesar de que Rojo me dijo que serían varios. ¿Cómo lo sabe? ¿Qué control tiene la Fundación sobre estos seres? ¿Qué saben los médicos, que aún no me han dicho? ¿Y qué buscan al exponerme a *ellos*?

La cámara sigue grabando lo que imagino será un plano estático, gris oscuro. Debe de ser muy sensible a la luz, por lo que vi esta mañana, cuando me enseñaron la secuencia filmada anoche en la que *eso* se aproximaba a mí. Pese a todo, tuve que dibujarles lo que vi: sus escamas, sus filamentos y sus manchas, detalles que no se aprecian en la grabación. En las imágenes solo aparecían sus siluetas filamentosas, sus perfiles fosforescentes. Pero...

¡Dios! ¡Están ahí, acabo de verlos! Tres puntitos diminutos en la oscuridad. Luego, buscando, otros tres... ¡Son cuatro en total! Me observan, quizá me acechan. Estoy seguro de que la cámara no puede detectarlos, porque esas lucecitas están vueltas hacia mí. Permanecen quietos, quizá lleven mucho tiempo ahí parados, mirándome. A lo mejor en la casa también estuvieron noches enteras observándonos, hasta que se decidieron a atacarnos.

En poco, las luces de esta sala se encenderán y esos seres desaparecerán. Rojo y Robles pensarán que la sesión ha sido inútil, que no han venido. ¡Pero están aquí!

¿Y si estos seres están esperando a que los médicos entren, para atacarlos a ellos? Debo avisarlos. Digo en voz alta:

—Están aquí. Son cuatro. ¡No encendáis todavía!

No sé si los médicos pueden comunicarse conmigo, pero no hay respuesta. Desde hace un rato sigo paralizado, como *ellos*. Sin embargo, es un equilibrio engañoso, porque yo

soy la víctima y *ellos* los predadores. Pese a todo, noto que no ha aumentado mi frecuencia cardiaca. Estoy tranquilo. Supongo que en un rato se harán visibles.

Espero. A medida que pasa el tiempo, distingo con claridad los triángulos equiláteros de sus ojos. Lo único que sé de *ellos* es que atacan, que causan dolor y que les daña el fuego, pero sospecho que son inteligentes. A saber en qué rangos de frecuencias me ven; quizá no sea para *ellos* más que un caleidoscopio de colores, entre los que distinguen mis puntos vitales, los lugares que deben atacar.

Permanecemos mucho tiempo así, pero no puedo asegurar que no se haya activado mi observación ralentizada. Me parece que es como si esperasen. Pero esperar, ¿qué?

Alzo despacio la mano derecha, y me sorprenden dos sucesos cuya simultaneidad me asombra, uno en mi interior y otro fuera de mí. Nada más moverme, la glándula o lo que sea que hay en mi vientre se ha activado, y noto su calor. Al instante, uno de los seres se mueve, despacio y hacia arriba. Tras unos segundos, hago lo mismo con la mano izquierda, y responde otro de la misma manera. No me parece que representen una amenaza, pero tal vez sea una forma de disponerse para un mejor ataque; seguramente recuerdan que mi madre, mi padre y yo nos enfrentamos a *ellos* y que quizá acabamos con alguno.

Giro la cabeza a izquierda y a derecha, y los dos que habían permanecido quietos oscilan hacia los lados. Cada vez que ellos realizan un movimiento, mi canica pulsa de manera sincronizada. Realizo algún gesto más, que los excita: se mueven, se acercan o retroceden a mis ademanes como un diálogo cuyas reglas se desconocen. Hay una especie de danza pacífica en sus oscilaciones.

—¿Quiénes sois? —al instante me doy cuenta de lo absurdo de mi pregunta.

Por supuesto, no responden, pero la nuez de mi vientre se estremece en oleadas rítmicas. Ese fue precisamente el sitio por el que penetraron en mi cuerpo. Es como si mi cicatriz estuviera coordinada con esos seres. Vuelvo:

—¿Qué queréis de mí?

Se acercan un poco más, los cuatro a la vez, pero lo hacen despacio, al tiempo que noto las pulsaciones en mi nuevo órgano, como si mi respondieran.

—¿Vais a hacerme daño?

¡Por Dios...! Esta vez, la canica de mi abdomen se ha estremecido en una oleada breve, como si la respuesta fuera un sí o un no, pero no sé interpretar el significado. Se acercan

un poco más y se emparejan, dos a la izquierda, dos a la derecha. Mis manos habían quedado ridículamente alzadas, y hago un movimiento pausado para juntar los antebrazos y cruzar los dedos, en un gesto que debería considerarse pacífico. *Ellos* permanecen quietos.

No sé qué estará grabando la cámara y qué interpretan los médicos de lo que está ocurriendo, pero me dan ganas de gritar que no enciendan luces ni abran la puerta. ¡No todavía! Presiento que debo ser rápido y pregunto:

—¿Conocéis mi nombre?

Mi órgano ha vuelto resonar en una oleada breve. No entiendo lo que me responden, así que se me ocurre probar, en un cuestionario que surge casi al azar:

—¿Sabéis que tengo trece años?

—¿Pensáis que soy una mujer?

—¿Es de noche fuera de esta habitación?

—¿Sois cuatro?

—¿Conocéis a mi tío Marco?

—¿La raíz cuadrada de nueve es dos?

—¿Hoy es jueves?

Aunque algunas preguntas son ambiguas, estoy casi seguro de haber encontrado la pauta de las vibraciones de ese implante de mi vientre. Como sospechaba, son inteligentes. Apremiado por el tiempo, hago lo que considero es la pregunta definitiva:

—¿Vais a hacerme daño?

Creo haberles comprendido. Por si acaso, repito:

—¿Vais a causarme algún daño?

Y, por asegurarme, vuelvo a preguntar:

—¿Me vais a matar?

Mis pulsaciones deben de haber aumentado hasta un límite peligroso, que espero que los doctores interpreten bien. De pronto me siento agotado y tengo la sensación de que este tiempo ha sido interminable. No se me ocurre qué fórmula de saludo o despedida comprenderán estos seres. Respondiendo a mi necesidad de descanso, les digo:

—Espero encontraros mañana a la misma hora.

No se van, ni responden. Durante interminables segundos permanecen quietos, pero en un momento veo cómo fosforecen sucesivamente los pares de círculos violetas

situados en su vientre, describiendo el dibujo de cuatro eses en el aire. Luego, se desplazan despacio, muy despacio, recorriendo un arco hasta colocarse detrás de mí, dos a un lado, dos a otro. Giro levemente la cabeza y puedo ver los triángulos luminosos de lo que deben de ser sus rostros, tan misteriosos como su propósito.

Tengo la impresión de que ese extraño implante de mi vientre ha consumido las energías que me quedaban. Al borde del desvanecimiento, digo en voz alta:

–He acabado. Podéis encender las luces.

Aún tardan un rato en activar los leds y en entrar. Mientras veo a los médicos, recuerdo la última escena de la película grabada ayer, que no supe interpretar. Sucedió junto antes de que se apagara la luz. Se me veía sentado inmóvil en la silla, y detrás de mí, también quieta, una figura en forma de S justo al lado de mi hombro. Ahora mismo caigo en la cuenta de que una imagen parecida aparece en estatuas y cuadros antiguos, la de un dios o una diosa acompañados por sus animales protectores: Atenea y su lechuza, Poseidón y su caballo, Zeus y su águila... Yo también parecía un dios.

Pero aún no sé quiénes son *ellos* ni qué propósito tienen conmigo. Si soy un dios, todavía no sé si debo sentir júbilo o terror.

3.

Mis padres vienen a recogerme tres semanas más tarde. Tres, no una ni dos. Nunca les confesaré que pedí en el Centro que me mantuvieran un tiempo más del que tenían previsto, porque temía el momento del reencuentro.

Para ser justo con mis padres, debo decir que no tengo nada que reprocharles, sino al revés. Por lo que me dijeron los psicólogos y por lo que ido recordando, han venido a verme todas las semanas sin excepción, y seguro que sus visitas han resultado más frustrantes y dolorosas para ellos que para mí. En varias ocasiones tuvieron que conformarse con verme semiinconsciente detrás de un cristal; luego, se han sometido con docilidad a las restricciones que el Centro ha considerado necesarias. Solo hace cuatro días nuestro encuentro fue directo, sin mamparas ni micrófonos, y ya pudimos abrazarnos.

Incluso en un momento como en este, cuando vienen a buscarme, y recogen los informes, y los espero en el vestíbulo con una pequeña bolsa, y nos besamos, y por fin celebramos mi vuelta a casa, se siguen comportando con profesionalidad paternal, con una contención que me resulta admirable. Me parece que a todos nos han advertido de la conveniencia de no dejarse llevar por las explosiones emotivas, de modo que hay satisfacción, y abrazos, y manifestaciones de alegría («¡Qué bien, hijo, por fin!»), pero no ha habido llantos ni dramas.

En el instante en que mi padre mete mi bolsa en el maletero del coche, tomo conciencia de que un periodo de mi vida se cierra. Tras de mí, tras de nosotros, quedan nueve semanas angustiosas, en las que no estaba escrito si sobreviviría o no, ni con qué secuelas, ni cuál sería la huella que esa experiencia dejaría en nuestra familia.

Con todo, y a pesar de los extraordinarios y terribles acontecimientos vividos durante este par de meses, mi desasosiego tiene que ver con lo que viene, con lo que nos espera ahora a cada uno de nosotros. Nadie sabe si seremos capaces de sobreponernos a la herida ni con qué esfuerzos. Mis padres ya han demostrado que pueden adaptarse, o conformarse, o resignarse. Pero ¿y yo? ¿Qué será de mi vida ahora?

El coche arranca y recorremos con parsimonia el camino de grava que lleva a la altísima verja de entrada, atravesando el jardín por el que he paseado algunas veces y en el que Rojo plantó por fin su árbol de aspiraciones milenarias. Tengo que esforzarme por no echar una mirada atrás a ese edificio antiguo pero rehabilitado, al que es posible que no tenga más remedio que volver alguna vez.

Lo dramático es que temo volver con la misma intensidad con que deseo hacerlo.

Como en el viaje de venida hace dos meses, mi madre se ha sentado en el asiento de atrás, a mi lado, mientras mi padre conduce. Esta vez lo hace de una forma calmada, sin prisas, lamiendo curvas de una carretera sinuosa que acaba en el Centro y que no tiene otro destino. Va tan despacio que me da tiempo a leer por el retrovisor un cartel que anuncia que se está entrando en una propiedad privada. La Fundación, o lo que sea, debe de ser más poderosa de lo que imagino.

Siento la mano muy caliente de mi madre en la mía, y nuestros dedos están trenzados. Ella hace lo posible por no temblar, y sé que es de emoción y de alegría, aunque quizá también con un poco de temor. Una cosa es saber que todos los demás te van a parecer más calientes que tú, y otra distinta es comprobarlo con tu propia madre, con la persona a las que has estado ligado desde antes de nacer. También a mí me cuesta el contacto. Para ella debe de ser antinatural, como tocar a un extraño.

De vez en cuando, mi padre o ella me preguntan cómo estoy, y deben de haberme dicho diez o veinte veces que se sienten felices por estar de nuevo los tres juntos. Yo he dicho que también. «También yo». Pero no entramos en asuntos escabrosos. Nadie quiere conocer o recordar detalles, ni de estas semanas ni de los días previos en la casa del abuelo. Mejor así. Las noticias van por otros derroteros. Por lo visto, han pintado mi habitación y comprado algún mueble, y dicen que me espera un regalo que apreciaré mucho. Para que todo esto no me pillara de sorpresa, los psicólogos también me prepararon: «Tus padres están haciendo lo posible para que tu vuelta a casa sea agradable. Te alegrará volver». Casi puedo adivinar que encontraré sobre mi mesa un portátil para mi uso exclusivo. Lo pedí en Navidad, pero no me lo trajeron, y esperan compensarme con ello. Ahora no me hace ilusión.

Me sorprende una pregunta directa de mi madre, mientras ella aprieta mis dedos y la noto temblar:

—¿Te duele algo? Si tienes algún dolor avisas, ¿eh?

—No, mamá, no me duele nada.

¿Qué es «algo» para ellos? ¿Se trata de una pregunta cortés, como la que se hace a un convaleciente, o están pensando en alguna parte concreta de mi cuerpo de la que les hayan hablado los médicos? A lo largo de estas semanas me han visto tendido en la camilla, y

sin duda habrán preguntado por catéteres, electrodos, gasas y vendas. ¿Les han advertido de que hay algo que pueda causarme dolor? ¿Qué es lo que saben...?

Mi padre dice que en la casa hay algún cambio; que en la habitación que utilizábamos como trastero y como cuarto de plancha está habilitando una versión reducida de su taller, para trabajar más horas en casa. Mi madre, que han prescindido de la persona que un día a la semana venía a ayudar en las tareas domésticas, para que yo no me sienta agobiado por horarios ni por la presencia de extraños. No debo preocuparme por el instituto, me dicen; retomaré las clases sin prisas, cuando yo crea que estoy preparado para hacerlo. Como falta apenas nada para el final de curso, vienen a decir que ya volveré al año que viene, tras el verano; que no me preocupe si tengo que repetir. También me ponen al día de novedades. Los dos me proporcionan alternativamente noticias de un mundo que me resulta lejano:

–La tía Marga tuvo a su niña, a la que le han puesto el nombre de una abuela del marido, Ifigenia. ¿Qué te parece? Pobrecita niña, con ese nombre.

–Por fin han acabado la jardinería de la rotonda. Han colocado olivos y prunos. Ya era hora. ¡La de polvo que ha entrado en casa estos días!

–La tienda de ultramarinos de doña Olvido ha cerrado, y están haciendo obras para reconvertirla en otra pizzería. Y con esa van tres en el barrio.

Algunas noticias rebotan contra mi indiferencia, aunque la última no. La dependienta era simplemente la señora Juana, pero es como llamábamos a su pequeña tienda que resolvía todos los olvidos de productos del súper, donde a mí me gustaba bajar cuando dejé de ser un niño y ya podían hacerme encargos y confiarme algunas monedas en mis pequeños bolsillos. Hay experiencias que cierran la infancia y otras que abren un periodo de la vida que no sé cómo calificar. Tengo la impresión de que cuando regrese al instituto pareceré varios años mayor que mis compañeros de clase.

A toda esta información respondo con frases corteses, encubriendo mi desinterés. Me duele pensar que casi nada de eso forma parte de mi presente, al menos de momento. Además, estoy cansado. Anoche no conseguí conciliar el sueño siquiera unos minutos, desvelado precisamente por esto, anticipando mi desapego por el mundo al que ahora regreso. El sol incide sobre el parabrisas delantero y me hiere los ojos. Habitado a la penumbra del Centro, el sol de junio es demasiado áspero para mí. Pregunto:

–¿Tenéis por ahí unas gafas de sol que pueda utilizar?

Al instante me arrepiento por haber hecho esta petición, porque los dos se agitan como si se tratara de una emergencia, como si en lugar de eso hubiera pedido oxígeno para respirar. Mi padre baja el parasol de mi lado y abre la guantera, buscando peligrosamente mientras conduce. Mi madre trastea en su bolso y se queja («Vaya, sí, podríamos haber pensado en ello. Seguro que si paras en una gasolinera encontramos unas...») y me ofrece las suyas, que rechazo con una sonrisa porque son un espanto.

«No pasa nada», digo. Cierro los ojos y me dejo caer sobre el asiento. Ha habido otros cambios importantes en mí. Por supuesto, también me lo habían advertido los médicos: «Las manos de tus padres te parecerán calientes, desagradablemente calientes; al menos los primeros días, haz lo posible para no evitar sus caricias». Pero no es que ellos tengan fiebre. Es que mi cuerpo es distinto, como si la sensación de helor que sentí cuando sucedió lo que sucedió se hubiera instalado definitivamente en mí. Mi temperatura corporal ha bajado hasta los treinta y tres grados. Estoy helado para todos los que me rodean, aunque yo no percibo mi frialdad. Quizá a mis padres también les hayan avisado: «El cuerpo de su hijo les parecerá frío, desagradablemente frío, pero hagan lo posible para no rehuir el contacto con él a menos que él lo solicite. No sabemos si en algún momento volverá a recuperar una temperatura digamos que normal».

Hay otras cosas que no se aprecian a simple vista. Mi ritmo cardíaco ha acabado por bajar a unas cuarenta pulsaciones por minuto, a veces menos aún. Todavía me acuerdo del monitor al que me conectaron nada más llegar; marcaba cerca de ochenta. A medida que han ido haciéndome más pruebas, se estabilizó en esas cuarenta.

Y, por supuesto, está *neila*, que es como he dado en llamar a esa canica sensible implantada en mi abdomen que, fuera de ese lugar, no sé si tendrá alguna función. Al comienzo me dio cierto temor utilizar esa palabra, ese juego de letras, pero he acabado por acostumbrarme a él. En el Centro éramos *neila* y *yo*. Ahora, no sé.

A pesar de todo, los médicos han asegurado a mis padres que estoy curado. Estas dos palabras se las oí decir en la entrevista que tuvimos antes de salir. «Está curado», dijeron. Hay algo de ironía en ello, porque aparte de mi temperatura de reptil, mis pulsaciones de cetáceo y ese implante que me convierte en un híbrido, dicen que no hay ninguna otra secuela física de lo ocurrido; que, por tanto, puedo y debo hacer vida corriente, ya sin pastillas ni inyecciones. Dentro de dos semanas me harán una revisión, pero no allí, sino en casa. Como me preguntaron directamente para dejar constancia en sus informes, no

me quedó más remedio que admitir: «No, no me importa que vengan a visitarme a casa». Pero me molesta, la verdad. No quiero que mis padres sean testigos de exploraciones o preguntas que quizá les horroricen, ni tener que dar explicaciones acerca de lo que soy o lo que puedo ser.

Dejo de pensar en esto mientras el coche por fin se incorpora a una carretera general. No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde las últimas frases entre mis padres y yo. Tal vez piensen que duermo.

Echo de meno a Sawyer. Mis padres han desinstalado la red que separaba el maletero, donde viajaba el perro. Imagino que en casa también habrán desaparecido su alfombra, su manta, su comedero y sus juguetes de perro. ¿También la correa que colgábamos en la percha de la entrada? «Qué pena», me sorprende pensando. Sentir lástima por su pérdida me parece un síntoma de la humanidad que aún debo conservar.

No me di cuenta de cuándo solté la mano de mi madre, desapaciblemente caliente, como me habían avisado. Ahora la siento en mi rodilla como si fuera una taza tibia. Imagino que a eso podré acostumbrarme. Me acomodo en el asiento para sacudirme su mano y aprovecho para ver mi rostro en el retrovisor del coche. Las primeras semanas de estar allí no dejaron que utilizara espejos. Es difícil habituarse a lavarse los dientes o la cara sin verse en un espejo. Miras a la pared de azulejo blanco y no ves nada, como si te hubieras borrado. Fue angustiioso porque, al tacto, notaba mi rostro hinchado y recorrido por verdugones gruesos que me quemaban a pesar de una medicación que imagino atroz.

Esos primeros días, que en realidad no fueron los primeros porque al comienzo, quizá toda una semana, estuve en una habitación débilmente iluminada, tendido en una cama, enchufado a aparatos y adormilado por los sedantes, tuve que ir asumiendo que debía reaprender pequeñas tareas que ni siquiera uno recuerda haber aprendido: a vestirse, a calzarse unas zapatillas, a usar el peine, a verter pasta de dientes en el cepillo sin que caiga al suelo... Luego vino la lenta recuperación de la memoria, con esas zonas de sombra que aún persisten. Decía que miro mi rostro en el espejo del coche y lo encuentro bien, sin rojeces ni manchas, sin hinchazón en los párpados ni lividez en los labios. De alguna manera me encuentro algo mayor, como si en lugar de nueve semanas hubieran pasado veinte o cincuenta, dos años enteros...

—¿Cuánto falta? —pregunto.

–Dos horas y media, quizá tres. Como es laborable, no habrá mucho tráfico hasta llegar a la ciudad. ¿Quieres que paremos? –mi padre se alza al responder, intentando verme por el espejo.

–No lo necesito.

–¿No querrás llevarnos sin parar al menos un rato? –protesta teatralmente mi madre—. Cuando llegemos a la autopista, buscamos un sitio para tomar un café, por lo menos. Hijo, ¿has desayunado bien?

No respondo y finjo dormir. Esas falsas discusiones entre ambos, cuando todos sabemos que se hará lo que resulte conveniente, me resultan aburridas, así que decido callar hasta que paremos, que espero sea pronto. Cuando subamos de nuevo al coche, convenceré a mi madre de que quiero dormir y tendré los asientos traseros para mí. No es que tenga muchas ganas de hablar, pero me gustaría que mis padres me explicaran algunas cosas. Por ejemplo, cuando ocurrió aquello mi padre hizo una llamada al tío Marco, luego algo debía de saber de la consecuencia de aquellos fenómenos extraños. ¿También mi madre? ¿Por qué no huimos de allí cuando se manifestaron?

¿Qué saben mis padres? ¿Están al tanto de las visitas del tío Marco? ¿Con qué detalle conocerán lo que los médicos han hecho conmigo? ¿Qué saben de mi situación actual y qué les han anticipado sobre mi futuro? Temo el momento en que empiecen a preguntar o me convoquen para hablar de ello, pero también que actúen como si no hubiera pasado nada, como si simplemente me hubieran tratado de un catarro u operado de una apendicitis. Mis padres son expertos en secretos y en silencios.

Aún no sé si mis padres, tan próximos ahora, tan aparentemente despreocupados, tienen miedo de mí. Yo sí lo tengo por ellos, aunque a lo mejor los han preparado para lo que pueda ocurrir.

Mi padre detiene el coche y abro los ojos. Poco más adelante ha habido un accidente y el tráfico se ha espesado. En el carril derecho veo destellantes luces azules. «Un alcance; no es nada», dice mi madre al poco, pero tardamos en superar el atasco. No quiero mirar. Quizá vea demasiado.

Por lo que observo en los carteles, estamos cerca de una autopista. Nos detendremos en breve. Al notar que me he despabilado, mi madre ha vuelto a tomar contacto físico conmigo, colocando su mano sobre la mía. ¿En qué piensa mientras nota la frialdad de mi piel? ¿Es que todo lo van a considerar normal? Sé que es pronto, pero deseo, tanto

como lo temo, que me expliquen o me pregunten algo. ¿Quién tomará la iniciativa? ¿Esperarán a llegar a casa? Decido ser yo quien hable:

–¿Habéis vuelto a la casa?

Como esperaba, hay un silencio incómodo. No se esperaban mi pregunta. Es a mi padre a quien le toca responder; después de todo, la casa era suya:

–Fuimos una vez. Ya no hay nada que hacer allí. Está todo como te puedes imaginar – hace una pausa larga e intenta acabar–: Bueno, una pena, pero es de esas etapas de la vida que se cierran.

Debo asumir que mi padre es así, capaz de dar por cerrada una conversación en cinco segundos. ¿De verdad se cierran para él? Era la casa de su padre, donde se crio de niño, donde vivió con su hermano. Una casa que él rehabilitó cuando murieron sus padres, a pesar de las protestas del tío Marco y de la discusión definitiva entre los dos hermanos. ¿Significa eso que nunca más volveremos allí? ¿Y qué ocurrirá con la tumba de Sawyer? ¿Se quedará allí solo y nunca iremos a visitarlo?

En lugar de estas, hago una pregunta que me resulta más liviana:

–¿Pudiste recuperar los libros en que estabas trabajando?

–No. Se perdieron. Solo uno de ellos era realmente valioso, pero lo cubría el seguro.

Sé que les incomoda hablar de aquello y no me dan más detalles, pero me gustaría poder imaginar su visita allí, verla como una película: el renegrido de las paredes, los techos derruidos y la montonera de cosas que eran nuestras y que no volveremos a ver. También quedó allí un libro que yo leía y era de la biblioteca. Y mi ropa. La antigua y pesada tele. El enorme aparato de radio del abuelo. Cuadros con fotos. La caja de costura de la abuela. La licuadora que ronroneaba por las mañanas. Allí casi todo era viejo y estaba usado, así que valía poco, pero había cosas a las que mi padre tenía cariño, como la vieja caja de herramientas de madera. ¿No pudo rescatarse nada? ¿Llegaron mis padres a franquear la entrada de la casa y a revolver entre los restos, buscando algo o quedándose con algo? Quizá no. Lo más importante ahora allí es la tumba de Sawyer, que me gustaría poder visitar algún día.

–Mira, a un kilómetro hay un área de servicio –dice mi madre–. Tengo ganas de estirar un poco las piernas.

Dócil, mi padre pone el intermitente. No debe de necesitar gasolina, y vamos directos al aparcamiento. Al bajar noto una bofetada de calor, lo que no es extraño porque estamos

en junio. Desconozco cómo reaccionará mi cuerpo en agosto; eso no me lo explicaron en la clínica. Sí me dijeron que ahora necesito comer menos, lo que supongo que tendrá alguna ventaja.

El lugar es parecido a otros que conozco: una larga barra de autoservicio y mesas verdes, iguales, por todos lados. Como aún no es hora de comer, hay poca gente y con bandejas casi vacías. Mi madre dice que primero va al baño y me invita a ir, preguntándome si quiero que me acompañe. ¡Qué tontería! Aunque este fuera un lugar solitario y oscuro; aunque hubiera tormenta y afuera acecharan murciélagos o lobos; aunque no hubiera luz en los pasillos o en el aseo, ahora no tengo nada que temer.

–Pídeme un té con leche y un cruasán –dice mi madre a mi padre mientras camina hacia el aseo, y se dirige a mí–: ¿Tú qué quieres?

–Un batido de chocolate frío –pero ella ya se ha ido y no puede escucharlo.

Acompaño a mi padre. Aún no tengo ganas de hacer pis. Él se lo piensa todo mucho, así que duda ante la profusión de bocadillos y dulces expuestos en la vitrinas. Por fin se decide por algo y avanzamos. Elegimos una mesa y, antes de sentarnos, coloca su mano sobre mi hombro. Suele ser parco en palabras, así que me sorprende su larga declaración:

–Hemos estado muy preocupados estos meses. Yo tomo pastillas para dormir; mamá necesita otras y a veces se pone un poco nerviosa; debes tener paciencia con ella. Ahora no trabaja, pero tiene que hacerlo pronto. Lo que más desea es ocuparse de ti.

–Ya, entiendo.

Me preocupa estar en casa mucho tiempo con mi madre. Sin ser una fanática del orden, nuestras discusiones tienen que ver siempre con la forma en que se hacen las cosas: primero esto, luego lo otro y después lo de más allá. Por ejemplo, antes de abrir el batido, debo tener a mano una servilleta. Por si acaso, dice. Para ella siempre hay un por si acaso. Y lo que menos necesito ahora es que me digan cómo deben hacerse las cosas nimias.

Desayunamos casi en silencio y, tras dos sorbos del batido, voy al baño. Los oigo cuchichear a mi espalda mientras camino. Entro en una cabina y echo el cerrojo, aunque no por miedo. Mientras hago pis, leo los grafitis, alguno de una obscenidad primitiva. La pared no tiene azulejo, sino cemento pintado de blanco. Cuando me subo la cremallera, me sobreviene una idea, o más bien un recuerdo. Prometí que no lo haría, pero debo comprobar si algunas de mis potencialidades (por llamarlas de alguna manera) siguen activas fuera de la clínica.

Con cuidado, coloco la palma de mi mano derecha contra la pared sobre una pintada guarra, tratando de cubrirla. Me concentro unos segundos y presiono con fuerza. La mano se calienta y parece arder, aunque probablemente no llegue a la temperatura normal de un cuerpo humano normal. Pasado un rato, la retiro.

Como esperaba, he dejado una huella encarnada sobre la pared. Es de sangre. De mi sangre. Ahora la mancha se ve roja, pero en unos minutos habrá adquirido una coloración violeta. Es como las manos impresas de arte rupestre que se ven en algunas cuevas, pero con una diferencia: mientras no vire al morado, esa sangre mía quemaría a quien la toque, como un ácido fuerte.

Cuando salgo, mi madre espera a la puerta de los aseos. Su gesto es preocupado, pero sonrío haciéndole ver que todo va bien. Salimos a la calle y de nuevo siento el golpe de calor. Antes de subir al coche, me atrevo a decir que me gustaría dormir un rato, así que paso solo a la zona trasera. Aunque me coloco el cinturón de seguridad, me tumbo a lo largo del asiento. Desde esta postura, apenas veo nada de fuera; solo fragmentos homogéneos de un cielo en el que no hay una sola nube.

Observo mis manos. Nadie podría encontrar diferencias entre la derecha y la izquierda, pero una de ellas ha segregado un líquido indeleble y corrosivo. Si alguna vez pintan la pared, será difícil borrar del todo esa huella. Es sangre con algo más, pero no saben qué. Por suerte, no ocurre siempre ni con todo lo que toco. Solo cuando me lo propongo y cuando deseo hacer algo así como daño.

Espero que mis padres no sepan de esto.

Los médicos del Centro me han dado el alta; aseguran que no habrá ningún otro cambio en mi cuerpo, y supongo que deben de tener experiencia en esto. No llegué a saber qué ocurrió con las gemelas francesas, ni quisieron decirme nada sobre otros pacientes tratados allí, pero desde el principio supieron qué pautas seguir. A poco de llegar, me vendaron las manos. Las veces que despertaba de la semiinconsciencia veía mis manos enguantadas, el apósito sobre mi vientre, los monitores, los cables de los electrodos adheridos a mi pecho... Creo que en algún momento supuse que había sufrido algún accidente, pero poco a poco fueron llegándome recuerdos de lo sucedido en la casa. Me avergüenza pensar que en algunos momentos pensé con rabia que mis padres me habían abandonado allí, aunque fue por entonces cuando comencé a recordar aquellas visitas

suyas, y me estremecían esas escenas, no sabía si soñadas, de mi madre llorando, con los puños apretados sobre sus mejillas, mientras mi padre la abrazaba tratando de consolarla.

Tardaron en quitarme las vendas de las manos, y yo en controlar mis exudaciones. Ya pasaba mucho más tiempo despierto y recuerdo las advertencias de médicos y psicólogos, que al principio eran difusas: «Trata de contener tu enfado». Tardé en darme cuenta de que había una relación entre mi ira y ese suero corrosivo generado por las palmas de mis manos, que carcomía los barrotes de la cama, picaba el vidrio y roía las sábanas, pero que a mí no me causaba ningún daño. Como ocurrió con otras cosas, aprendí deprisa a controlar esa exudación, que al comienzo era involuntaria. Ahora compruebo que, incluso fuera del Centro, puedo secretarla a voluntad. Mis manos pueden llegar a ser mortales, mi voz es peligrosa, y tengo motivos para temer por quienes me rodean, incluyendo a mis padres.

¡Y los médicos dicen que estoy curado!

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —respondo a mi padre.

—¿No te mareas así tumbado?

—La verdad es que sí.

No estoy mareado, pero aprovecho para incorporarme y mirar por la ventanilla, tras deshacer el lío con las correas del cinturón. Hacía tiempo que no veía coches, gente, paisajes...

—Imagino que tendrás ganas de ver a los amigos. Esta temporada han estado pendientes de ti. También del instituto, los profesores y la directora, han llamado preguntando cómo estabas —dice mi madre, y prolonga la lista—: Y, por supuesto, los abuelos, los tíos, algún vecino...

Interrumpo para saber algo importante:

—¿Qué les habéis dicho?

—Bueno... la verdad es que fue una idea de los médicos de ese lugar —mi padre trata de eludir una pregunta difícil, lo noto en su tono dubitativo—. Nos sugirieron que contásemos que te había mordido una serpiente y que sufriste una reacción alérgica muy fuerte. Que habíamos tenido que llevarte a un centro especializado... En el extranjero, en Alemania.

—¿Por qué Alemania?

–No sé. Dijeron eso, pero podría haber sido Francia, vete a saber –intenta aclarar mi madre sin aclarar nada, aunque de inmediato pienso en las gemelas y en si será casualidad o es que algo les han contado.

La pregunta me arde en la punta de la lengua, pero dejo pasar la oportunidad. Mi padre sigue:

–Y de la casa... pues contamos que había habido un accidente; que nos pusimos nerviosos cuando salimos contigo al hospital y que dejamos algo al fuego.

Esta vez no dejo pasar la ocasión. Me incorporo hasta colocarme entre los asientos de ambos.

–¿Por qué me llevasteis allí y no a un hospital normal?

–¿Por qué te pareció que no era un hospital normal? –Aunque esta pregunta elusiva es más del estilo de mi madre, es mi padre quien la formula—. Te cuidaron bien, ¿no? Es un centro especializado.

–Ya, pero ¿especializado en qué?

De repente me doy cuenta de que el tono de mi voz y la forma de hacer las preguntas no son propios de alguien que tiene trece años.

–¿Cuál es el diagnóstico de los médicos, que yo no conozco? ¿Y cómo sabíais que teníais que dirigiros allí? Disteis vueltas con el coche, utilizasteis el teléfono y un mapa porque esa carretera no aparece en los navegadores. Ese sitio no es fácil de encontrar. Ni siquiera de conocer.

Todo se ha precipitado. Son las preguntas que imaginaba hacer en casa, tranquilamente, y no mientras viajamos a ciento veinte kilómetros por hora. Pero no me arrepiento: así no tienen oportunidad de levantarse del sofá, de decir que es hora de cenar o de atender una llamada. Mis padres están nerviosos, es evidente, y les doy un asidero, tratando de confirmar una sospecha:

–Fue el tío Marco, ¿verdad? –me dirijo especialmente a mi padre—. Tú no sabías nada, pero el tío Marco sí.

–¿Saber qué? –mi padre ha reducido la velocidad y me alegro por ello.

–Algo sobre la casa. Él se opuso a que la arreglarais. Decía que estaba maldita y que era mejor que se arruinara. Además, nunca nos visitó allí. El tío sí sabía adónde había que acudir cuando nos ocurrió aquello.

Mi madre coloca su mano en la rodilla de mi padre. No se ha girado para mirarme en ningún momento, y sospecho que tiene miedo de mí. En condiciones normales, ¿cómo puede una madre temer a su hijo? Pero el caso de nuestra familia es extraordinario. Por fin, mi madre consigue hablar y rompe con algo parecido a un grito:

–¡Me duele terriblemente la cabeza! –lo tomo como lo que es, como una invocación desesperada al silencio, y vuelvo al asiento trasero, arrepentido por la precipitación de los acontecimientos.

–¿Quieres que pare?

–Sí, por favor, para un rato cuando puedas.

Ni siquiera por el retrovisor puedo ver el rostro de mi madre, que está estirada sobre el asiento, seguramente con los ojos cerrados. No dudo que sufra un intenso dolor de cabeza, por lo que dijo mi padre, y es fácil entenderlo. Siento la tentación de colocar mis manos sobre sus hombros, intentando consolarla y pidiéndole perdón, pero no lo hago. Me abochorna pensar que siento algo de placer con su dolor actual, que equilibra algo el que yo sentí durante estas nueve semanas.

Callamos. Unos kilómetros adelante veo el indicativo de un área de descanso, y poco después mi padre activa el intermitente y reduce velocidad. Aunque es casi un páramo, por suerte hay árboles altos que a estas horas dan sombra en unas mesas de madera con banco corrido. Cuento cinco coches y hay dos mesas desocupadas. Nuestro coche se detiene junto a una de estas, pero es imposible conseguir sombra para el coche, que dejamos con las puertas abiertas. Pese al calor, mi madre dice que se quedará dentro, y mi padre coloca un parasol en el parabrisas delantero haciendo un poco de sombra.

Él y yo nos dirigimos a una de las mesas. Yo llevo el batido, que aún no está caliente. Doy un sorbo. Mi padre está preocupado y por primera vez noto que parece algo mayor, como si hubiera envejecido. No recordaba tantas canas en su cabello, ni la red de arrugas alrededor de sus ojos. De pronto caigo en la cuenta de que a él también le mordieron, y siento un escalofrío al pensar que también él... Necesito saber:

–Papá, tú estás bien, ¿verdad?

–Bueno, estoy un poco agotado. Hemos hecho bien en parar. Hijo, ya te dije que tu madre está muy nerviosa...

Interrumpo su reproche para satisfacer mi necesidad:

–Papá, me refiero a que esas cosas también te mordieron a ti. Me acuerdo de cuando estábamos en la cocina. ¿También tú has estado en el sitio ese?

–No. Tranquilo. Me vieron en el Centro y me dijeron que no tenía nada. Fue algo así como una picadura de medusa, que remitió pocas horas después, durante el viaje. Días más tarde fui al médico porque no podía dormir, y me hicieron análisis, pero todo está bien.

–Vale, mejor así. Ya sé lo que me vas a decir sobre mamá, y lo siento –lo afirmo con sinceridad; desde donde estoy puedo ver a mi madre como si estuviera dormida, y me sorprende al pensar: «Como si estuviera muerta»–. Te prometo que no haré preguntas hasta que queráis contarme lo que sea.

–Estupendo, hijo. Lo importante es que ahora estamos los tres juntos. En cuanto a tu madre, estas semanas han sido muy duras para ella, y quizá lo mejor sea dejarla tranquila una temporada. Tú y yo hablaremos a solas, cuando sea necesario y con calma...

Sigue, él que suele hablar tan poco.

–No debes preocuparte por nada. En casa, ya lo verás, hemos preparado lo necesario para que te sientas a gusto. Somos una familia y estamos para apoyarnos los unos a los otros, ¿me entiendes? Ahora lo más importante eres tú, pero hay que cuidar a mamá.

Mi padre habla casi con frases hechas, y de repente siento una enorme rabia. ¡Me trata como a un niño! ¡Intenta que el horror de la casa lo recuerde como una anécdota! ¡Le gustaría borrar estas semanas espantosas! Escondo mis manos crispadas bajo la mesa. Las noto arder mientras las presiono palma arriba contra los tablones, de modo que las retiro al poco, asustado por saber si estarán dejando alguna huella roja. Entreteno mis dedos toqueteando un clavo oxidado, cuya cabeza sobresale apenas unos milímetros de la madera.

En el Centro tuve ocasión de hablar mucho sobre lo sucedido en la casa de los abuelos. Les conté lo ocurrido una y otra vez, con todo detalle; después de todo, no tenía nada mejor que hacer. Me hago una pregunta y me sorprende formularla en voz alta:

–¿Vosotros habéis hablado con alguien sobre lo que nos ocurrió de verdad en la casa?

Mi padre traga saliva. Siento que vuelve a moverse en un territorio incómodo y siento lástima por él.

–Una vez por semana, con los psicólogos del Centro, los mismos que te trataron a ti. Nos dijeron que tú les habías contado más o menos lo mismo. Pero con nadie más.

–¿Ni con el tío Marco?

–Bueno... –duda, baja los ojos, trastabilla, se rasca la cara; no sabe exactamente hasta dónde contar–. Con él sí... Digamos que no le sorprendió. Aunque los detalles... Él había oído algo... ya sabes, nos peleamos cuando a la muerte de los abuelos yo compré la casa e hice obras. Él no quería. Me advirtió de que alguien quería comprar la casa y las tierras de alrededor...

Jugueteo con la cabeza del clavo mientras mi padre me proporciona detalles para completar una historia que había conocido a retazos, pues el origen se remonta a cinco años atrás. Mis abuelos paternos murieron en el plazo de una semana. Primero él; ocho días más tarde, ella. El abuelo en su casa, y ella en la del tío Marco. A ojos extraños, fue algo repentino y desgraciado. Al poco, alguien aparece y propone comprar la casa y las tierras. Mi tío pone en marcha la operación, pero mi padre se niega. Discuten. Los compradores insisten y suben el precio, advirtiendo de que nadie debe tocar lo que allí hay; por lo visto, utilizando alguna velada y misteriosa advertencia. Haciendo caso omiso de las reprensiones de mi tío, mi padre se queda y rehabilita la casa, tira algún muro y arregla el tejado. Él y mi tío discuten. Hay otra visita de esos desconocidos mientras se realizan las obras, de la que mi padre no tuvo noticia entonces. Vienen a decir que si pasa *algo* deben ponerse urgentemente en contacto con ellos. Cuando hace unas semanas mi padre llama a su hermano diciendo que *algo* ha ocurrido en la casa, el tío Marco busca la tarjeta y llama a esos oscuros personajes, que indican adónde debemos acudir...

Este es el resumen del relato de mi padre, que coincide más o menos con el que me contó el tío Marco, aunque yo tengo muchos más detalles y además conozco los antecedentes, que son importantes. Marco es el mayor de los dos hermanos, y se quedó en el pueblo con los abuelos. Mi padre quería estudiar; él siempre había remoloneado con los trabajos familiares y, por lo visto, no se le daban mal los libros; y a los dieciocho años abandonó el pueblo y se matriculó en Medicina, en la capital. Sus dos años de estudiante debieron de ser un desastre: no aprobó ni una asignatura o no se presentó a exámenes. El caso es que acabó matriculándose en algo de Letras, porque por entonces soñaba con escribir. Debió de realizar algún intento que acabó en fracaso, y tres años después inició un vagabundo que le llevó a varios países europeos, manteniéndose con trabajos precarios. Durante esos años, mi padre apenas volvió al pueblo, y si aparecía lo hacía con la actitud del visitante, mientras el tío Marco se ocupaba de las casas, las tierras y el

modesto negocio familiar. Mucho más tarde, cuando yo tenía ocho años, ocurrió la dramática muerte de los abuelos, y entonces mi padre decide comprar y rehabilitar la casa familiar, con la oposición de su hermano, que sí sabía que algo extraño había ocurrido entre sus muros. Marco intentó contárselo, pero mi padre no quiso escucharle. Pensaba que eran habladurías de pueblo, supersticiones primitivas, un producto de la ignorancia y la simpleza de su hermano.

Nunca se ha hablado en casa de todo esto. De niño yo observaba con admiración a mi padre: chapurreaba varios idiomas, poseía ciertas habilidades manuales, había viajado, entre los amigos era alguien de conversación interesante... Y solo sabía que él había estudiado algo así como Artes Gráficas; que era encuadernador, y de los valorados. El tío Marco era un familiar alejado, misterioso y, en mi opinión, un poco huraño, aunque recordaba cálidas escenas con él, cuando yo era un niño. Me pregunto qué sentiría mi padre si se enterase de que yo conozco todos estos detalles.

Mi padre acaba su versión del relato y habla de planes futuros:

–... Por eso volví a la casa y no quise tocar nada. Marco y yo hemos hablado. Venderemos la casa y las tierras.

– ¿Y Sawyer?

–Pensé en trasladarlo, pero Marco asegura que no debe tocarse su cuerpo; que es posible que esté infectado con lo mismo que te infectó a ti. Quieren analizarlo.

«Quieren...». ¿Quiénes quieren? Sin duda, se trata de esos desconocidos que están en contacto con el tío Marco. De inmediato pienso en una organización poderosa y clandestina capaz de montar un Centro como el que me retuvo durante estas semanas, la llamada Fundación. Me atendieron a mí, pero habrá otros como yo; a mí me sucedió en casa de mis abuelos, pero seguro que habrá ocurrido en otros lugares.

Eso, lo que sea, es capaz de aterrorizar y matar, como vimos con Sawyer y casi conmigo, aunque conmigo quizá tuvieran un propósito distinto.

A fuerza de jugar con el clavo, lo he extraído de los tablones poco a poco, y me sorprende que no me duelan las yemas de los dedos. Debe de tener diez centímetros de largo, y es grueso; sin que mi padre pueda imaginarlo, lo doblo como si fuera de plástico. *Ellos* han hecho de mí algo muy diferente de lo que era. Mi metabolismo frío y mi piel capaz de segregar veneno no son los cambios más preocupantes ni peligrosos. Y tengo la

sensación de que aún hay cosas que debo descubrir, aunque los médicos aseguran que ya estoy curado.

Mi madre se revuelve en el asiento y mi padre se levanta a atenderla. Ella pregunta si hay un servicio para lavarse la cara. Se conforma con mojarse con el agua de un botellín y observo que poco después busca en el bolso y engulle una pastilla. Mi padre me hace un gesto con la cabeza y me levanto. Antes de subir al coche, arrojé el clavo entre unos matorrales. Tiene forma de S.

Regresamos a la autopista. Leo carteles que indican más o menos la distancia a la ciudad, y calculo hora y media de viaje. Recuerdo mi propósito de no hablar hasta llegar a casa. Simulo dormir y de vez en cuando entorpeco los ojos. Mis padres bisbisean creyendo que no puedo oírlos. Ambos se interesan por su mutua salud y quieren tranquilizarse. Tienen preparada la comida desde el día anterior. Mi padre debe salir por la tarde para resolver algunos asuntos en el taller. Aconseja a mi madre que tenga paciencia, que todo saldrá bien. Al cabo del rato capto algo que resulta de interés: «¿De qué hablabais?». «Quería saber de Marco y de la casa...». «¿Y qué le dijiste?». «Más o menos la verdad».

Supongo que la diferencia entre la verdad y más o menos la verdad puede ser inmensa. Tampoco creo que el tío Marco fuera del todo sincero conmigo, y él mismo debe conocer solo lo que es una parte ínfima de la verdad.

El tráfico se hace más denso. Casi había olvidado los ruidos de la calle. En el Centro era difícil escuchar algún sonido distinto de las voces y las pisadas del personal. Cuando salí de cuidados intensivos, me asignaron esa habitación amplia y luminosa de la ya he hablado, con un pequeño balcón casi a ras de suelo que daba a un jardín. Pasé horas en ese balcón ejercitando las nuevas cualidades de mi vista y de mi oído. Al comienzo pensé que pájaros y chicharras gritaban mucho, hasta que caí en la cuenta de que mi oído se había afinado: que podía oír a distancia los gritos de terror de un pájaro mientras era perseguido por una rapaz, a cien metros de altura. Luego comprobé que percibía frecuencias más altas y más bajas, como si se hubiera ampliado mi espectro auditivo. Si prestaba atención, también podía oír los aleteos de las mariposas y el correteo de los ratoncillos por el jardín. Como dicen que les ocurre a los perros, como debía sucederle al pobre Sawyer. Mi olfato, mi gusto y mi tacto no han sufrido cambios apreciables, al menos de momento.

No tengo planes de futuro, no deseo hacer nada en especial. Supongo que en unos días volveré al instituto, aunque quedan un par de semanas para acabar el curso. Las clases, los amigos y todo lo que antes era mi mundo han perdido interés para mí, pero imagino que ingresaré poco a poco en una cierta normalidad. Cualquier cosa antes que pasar el día encerrado con mi madre y a veces con mi padre. Tiene gracia pensar que acabe echando de menos algunas actividades del Centro. ¡Pero no!

El coche circula en modo automático a cien kilómetros por hora. Vamos en silencio, ellos creyéndome dormido. Mi padre relajado y mi madre quizá sedada por la pastilla. Si ella de verdad durmiese, le preguntaría muchas cosas a mi padre, pero me he prometido guardar silencio y esperar a que sean ellos quienes tomen la iniciativa. Quizá no sepan mucho más de lo que parece o crean que no conviene sincerarse más de lo debido.

Debe de resultar difícil ser sincero con un enfermo. En el Centro, al comienzo, cuando tenía que utilizar un andador para caminar, me decían: «Vas bien». Si me desesperaba por no poder llevarme la cuchara a la boca, me consolaban con un «Debes aprender a controlar de nuevo tus músculos». Luego, a medida que descubría insólitas capacidades de mi cuerpo, me repetían: «Es que eres alguien distinto». «Eres superior», se les escapó una vez. Hacia la sexta semana, todo cambió y comenzaron a prepararme para la salida: «Un día quizá seas necesario». «Ya estás preparado, pero tienes que esperar». «No delates tus capacidades». «Actúa como si fueses normal». «Ahora eres importante». «Te necesitaremos». Son retazos de consignas que oí decenas de veces y que aún no comprendo. ¿En qué medida han sido sinceros conmigo, cuando aún nadie me ha dicho qué me ha ocurrido y qué debo esperar de mi vida?

Estas noches pasadas he pensado mucho en esa Fundación para el Desarrollo Humano, como apuntó Rojo que se llamaba. ¿Es esto a lo que se dedican? ¿Es lo que hicieron con las gemelas, lo que han hecho conmigo y lo que seguirán haciendo con otros? ¿Salvarnos quizá de la muerte y dejar que afloren capacidades que pueden considerarse superhumanas? En total he tenido cuatro encuentros con *ellos*, en la habitación oscura. Tras el segundo, en el que descubrí asombrado que *podíamos comunicarnos*, hubo otros dos que podrían considerarse frustrantes: yo les hablaba tratando de establecer una especie de lenguaje común, pero *ellos* flotaron a mi alrededor como si ignorasen mi presencia y sin que *neila* diese señales claras de que mis mensajes fueran comprendidos. ¿Fue una alucinación ese segundo encuentro? ¿O en el Centro han considerado que no

soy la persona apta para establecer comunicación con *ellos*, y por eso me han dejado volver con los míos? Me subleva que no hayan dado respuesta a ninguna de mis preguntas.

¡Los odio! No sé si me salvaron o han hecho de mí una especie de monstruo; tal vez sean ciertas ambas cosas. Sé algo terrible, que me asusta: tengo la capacidad de ser letal. Podría matar a alguien sin excesivo esfuerzo. Supongo que aquellos entes filiformes que habitaban la casa han anidado en mí, o de alguna manera forman parte de mí, y eso me asusta.

Mi madre se remueve en el asiento. Algo va a cambiar.

—¿Tienes hambre?

«No, no tengo hambre», digo. Eso no basta para iniciar una conversación. Añadiría que tampoco tengo sueño. Ahora necesito dormir poco, tres o cuatro horas al día. En el Centro disponía del jardín, el patio, la sala de cine, la biblioteca, el gimnasio... Podía entretenerme y me daban conversación. Me pregunto qué voy a hacer ahora por las noches encerrado en mi cuarto. Me gusta leer, pero ¿seré capaz de hacerlo de las once de la noche hasta las cuatro de la madrugada?

En el Centro se hablaba bastante. Ser el único paciente de un edificio enorme y con al menos dieciséis personas a mi alrededor tenía sus ventajas. El personal estaba dispuesto a escucharme y responderme, pero no siempre sus respuestas eran satisfactorias. Por supuesto, pregunté qué nos había atacado. «Entes», me dijeron. «Sí, pero ¿qué clase de entes?». «No lo sabemos». «¿De dónde vienen?». «Tampoco lo sabemos». «¿Son peligrosos?». «Pueden serlo, pero creemos que no, si no se les provoca». «Entonces, ¿nosotros les provocamos?». «Quizá sí, sin ser conscientes de ello». Tal vez tuvieran razón: invadimos su espacio y *ellos* se defendieron. Creo que al comienzo quisieron avisarnos, pero no entendimos su mensaje. Un día dijeron algo que aún no logro entender: «Han hecho de ti alguien mejor». «¿Mejor para qué?», les pregunté, y no me respondieron. Hay otras preguntas que hice y tampoco tuvieron respuesta: «¿Cómo llegaron a la casa del abuelo? ¿Tuvo su muerte algo que ver con *ellos*?». Dijeron que no sabían, pero está claro que sí. El tío marco lo supo mucho después, aunque en su momento no supo interpretar los síntomas. Por lo visto, en el acta de defunción se certifica que el abuelo murió de un paro cardíaco; quizá tuvo la suerte de hacerlo pronto, como le sucedió a Sawyer. El caso de la abuela fue más dramático. Marco se la llevó a su casa. Pasó una

semana adormilada y delirando, tratando de descubrir unas gigantescas polillas o luciérnagas que los habían asaltado las noches precedentes. Pregunté a mi tío si se le había hecho la autopsia, más por saber sobre mí que sobre ella. No. Para todo el mundo, murió de pena tras el fallecimiento de su marido, enloquecida por el dolor. Los hombres de la Fundación aparecieron el día del funeral de ambos, una semana después.

Estoy cansado. Llevo demasiado tiempo sentado y tengo las piernas entumecidas. A falta de otras actividades, en el Centro hacía mucho ejercicio físico. Decían que era bueno para mí, y en ocasiones supervisaban mi pulso y mi respiración. Destenso la correa del cinturón y me acerco a los asientos delanteros.

–Cuando vuelva, me gustaría apuntarme a un gimnasio e ir dos o tres días por semana.

–Vaya, eso es nuevo –dice mi padre–. Nunca te ha gustado mucho el deporte.

Lleva razón, y es casi seguro que no se opondrán a ello. Me devuelven una pregunta:

–¿Y has pensado en volver pronto al instituto?

–No lo he pensado aún. ¿Qué día de la semana es hoy?

–Miércoles.

–¿El lunes que viene os parece bien?

–Bien, si estás preparado para ello –dice mi madre, que intenta tranquilizarme mientras habla despacio y con una boca que parece pastosa por la sed, pero que debe de ser a causa del sedante–. Lo importante es que vuelvas a ver a tus amigos, que han preguntado mucho por ti. No te apures por sacar el curso; falta poco para acabar, pero queda aún septiembre, y si tienes que repetir... Tampoco es tan grave.

–Lo sacaré. Este tiempo recibí clases para ponerme al día.

–¿Ah, sí? Eso no nos lo habían comentado.

Miento. No recibí una sola clase. Pero en la biblioteca los libros de matemáticas, de física y química, de lengua o de historia me resultaban tan claros que los profesores me parecían pastores tratando de enseñar lo básico a un rebaño de ovejas. Aprovecho el anzuelo tendido:

–Y entonces, ¿qué os han comentado?

La pregunta ha sido automática y tiene un tono sarcástico, pero dudan si responderme o no. Los saco del apuro con otra que parece trivial: «¿Qué tenemos de comida?». Mi madre se apremia a contestar:

–Panaché de verduras y hamburguesas de tofu.

¡Bien! Significa que han recibido suficiente información del Centro. No debo tomar carne ni pescado, o me arriesgo a sufrir una reacción alérgica grave. Se supone que les habrán advertido también de que ahora necesito comer menos, así que no tendré que pelearme con mi madre al respecto. Sospecho el coste para ellos al cambiar de hábitos gastronómicos. Quizá hayan hecho un curso o hayan buscado información por internet.

El tráfico es más denso a la entrada de la ciudad. Aminoramos la marcha y puedo ahora fijarme en los rostros de las personas que conducen o van de acompañantes. Permanecen ajenos a una realidad que he vivido durante estas semanas. No pueden sospechar que en algún lugar del mundo existan *entes* sobrecogedores, ni médicos y lugares que atiendan a sus víctimas. Muchos disfrutarán de buena salud, pero otros habrán pasado por hospitales, les habrán extraído una muela o tratado de una fractura. Quizá hayan sufrido, pero no pueden imaginar mis padecimientos ni mis capacidades. No son conscientes del peligro.

Al principio me daban calmantes, muchos. Supongo que de otra forma no hubiera podido resistirlo. A mi abuelo materno lo operaron de una hernia, y durante meses se quejaba de cómo su cuerpo se resentía hasta que consiguió asimilar la malla, fabricada con un material que se supone neutro.

Tengo la impresión de que mis músculos y huesos, mi corazón y mi aparato digestivo son nuevos. También deben de serlo algunos componentes de mi sangre, que ahora es corrosiva. No sé bien si todo esto es pasajero o no, y espero no sufrir otras transformaciones, porque aquello dolía. Dolía mucho. Debo hacer un ejercicio de fe y creer a los médicos: estoy curado y no necesitaré medicación ni sedantes. Considero buena señal que en las últimas tres semanas no haya necesitado nada. Mi cuerpo ha cambiado, sin duda. Siento que soy «superior», como me dijeron una vez.

Mi madre busca el bolso bajo sus pies y saca un pequeño estuche de maquillaje. Se esparce crema en los pómulos y la frente y se pinta los labios, una pequeña coquetería que pone en práctica siempre al final de cualquier viaje, señal de que estamos llegando. Ya reconozco edificios y salidas de la autopista que nos inyecta en la ciudad, y podría llevar yo mismo el coche si supiera conducir. Tengo sensaciones encontradas al regresar, como cuando volví a ver a mis padres hace unas horas. Quiero y no quiero. Significa que se ha clausurado un peligro, pero se abren otros. Además, no hay nada en mi cuarto que llame ahora mi atención; ni la colección de libros de mi infancia ni los pocos juguetes o

recuerdos que he ido salvando en los sucesivos expurgos, a medida que cumplía años y mis intereses iban siendo otros.

Soy distinto, y de la misma forma que tengo la sensación de que algunas partes de mi cuerpo son diferentes, tendrían que serlo los muebles y objetos que me rodean. Lo peor de todo es que no siento ningún deseo. Quizá de libros sí, pues tengo mucho que conocer todavía, pero me temo que mis padres no comprarán los que considero necesarios para mí. En cualquier caso, me consuela saber que sus primeras negativas no me supondrán dolor. Habrá que ir poco a poco.

–Los abuelos querían venir a verte estos días, pero les hemos dicho que mejor esperen un poco a que te recuperes. ¿Te parece bien?

–Sí, mejor.

–De todos modos –sigue mi madre–, no estaría de más que los llamas para tranquilizarlos.

–Claro, les llamaré. Tengo ganas de hablar con ellos. ¿También a los abuelos les habéis contado lo de la víbora?

–Sí. A todos...

Aún no he completado el mapa de mi memoria. Resulta curioso que tenga más recuerdos de mis abuelos paternos, a pesar de que con los padres de mi madre he convivido más. De estos solo me acuerdo de rasgos biográficos anecdóticos (el abuelo catalán, químico; la abuela gallega, abogada), pero consigo aprehender experiencias afectivas como puedan ser una celebración de cumpleaños o de Navidades con ellos. Como me ha sucedido en otras ocasiones, llegará el día en que un estímulo inesperado arrastre un torbellino de evocaciones y, entonces sí, completaré ese vacío con detalles insólitos, como la ropa que vestían cualquier tarde en que me llevaron a pasear.

Por lo que veo, también mi madre se ha contagiado del secretismo de mi padre y tampoco ha tenido la confianza suficiente con mis abuelos para contarles la verdad. Casi lo entiendo. Para mis padres también han debido de ser duros estos meses, como si fueran víctimas de una enfermedad vergonzante. ¿Un hijo infectado por unos seres extraños, que lo desfiguran y transforman? Mejor una familiar neumonía o una angustiosa leucemia. Confieso que este tiempo pensé en ellos con más rabia que lástima, y me ruboriza pensarlos, pero ahora que estoy a punto de llegar a casa me los imagino desvelados, insomnes, desconcertados, tejiendo una red de mentiras para protegerme y protegerse,

eludiendo incluso la ayuda de sus seres queridos, porque es casi seguro que los abuelos se ofrecerían a acompañarlos a ese hospital experto en venenos, en un lugar tan lejano como Alemania. Es paradójico pensar que se inventaran esta excusa; si supieran que mi cuerpo, mi sangre, segrega también algún tipo de zootoxina, como las serpientes...

Mis padres tienen mucho que hablar conmigo. Me deben dar su versión sobre esa mordedura y sus viajes, para que coincida con la que yo cuente. A los abuelos les diré que sí, que me dolió mucho, y que sufrí alucinaciones, y alguna amnesia que justifique mis vacíos de memoria, y altísimas fiebres, pero que ya estoy curado. Con los demás, ajustaremos el dramatismo y los detalles. Cuando llegemos a casa, los próximos días, ya habrá oportunidad de pactar versiones decoradas de los hechos. Mentiré con ellos y por ellos.

Nos detenemos en semáforos. Estamos a punto de llegar. Al igual que mi madre se maquilla cuando finaliza un viaje, mi padre tiene sus gestos automáticos: se coloca el cuello de la camisa, rebusca en el salpicadero y la guantera para controlar que todo esté en su lugar y no olvidar nada... Veo estos gestos y cómo alza el cuello para verme por el retrovisor; y me dice:

–En tu habitación tenemos algo para ti.

–Ajá. Casi puedo adivinar qué es.

Mis padres se miran, como cogidos en sorpresa. Por Navidades pedí un ordenador para no depender del de ellos, pero me dieron un montón de argumentos relacionados con los hábitos, la seguridad, las horas de sueño... Y no me lo compraron, prometiéndome que quizá el año próximo. No saben que ahora he perdido toda la ilusión por juegos, mensajes o chats. No me interesan, pero me propongo hacer lo posible por disimular y darles las gracias.

Llegamos al garaje del edificio. El mando automático activa la silenciosa puerta, y la negrura del túnel da la impresión de que estamos entrando en un mundo en el que cualquier monstruo es posible. No siento aprensiones ni miedos, al menos no aquí, pero siempre he pensado que suceden demasiadas pocas cosas en túneles y garajes. Pocas cosas macabras, quiero decir. Mis pensamientos se diluyen ante una sugerencia rutinaria de mi madre:

–Mira a ver si se te olvida alguna cosa.

¿Qué podría olvidar? No salí con nada del Centro; solo con mi bolsa de viaje, y está todo allí. Ni siquiera sé si lo que hay en ese bolsón es útil, si querré verme con la misma ropa o el mismo calzado que llevé. Me anticipo que viene un tiempo de desprendimiento; hay muchas cosas que recuerdo de mi habitación que ya no me son útiles ni queridas. Quizá esto sea un problema familiar.

Nos detenemos y soy el primero en salir del coche. El lugar está frío y moderadamente a oscuras. Me gusta. Me digo que ahora es más bien mi ambiente. Veo salir a mis padres, y seguro que están preocupados por saber cómo será la convivencia y, sobre todo, al pensar que tarde o temprano comenzaré a hacer preguntas. Los veo tan desvalidos, tan desorientados, tan inconscientes del peligro que imagino, que me dan cierta lástima.

Mi madre abre el maletero y, cuando voy a coger mi bolsa, ella se adelanta y la agarra con fuerza, quitándomela de las manos. Yo insisto en llevarla, pero ella argumenta de forma inocente:

–Hijo, no debes hacer esfuerzos.

–No es ningún esfuerzo, no pesa –le digo mientras nuestras manos se entrecruzan y siento la suya ardiendo.

–Bueno, pues déjame... La llevo yo.

–¡Mamá! –grito mirándola a los ojos.

Me asusta mi propia voz. Mi madre se ha retirado, temblando, y ha dejado en mis manos el asa de la bolsa. Me mira con desasosiego, con un temor que una madre no debería sentir por un hijo *normal*. Observo a mi padre, que se ha quedado paralizado, con las llaves del coche suspendidas entre sus dedos. Recuerdo mi grito, que ha brotado con algunas cualidades metálicas, y pienso si ha sido alguna extraña reverberación de las paredes del garaje la que ha producido ese extraño fenómeno.

Pero no. Ha sido mi voz. En el Centro ya me advirtieron de que de aquí en adelante tengo que aprender a modularla porque puedo hacerla oscilar entre la seducción, la convicción, la coacción y el miedo, y he debido de moverme sin quererlo en estas dos últimas escalas. Lo siento, y trato de hacérselo sentir a mi madre:

–Lo siento, mamá.

Mi padre toma una chaqueta y va hacia mi madre, que se deja abrazar y que está a punto de llorar. Él tiene un gesto severo, preocupado. También teme, pero de momento, me digo, no puedo hacer nada por tranquilizarle. No es momento ni lugar.

Subimos en el ascensor. No hablamos e incluso evitamos mirarnos indirectamente a través del gran espejo del cubículo. Debo de parecer alguien un poco extraño para ellos, como ese vecino desconocido que sube con nosotros y a quien no nos atrevemos a mirar a la cara. ¡Y son mis padres! Tengo que hacer lo posible por hacerles sentir que los quiero, aunque querer o desear tienen ahora un significado diferente para mí. Los médicos ya me han dicho que estoy curado, pero los psicólogos aconsejan que sea cauteloso, que descubra poco a poco mis potencialidades y mis sentimientos.

Suena el chiquichaque de la cerradura y siento una velada aprensión. Me doy cuenta ahora de que, a pesar de todo, el Centro me proporcionaba seguridad, mientras que ahora me enfrento a incertidumbres. Debe de ser este miedo el que provoca que *neila* vibre unos segundos, algo que me sobresalta porque desde mi último encuentro con *ellos*, hace ya una semana, no había vuelto a inundarme con ese chorro de endorfinas que parece protegerme. Supongo que todo está como lo dejé antes de ir de viaje a la casa de los abuelos, y me cuesta unos segundos hacerme a la idea del recibidor, de la puerta que accede a la cocina, de una segunda que da paso al salón y de una tercera que lleva a las habitaciones, donde encontraré la mía. Mis padres ya me han avisado de que en mi cuarto hay un regalo. Me propongo elogiarlo, sea lo que sea. Ya habrá ocasión de hablar de intereses nuevos.

Dejan el bolso en el aparador, las llaves en el armarito y las chaquetas en la percha, y cambian el calzado de calle por las zapatillas de casa, como han hecho siempre. Yo sigo con mi bolsa en la mano, sin saber si dejarla en el recibidor disgustará a mi madre o si preferirá que la lleve directo a mi cuarto o la deposite cerca de la lavadora. Me siento extraño y un extraño. Los muebles, los cuadros, las lámparas y las puertas no me sorprenden, pero los encuentro ajenos. Mi padre toma la iniciativa, pero sus palabras resultan forzadas:

–Es pronto para comer. ¿Queréis agua, tomar algo? Voy a abrir una ventana –mientras, se dirige a mí–: ¿Tienes frío, calor, quieres que ponga el aire? Pero, hombre, deja la bolsa ya, que no se sabe si entras o sales.

Mi madre aún no ha debido de olvidar el tono de mi voz en el garaje; noto su cara de disgusto. Dejo la bolsa en el suelo y me siento en el rincón del sofá que solía ocupar. Desde aquí puedo ver una colección de fotos en marquitos de madera colocadas sobre un aparador; en la mayoría de ellas estoy yo, a distintas edades, y me cuesta pensar que ese

niño que sonrío, que aparece disfrazado de extrañas maneras, que juega con un cubo de playa o en un tobogán, sea el prólogo del muchacho que ha vivido dos meses⁷ encerrado en una clínica terrible.

Recorro con mi mirada la habitación. En otras fotografías, más lejos, están los abuelos y, ahora sí, a partir de sus rostros puedo evocar instantes que he compartido con ellos, aunque ya tendré tiempo de casar el puzle de la memoria con las piezas que tienen que ver con nuestra vida común. Sonrío a mi madre cuando regresa del baño, con la intención de que se siente junto a mí, pero lo hace algo más lejos, sin tocarme. Quitando los minutos que estuvimos juntos cuando me recogieron en el Centro y en la cafetería, es la primera vez que nos vemos de frente y volvemos a hacer familiares las voces, los gestos, la forma de andar o la manera en que mi padre trae una bandeja, con dos cervezas pequeñas para ellos y un vaso de agua para mí, con aceitunas y dados de queso. Ha sido tan rápido que se diría que todo estaba ya servido para darme la bienvenida.

–¡Qué bien estar aquí juntos los tres otra vez! –dice mi madre–. Se nos ha hecho muy largo este tiempo sin ti.

–Bueno, esa etapa ha acabado y ahora comienza otra. ¿Has visto las obras de la rotonda? –pregunta mi padre.

Es evidente que no he tenido oportunidad de asomarme al balcón. Esa pregunta innecesaria es producto de la incomodidad, de no poder soportar ese silencio. A pesar de sus intentos por volver a una rutina que teníamos olvidada, noto teatralidad en sus palabras y sus gestos. Percibo miedo, un miedo que no exteriorizaron durante el viaje en coche, y me pregunto por qué me temen. ¿Qué saben, aparte de mi dieta vegetariana o de la frialdad de mi piel? Se me hace difícil pensar que les hayan hablado de mis secreciones, de la canica en mi vientre, de mi fuerza o de mi afinada percepción sensorial. Pero quizá...

Han abierto sus botellines y los beben con ansia, como si los precisaran para seguir hablando. Pese a todo, mi padre habla con la boca pastosa y la lengua adherida al paladar. Alguien diría que es alcohólicamente locuaz, pese a que no ha bebido apenas nada:

–Bueno, pues nada... Ya estamos juntos y habrá que pensar qué hacemos hoy. Yo estoy libre hasta las seis, pues tengo que pasar por el taller. A las ocho o así habré acabado. ¿Apetece un cine o una cena fuera? –mi padre gesticula de una forma insólita, y al final se dirige a mí–: A lo mejor simplemente quieres estar en casa, descansando.

⁷ Errore di ortografia presente nell'originale.

–Veremos... –corta mi madre el silencio–. El día es muy largo. De momento habrá que comer.

–Bueno, antes de comer está la sorpresa –sonríe mi padre.

Un sexto o un séptimo sentido me indica que algo no va bien, como esas películas en que imagen y sonido no están sincronizados. Mi padre sonríe, pero el cruce de miradas con mi madre delata cierto pánico. ¡Dios! ¡Me temen y no encuentro la manera de desarmar ese terror suyo...! Lamento que mis palabras vayan también cargadas de inverosimilitud:

–Yo también me alegro de estar aquí, todos juntos.

Eso lo hemos repetido ya, desde el comienzo de la mañana. Hablamos como siguiendo un guion prefijado, con el temor a ser espontáneos. Eran mucho menos artificiosas las conversaciones en el Centro. Tal vez el papel de progenitor asustado no sea natural, mientras sí lo es el de médicos o psicólogos que enfrentan una tragedia. No es que eche en falta aquel lugar, pero siento que me va a ser difícil estar aquí, al menos los primeros días. Todos tendremos que acostumbrarnos.

–Y bien... –nunca mi padre había necesitado tantas muletillas a la hora de hablar; apura su vaso como si se dispusiera a pronunciar un largo discurso–. ¿Vamos a por la sorpresa?

Soy el último en levantarme. Los veo insólitamente premiosos pese a su prisa aparente, como si sus cuerpos fueran de mármol. Si supieran la poca ilusión que me hace ahora ese ordenador, en el que se habrán gastado una buena cantidad de dinero... Pero les sigo el juego y esbozo una sonrisa de complicidad:

–Está bien celebrar mi llegada con una sorpresa, pero creo que adivino de qué se trata.

Caminamos hacia mi habitación, mi padre delante, yo el último. Ellos han sido siempre muy rituales en lo que se refiere a los regalos, tanto en cumpleaños como en Navidad. Cuando era pequeño, ponían en marcha un juego de pistas que me hacía ir ilusionado de un lado a otro de la casa, ansioso por descubrir un paquete que contenía la dirección del siguiente. Con el tiempo, ese juego se hizo más refinado y complejo, y nos obligaba incluso a ir a alguna tienda para solicitar al dependiente algo en clave. Algo parecido en versión adulta solían hacer con los abuelos y los tíos. Los últimos restos de una cena de Nochebuena eran un bosque de cajas, bolsas, envoltorios de regalo, lazos y cintas adhesivas que se quedaban pegadas por todos lados. Mis padres han sido siempre buenos

y generosos anfitriones, y los demás participaban de su fiesta. Todo eso forma parte de un pasado que ahora parece muy lejano. Y lo que es más grave: muy ajeno.

Mi padre abre mi habitación y me doy cuenta de que las persianas están bajadas, porque la oscuridad es total. Cuando estamos dentro los tres enciende la luz, que no es una bombilla normal sino una luz muy tenue, que proporciona desde el techo la claridad exigua que daría una vela. Pienso que debe de ser otro de sus juegos. Habituéndome a esa penumbra, maquinalmente dirijo mi mirada hacia el escritorio donde solía estudiar, que está libre de trastos. Ni rastro de un ordenador o de su caja. «Así que debo buscar...», pienso.

Pero no hace falta indagar mucho. Mi padre señala un armario nuevo, donde probablemente encontraré esa caja y a saber qué otras cosas. El mueble es voluminoso, más alto que él y del ancho de dos sillas. Es extraño, porque parece negro a la luz de esa lámpara y no combina nada con el resto de muebles de la habitación, que juegan con el blanco y el azul. Ni que decir tiene que me asombra el mueble en sí, tan aparatoso, tan innecesario. Para empezar, me disgusta ese cambio en mi espacio. Ocupa un lugar que a mí me gustaba despejado; para colocarlo allí han retirado un tablero de corcho en el que yo pinchaba fotos y notas. Y en cuanto al contenido... No sé qué pensar.

Me dejan solo ante él. Se han colocado uno a cada lado, detrás de mí. Me cuesta ver, pero el armario no tiene espejos y sus dos puertas parecen recias, cada una con un tirador de metal. El aspecto general es el de una caja fuerte. Se supone que debo abrirlo, admirarme por el regalo y agradecer después aquel obsequio, sea cual sea.

–En el Centro nos dijeron que los necesitarás –dice mi padre con voz trémula, interpreto que de la emoción.

Me intriga lo que en el Centro puedan haber encargado a mis padres. Con alguna ceremonia, abro al tiempo las dos puertas. Durante unos segundos no veo nada. Todo es negro, absurda e incomprensiblemente negro. Ese mueble no parece tener estanterías ni cajones, y se diría que ni siquiera fondo. En ese tiempo me pregunto qué clase de juego es este, qué tipo de regalo me espera, en qué raro objeto habrán puesto tanta ilusión.

Pero de pronto...

A un paso de distancia, en esa negrura comienzo a distinguir primero leves brillos y luego culebrillas de luz que se mueven serpenteando en la oscuridad. Mi corazón, acostumbrado desde semanas a un ritmo lento, de repente ha acelerado y parece que se

va a desbocar. Mi memoria retrocede a nueve semanas atrás, cuando luchábamos contra esos entes que nos vigilaban, acechaban y mordían. ¡Son *ellos* y están aquí! ¡En mi cuarto! A diferencia de aquella vez que los vimos, reptan con calma, como indiferentes a nuestra presencia. Se diría que no representan ninguna amenaza, aunque tengo que recordar qué nos hicieron. Qué me hicieron.

Oigo a mis espaldas la voz temblorosa de mi padre:

–Son tuyos. Están a tus órdenes...

Me resulta imposible apartar la vista de esos entes inquietantes a los que, sorprendentemente, ahora no temo. Despacio, observándolos, comienzo a encajar piezas que hasta ahora me resultaban inconexas. Ahora entiendo que en el Centro no trataron de curarme, sino de prepararme para dominarlos. Ahora sé de qué modo terrible soy superior, valiéndome de *ellos* y de las capacidades letales de mi cuerpo. Y comienzo a adivinar cuál es mi misión y por qué nos eligieron a mí y a otros como yo.

No puedo evitarlo. Alzo una mano hacia esa oscuridad. Dóciles, esos seres filiformes la rodean, me rozan, casi diría que me acarician. Son muchos, quizá treinta, por lo que hay casi un centenar de puntitos diminutos que me observan. Percibo un siseo que solo yo soy capaz de oír y de entender, y *neila* se ha activado palpitando rítmicamente. Ya no es una canica limitada a mi bajo vientre. Ahora la noto extendida desde ahí hasta un lugar próximo a mi corazón, alargada, vibrante, conectada con esos seres que flotan enfrente. No es un parásito, sino un simbiote que habita dentro de mí. Ahora somos *ellos* y yo.

Me hablan al unísono, como un solo ser. Sí, me dicen, estamos a tus órdenes. Después callan y se difuminan entre las tinieblas, apagando esos ínfimos puntos de luz, invisibles en la oscuridad.

Cierro las puertas y me vuelvo hacia mis padres. Comprendo ahora también su terror, ahora que *ellos* y yo estamos en casa. Les sonrío, aunque apenas alcanzo a ver sus rostros. Están abrazados y tiemblan. Supongo que hay que amar mucho a un hijo para admitir que vuelva casi del mundo de los muertos a cualquier precio, y para querer o consentir un regalo como este y adivinando lo que les espera.

Todavía no sé de dónde proceden, pero sí a qué han venido y por qué me necesitan a mí y utilizarán a otros como yo. Tarde o temprano irán a buscarte y yo les abriré camino. Será de noche. Puede ser que sientas una sacudida cuando alargues la mano para activar un interruptor. Puede que duermas y que notes un estremecimiento mientras creas

descender un escalón, y que luego un dolor agudo muerda uno de los dedos de tus pies. Puede que atraveses un pasillo en la penumbra o subas una escalera y que percibas un espeluzno en tu columna vertebral. Al comienzo será algo leve, difuso, pero poco después ganará en intensidad y llegará el terror, que os alcanzará a ti y a los tuyos. Después, ya sabes... Habitarán en ti.

Salimos de la habitación. Mi padre cierra la puerta despacio, como si no quisiera despertar a esos entes que esperan en las sombras. Mi madre no se despega de él. Saben que ha llegado el momento, pero que todavía hay luz y que mientras no caiga la noche se sentirán a salvo.

Las próximas horas serán difíciles para todos, pero espero convencerlos de que la vida no es tan terrible con *ellos* en su interior. Trataré de que no les causen mucho dolor. A mi manera, de esta manera distinta a como soy yo ahora, continúo queriéndolos.

Pronto iremos a buscarte. No podrás huir. En poco tiempo serás uno de *nosotros*.

3. Traducción al italiano

Uno di loro

1.

Iniziarono ad invadere il piano di sopra in silenzio, senza fare il minimo rumore, e quando ce ne rendemmo conto era già troppo tardi. Se fossero stati solo tre o quattro mio padre si sarebbe occupato di *loro*, invece erano molti, forse decine o centinaia. In pochi giorni da quando tutto ebbe inizio non ci rimase che fuggire, prendendo a malapena lo stretto necessario. La macchina stava per raggiungere il cancello quando dalla casa si sollevò un'enorme fiammata che subito dopo la avvolse completamente. I miei genitori stavano perdendo quello che avevano costruito con tanto entusiasmo, ma allo stesso tempo mettevano fine a quell'incubo.

Viaggio sul sedile posteriore della macchina, e dallo specchietto retrovisore vedo dei bagliori arancioni nel cielo ancora scuro. Intravedo anche il volto serio di mio padre, e sento un sospiro di sollievo di mia madre. Mi chiedo come sia riuscito mio padre a fare in modo che tutto scoppiasse subito dopo la nostra uscita. Ancora una volta ammiro il suo sangue freddo, il suo spirito di iniziativa e il suo coraggio quando si tratta di proteggere me e la mamma. Doveva essere esausto. Era da due o tre notti che non chiudevamo occhio.

Mia madre deve pensare quello che penso io, perché gli avvicina una mano al viso e mentre lo accarezza dice:

–Tranquillo. È meglio così. Tu stai bene?

Mio padre, assente, abbozza un sorriso. Poi mia madre si rivolge a me ruotando la testa:

–Tesoro, stenditi e prova a dormire un po'. Sarà un lungo viaggio.

Obbedisco. Noto che il cielo inizia a schiarirsi e che mio padre sta guidando velocemente, troppo per una strada così stretta, anche se c'è poco traffico a quest'ora. Mi sento stanco e avrei voglia partecipare alla loro conversazione, fatta di bisbigli per non disturbarmi, ma le palpebre mi pesano come fossero di piombo. Ho a malapena chiuso occhio la notte scorsa, e le precedenti sono state terribili.

Devo essermi addormentato perché la luce fuori è più intensa adesso. Probabilmente ho detto qualcosa ad alta voce prima di svegliarmi, perché mia madre è girata verso di

me, come se mi stesse ascoltando attentamente. Mio padre continua a guidare, ma non ho idea di che ore siano. Dall'altezza del sole deduco che non dev'essere tardi, ma non ho voglia di alzarmi per vedere l'orologio sul cruscotto. Siamo in una strada principale, credo, perché dal finestrino vedo passare la parte più alta di alcuni camion. Poco dopo sento mia madre dire:

–Fermati, per piacere. Vado a sedermi dietro con lui.

–Sicura?

–Sì. Te la senti di guidare ancora? Non ti va di fermarci un momento e riposare un po'?

–Sto bene. Ci fermeremo alla prossima stazione di servizio. Ho solo bisogno di un caffè.

La macchina si ferma sulla corsia di emergenza e mia madre scende e passa dietro vicino a me. Mi stringo e le faccio spazio, poi mi distendo di nuovo appoggiando la mia testa sulle sue gambe. Mi sussurra: «Dormi, dormi...», e intanto mi accarezza la tempia, come faceva quando ero piccolo per farmi addormentare. Sento i polpastrelli caldi delle sue dita.

Chiudo gli occhi. Mi scappa la pipì e mi pento di non averlo detto prima, quando mio padre aveva accostato, ma ricordo che la sosta avverrà a breve e sto zitto, influenzato dal desiderio dei miei genitori: fuggire il prima possibile, il più lontano possibile, da quella casa maledetta. Prima che qualcuno potesse scoprire cos'era successo lì. Cerco di allontanare il ricordo degli ultimi avvenimenti, cosa che non mi riesce difficile, perché il sonno mi avvolge di nuovo, un sopore irresistibile.

Ci siamo fermati. Mentre mio padre fa rifornimento io e la mamma entriamo al bar. Anche lei corre al bagno in fretta, dopo avermi chiesto se ce la faccio a fare da solo. Le rispondo di sì, anche se non mi va di aprire quella porta pesante, perché me ne ricorda altre. Aprendola noto con sollievo che non c'è nessuno, e mi chiudo in un bagno, assicurandomi che il chiavistello sia ben inserito, anche se mi fa male la pancia da quanto la trattengo. Faccio pipì come le ragazze, seduto, con gli occhi fissi sulla porta, temendo che *loro* la attraversino, anche se siamo distanti e l'esplosione e l'incendio sicuramente li avranno uccisi tutti.

Ho come la sensazione di essere dentro ad un film. La cameriera, una signora matura, ci tiene d'occhio mentre divoriamo biscotti secchi. Probabilmente abbiamo l'aspetto di

fuggitivi, ed è esattamente ciò che siamo. Mio padre con la barba di alcuni giorni, le scarpe e la giacca sporche di fuliggine. Mia madre, spettinata e con le occhiaie, ha un borsone nero che non si abbina ai suoi vecchi pantaloni viola e un giaccone grigio. Io ho gli occhi rossi come se avessi pianto, cosa che mi ha sorpreso quando un attimo prima mi sono guardato allo specchio... per fortuna non ci chiede nulla, nemmeno quando mia madre si avvicina per ordinare dei panini e delle bibite, che la cameriera mette in una borsa e ci fa pagare, senza smettere di lanciarci occhiate furtive. In quel momento quasi mi diverte pensare che, appena ce ne andremo, questa donna chiamerà la polizia comunicando il vago sospetto di un rapimento.

La mamma si offre di guidare, insistendo perché mio padre si riposi un po', ma so già che lui non accetterà. È da così tante ore che ci protegge che non lascerà la macchina in mano a mia madre senza la sua supervisione. Alla fine cede, quando lei usa un'argomentazione convincente:

–Preferisco che ti occupi tu della cartina. Sai che mi viene la nausea quando leggo in macchina, quindi non potrei aiutarti.

So per certo che a mia madre viene la nausea se legge in macchina, però non capisco la storia della cartina. Il tragitto dalla tenuta fino a casa nostra l'abbiamo fatto almeno una dozzina di volte, e perfino io saprei indicare il percorso senza problemi, ma credo che i miei genitori abbiano in mente di andare dallo zio Marco per raccontargli cosa è successo, e il modo più veloce per arrivarci sia viaggiando tramite le strade secondarie. Dopotutto, la tenuta in cui era successo tutto era quella del nonno. «Tu sei pazzo, quel posto è maledetto», disse mio zio quando scoprì che mio padre voleva ristrutturare la casa. Questa conversazione, che avevo sentito quasi per caso, mi era tornata in mente il giorno dopo che *quello* ebbe inizio.

Torno a sedermi sul sedile posteriore. Non voglio dormire né ricordarmi ciò che è successo, ma le immagini di quei giorni mi appaiono senza che possa far niente per fermarle. Nessuno sa cos'è la paura finché non la prova davvero.

La luce è una benedizione... Tutto sembra innocente alla luce del giorno, o quando le lampadine sono accese. Nell'oscurità le cose non sono quelle che crediamo. Gli oggetti normali (il letto, il comodino, la poltrona...) non hanno la capacità di cambiare posto o di acquisire vita propria, ma ci sono altre cose che vivono nelle tenebre, lo so per esperienza. Chi ti dice che appena spegni la luce a pochi centimetri da te non ci sia *nulla*,

nessuno? Non puoi saperlo finché non senti il suo respiro, il suo calore, il suo tocco... uno scricchiolio improvviso può annunciare il suo arrivo. Una corrente d'aria, un brivido, che sono già a fianco a te.

Mia madre guida lentamente.

Dal sedile del passeggero mi arriva solo il rumore delle pagine sfogliate della cartina stradale, e dei bisbigli di conferma sulla strada intrapresa. I miei genitori non parlano. L'hanno fatto anche troppo nei giorni scorsi, hanno litigato abbastanza, per colpa mia. All'inizio mi resero il responsabile della morte di Sawyer, poi quando scoprirono la verità si sentirono in colpa, soprattutto mio padre, e mi chiesero scusa. Credo che tutti i suoi sforzi, il suo impegno per farci sopravvivere abbiano a che fare col desiderio di compensare la sua prima accusa.

«Non sono stato io», gli dissi più e più volte. «Non è stata colpa mia».

Alla fine mi credettero, ovviamente. Ma era troppo tardi.

Tutto cominciò con un suono, una specie di gocciolio al piano di sopra. Un *ploc, ploc*, all'inizio innocente, ritmico, come dell'acqua che cadeva, che faceva rumore ad intervalli regolari. Già in quel momento mi fece strano, perché non stava piovendo, e impiegai molto tempo ad addormentarmi. Doveva essere quasi l'alba quando mi alzai per andare in bagno. Era tutto buio e regnava un profondo silenzio; non si sentiva nemmeno *quello*. Mentre andavo ad accendere la luce, sentii come delle dita gelide percorrere il mio polpaccio e rimasi paralizzato, con la mano a pochi centimetri dall'interruttore. Confesso che bagnai un po' i pantaloni del pigiama, per questo preferii non raccontare nulla la mattina seguente. Corsi al bagno nell'oscurità e, mentre stavo finendo di fare la pipì, ebbi come la sensazione che qualcuno stesse respirando vicino al mio orecchio. Tornai a letto e mi nascosi sotto le lenzuola. Il *ploc-ploc* si fece più forte e rapido: immaginai le dita di una mano che tamburellavano alla mia destra, dentro il cassetto del comodino. Continuai per circa un minuto. Poi smise.

Trascorsi tutto il giorno cercando di capire se si trattava solo di un brutto sogno. Nascosi i pantaloni del pigiama sotto al letto, sperando che si asciugassero, e ogni tanto ricordavo il formicolio nei polpacci, così reale che a volte alzavo i pantaloni per vedere se avesse lasciato dei segni. Fino al pomeriggio non successe nulla di importante. Mio padre tagliò la legna. Mia madre preparò il pranzo che mangiammo tutti insieme al fiume. Il cane si tuffò in acqua e giocò inseguendo un pesce. Se non fosse stato per la mia

stanchezza, per il peso di quel sogno e per ciò che successe poco dopo, la giornata sarebbe stata felice.

Quando tornammo, Sawyer iniziò ad abbaiare. Senza smetterla corse più volte attorno alla casa e si appostò all'entrata ululando. «Tranquillo, Sawyer», disse mio padre prendendo un grosso ramo a mo' di bastone, pensando che forse qualche animale si fosse intrufolato in casa. Entrò e, dopo aver controllato ovunque, tornò all'ingresso. «Smettila, cane scemo. Non c'è nulla, nemmeno un coniglio da cacciare». Nessuno diede importanza a questi fatti, finché in seguito iniziammo a collegare le cose... Ma, come ho già detto, era già troppo tardi.

Mi alzo per guardare fuori dal finestrino. Seguendo le indicazioni di mio padre, la mamma prende una stradina che si immette in un bosco di alberi altissimi. Ogni tanto dai rami filtra la luce del sole e la macchina passa sopra ad isolotti di foglie argentate. Mi stendo di nuovo dopo aver sentito mio padre dire:

–Un'ora più o meno. Vuoi che guidi io? Sto bene!

–Anche io. Tu riposati un po'.

Sawyer smise di abbaiare, ma camminava nervoso di qua e di là. Solo io comprendevo la sua inquietudine.

Guardai il tetto sperando di sentire il gocciolio della notte prima, ma non sentii nulla. Mio padre era di buon umore e propose una partita a Scarabeo, ma la mamma disse che voleva continuare il suo libro, perciò lui si diresse alla sua scrivania e mi chiese di accompagnarlo. «Mi dai una mano? Devo finirlo entro lunedì». Mio padre fa il rilegatore e si è portato un baule con i lavori da fare. A volte lo aiuto, ma quella sera non avevo nessuna voglia di rilegare libri. Finsi di leggere sul divano mentre osservavo la scena. Mio padre aveva acceso una luce sopra al suo tavolo, mentre mia madre aveva una lampada pieghevole sopra la sua poltrona. C'era poca luce fuori, e la mia apprensione cresceva man mano che aumentava il contrasto tra le zone in luce e quelle in ombra.

Sentii che gli spazi in ombra si riempivano di presenze minacciose, silenziose e, per il momento, tranquille. Ricordo che pensai che era come se prendessero posizione, ma allo stesso tempo cercavo di convincermi che tutto questo fosse solamente frutto della mia immaginazione, impressionato com'ero dall'incubo del giorno prima. Alla fine riuscii a far distendere Sawyer di fianco a me, anche se ogni tanto alzava la testa, guaendo. Dopo un po' di tempo, mio padre si girò:

–Figliolo, come fai a leggere senza luce? Così diventi cieco.

L'interruttore della lampada vicino al divano era di quelli a pavimento, di quelli che si premono con il piede. Mi allungai sopra il bracciolo del divano e avvicinai la mano al pulsante, ma sentii una fitta che mi partì dalla punta del dito fino al gomito. Urlai forte, e in quell'istante Sawyer cacciò un latrato che fece raggelare il sangue a tutti noi. L'animale scese precipitosamente dal divano, rovesciando il vaso di fiori sul tavolo, uscì dalla sala e si fermò all'ingresso, ululando. I miei genitori balzarono in piedi per la confusione e chiesero:

–Cosa è successo? Cosa è stato?

La mamma venne verso di me, ma io riuscivo solo a balbettare; il mio soprassalto per la reazione di Sawyer fu più grande del dolore per la scossa. Mio padre, invece, andò verso il cane che guaiava disperato. Lo sentimmo ripetere: «Tranquillo, Sawyer, tranquillo...». La mamma e io li guardavamo aspettando sulla porta. I latrati pian piano cessarono, e poco dopo apparve mio padre con il cane in braccio. Gli sanguinava il muso, e mio padre mi chiese:

–Come è successo? Lo hai schiacciato o qualcosa del genere? Guarda come sta...

Spezzata la tranquillità del pomeriggio, le ore successive trascorsero con il dispiacere di vedere il povero animale raggomitato e sofferente in un angolo. Tutti gli facemmo le carezze e, con le luci accese, mi dimenticai delle mie paure. Cenammo attenti al fedele Sawyer, preoccupati per il rivolo di sangue che gli usciva dal naso, che nemmeno gli impacchi freddi che la mamma gli applicava riuscivano a bloccare del tutto. «Lo porteremo dal veterinario domani», disse mio padre. Dal suo sguardo avevo già intuito che mi avrebbe reso il responsabile di questa vicenda.

La mamma ferma la macchina in un tornante che fa da punto panoramico. «Vuoi allungare le gambe?» mi chiede mentre apre la portella dietro. «Ci riposiamo un po'».

Esco dalla macchina e sento freddo, anche se la giornata è calda. Sotto si vede un profondo dirupo e il letto di un fiume a serpentina. Più in fondo, le montagne azzurre sono avvolte nella foschia. Alcuni metri più in là mio padre parla al telefono. Non sento la sua voce, ma vedo che gesticola come se stesse discutendo con qualcuno. Non capisco proprio tutto; dev'essere a causa del sonno.

Beviamo dell'acqua e la mamma mi offre dei biscotti che ha preso dalla sua borsa. Non ho fame. Solo pesantezza, anche se non è nemmeno quella. Voglio stare tranquillo,

riposarmi cercando di capire quello che è successo in quei giorni. «Tesoro, ti fa male qualcosa?» chiede la mamma. No, non mi fa male niente che si possa indicare con un dito.

Passa circa mezz'ora. Ad un certo punto mia madre si avvicina a papà con la cartina. Mentre parla scorre le pagine e scrive qualche appunto in un quaderno. Papà smette di parlare e si siede, appoggiando la testa sul muretto a lato della strada. Sembra esausto. Forse ha discusso con mio zio; entrambi saranno afflitti per quello che è successo nella casa, suppongo. Mia madre gli si avvicina e parlano per un paio di minuti, ma non riesco a capire di cosa. Quando tornano, mio padre dice soltanto: «Guido io», prima di passare al volante. La mamma si siede dietro, vicino a me. Emana un'aura di calore che mi sorprende. Fingo di dormire.

La notte dell'incidente con il cane ero molto stanco, ma aspettai fino a mezzanotte per andare a letto. Afflitto per Sawyer, mi scordai dei rumori sentiti la notte prima. Mi rigiravo inquieto senza riuscire a dormire, e sentivo il parlottare dei miei genitori prima che andassero a letto. Non ho idea di che ora fosse quando mi svegliai all'improvviso. Senza sapere perché aprii gli occhi e perlustrai il soffitto da una parte all'altra, come se cercassi qualcosa; dopo questa ispezione provai paura, senza capire perché l'avessi fatto. Non vidi né sentii nulla, e stavo per addormentarmi quando sentii una vibrazione, che non era ancora un vero e proprio rumore. Poco dopo avvertii il gocciolio, più forte della notte precedente, più veloce, come se battesse in due punti diversi del tetto: *bo-bo-bop, bo-bo-bop...*

Se fosse stato solo quello... Avevo gli occhi chiusi, ma sentivo che vicino a me fluttuava *qualcosa*, era come se la mia pelle percepisse un paio di sfere congelate: una vicino alla porta della camera e l'altra alla mia destra. Riuscii a capire la loro posizione, proprio sugli interruttori della luce. *Quello* era responsabile dei miei spasmi, della ferita di Sawyer! Ci avevano *feriti* entrambi! Gridai «Mammaaaa...!».

Arrivarono i miei genitori e, appena accesero la luce, tutto tacque. Mi trovarono seduto, con gli occhi fuori dalle orbite, tutto sudato... Riuscii a balbettare qualcosa riguardo ai rumori sul tetto. Provarono ad ascoltare, ma ovviamente non sentirono nulla. Mi portarono dell'acqua. Parlavano di un incubo. Devono avermi visto talmente spaventato che mi portarono in camera con loro. Era da molto che non dormivo nel loro letto. Si presero cura anche di Sawyer, che continuava a perdere sangue dal naso. Mio

padre era irritato e discusse con la mamma. Prima di addormentarmi lo sentii alzarsi e capii che sarebbe andato a dormire sul divano in salotto.

«Non andare così spedito», osserva mia madre. «Ci schianteremo», aggiunge. È vero. La macchina corre velocissima ed è pieno di curve. Non capisco perché mio padre guidi in questo modo, ma non glielo chiedo, e non chiedo nemmeno dove stiamo andando. Ho la sensazione che non mi direbbero la verità.

La mattina seguente Sawyer era morto. Nel tappeto dove dormiva si vedeva la macchia di una piccola e drammatica pozza di sangue. Sotto al portico, mio padre avvolse il povero animale in un lenzuolo. Penso fosse la prima volta che vidi mio padre piangere. Lo capivo: era il *suo* cane. Lo seguiva ovunque dentro casa, passeggiava con lui per la tenuta. Quello che non capivo era questa sorda ostilità nei miei confronti. Doveva pensare che fossi io il responsabile, che gli avessi tirato un calcio nel muso o qualcosa del genere. Il muso degli animali è molto sensibile, lo so, ma non sono sicuro che un semplice calcio possa portare alla morte. Alla fine arrivai anche a pensare che sì, l'avevo ucciso io...

A mezzogiorno mio padre scavò una fossa e seppellimmo Sawyer. Fu un giorno triste. Avremmo dovuto andarcene in quel momento, ma non lo facemmo, credo per non lasciarlo solo. Sì, sarebbe stato orribile seppellirlo e lasciarlo lì. Non smettevo di pensare ai rumori del tetto, alle presenze che sentivo minacciose nell'oscurità, però come spiegarlo? E a chi, se eravamo tutti affogati nel dolore del lutto?

Nonostante tutto quello che successe dopo, ricordo molte cose di quel giorno. Mio padre trascorse molto tempo fuori casa e la mamma lo accompagnò, occupandosi allo stesso tempo anche di me. Piangemmo entrambi, e lei cercò di spiegarmi che papà era arrabbiato, ma che non mi dava la colpa di nulla. Io pensavo a mio padre e al cane, anche se man mano che passavano le ore rabbrivivo al pensiero di cosa sarebbe successo alla notte. Mi spaventava, ovviamente. Solo all'immaginarci da solo in camera tremavo di paura. Fu allora che ricordai l'avvertenza che mio zio Marco aveva fatto a mio padre: «Quella casa, quelle terre sono maledette».

L'arrivo della notte mi terrorizzò. Non mi separai da mia madre, e guardavo con sospetto sia gli interruttori sia gli angoli in penombra, dove immaginavo fossero appostate forme strane e vendicative. Tremavo quando mia madre o mio padre accendevano la luce ma allo stesso tempo avevo voglia di gridargli che illuminassero *tutto*, perché era l'unico modo per far fuggire la minaccia. Dopo cena presi coraggio e chiesi a mia madre:

–Per favore, questa notte vorrei dormire con voi. Ho tanta paura.

Cercò di consolarmi, ma ho il sospetto che non credesse alle sue stesse parole:

–Paura di cosa, tesoro? I tuoi incubi non hanno nulla a che vedere con quello che è successo a Sawyer.

Continuai ad insistere e per fortuna mi lasciarono dormire nel loro letto. Mi sentivo protetto dai miei genitori, immune da qualsiasi pericolo. Stanco com'ero, mi addormentai immediatamente.

Non mi svegliò il gocciolio, ma la luce accesa. Mi spaventai nel vedere mio padre che osservava il tetto della camera.

Gridando gli dissi:

–Sono *loro* papà. Sono *loro*!

Spiegai che si trattava degli stessi rumori che sentivo io. Che c'era *qualcosa* in casa.

Mio padre argomentò:

–Di sopra c'è il deposito dell'acqua. Si sarà rotto qualche tubo. Domani vado su a ripararla.

Mentre stava per spegnere la luce, mio padre ricevette una scossa che lo spinse indietro come se l'avesse morso un serpente. Imprecò e si prese il braccio ferito. Mia madre spaventata lo aiutò e gli chiese se stesse bene. Dolorante, mio padre cercò di trovare una spiegazione:

–Probabilmente l'acqua ha provocato qualche falso contatto. Fate attenzione con le prese e tutto il resto. Non so come mai non siano saltati i fusibili.

Tutti cercano di trovare spiegazioni a ciò che è strano.

Mia madre chiede a mio padre di fermarsi. Scende a fare pipì in un bar di un piccolo paese e mi chiede di accompagnarla. Approfitto per andarci anche io, lasciando la porta aperta. Nello specchio vedo i miei occhi arrossati dal sonno, ma le mie labbra sono pallide. La mamma prende le gomme da masticare, giusto per comprare qualcosa. Mio padre aspetta impaziente e parte appena chiuse le porte. Continuo a non capire la sua fretta, e solo ora mi rendo conto che non mi ha mai rivolto la parola per tutta la mattina.

Mi fa male il collo e ho le mani informicolate, perciò decido di non distendermi e guardo fuori dal finestrino. Viaggiamo su strade secondarie e solo ogni tanto incrociamo qualche macchina. Ovviamente non stiamo tornando a casa, ma non voglio chiedere dove stiamo andando.

Mentre c'erano i lavori, una volta accompagnai mio padre nella parte superiore della casa. C'erano delle enormi travi messe di traverso sulle quali si doveva calpestare con attenzione per non mettere il piede sulle lastre di gesso. Non ricordavo nessuna cisterna, anche se potrebbe essere stata installata più tardi. La mattina seguente mio padre prese la scala e si arrampicò per il buco chiuso da una botola. Lo vidi sparire sospettoso, e sentii i suoi passi mentre le travi scricchiolavano per la pressione. Per assicurarmi che stesse bene glielo chiedevo, e lui mi spiegava:

–Sembra tutto a posto... non c'è umidità. Forse è stato un uccello, oppure del legno marcio... magari il vento...

Io sapevo che non erano né il vento né nessun uccello, ma come facevo a convincerlo? Scese e riguardò con attenzione le pareti, cercando tracce di umidità. Si recò al quadro elettrico dove abbassò e alzò gli interruttori. Controllò ad una ad una le prese con il phon e premette ogni interruttore della luce, vedendo come rispondevano le lampadine ad ogni contatto. All'inizio ero preoccupato per lui, poi subito mi convinsi che non sarebbe successo nulla fino all'arrivo della notte. Più tranquillo, ero contento di vederlo indaffarato con le sue faccende, che probabilmente gli facevano dimenticare la morte di Sawyer. Nel momento in cui stava preparando il pranzo, provai a convincere mia madre ad andarcene, ma ricevetti una risposta vaga:

–Tuo padre vuole rimanere ancora qualche giorno; deve fare delle cose e, poi, con la storia di Sawyer... Non disturbiamolo con la nostra fretta.

Adesso credo che avrei dovuto insistere di più, fingere un'appendicite, un male ai denti, qualcosa che ci avesse obbligato a tornare indietro.

Quel giorno le ore trascorsero lente. Mio padre lavorò tutto il pomeriggio concentrato sul suo lavoro e io lo aiutai a rilegare, pressare ed allineare i quinterni⁸, facendo attenzione a non sbagliare perché temevo in ogni istante una sorpresa che ci mettesse in pericolo. Scese la notte, si accesero docili le lampadine e io guardai con sospetto le zone in penombra senza provare alcun timore. Pensai anche che tutto quello non fosse stato altro che un insieme di fenomeni inspiegabili, ma non mi separai mai di più di un metro dai miei genitori. Ovviamente non lo notarono.

A tutti faceva male la scomparsa di Sawyer. Mio padre camminava taciturno e mia madre si mostrava più gentile con lui rispetto al solito. Io cercavo di non disturbare ed

⁸ L'insieme di cinque fogli di carta per scrivere, piegati e inseriti uno dentro l'altro.

essere condiscendente. Prima di cena accompagnai mio padre alla tomba del cane. Lui mi abbracciò, e a me fece piacere sentire il calore del suo corpo. Vidi le luci accese della casa, la luna crescente in cielo, le stelle. Sembrava tutto così calmo...! Sembrava che l'unico dispiacere fosse l'inspiegabile ed improvvisa scomparsa del cane.

Andai in camera mia, vincendo la paura. I miei genitori andarono a letto poco dopo e non li disturbai; sapevo che volevano stare insieme, come altre volte. Decisi di tenere le luci accese per tutta la notte. Era dell'oscurità che dovevo avere paura, mi dicevo. Solo dell'oscurità, mi ripetevo.

Ma l'oscurità finì per arrivare da sola, senza che la cercassimo.

Non so ancora dove siamo diretti, ma andiamo molto veloci. Il paesaggio è cambiato di nuovo. Solo ogni tanto mio padre chiede: «Come va?» e mia madre mi guarda, sorride e dice: «Bene» o «Andiamo bene, vero tesoro?». Sì, in teoria tutto va bene, ma non so dove stiamo andando.

Mi sento molto stanco, forse per la mancanza di sonno. Il paesaggio mi annoia e mi distendo di nuovo. Sento molto calda la gamba di mia madre e la sua mano sulla mia fronte. Da disteso, vedo il cielo azzurro e le nuvole che sembrano volare lungo il bordo del finestrino. Mi bruciano gli occhi; mi sento meglio se li chiudo.

Quella notte non successe nulla, e nemmeno la mattina seguente. Io e la mamma andammo a fare compere in paese con la macchina e lasciammo mio padre a lavorare. Nel tardo pomeriggio aveva tre volumi rilegati, rimanevano da tagliare solo le linguette che uscivano dai risguardi⁹. Sebbene l'assenza di Sawyer costituisse un grande vuoto, credo che mio padre trovasse conforto nell'uscire di tanto in tanto nel luogo in cui era sotterrato.

Dovevamo andarcene quel pomeriggio, senza cercare di portare a termine i due giorni che ci rimanevano nella casa. Ma mio padre era da settimane che pianificava questo isolamento che coincideva con le mie vacanze scolastiche, per finire delle rilegature che richiedevano particolare attenzione, che non voleva fare nel suo laboratorio. Provavo una vaga apprensione per quello che era successo le notti prima, ma non volevo aggiungere l'agitazione per la mia paura al dispiacere di mio padre. Peccato che...

Adesso, passato del tempo, penso che avremmo dovuto interpretare i segnali. Il primo avvertimento fu verso le otto. Dalle finestre entravano le ultime luci di un tramonto

⁹ Fogli di guardia, posti all'inizio e alla fine del libro per proteggere il testo scritto.

primaverile, quando il sole era sceso da poco, e l'oscurità non avvolgeva ancora tutto. In uno stereo suonava un disco abbastanza malinconico, di quelli che piacciono a mia madre, che leggeva sul divano. Scoppiò una lampadina e nell'aria rimase un odore come di metallo bruciato.

Interrompemmo quello che stavamo facendo per spostare i mobili e raccogliere i piccoli vetri sparsi per il pavimento, sul tavolino all'angolo e nello schienale di un divano. Mio padre maledisse di nuovo l'impianto elettrico e si propose di cambiare la lampadina il giorno successivo, staccando la lampada dalla parete. La mamma cercò in un angolo un pacco di candele. Giusto per sicurezza.

A quell'incidente seguirono i preparativi per la cena, che preparammo un po' prima del solito. Poi guardammo un film di cui non ricordo nulla, in realtà non prestai attenzione, assorto com'ero nei miei dubbi, e poi andammo a letto. Impiegai un po' a prendere sonno.

Cerco di capire dove stiamo andando, ma dal finestrino vedo solo il cielo azzurro in cui fluttuano nuvole a pecorelle. I miei genitori non parlano, non so se credano che stia dormendo, o se invece le preoccupazioni di entrambi sono più grandi delle mie. Forse stiamo attraversando un qualche paese; mio padre ha diminuito la velocità. Ci sono i lampioni stranamente accesi a quest'ora di mattina.

Mi svegliò un botto secco proveniente dalla camera dei miei genitori. A questo seguirono voci e rumori. Scoprii che erano le quattro di notte. Non sapevo se alzarmi o meno quando la lampadina del soffitto della mia camera scoppiò e sentii cadere una pioggia di vetro polverizzato sopra al letto. Anche se mi coprii con le lenzuola, alcuni frammenti mi caddero in testa. Ero coperto quando sentii la porta aprirsi all'improvviso e mio padre chiese:

- Stai bene, figliolo?
- Che è successo? – La mia voce tremava per la paura.
- Sono esplose delle lampadine.

Comparve mia madre con una candela. Si avvicinò e mi disse di fare attenzione ad alzarmi. Scostò le coperte e osservò con attenzione il mio viso e i miei capelli, togliendomi i frammenti di vetro. «Alzati, lentamente... aspetta, le ciabatte...».

Sentii come le sbatteva sul pavimento.

Appena mi alzai in piedi ci furono altre cinque esplosioni, una dopo l'altra, in diversi posti della casa. Vidi mio padre correre per il corridoio verso l'entrata, gridando: «Un sovraccarico! Vado a scollegare...». Ebbi paura per lui, giustamente. Dopo poco lo sentimmo gridare, e fece un volo all'indietro come se un gigante l'avesse colpito. Cadde sopra la poltrona e rimase girato di schiena. Corremmo verso di lui cercando di non spegnere la candela e, nella penombra, ci tranquillizzò sentire la sua voce che lamentava:

– Mi sono bruciato. Mi sono bruciato il braccio...

– Aspetta. Fermo... Non muoverti.

La mamma andò in cucina mentre io mi inginocchiai a terra e abbracciai mio padre, che puzzava di peli bruciati. In quell'istante iniziammo a sentire dei colpi sul tetto, come di palline di gomma che rimbalzavano tra il gesso e le tegole. Papà mi strinse tra le sue braccia e la mamma comparve con un'espressione attonita, con in mano un pacchetto. Si rifugiò con noi e cercò di proteggermi col suo corpo. Tutti e tre tremavamo, e non eravamo in grado di proferire parola.

Dopo pochi secondi il fracasso cessò e ci avvolse un silenzio scuro e appiccicoso come il catrame. «Cosa è stato quello?», «Un terremoto» e «Qualcosa si è rotto di sopra» furono una domanda e un paio di spiegazioni. Io ripetei:

– Te l'ho detto papà, te l'ho detto, te l'ho detto. *Loro* sono lì.

– Chi, figliolo? Chi sono *loro*?

Non avevo una risposta. Cosa potevo dirgli?

Mia madre prese il pacchetto che aveva lasciato sopra al tavolo, afferrò una candela, la accese, fece cadere alcune gocce sul tavolino e la attaccò al vetro. Alla luce tremula osservò attentamente il braccio di mio padre e vidi la pelle arrossata e i peli ritti con le punte nere.

– Come te lo sei fatto?

– Non lo so. Non sono neanche arrivato ad aprire il quadro del contatore.

– Non penso sia grave. Ti fa male?

– Un po'.

– Ci hai spaventati. Pensavo avessi sbattuto la testa contro la parete. Meno male che sei caduto sulla poltrona. La schiena come va?

– Bene, non preoccuparti.

Perlomeno, lo stato di mio padre sembrava tranquillizzante.

Quasi al buio completo, la mamma andò in cucina e prese delle bottiglie d'acqua minerale che versò sul braccio ferito, bagnando la poltrona. Contemporaneamente mi disse:

– Puoi accendere delle candele? Ne avremo bisogno.

Le mani mi tremavano, ma riuscii ad accendere quattro candele in posti diversi del salotto. Nel pacchetto ce n'erano più o meno una dozzina, e, come leggendomi nel pensiero, la mamma mi ordinò:

– Basta così. Dobbiamo tenere le altre.

Finita la medicazione, i miei genitori mi chiesero e io gli raccontai nei minimi particolari quello che accadde diverse notti prima, includendo anche quello che pensavo fosse successo a Sawyer. La mamma fu risoluta:

– Questa è una follia. Dobbiamo andarcene. Recupero il necessario e ce ne andremo da qui in questo istante.

Non appena finì di parlare il rumore tornò. Questa volta ancora più acuto, come se le palline emettessero un leggero gemito ad ogni colpo. Durò più a lungo, ma per qualche ragione risultò meno minaccioso. Ascoltammo con attenzione, abbracciati, e quando smise mio padre chiese:

– Che diavolo è questo?

Si alzarono entrambi e io li seguii. Mio padre andò all'angolo dove di solito lavorava, prese i libri appena rilegati e li ripose nel baule. A sua volta, la mamma prese una candela e andò verso la loro camera. Nel buio le luci tremolavano sulle pareti, creando un atmosfera spettrale. Poi lo vidi. O almeno, vidi uno di *loro*, e un brivido mi scese lungo la schiena. Gridai:

– È lì!

Mio padre si girò verso dove stavo indicando, nelle vicinanze della candela che faceva luce sopra la credenza. «Cosa?» e «Dove?», chiese.

Non riuscii a descriverlo, però nella frazione di secondo in cui lo vidi mi sembrò una traccia di fumo con l'aspetto di un volto distorto, con le orbite degli occhi vuote e una bocca senza labbra. *Quello* sparì nell'oscurità e il mio dito girò verso un angolo, in cui mi sembrò che si stesse nascondendo. Vidi mio padre afferrare la pietra che di solito usava per ripiegare i suoi quinterni, pronto a colpire qualsiasi cosa fosse *quello*. In quell'istante giunsero le urla di mia madre:

–Non riesco ad aprire! La porta si è bloccata!

La mamma faceva forza sulla serratura della loro camera e mio padre corse ad aiutarla. Li sentii spingere e dare colpi, e rimasi sulla soglia, guardando verso il salotto, cercando di capire dove si fosse nascosta quella presenza minacciosa.

Mio padre ferma la macchina. Consulta la cartina e la mamma gli si avvicina dal sedile dietro. Parlano sottovoce e indicano alcuni posti. Non riesco a sentirli. A questo punto penso che non andremo nemmeno a casa dello zio, e che quello che cerchiamo dev'essere abbastanza nascosto. Poco dopo mio padre si rimette in marcia e mia madre ci offre i panini, ma non abbiamo fame. Mi fa sedere comunque e mi fa bere un succo; dice che poi starò meglio. Mio padre continua a guidare veloce, troppo veloce, lui che è sempre stato così prudente al volante. Io preferisco continuare a riposare; le immagini di quello che è successo, quello che ricordo, martellano la mia mente. Cerco di capire...

Gli spintoni di mio padre non riuscirono a vincere la resistenza della porta, perciò mia madre incalzò: «Lascia stare, volevo solo prendere qualcosa per coprirci. Andiamocene da qui...».

Io rimasi allerta a guardare verso il salotto, ipnotizzato dalle ombre dei mobili che ondeggiavano tra le pareti e il soffitto, sicuro che quella presenza spettrale non se ne fosse andata e si stesse nascondendo sotto il tavolino, o forse dietro il divano.

Gli unici rumori provenivano dai passi dei miei genitori, che raccoglievano qua e là ciò che ritenevano necessario, e che mia madre buttava alla rinfusa nella borsa che di solito usavamo quando facevamo la spesa. Quando considerarono finito questo compito, sentii il tintinnio delle chiavi in mano a mio padre, che mi prese per il braccio mentre ci sollecitava ad uscire da lì. «E le candele...?», chiese la mamma mentre ci dirigevamo verso uscita. «Lasciale».

Non impiegammo molto a scoprire quanto fu inutile quel tentativo. Riuniti all'ingresso, scoprimmo dapprima con stupore e poi con terrore che la porta non si apriva, per quanto mio padre girasse il pomello e lo tirasse a sé. La mamma strillò: «Non può essere! Dimmi che questo è un incubo! Cosa sta succedendo, per Dio...?».

«Aspetta, c'è un'ascia sotto al lavello. Torno subito. Non muovetevi...». Mio padre passò tra noi e la mamma mi abbracciò, proteggendomi. Lo vedemmo tornare verso il salotto, il suo profilo ritagliato contro il chiarore, e poi io gridai:

– Per piacere, papà, non andare. Sono tanti!

Mi liberai dalle braccia di mia madre e feci alcuni passi verso mio padre, cercando di fermarlo attaccandomi all'orlo del suo maglione. Lui si fermò, mia madre venne vicino a noi e io indicai il soffitto con il dito.

Ne avevo già visto *uno* ed era difficile riconoscerne *tanti*. Sembravano quasi dei fili grigi sul soffitto bianco, che serpeggiavano in aria e che in condizioni normali avremmo scambiato per il fumo che emanano le candele. Per i miei genitori risultò difficile distinguere questi spettri man mano che io spostavo il mio dito verso di *loro*, ma alla fine ci riuscirono. Sembrava che nuotassero in aria come delle serpi intrappolate in uno stagno, ritorcendosi l'una sull'altra, salendo e scendendo lentamente, come in agguato. La gola dei miei genitori doveva essere secca come la mia, perché nessuno riuscì ad emettere un grido. La nostra paralisi si interruppe quando uno di questi fili acquisì consistenza: si allargò, parve aumentare di densità e scese fino all'altezza dei nostri occhi, cercando di assumere le sembianze di un volto umano. Mio padre si girò, afferrò qualcosa dalla credenza che stava dietro di noi e lo lanciò contro quella forma grottescamente ovale. Il proiettile, forse un libro o un portafoto, lo attraversò e per un istante quella forma si decompose e parve rompersi in nuvolette, alcune delle quali sfrigolarono sulle fiamme delle candele.

–Il fuoco... – ricordo che disse mio padre.

Ci lasciò e, con le braccia aperte, come se volesse proteggerci, avanzò fino al tavolino dove era rimasto il pacchetto di candele. Le prese e indietreggiò con esse fino a dove eravamo noi e, attaccati alla parete, tornammo in cucina.

Pensai che non sarebbe servito a nulla chiudere la porta e bloccarla con il tavolo se *loro* avessero deciso di entrare, ma compresi il tentativo di mio padre. Mentre la mamma accendeva altre due candele, lui frugò sotto il lavello, estraendo in disordine barattoli, bacinelle e strofinacci. Utilizzando una spatola di legno ed un panno, costruì qualcosa di simile ad un aspersorio¹⁰, che bagnò con alcol metilico. Poi lo vidi con un'ascia in mano.

–Fermatevi qui, gridate se arrivano. Io cerco di aprire.

– No papà! Sono troppi. –dissi–. Di giorno se ne andranno.

–Cosa ne sai tu di *questo*? –lo sguardo di mia madre era terrorizzato–. Perché dici che se ne andranno?

¹⁰ Strumento di argento o di altro metallo terminante in una piccola palla traforata che serve ad aspergere d'acqua benedetta persone o cose.

–Se ne sono sempre andati.

–Cosa possono farci?

La domanda era di troppo. A tutti venne in mente quello che era successo a Sawyer.

–Magari conviene aspettare– disse mia madre guardando papà.

–Non aspetteremo nulla –rispose lui–. Mancano ancora tre o quattro ore all'alba. È troppo tempo.

–Non andare là fuori, per favore!

Mio padre parve dubitare e ci abbracciammo. «Aspettate, provo una cosa», disse. «Controllate la porta. Ditemi se entrano».

Aprì la finestra della cucina, salì sul bancone e utilizzò il retro dell'ascia per colpire l'attaccatura dell'inferriata. Il fracasso dei colpi ci spaventò e credo che tutti pensammo che li avrebbe attirati. Mentre papà in equilibrio sulle ginocchia picchiava contro il ferro, la mamma ed io controllavamo la porta e il tetto, sapendo che prima o poi avremmo dovuto affrontare quelle cose.

Ci diedero alcuni minuti di tregua. All'inizio furono uno o due.

«Papà, arrivano!», avvisai.

Mio padre gettò l'ascia, saltò giù e osservò con attenzione il soffitto, facendoci allontanare dalla porta. Prese l'aspersorio, lo avvicinò alla candela e si accese una fiamma azzurra. Agitandola, si avvicinò con cautela a quelle figure grigie, che evitarono la fiamma serpeggiando per il soffitto. Lui si avvicinava, *loro* fuggivano. Sembrava un gioco non troppo pericoloso. Mio padre disse a mia madre, passandole la fiaccola:

–Tieni, fai così se si avvicinano. Io continuo...

Tornò a colpire l'inferriata mentre mia madre, abbracciata a me, teneva alta la fiamma sopra la sua testa. Ci tranquillizzò sentire mio padre: «Penso che presto salterà un ancoraggio».

Mentre continuavano i colpi, ne intravidi altri due e lo dissi a mia madre, ma le fiamme si stavano spegnendo. Mi staccai da lei e cercai sul tavolo l'alcool metilico. Facendo attenzione, e senza perderli di vista, versai un po' di liquido sul panno ardente, ritirando velocemente il flacone. La fiamma crebbe, ma il serpeggiare di queste forme si fece più rapido e minaccioso mentre cercavano di avvicinarsi, scendendo leggermente dal soffitto.

La fiamma sfiorò uno di questi fili, che crepitò con un sibilo acuto. I due o tre che rimanevano parvero ingrossarsi, e subito credetti di vederne altri, mentre i colpi

dell'acciaio rimbombavano e la luce delle candele accese sembrava vibrare sempre di più. «Sono di più», disse mia madre. «Resisti ancora un po'», disse papà. «Penso che questo stia per saltare».

Ne entrarono altri, e poi altri ancora. Sembravano giocare con noi, anticipandosi ai movimenti di mia madre, che tremava di paura ma continuava ad agitare la fiaccola attorno a noi, proteggendoci.

In quella lotta, ci dimenticammo di papà. Lo sentimmo gridare:

–Ce ne sono anche qui... queste cose mi hanno morso, o quello che è!

Vidi mio padre ritorcersi dal dolore, con una mano sul collo. Io e la mamma ci avvicinammo alla finestra mentre lui ricominciò la sua battaglia con l'inferriata. Io ebbi la sensazione che quei serpenti di fumo fossero sempre di più, forse una dozzina, ma non volevo allarmare i miei genitori. Mi sentivo impotente. «Se avessi almeno un'altra fiaccola», pensai. Fu mia madre che supplicò:

–Sono troppi. Fai in fretta, per favore...

Mio padre scese, prese un rotolo di carta da cucina e lo incastrò su un mestolo. Versò l'alcool ad un'estremità e lo accese, passandolo a mia madre. Avvolse un altro strofinaccio in quello che aveva mia madre e ci fece un nodo. Lo inumidì di nuovo e lo passò a me. «Prendeteli», disse. «Manca poco». Salì di nuovo. Questa volta iniziò a dare calci al ferro, imprecaando e sudando.

Le due fiaccole accese erano una dichiarazione di guerra, ed *essi* risposero serpeggiando più velocemente, sempre più concreti, sempre più vicini. Poco dopo mia madre urlò e indietreggiò per un momento, ma continuò ad agitare la fiaccola. Alla fine ci fu un rumore fortissimo e mio padre gridò. Guardai verso la finestra. L'inferriata non si era staccata del tutto, ma pendeva da uno degli ancoraggi. Sentii una bruciatura alla gamba e allo stesso tempo vidi mio padre dare un altro calcio e l'inferriata finalmente staccarsi.

Come se l'avessero capito, quelle forme raddoppiarono il loro attacco. Crebbero, adottarono una forma ovale e ci accerchiarono. Alcuni di essi sembravano stridere al contatto col fuoco, e gli altri si infuriarono. Sentii altre punture sulla mano, sul petto, e *quello, qualsiasi cosa fosse*, mi attraversò, entrando dal mio ombelico e uscendo dalla scapola, e in quel momento sentii come se stesse lasciando nel mio corpo un canale di gelo. Ciò che seguì lo ricordo vagamente, e non so se in quest'ordine: mio padre che aiuta

me e mia madre a salire sul bancone della cucina, che prende dall'armadietto la bomboletta del gas butano e gira la valvola, la bottiglia di alcool rovesciata sul pavimento, le braccia della mamma che mi aiutano a scendere, una lingua di fuoco che viene giù dalla finestra... e poco altro, finché mi ritrovai in macchina: l'aria fresca, la goffa corsa, le mani della mamma sui miei fianchi, il dolore alle braccia, alle gambe, al petto... e il sonno. Il torpore. Poi, mio padre al volante. E l'esplosione...

Mio padre ha corso molto, ma alla fine sembra che siamo arrivati, anche se non so dove. Vedo un edificio circondato da un'alta recinzione, davanti al quale ci siamo fermati, e credo che la nostra destinazione abbia a che fare con la conversazione al telefono e con la cartina. Scendo lentamente, appoggiato a mia madre. Le sue mani sono molto calde e la luce del sole mi brucia gli occhi. Da quello che vedo nello specchietto, solo per un secondo, ho gli occhi neri.

Se è come sospetto, mi sto trasformando in uno di *loro*. Non so se in questo posto potranno fare qualcosa per me, ma almeno i miei genitori ci hanno provato.

Ora potrò dormire...

2.

Finalmente, dopo lo sconvolgente incontro di questa notte, posso dire di essere sveglio e lucido, anche se non so se sono la stessa persona che arrivò qui sei settimane fa, che è tutto ciò che ho potuto sapere sul tempo trascorso. Da quel momento non ho né visto un calendario né sentito notizie alla radio o alla televisione. Se mi fido di quello che mi raccontano, e dai calcoli che riesco a fare, deduco che siamo a metà maggio circa. Poco a poco ricompongo la mia vita precedente, ricordando dettagli di prima e di adesso. Ma ricordare non è lo stesso che sapere.

Non mi hanno detto quasi nulla sulle prime settimane passate qui. Tagliano corto dicendo che ero incosciente, anche se questo non è del tutto vero perché, man mano che si dissolvono le nuvole che oscurano i miei ricordi, riesco a rievocare quelli che magari erano solo dei sogni, ma anche avvenimenti reali, come l'immagine dei miei genitori che mi osservavano nella barella attraverso una vetrata, credo, insonorizzata. Mia madre piangeva; io la vedevo, ma non potevo sentire il suo pianto.

Da quello che vedo dalla finestra di questa stanza, più simile a quella di un hotel che a quella di un ospedale, manca poco al tramonto. Il cielo è limpido, la temperatura è mite e sono circondato da montagne coperte di boschi, il che mi fa pensare che questo posto sia verso nord. Non mi hanno nemmeno detto dove sono e come si chiama questo posto, a cui tutti si riferiscono come «il Centro». La cosa importante è che non sono più attaccato a tubi o a sensori che controllano la mia pressione arteriosa o i battiti del mio cuore, e non ho flaconi o bustine di medicine, come ricordo che avevo in quelle prime settimane di falsa incoscienza. Le mie mani sono già libere dalle bende e posso muovere le dita in libertà. La porta è aperta e potrei uscire e fare tutto quello che voglio nell'enorme edificio dove vivo adesso, che sembra costruito apposta per me. Nessuno mi impedirebbe l'accesso, nemmeno ai luoghi più riservati, guai a chi proverà a farlo! Ora sono il padrone di questo posto, che avrò tempo per conoscere a fondo.

Uno dei medici mi ha appena visitato. Inclina la testa a mo' di saluto e mi chiede come sto. Gli dico che sto bene. Mi informa che hanno intenzione di ripetere l'incontro di ieri, appena scenderà la notte. «Saranno tre, forse di più», mi avvisa. Non c'è problema; superato il limite del panico, messe alla prova le mie capacità, ormai non ho più paura. Prima di andarsene mi chiede se ho bisogno di qualcosa e gli rispondo di no. «Ci vediamo a cena, tra un'ora», dice prima di chiudere la porta, cercando di essere cortese.

Ieri a mezzogiorno per la prima volta da quando successe il fatto nella casa riuscii a parlare con i miei genitori. Parlammo attraverso un pannello trasparente che ci separava. A quanto pare, i medici gli dissero che dovevano proteggermi da qualsiasi infezione, ma io so che è una bugia, che la motivazione ha più a che vedere col fatto che non sono ancora pronti per toccarmi: si spaventerebbero, e hanno bisogno di tempo. Mi avevano consigliato di non dire o fare nulla che potesse preoccuparli o suscitasse emozioni incontrollabili. C'erano microfoni e casse da entrambi i lati e le loro voci mi sembravano metallizzate, come accade nelle videoconferenze.

Ci sforzammo tutti di fare la cosa giusta, credo. Eravamo seduti a poca distanza e, ad eccezione del tatto, percepii tutte le sensazioni dell'essere vicino a loro, compreso il profumo dolciastro di mia madre e il dopobarba di mio padre. E il loro calore.

Dopo i classici saluti, e dopo esserci assicurati che tutti stessimo bene, il che significava accantonare la loro angoscia per la mia situazione, mia madre cercò di mostrare il suo ottimismo:

–Ci dicono che in una o due settimane uscirai da qui, che ti sei ripreso. Che bello, tesoro! Non vediamo l'ora che torni a casa.

–Immagino, mamma. Anche io –feci in modo che le mie parole suonassero sincere.

–La casa è vuota senza di te, ma ormai manca poco. Deve avere un po' di pazienza. I nonni e lo zio Marco ti mandano i loro saluti.

–Stanno tutti bene?

–Sì, all'inizio erano preoccupati per te, ma ora sanno che stai meglio. Vedrai come saranno contenti quando sapranno che presto sarai a casa.

–Hai bisogno di qualcosa per quando sarai lì? –è mio padre che chiede adesso, sempre disposto a risolvere qualsiasi problema d'intendenza.

–Non mi viene in mente nulla.

Fu imbarazzante, e credo anche per loro. Penso che gli avrebbe fatto piacere abbracciarmi e portarmi via da lì, ma erano già rassegnati alle condizioni imposte da questo posto in cui sono rinchiuso. D'altra parte, quando in una conversazione tutti evitano le domande importanti (cosa è successo e perché, come faremo d'ora in avanti, che ne sarà di noi), è come avere un melone e vedersi obbligato a mangiare la buccia senza toccare la polpa. L'amaro non sazia e lascia un sapore acerbo in bocca.

Divagammo ancora un po', parlando di questioni futili (vaghe idee su dove andare in vacanza durante l'estate, lettere inviate dai compagni di classe, la gravidanza della sorella di mia madre, l'andamento del lavoro di mio padre...) finché, poco dopo, una dottoressa entrò sorridente nella stanzetta in cui c'ero io. Disse che ci rimanevano ancora cinque minuti e che io dovevo riposare. Giurerei che stesse ascoltando la nostra chiacchierata e che quello fosse un aiuto per liberarmi da quella conversazione alquanto oppressiva.

Quando ci salutammo mi inquietò il modo e l'intensità con cui mia madre stava osservando i vestiti che avevo addosso, non molto diversi da quelli che avrei potuto indossare a scuola. Mi sembrò uno sguardo inquisitorio, profondo ed assorto, come se per un minuto l'immagine si fosse bloccata tra le sue palpebre. Mi resi subito conto che in realtà il problema era mio. Lei mi diede solo un'occhiata, non durò più di due secondi. Fui io a subire questa dilatazione del tempo, che catturò a rallentatore il movimento degli occhi di mia madre dal collo della mia camicia fino alle mie scarpe, il tutto compreso tra due battiti di ciglia. Una cosa simile mi è successa stanotte, e penso che questa qualità abbia dei vantaggi, anche se non so ancora bene che benefici trarne.

I miei genitori si preoccuperebbero se gli dicessi che non ho alcuna fretta di tornare a casa. Ci sono tante cose a cui devo ancora abituarli che temo che loro costituiscano un ostacolo per me, ed io per loro. Se sapessero che mi ricordo a malapena di loro di quando ero bambino! La mia vita dai cinque ai nove anni è una chiazza sfocata, una zona di nebbia in cui non riesco a distinguere nulla. Non mi ricordo nemmeno bene dei nonni materni, né di questa sorella di mia madre di cui dovrei sapere che ormai sta per partorire un figlio, che dovrebbe essere mio cugino, una parola senza alcun significato affettivo per me.

I medici mi tranquillizzano. Dicono che poco a poco recupererò i ricordi, che ora sono intorpiditi dentro di me ma che presto riaffioreranno. E che lo faranno con la stessa chiarezza con cui ora ricordo altre cose, con un'intensità brutale.

Quando ho il dubbio di star sognando oppure no, porto la mia mano nella zona tra l'ombelico e l'inguine destro. In questa parte morbida e vulnerabile sento qualcosa di duro che sporge, come se mi avessero inserito una biglia tra il muscolo e la pelle, l'unica traccia visibile di quello che successe quel giorno nella casa. Apparentemente è cambiato solo questo, ma la prima volta che mi misi davanti ad uno specchio, dopo essermi svegliato, temei che riflettesse *qualcosa* o *qualcuno* a me sconosciuto.

Per quanto l'ispezione mi abbia tranquillizzato, e la forma ovale del mio viso, il mio naso, occhi e labbra mi risultassero familiari, so che molte altre cose sono cambiate, anche se non si possono vedere in uno specchio. Ora devo abituarli ad esse, e gli altri pure.

Questa stanza è accogliente e spaziosa. Oltre al letto ci sono due poltrone comode, una scrivania davanti alla finestra e una libreria in cui hanno portato diversi libri che potrebbero piacermi, anche se non ho ancora avuto tempo da dedicargli. C'è anche un impianto stereo con dischi che prima ascoltavo spesso, il che significa che avranno chiesto ai miei genitori. Ma nulla di tutto ciò mi interessa al momento, e non sento nemmeno la mancanza di un computer o di un cellulare che mi permettano di connettermi col mondo esterno. In realtà, queste ore sono il tempo più lungo che io abbia trascorso in camera mia, perché fino ad ora sono sempre stato impegnato con interviste ed esplorazioni per cercare di capire come sto e, soprattutto, in cosa mi sto trasformando.

In un angolo del soffitto c'è un ragno, piccolo come un granello di riso. Si muove su e giù come in assenza di gravità, ma in realtà percorre i fili invisibili che ha teso per catturare le sue prede. Senza spostarmi dalla poltrona in cui sono seduto, riesco a vedere che sull'addome ha sette piccole macchie gialle disposte a forma di V. Ieri, dal terrazzo, osservai un gatto che tese un agguato ad un topolino e lo catturò; la scena di caccia si svolse tra le erbe e gli arbusti che tappezzano il giardino, e i due animali si nascondevano l'uno dall'altro, e dalle occhiate di estranei. Ma io *vidi* attraverso le foglie il calore emanato dai loro corpi in modo così nitido, così come *sentii* il grugnito del gatto che paralizzò di terrore la sua vittima prima di saltargli addosso, e i lamenti di dolore del topolino mentre i denti e gli artigli laceravano il suo corpo.

Non so in cosa mi sto trasformando. Cercano di scoprirlo anche i medici e gli psicologi che mi seguono, che penso abbiano paura di me dopo quello che è successo ieri notte. Giustamente.

Credo che siamo quello che ricordiamo. Ogni notte ci abbandoniamo al sonno, che è qualcosa di simile alla morte. Quando ci svegliamo, il nostro cervello recupera in pochi secondi il pacchetto di dati che ci converte in ciò che siamo: ciò che abbiamo imparato del mondo e di noi stessi, ciò che abbiamo vissuto con la famiglia e gli amici, i doveri e i progetti per quel giorno o per i mesi successivi... la mia vita precedente era così. Mia madre mi svegliava e in pochi secondi io ero io. Ma ora è diverso. È da alcune settimane che mi sveglio e ci sono cose che ricordo e altre no. Credo di sapere più o meno chi sono.

So che sono figlio dei miei genitori, ma sembra anche che io sia nipote di qualcuno che non ricordo chi è e nemmeno come è fatto. Quindi non posso assicurare di essere la stessa persona che è entrata qui, almeno per adesso.

Devo prepararmi per andare a cena. Anche questo è nuovo. Nella mia vita precedente ho sempre cenato con i miei genitori. Ora mi fanno da genitori due medici che mi tengono compagnia, un uomo e una donna, ai quali a volte si aggiunge lo psicologo. Probabilmente passeranno la notte qui, prendendosi cura di me. Sono l'unico paziente di questo strano ospedale, se effettivamente è un ospedale, cosa che nemmeno so. Vado in bagno. Mi lavo le mani e i denti per abitudine, perché in realtà sono puliti. Mi guardo allo specchio, che mi permette di vedere solo la faccia e parte del busto. Mi chiedo ancora una volta chi sono io adesso. Sono umano, sì, e qualcosa in più. Ma diventerò un mostro?

Quando entro nella sala che fa da mensa non c'è ancora nessuno. Un orologio indica che mancano sette minuti alle otto e mezza. È presto. Mi intrattengo dando un'occhiata ai quadri attaccati alle pareti, con paesaggi e figure che non mi dicono niente. Uno mostra un paesaggio marino, con una scogliera ed una spiaggia in cui passeggia una donna sola e pensierosa. Non ricordo di essere mai stato così vicino al mare, anche se credo che qualche volta mi abbiano portato.

Chissà se i miei genitori sanno che lo zio Marco è venuto qui almeno due volte. Non ho ricordi di lui di quando ero addormentato, però sì mi ricordo di una visita appena dopo il risveglio, e poi di un'altra due giorni dopo, quando ero più cosciente. A differenza delle visite dei miei genitori, a lui permisero di venire dalla mia parte e di toccarmi, e io ne fui felice perché era vicino. A mio padre, specialmente, dispiacerebbe sapere che suo fratello ha goduto di una vicinanza con me che a lui era stata vietata.

Lo zio Marco è un pezzo del puzzle che sto cercando di ricostruire. Non so che ruolo abbia in questa vicenda, ma so per certo che è il responsabile del fatto che io sia qui; che mio padre lo chiamò quando successe il fatto della casa, e che fu lui ad indirizzarli verso questo posto. Sarei morto se mi avessero portato in un ospedale normale? Come conosceva lui questo centro? Sa quello che mi sta succedendo? Avranno fatto pace lui e mio padre spinti da quello che è successo? Le lacune della mia memoria mi impediscono di distinguere tra quello che ho dimenticato e quello che non ho mai saputo.

Entra la dottoressa. È una donna giovane, non molto alta, alla quale ho constatato che le costa molto sorridere. Mi saluta col mio nome e mi tende la mano come ha sempre

fatto, forse sapendo che non mi piacciono gli sbaciucchiamenti tra sconosciuti. Le sue dita sono molto morbide, e credo che i medici mi diano la mano solo perché io mi abitui al calore umano. «Come stai oggi?». Lei dovrebbe saperlo meglio di me: ieri notte, dopo quello che era successo, mi accompagnò in camera e mi prelevò un paio di centimetri cubi di sangue, che dovrebbe già avere analizzato. «Come vanno gli esami?», le rispondo io. «Tutto normale. Senti qualcosa di strano?». Nego con la testa, dicendomi che la sensazione di vittoria, l'euforia dopo il panico, la sensazione di potere, non debbano apparire nelle analisi del sangue.

Naturalmente conosco questa dottoressa, anche se non ho lavorato molto con lei e non so che ruolo abbia qui. A volte si occupa dei microscopi e degli esami. Di cognome fa Robles, ma non so il suo nome perché tra tutto il personale del Centro ci si rivolge per cognome. «La Dottoressa Robles è richiesta in sala riabilitazione», si sente a volte negli interfoni. Ma affermerei che non è il suo cognome vero. Il medico che mi ha fatto ieri la prova, e che verrà a cena oggi, si chiama Rojo. Da qualche giorno mi sono reso conto che c'è anche un'infermiera che di cognome fa Blanco; lo psicologo è conosciuto come il dottor Calle, e poi ci sono cognomi come Del Pino, Tejedor, Romero o Palacios. Anche le guardie si chiamano Moreno e, con un gioco d'immaginazione, Pedroso. Tra loro non c'è nessun Díaz, González, Pérez o Sánchez, e ho contato sedici persone qui. Magari ce ne sono di più. Questo presunto occultamento di cognomi lo considero una specie di gioco, però mi inquieta.

In una credenza c'è l'occorrente per preparare la tavola, e iniziamo ad apparecchiarla. «Saremo in tre», dice lei, che è abbastanza laconica. Per un po' non si sente altro che il tintinnio delle posate, il rumore dei piatti e i nostri passi sul pavimento. In realtà io percepisco qualcosa in più, quello che dev'essere un nido di scarafaggi in fondo alla sala, ma non dico niente. Poco dopo, sento dei passi che attraversano il lungo corridoio in questa direzione. Qualche secondo dopo, la porta si apre di nuovo e compare il medico che mi aveva visitato in camera un attimo fa:

–Buonasera. Scusate il ritardo. Tutto bene?

In realtà mancano ancora due minuti alle mezza, le sue scuse sono solo un modo per riempire il silenzio.

L'uomo si muove con agilità e sistema gli ultimi dettagli, portando le posate da dessert e allineando posate e piatti con una disposizione millimetrica. Deve avere qualche anno

più di mio padre, ma è un uomo che dev'essere attraente per le donne, magro, con i capelli pettinati all'indietro, pizzetto e occhiali che gli pendono sempre al collo ma che usa solo per leggere. A differenza della dottoressa lui parla molto, ma la sua loquacità non risulta fastidiosa perché trova sempre temi interessanti da trattare ed il tono adeguato ad ogni situazione. Se non fosse per lui, mi dico, la dottoressa ed io mangeremmo in completo silenzio, come con mia madre, parlando solo di cose banali.

–Mi sono trattenuto a vedere le previsioni del tempo. Sembra che tra un paio di giorni ci saranno temporali ed acqua in abbondanza. Sono stufo di questa siccità.

–Faresti meglio ad abituarti –dice la dottoressa.

–Non voglio abituarci! Rivendico la quantità di acqua che spetta a questa latitudine. Qualcuno nel pianeta sta usufruendo di quella che mi spetta.

Finalmente ci sediamo e il medico versa l'acqua nei bicchieri. So che vicino alla credenza c'è un frigorifero con succhi vari, che bevo solo a colazione. La tavola è da sei persone, quindi siamo seduti larghi. Nella sala ci sono altri quattro tavoli uguali, e mi chiedo se in qualche occasione si siano mai riunite contemporaneamente trenta persone per una cena, però tutto in questo posto è sovradimensionato.

Nel Centro ci sono dieci stanze come la mia, sei postazioni come quella in cui stavo mentre ero incosciente, una sala operatoria, una piscina piccola, una palestra grande che funge da sala di riabilitazione, una sauna, una biblioteca, la cucina, le sale per le visite, uffici e altre parti che non ho ancora visitato. Tutto per un unico paziente, che sono io. Mentre i dottori parlano, mi pongo delle domande di cui probabilmente non saprò mai le risposte.

Come se i piccoli gesti fossero sincronizzati, appena l'uomo appoggia la caraffa sul tavolo sento l'arrivo del carrello col cibo. Anche tra il personale di servizio ci sono i turni, e alla sera c'è un uomo, forse pachistano, che apre, lascia il carrello vicino a noi e se ne va, silenzioso come è arrivato. Lascio che mi servano e per un paio di minuti rimaniamo in silenzio, spezzato poco dopo dal medico:

–Avete presente il frassino secco che c'è vicino al laghetto? Ho scoperto che sarebbe stato tagliato e sostituito con un altro, e ho comprato un ginkgo, che il giardiniere planterà domani. Sapete che fino al 1700 nessun occidentale ha mai visto un ginkgo vivo? Si pensava che fosse estinto.

–Penso di averne visto uno in un giardino botanico –risponde la dottoressa.

–Può essere. Da quel momento diventò di moda e in Europa si pagavano prezzi stellari per questi.

Mi sorge una domanda e con non poche difficoltà la formulo a voce alta:

–Chi paga tutto questo?

–L'albero? Io! –dice il medico, orgoglioso–. Non è così caro come sembra, e magari sopravvive un migliaio di anni. È un bel ricordo per il futuro, no?

–Intendo –faccio una pausa e lascio il cucchiaino nel piatto, guardando il medico fisso negli occhi –questo posto. L'edificio, i medici, il giardiniere, la cena. Tutto questo.

Entrambi mi osservano con attenzione, e con il cucchiaino a mezz'aria. È lui che risponde:

–Credo una Fondazione, o qualcosa del genere. Gente piena di soldi, ovviamente.

–Una Fondazione di cosa?

–Non lo so. L'acronimo è qualcosa come Fondazione per lo Sviluppo Umano di non so cosa.

All'improvviso il tempo si ferma e capisco l'utilità di quella registrazione a rallentatore che avevo vissuto con mia madre ieri. La dottoressa senza sbattere le palpebre guarda il medico, il cui sorriso è congelato. Tuttavia c'è un movimento quasi impercettibile dell'iride del suo occhio sinistro, che si muove da un lato all'altro come lo sguardo di un animale che cerca una via di fuga per salvarsi la vita. Suppongo che la conversazione sia scomoda per lui, e forse sta mentendo, ma non ho modo di dimostrarlo. Mi sento coraggioso e continuo chiedendo:

–Ci sono altri centri come questo?

–In Europa, credo di no –continua lui–, ma quelli che mi assunsero mi proposero anche di lavorare in Australia, anche se non so se per lo stesso tipo di lavoro di qui.

–E che tipo di lavoro fate qui?

La vellutata di verdure si sta raffreddando nei piatti, ma nessuno se la sente di proseguire con la cena. Sorride mentre parla lentamente, adottando un tono professionale:

–In generale, trattiamo infezioni di organismi esotici o non frequenti, caratterizzandone la sintomatologia e sviluppando trattamenti e programmi d'immunizzazione, se necessario.

La donna lo ascolta con rispetto e non fa alcun cenno di intervenire. Lui ha più anni di lei, probabilmente molta più esperienza, e magari è anche uno dei membri di questa Fondazione.

–C'è stato qualcun altro qui oltre a me?

–Un mese prima di te, due gemelle francesi, di ventitré anni –la sua risposta sembrava sincera e guardò la donna, cercando un consenso che ricevette.

–Che ne è stato di loro? –all'improvviso non voglio più lasciare nessuno spiraglio, o almeno la possibilità di ottenere qualche informazione rilevante.

–Ragazzo, questo è segreto medico.

–Quello che è successo stanotte ha a che vedere con il trattamento? –chiedo, fissandolo attentamente.

–Certo! –risponde velocemente. –Cerchiamo di valutare e predire la relazione presente e futura tra l'ospite e il parassita.

– Quindi sono infettato? Mi libererò di lui? Che cos'è *quello*, in realtà?

Questa volta non risponde. Porta il busto all'indietro, alza le braccia come per arrendersi e abbozza un sorriso:

–Va bene, ragazzo, fermiamoci qui. Stiamo cenando, no? Durante le visite possiamo parlare di queste cose e di molte altre. Ma non dimenticarti che siamo ancora nel mezzo e che ti mancano delle settimane perché ti dimettano. Alla fine della tua degenza qui ti verrà dato un rapporto dettagliato –fa una pausa e poi aggiunge–: a te e ai tuoi genitori.

Non insisto. Torniamo alla cena. Togliamo i piatti con la vellutata e serviamo il secondo, che è già tiepido. Per alleviare la tensione generata dall'interrogatorio, lui si rivolge a entrambi con entusiasmo:

–Adoro gli alberi! Un giorno avrò un terreno in cui planterò delle specie capaci di parlare tra loro.

–Va bene –la dottoressa ha voluto essere simpatica senza riuscirci–. Verremo a trovarti e proveremo a parlare con loro.

–No, dico seriamente: gli alberi comunicano tra loro. Scambiano segnali chimici che favoriscono la fioritura, la resistenza alle malattie o la prevenzione delle piaghe. Ma non tutti gli alberi sono compatibili...

Sto in silenzio mentre loro parlano. Non mi avvisarono di quello che sarebbe successo ieri notte, invece di quello che mi aspetta tra un paio d'ore sì, magari con tre o quattro

alla volta. Ovviamente, ho paura. Guardo il medico. Chissà se è stato lui ad inventare l'esperienza, che dubito abbiano realizzato prima con quelle sorelle gemelle. E se fosse finita male? Sarei di nuovo come all'inizio, disteso nella barella, incosciente? O magari morto?

Non intervengo per il resto della cena. Da quello che dicono, capisco che la donna lavora qui da poco. I due vivono in un paese vicino, il cui nome si sono guardati bene dal non nominare. Hanno il cambio del turno alle tre di notte. Ieri lui era da solo, e guardava da dietro il vetro. Non so se oggi ci sarà anche lei ad affiancarlo. Prima di andarcene il dottore mi dice:

–Stai bene? Sei stato molto taciturno verso la fine. Forse sei un po' stanco. Vuoi che lo spostiamo a domani?

–No. Oggi va bene.

–D'accordo. Può andare bene tra un'ora?

–Ok.

C'è un ascensore per salire al piano superiore, dove ci sono le camere, ma scelgo le scale. Ciò implica percorrere il corridoio fino alla fine e poi salire tre rampe di scale. Dal momento che non ci sono interruttori, le luci automatiche si accendono ad ogni rampa, man mano che avanzo, ma questo significa che ci sono sempre delle zone buie, o comunque in penombra, davanti a me. I primi giorni qualcuno mi accompagnava sempre, ma ad un certo punto ho chiesto di andare da solo, nonostante ne fossi terrorizzato. Il corridoio è ampio ed il soffitto è alto. Se mi fermassi per un momento, cosa che non ho mai provato, le luci si spegnerebbero e mi troverei avvolto nell'oscurità finché un sensore non mi rilevasse di nuovo. Di giorno c'è sempre del personale in giro, che pulisce o che lavora negli uffici, ma a quest'ora della notte devono esserci solo i due medici e il vigilante notturno che a volte ho visto fare il giro di guardia in giardino. Il silenzio, dunque, è totale. Arrivo alla fine del corridoio e, come mi aspettavo, si accende una luce sul primo pianerottolo, ma il piano superiore è ancora buio. Se presto attenzione sento dei piccoli rumori, come quello di una falena che sbatte frenetica su una lampadina. E fuori ci sono i grilli e qualche rapace che ulula all'arrivo della notte. Dal momento che fuori ci sono ancora gli ultimi chiarori del tramonto, entra della luce da una finestra in alto, ma questo non fa altro che aumentare l'inquietudine, perché la ringhiera e le sbarre delle scale proiettano ombre inquietanti sul pavimento e sulle pareti. Qualcuno potrebbe pensare che

in questo scenario gotico, silenzioso e claustrofobico, ci sia una mummia ululante ad aspettare il protagonista del racconto alla fine delle scale, oppure un cavaliere con la gola tagliata che gocciola sangue, che gli tende una mano in richiesta d'aiuto o che chiede vendetta. Ma non è di questo che potrei avere paura. Ci sono cose peggiori. E sono qui, chiuse dentro le mura di questo posto. E, da quello che so, hanno vita propria.

Arrivo alla mia stanza. Ho già notato giorni fa che le altre porte sono chiuse, la mia invece è sempre aperta. E non ha nemmeno un chiavistello che possa isolarmi dai pericoli esterni. Qui sì che ci sono gli interruttori, sia per le luci generali sia per piccole lampade distribuite vicino al letto, sul tavolo, di fianco alle poltrone... Non mi piace la luce del soffitto, quindi accendo le lampade e spengo quella in alto. Apro la finestra. Forse, come diceva il medico, cambierà il tempo, perché mi arriva un leggero odore di ozono. Alle dieci, tra pochi minuti, si accenderanno gli irrigatori del giardino e inizieranno a scappare dal terreno piccoli animali volanti che in poco tempo fluttueranno illuminati come fantasmi attorno alle luci esterne. È da un po' di tempo che sono qui e ormai conosco le abitudini, ma mi dico che non ho mai vissuto una tempesta, circondato da montagne che probabilmente amplificano il boato dei tuoni e da alberi che si illuminano alti come fantasmi. Come si comporteranno *loro* in mezzo ad una tempesta, con l'atmosfera carica di elettricità?

Vado in bagno e mi lavo i denti. Ogni volta che posso mi guardo allo specchio, per vedere se scopro qualcosa di nuovo che non ho ancora visto. Finita l'ispezione porto le mie dita fino al basso ventre, passando sotto la cintura dei pantaloni. Lì c'è questa protuberanza, simile ad una pallina di grasso ma più dura. Non mi fa male, però c'è. I primi giorni chiesi cosa fosse e se me lo potessero togliere. Alla prima domanda diedero risposte vaghe. Alla seconda risposero di no, e dopo tanto insistere mi lasciarono vedere l'immagine di un'ecografia. Non è una piccola sfera liscia e inserita nella pelle. Si tratta di un globulo organico che estende ramificazioni per una superficie paragonabile al palmo della mia mano, come si vede in quei disegni nei libri di testo del corpo di un neurone con i suoi dendriti. «È molto vascolarizzato e collegato a vasi e nervi. Non sappiamo cosa potrebbe succedere se provassimo ad estrarlo», mi dissero, quindi non insistetti oltre. «Potrebbe scomparire da solo, oppure il tuo organismo potrebbe eliminarlo», aggiunsero. Perciò mi sottopongono ad una ecografia ogni due giorni, lo misurano e lo accarezzano, direi quasi come prendendosene cura. In questo periodo non c'è stato alcun cambiamento.

L'ipotesi di uno di questi medici mezzi matti è che l'affinamento dei miei sensi abbia a che fare con *questo*, che ormai è parte del mio corpo. Se così fosse, avrei un organo diverso.

Mi chiedo quanti di questi particolari sappiano i miei genitori, ma penso che verranno informati di queste cose prima che io esca da qui, perché dovrò continuare con analisi e controlli per ancora un po' di tempo. Riusciranno a contenere la loro angoscia? Diventerò qualcuno soggetto a stretta sorveglianza e saranno sempre in allerta per ogni mia cacca, sbadiglio o starnuto? Mi lasceranno uscire di casa da solo? E, ancora più importante, potrò farlo?

Un paio di insetti si intrufolano volando in camera mia, perciò chiudo la finestra. Avranno un nome, ma non so quale sia. Uno è grande, con ali di colore verde chiaro lunghe il doppio del suo corpo, e plana sibilando. L'altro è piccolo, con ali trasparenti e corte che agita senza sosta. Non devo aver paura, non hanno il pungiglione. In più, se volessi, potrei catturarli mentre volano. Ho già provato con le mosche, che volano molto più velocemente, ed ora sono infallibile.

Do un'occhiata alla pila di dischi che mi hanno portato. Da quello che ho visto sono nuovi, ma si sono disturbati a togliere la custodia di plastica, come per invitarmi ad usarli. Solo una volta accesi lo stereo e ci inserii un disco, che penso sia ancora lì. Improvvisamente il gruppo che mi piaceva smise di essere interessante, e questo disinteresse riguardò anche il resto di interpreti e canzoni che mi portarono. I titoli dei libri, piuttosto, richiamarono la mia attenzione, anche se finora non ne ho aperto nessuno.

Per leggere c'è bisogno di una disposizione e di una calma che ancora non ho.

La stanza è spaziosa, ma non abbastanza da camminarci, ed ho trascorso parte del pomeriggio sulla poltrona, perciò mi butto a letto. Ieri sera, più o meno a quest'ora, bussarono alla porta. Oggi lo faranno più tardi, ma ci misero abbastanza per chiedermi come stavo, per misurarmi la pressione e spiegarmi quella che fu una nuova prova per esaminare la reazione del mio corpo ad uno stimolo diverso. Questo mi disse letteralmente il dottor Rojo: «uno stimolo diverso». Qui si sbagliò, perché non era nuovo, ma non smise di sorprendermi. Mi rendo conto che l'incontro di oggi sarà più o meno alla stessa ora di ieri, quando *loro* saranno attivi.

Non conoscevo la sala in cui mi portarono: una stanza spoglia e non molto grande. Ci misero un po' a spiegarmi lo scopo ed a prepararmi per la prova. Volevano studiare la

reazione del mio corpo a certe luci e suoni, mi dissero. Portarono una sedia con lo schienale alto e i braccioli, sulla quale io dovevo sedermi. Mi chiesero il permesso di applicarmi alcuni elettrodi sul petto, sul collo e sulle estremità, che dovevano misurarmi la temperatura, la pressione e i battiti cardiaci. Non mi sorprese che mi chiesero di sbottonare i pantaloni e mi applicarono l'ultimo, che sembrava anche più grande, proprio vicino alla pallina nel mio addome, mentre mi chiedevano se mi desse fastidio. Concordammo un gesto antipatico: se l'esperienza mi fosse risultata troppo fastidiosa o dolorosa, avrebbero interrotto la prova; dovevo solamente portare la mia mano sinistra alla nuca. «Così», mi dissero, facendomi vedere il gesto. «Puoi ripeterlo?». Lo feci. «Non dimenticare: la mano sinistra», insistettero. «La sala sarà in penombra, e le luci che provengono dal pavimento cambieranno colore, così come cambieranno i suoni da gravi ad acuti», mi dissero mentre indicavano una striscia di led che percorreva il perimetro della stanza, «potrebbero variare sia costantemente che ritmicamente, tutto chiaro?». «Sì». «Vuoi che facciamo una prova prima di iniziare?». «Credo di no». «Sicuro?». «Sì, sicuro». E aggiunsero, prima di lasciarmi solo: «Puoi aprire o chiudere gli occhi, come vuoi. È possibile che tu avverta qualche cambiamento di temperatura, ma è tutto sotto controllo, va bene? Vuoi continuare?».

Quando tutto fu pronto, il dottor Rojo mi sorrise e mi diede un leggero colpetto sul dorso della mano. Appena chiuse la porta, vidi accendersi una luce rossa sull'architrave della porta. Stavano registrando.

Probabilmente si trattava di una camera anecoica, perché per un po' il silenzio fu assoluto, finché mi abituai a sentire il gorgoglio del sangue tra le camere del cuore. La catena di luci, che fino a quel momento si era mantenuta di un bianco tenue, iniziò a pulsare facendosi più intensa, allo stesso ritmo dei miei battiti. All'improvviso virò al rosso e rimase così per un po', per poi passare al verde, al blu e tornare al bianco. Da quello che potevo percepire, questa costituiva una prova innocua, e il ciclo di luci si ripeté ancora una volta, finché cominciarono i suoni, passando da gravi ad acuti, come mi avevano annunciato, vibrazioni in cui cercavo di individuare una corda di violino o il fischio prodotto dall'aria nel passaggio attraverso il collo di una bottiglia.

Improvvisamente ci fu il silenzio e, dopo alcuni secondi, riuscii a risentire il rumore del mio cuore. Le luci tornarono al bianco e rimasero fisse per circa un minuto, ma, ad un tratto, diverse porzioni di led iniziarono ad oscillare con una durata e con colori che

sembravano aleatori, mentre combinazioni di suoni producevano un rumore dal volume che in certi momenti mi risultava insopportabile. Non avevo paura, ma mi dava fastidio quel disordine auditivo e visuale, e pensai che se quello che volevano era misurare come la mia frequenza cardiaca aumentasse con i rumori ed i luccichii, ci stavano riuscendo, perché sentii le mie mani stringere con forza i braccioli ed il mio cuore battere all'impazzata. «Bene, basta così», mi dissi, sul punto di portare la mia mano sinistra alla nuca. «Non entrerò mai in una discoteca con spari di laser e rumore a tutto volume», ricordo di aver pensato. Dovettero notare il mio gesto teso perché subito il rumore cessò, la luce tornò al bianco tenue e lentamente si spense, finché rimase acceso solo il puntino rosso della telecamera che registrava.

I miei battiti ridussero la loro frequenza e all'improvviso lo vidi. Fu solo una frazione di secondo, un serpeggiare lievissimo nell'oscurità, mentre la temperatura si abbassava. Senza dire una parola, notai i peli sulle braccia rizzarsi e lo stomaco contrarsi. Poi, tornò ad oscillare luminoso da un'altra parte, e io digrignai i denti. «Non può essere!», mi dissi.

In quello stesso istante capii la funzione che aveva quell'organo situato nel mio ventre, questa protuberanza che non è propriamente mia ma che è parte di me. Sentii una scarica calda e tranquillizzante che partiva dal nucleo di quella sfera e si estese prima alle zone adiacenti, per poi inondare il resto del mio corpo, ed il tempo parve dilatarsi mentre i miei pensieri fluivano: «Calma. È solo una prova. L'esperimento consiste proprio in questo, cercano di riprodurre quello che provai nella casa. Io gli ho parlato dell'aspetto di questi esseri e questa è solo una riproduzione olografica, di meri disegni nell'oscurità. Vogliono sapere che sono in grado di controllare la mia paura ed io ce la farò. *Loro* non mi faranno più fare gli incubi, né di giorno né di notte. Riuscirò a dominare la paura...».

Dopo quello, le mie dita e i muscoli della mandibola si rilassarono, e i battiti del mio cuore cercarono un ritmo normale. Osservai il buio, cercando...

Bussano alla porta e sono costretto ad interrompere i miei ricordi. È Rojo e viene per me. «Avanti», dico. Sono sorpreso. Non è lui, ma la Robles. «Il dottore vuole sapere se sei pronto». «Lo sono», rispondo mentre mi alzo. «Vuoi bere qualcosa prima? Fare la pipì?». Nego con la testa e schiocco la lingua. Lasciamo le luci accese, ma chiudiamo la porta. Mi ripeto mentre seguo la donna che l'importante è evitare il panico, e spero che l'organo nel mio ventre, al quale prima o poi dovrò dare un nome, contribuisca a farlo.

Andiamo al piano inferiore ed utilizziamo l'ascensore. Mentre scende, lei alza lo sguardo su di me e non so come interpretarlo, perché è un insieme di simpatia e compassione. Mi fa rabbia la seconda, però capisco che per lei non sono altro che un malato. Penso che ad un certo punto sia impossibile per i medici evitare questo sguardo compassionevole verso i propri pazienti. Il tragitto è veloce. Seguo la donna, anche se sarei in grado di arrivarci anche da solo.

Il dottore aspetta sulla porta. Teoricamente so già cosa succederà e, in più, mi ha anticipato che saranno diversi gli enti presenti insieme a me in quella stanza chiusa. Rojo mi appoggia una mano sulla spalla mentre mi chiede:

– Stai bene? Altrimenti possiamo lasciarlo per domani.

– Sono pronto.

– Sai già cosa c'è. È ancora valido il gesto concordato, ricordi? Mano sinistra alla nuca.

– Aha, sì, però non andrò in panico.

– Senti... non fidarti troppo. Non conosciamo bene la funzione di quella cosa che hai nel ventre. La volta scorsa ti ha protetto, come mi hai detto tu, ma non ha motivo di farlo oggi, o magari non come te lo aspetti. Capisci?

– Capisco, ma non succederà nulla.

– Il mio dovere è salvaguardarti da qualsiasi rischio. L'altro giorno stavamo per interrompere tutto perché il tuo cuore era arrivato a centosettanta. La dottoressa Robles mi ha fatto notare che quel limite è esagerato, ed ha ragione. Se sale a centocinquanta fermiamo tutto anche se non alzi il braccio. Voglio che tu lo sappia.

– E cosa succederà se dovessimo interrompere?

– Questo lascialo fare a noi. È previsto –la sua espressione è più severa di quella della notte precedente, e continua dicendo–: Sarà tutto più breve; non ci saranno né luci né musica stridente. Semplicemente aspetteremo. Ce la fai a rimanere per mezz'ora al buio?

– Sì.

– Tieni, passa –mi consegna due elettrodi a disco, uno più grosso dell'altro–. Penso tu riesca a metterteli da solo. Non dimenticarti che noi siamo qui.

Entro nella stanza in penombra, illuminata da un biancore latteo a rasoterra. La luce rossa sopra la porta è già accesa. Prima di sedermi, tolgo le pellicole protettive dei due elettrodi a disco e mi attacco i sensori assicurandomi che siano ben posizionati. Non so

come mai ma le parole del medico mi hanno riempito di angoscia, però so che non mi conosce ancora bene, che non sa ancora del tutto chi sono adesso.

«Non andare in panico», mi dico. È quello che devo evitare. Appena seduto, l'intensità delle luci si abbassa gradualmente, finché non rimane altro che un tenue riflesso ad indicare appena il perimetro della stanza. Mi siedo comodo, con i gomiti e le mani appoggiati ai braccioli. Se i miei genitori sapessero cosa sono disposto a fare... Ma non lo sapranno mai. Anche se glielo raccontassi, non ci crederebbero.

Guardo dritto davanti a me. Il puntino rosso attira la mia attenzione, ma faccio in modo che i miei occhi catturino tutto il campo visivo, inclusa l'oscurità che c'è dietro di me. È possibile che tutto cominci come l'altra notte, con uno scintillio serpeggiante che dura una decina di secondi, e voglio stare attento in quel momento, perché potrebbe coincidere con quello di un battito di ciglia. Data l'assenza di stimoli, la mia mente vaga per regioni che non controllo, e penso allo zio Marco, che ha promesso di tornare un giorno e di rispondere alle mie domande. Perché lui ne sa più di mio padre? Quali sono le vere ragioni del litigio tra i due fratelli? Aveva ragione lo zio: la casa era maledetta. Perché mio padre non gli diede retta? Sicuramente mio zio ha cercato di convincerlo con argomentazioni solide. A che cosa non credette suo padre? Non mi rimane altro che aspettare la risposta a queste domande, e non posso fare altro che stare qui seduto ad aspettare. Quanto tempo sarà passato?

Un pensiero mi spaventa di colpo: e se Rojo e Robles mi abbandonano qui? Chi può dirmi che sono ancora dietro la porta, e che perfino il custode notturno non se ne sia andato con loro? Sento il borbottio del mio sangue, e le domande si ammassano senza che io riesca a controllarle: e se tutto, l'edificio, e i nomi falsi dei medici e del personale, e questa stanza non fossero altro che una macabra trappola per catturare me, quelle gemelle francesi e forse altra gente? Riuscirei ad aprire la porta se decidessi di uscire? Chi sentirebbe le mie grida d'aiuto? Le mie pulsazioni devono essere arrivate attorno ai cento, e non è ancora successo nulla. Spero che quest'organo nel ventre mi protegga, ma se non lo fa, come lo dico al medico? E se invece cresce improvvisamente e va ad invadere quelle che sono le mie vene e i miei nervi? E se questo è solamente uno stato transitorio, come quello di una pupa nella mostruosa metamorfosi di un insetto? Cosa diventerò: più cosa che umano o più umano che cosa...?

Porto le dita al ventre e tocco la pallina, che è della stessa temperatura del resto del mio corpo. Non mi dimentico: «mano sinistra alla nuca». Ma adesso è ancora presto.

Da quanto ne so, *loro* escono solo di notte. E la notte è piena di paure e fantasmi.

Respiro profondamente. Se Rojo e Robles sono ancora lì, sicuramente avranno monitorato i miei battiti. Magari si stanno allarmando, credendo che io veda cose che la loro telecamera non riesce a captare. È il silenzio! La paura nasce dal nulla, proviene dal silenzio e dall'oscurità. Mi manca sentire qualche rumore. Quanto tempo sarà passato? Dieci minuti, venti? Non mi piace questa attesa. Non sono ancora arrivato al limite di sopportazione, ma questa sensazione non mi fa stare bene. Devo avere le pupille dilatate e star sforzando i muscoli degli occhi, cercando di intravedere qualsiasi luccichio nel buio. Sento che c'è qualcosa, ma non so cosa sia. E se questa volta comparissero e mi attaccassero senza farsi vedere?

Ieri notte...

Ieri notte, quello che credevo fosse un ologramma o una proiezione risultò essere reale. Era uno di *loro*, una di queste serpi spettrali che ci attaccarono nella casa. Immagino che oggi diventeranno concreti allo stesso modo di ieri: dapprima un tratto fosforescente e sinuoso che poi, poco a poco, acquisì consistenza e volume mentre ondeggiava per la sala, all'inizio ignorandomi, come se non avesse rilevato la mia presenza. Capii che non si trattava di una simulazione quando iniziai a distinguere i dettagli del suo corpo: quelli che sembravano tre occhietti piccoli e brillanti ad un estremo, e una cosa simile nell'altro, un corpo cilindrico ricoperto da qualcosa simile a squame, due appendici filiformi a metà del corpo e una doppia linea di puntini viola che percorreva il dorso e il ventre. Nulla che i medici o i tecnici di qui avrebbero potuto immaginare, ma che coincideva con i mostri che ci attaccarono nella casa. Non sono di qui. Nulla, che io sappia, è capace di fluttuare senza gravità. Nulla di noto è in grado di attraversare i muri di questa sala, così come si infiltrarono dalle pareti di casa nostra, come se fossero spiriti. La notte scorsa ne fui terrorizzato, ovviamente, e mi sarei toccato la nuca con la mano sinistra se non fossi stato paralizzato dalla paura. Ma c'era qualcosa in più, legato alla curiosità: volevo vederli, sapere cosa avevo affrontato ed in che modo potrei proteggermi da *loro* in futuro. E ci fu un altro elemento decisivo: quando *quello* sembrò vedermi e voltò il suo estremo con tre occhi verso di me, la mandorla nel mio ventre iniziò a battere mentre produceva calore ed una sensazione di tranquillità mi inondò, come se mi stesse avvisando che *quello, per*

quella volta, non mi avrebbe fatto del male. È per questo che riuscii a rimanere immobile, mentre il serpente mi si avvicinava a forma di S perfetta, fluttuando, dirigendosi verso il mio volto. E fui in grado di vedere da vicino i suoi occhi senza palpebre, due buchetti grigi su ogni lato di quella che potremmo definire faccia ed una linea retta assimilabile ad una bocca, che magari nasconde dei denti aguzzi e fini che mi morsero nella casa, che però *questa volta* non si fecero vedere. Poi, quello scomparve alle mie spalle. Per alcuni interminabili secondi, nei quali non riuscii a ruotare la testa, sapevo che la serpe rimaneva dietro di me; la sentii vibrare e sentii il suo gelo. Poi, all'improvviso, le luci si accesero e *quello* scomparve.

Adesso non li vedo. Magari non si fanno vedere oggi, nonostante Rojo mi abbia detto che sarebbero stati tanti. Come fa a saperlo? Che controllo ha la Fondazione su questi esseri? Cosa fanno i medici, che non mi hanno ancora detto? E cosa cercano esponendomi a *loro*?

La telecamera continua a registrare quello che immagino sia un piano statico, grigio scuro. Dev'essere molto sensibile alla luce, da quello che vidi stamattina, quando mi mostrarono la sequenza filmata ieri notte in cui *quello* mi si avvicinava. Nonostante tutto, dovetti disegnargli quello che vidi: le sue squame, i suoi filamenti e le macchie, dettagli che non si distinguono nella registrazione. Nelle immagini si vedevano solo le loro sagome filamentose, i loro profili fosforescenti. Ma...

Oddio! Sono lì, li ho appena visti! Tre piccoli puntini nell'oscurità. Poi, cercando meglio, altri tre... sono quattro in tutto! Mi osservano, forse mi tengono d'occhio. Sono sicuro che la telecamera non riesce a rilevarli, perché queste lucette sono girate verso di me. Rimangono fermi, forse è da molto che sono immobili lì, guardandomi. Forse anche nella casa passarono notti intere osservandoci, finché si decisero ad attaccarci.

Tra poco, le luci di questa sala si accenderanno e questi esseri scompariranno. Rojo e Robles penseranno che la sessione sia stata inutile, che non siano venuti. Ma sono qui!

E se questi esseri stanno aspettando che entrino i medici per attaccarli? Devo avvisarli. Dico a voce alta:

–Sono qui. Sono quattro. Ma non accendete le luci!

Non so se i medici riescano a comunicare con me, non ricevo alcuna risposta. Rimango immobile da un po' di tempo, come *loro*. Tuttavia, è un equilibrio ingannevole, perché io

sono la vittima e *loro* i predatori. Malgrado tutto, noto che la mia frequenza cardiaca non è aumentata. Sono tranquillo. Suppongo che tra un attimo si renderanno visibili.

Aspetto. Man mano che passa il tempo distinguo chiaramente i triangoli equilateri dei loro occhi. L'unica cosa che so di *loro* è che attaccano, che provocano dolore e che il fuoco gli fa male, e credo che siano intelligenti. Chissà a quale gamma di frequenza mi vedono, forse per *loro* non sono altro che un caleidoscopio di colori, tra i quali distinguono solo i miei punti vitali, le zone che devono attaccare.

Rimaniamo così per un molto tempo, e non posso assicurare che non si sia attivata la mia visione rallentata. Mi sembra che stiano come aspettando. Ma aspettando cosa?

Alzo lentamente la mano destra, ed all'improvviso accadono due eventi la cui simultaneità mi stupisce, uno dentro di me e uno fuori. Appena mi muovo, la ghiandola o qualsiasi cosa io abbia nel ventre si attiva, e sento il suo calore. Subito uno degli esseri si muove, lentamente e verso l'alto. Dopo alcuni secondi, faccio lo stesso con la mano sinistra, e risponde un altro allo stesso modo. Non mi sembra che rappresentino una minaccia, ma magari è solo un modo di disporsi per un attacco migliore; sicuramente ricordano che io, mia madre e mio padre *li* abbiamo affrontati, e che forse alcuni li abbiamo uccisi.

Giro la testa a destra e a sinistra, ed i due che erano rimasti fermi oscillano lateralmente. Ogni volta che *loro* realizzano un movimento, la mia pallina pulsa in modo sincronizzato. Faccio ancora qualche gesto, che li agita: si muovono, si avvicinano o retrocedono ai miei gesti come in un dialogo dalle regole sconosciute. Le loro oscillazioni sono una specie di danza pacifica.

–Chi siete? –subito mi rendo conto dell'assurdità della mia domanda.

Ovviamente non rispondono, ma la noce nel mio ventre pulsa ad ondate ritmiche. Quello fu esattamente il punto da cui entrarono nel mio corpo. È come se la mia cicatrice fosse coordinata con questi esseri. Di nuovo:

–Cosa volete da me?

Si avvicinano un po' di più, tutti e quattro insieme, ma lo fanno lentamente, e allo stesso tempo sento le pulsazioni nel mio nuovo organo, come se mi rispondessero.

–Mi farete del male?

Per Dio! Questa volta, la pallina nel mio addome si è contratta in un battito breve, come se la risposta fosse un secco sì o un no, ma non so interpretarne il significato. Si

avvicinano ancora e si dividono a coppie, due a sinistra, due a destra. Le mie mani sono rimaste goffamente in aria, e faccio un movimento lento per avvicinare le braccia e incrociare le dita, in un gesto che dovrebbe considerarsi pacifico. *Loro* rimangono fermi.

Non so cosa stia registrando la telecamera né cosa interpreteranno i medici di quello che sta succedendo, ma mi viene voglia di urlare che non accendano le luci e non aprano la porta. Non ancora! Sento che devo essere veloce e chiedo:

–Conoscete il mio nome?

Di nuovo, il mio organo ha emesso un battito breve. Non capisco quello che mi rispondono, perciò mi viene in mente di provare, con un questionario che mi esce quasi a caso:

–Sapete che ho tredici anni?

–Pensate che sia una femmina?

–È notte fuori da questa stanza?

–Siete in quattro?

–Conoscete mio zio Marco?

–La radice quadrata di nove è due?

–Oggi è giovedì?

Anche se alcune domande sono ambigue, sono abbastanza sicuro di aver trovato il ritmo delle vibrazioni di questo impianto nel mio ventre. Come sospettavo, sono intelligenti. Il tempo stringe, perciò faccio quella che considero la domanda definitiva:

–Mi farete del male?

Credo di averli capiti. Per sicurezza, ripeto:

–Mi farete qualcosa di male?

E, per esserne sicuro, chiedo anche:

–Mi ucciderete?

Le mie pulsazioni devono essere aumentate fino ad un limite pericoloso, che spero che i dottori interpretino bene. Improvvisamente mi sento esausto e ho l'impressione che questi minuti siano stati interminabili. Non ho idea di che tipo di saluto possano capire questi esseri. Assecondando la mia necessità di riposo, gli dico:

–Spero di incontrarvi domani alla stessa ora.

Non se ne vanno, e non rispondono. Per alcuni interminabili secondi rimangono immobili, ma in un momento riesco a vedere come si illuminano in successione le coppie

di cerchi viola situati nei loro ventri, formando il disegno di quattro esse in aria. Poi, lentamente, molto lentamente, si spostano, percorrendo un arco fino a collocarsi dietro di me, due da un lato e due dall'altro. Ruoto lievemente la testa e vedo i triangoli luminosi di quelli che devono essere i loro volti, misteriosi come le loro intenzioni.

Ho l'impressione che questo strano impianto nel mio ventre abbia consumato le ultime energie che mi restavano. Quasi al limite dello svenimento dico a voce alta:

–Ho finito. Potete accendere le luci.

Ci mettono un po' a riaccendere i led e ad entrare. Mentre vedo i medici, ricordo l'ultima scena della registrazione di ieri, che non fui in grado di interpretare. Successe subito prima che venissero spente le luci. Mi si vedeva seduto immobile sulla sedia, e dietro a me, anche lei ferma, una figura a forma di S proprio di fianco alla mia spalla. Solo ora mi rendo conto che un'immagine simile compare nelle statue e nei quadri antichi, quella di un dio o una dea accompagnata dai suoi animali protettori: Atena e il suo gufo, Poseidone e il suo cavallo, Zeus e la sua aquila... anche io sembravo un dio.

Ancora non so chi siano *loro* e che intenzioni abbiano con me. Se sono un dio, non so se debba esserne felice o debba averne paura.

3.

I miei genitori vengono a prendermi tre settimane più tardi. Tre, non una né due. Non gli confesserò mai che chiesi al Centro che mi tenessero più del tempo previsto, perché temevo il momento del ricongiungimento.

Per essere corretto nei confronti dei miei genitori, devo dire che non ho nulla da rimproverare loro, anzi, al contrario. Da quello che mi dissero gli psicologi e da quello che ricordavo, sono venuti a trovarmi tutte le settimane senza eccezioni, e sicuramente le loro visite sono state più frustranti e dolorose per loro che per me. In diverse occasioni dovettero abituarsi a vedermi semincosciente dietro ad un vetro; poi, hanno accettato docilmente le restrizioni che il Centro ha considerato necessarie. Solo quattro giorni fa il nostro incontro fu diretto, senza divisori né microfoni, e finalmente abbiamo potuto abbracciarci.

Perfino in un momento come questo, quando vengono a prendermi, e ritirano i referti, e li aspetto all'ingresso con una piccola borsa, e ci bacciamo, e finalmente festeggiamo il mio ritorno a casa, continuano a comportarsi con professionalità genitoriale, con un contenimento che trovo ammirevole. Mi sembra che tutti noi siamo stati avvertiti della convenienza di non lasciarsi trasportare dalle emozioni, in modo da avere soddisfazione, abbracci e manifestazioni di gioia («Che bello, figliolo, finalmente!»), ma senza pianti né drammi.

Nell'istante in cui mio padre mette la mia borsa nel bagagliaio della macchina, mi rendo conto che un periodo della mia vita si conclude. Dietro a me, dietro a noi, rimangono nove settimane angoscianti, nelle quali non era scritto se sarei sopravvissuto o no, né con quali conseguenze, né quale sarebbe stato il segno che quell'esperienza avrebbe lasciato nella nostra famiglia.

Tuttavia, e nonostante gli straordinari e terribili avvenimenti vissuti in questi due mesi, la mia preoccupazione ha a che fare con quello che verrà, con quello che ci aspetta ora, ad ognuno di noi. Nessuno sa se saremo in grado di superare la ferita né con che sforzi. I miei genitori mi hanno dimostrato di essere in grado di adattarsi, o conformarsi, o rassegnarsi. E io? Che ne sarà della mia vita ora?

La macchina parte e percorriamo lentamente la strada di ghiaia che porta all'altissimo cancello d'entrata, attraversando il giardino su cui ho passeggiato molte volte e in cui Rojo alla fine ha piantato il suo albero dalle aspirazioni millenarie. Devo sforzarmi per

non guardare indietro verso l'edificio antico ma ristrutturato, dove è possibile che non abbia altra scelta che tornarci altre volte.

Il dramma è che ho paura di tornare con la stessa intensità con cui voglio farlo.

Come nel viaggio di andata di due mesi fa, mia madre si è seduta sul sedile dietro, vicino a me, mentre mio padre guida. Questa volta lo fa tranquillamente, senza fretta, lambendo le curve di una strada sinuosa che finisce al Centro e non ha altre mete. Va talmente lento che riesco a leggere un cartello dallo specchietto retrovisore che annuncia che si sta entrando in una proprietà privata. La Fondazione, o quello che è, dev'essere più potente di quello che immagino.

Sento la mano calda di mia madre sulla mia, con le nostre dita intrecciate. Lei si sforza di non tremare, so che sarà per l'emozione e per la gioia, anche se magari anche un po' per la paura. Una cosa è sapere che tutti gli altri ti sembreranno più caldi di te, e un'altra cosa è provarlo con la propria madre, la persona a cui sei legato da ancora prima di nascere. Anche a me dà fastidio il contatto. Per lei dev'essere innaturale, come toccare uno sconosciuto.

Ogni tanto, lei o mio padre mi chiedono come sto, e devono avermi detto dieci o venti volte che sono felici perché siamo di nuovo tutti e tre insieme. Io ho detto che anche io lo sono. «Anche io». Ma non ci addentriamo in argomenti scomodi. Nessuno vuole sapere o ricordare i dettagli, né di queste settimane né dei giorni prima nella casa del nonno. Meglio così. Le notizie seguono un'altra strada. A quanto pare, hanno dipinto la mia camera e hanno comprato dei mobili, e dicono che mi aspetta un regalo che mi piacerà molto. Perché tutto questo non mi cogliesse di sorpresa, anche gli psicologi mi prepararono: «I tuoi genitori stanno facendo il possibile perché il tuo ritorno a casa sia piacevole. Sarai contento di tornare». Posso già immaginare che troverò sul mio tavolo un computer tutto per me. Lo chiesi a Natale, ma non me lo portarono, e sperano di compensarmi con quello. Adesso non mi fa alcun effetto.

Mi sorprende una domanda diretta di mia madre, mentre stringe le mie dita e la sento tremare:

–Ti fa male qualcosa? Se hai qualche dolore lo dici, eh?

–No mamma, non mi fa male niente.

Cos'è «qualcosa» per loro? Si tratta di una domanda cortese, come quella che fai ad un convalescente, o si stanno riferendo a qualche parte concreta del mio corpo di cui gli

hanno parlato i medici? Nel corso di queste settimane mi hanno visto disteso sul lettino, e senza dubbi avranno chiesto di cateteri, elettrodi, garze e bende. Li hanno avvertiti che c'è qualcosa che potrebbe farmi male? Cosa fanno loro?

Mio padre dice che a casa ci sono dei cambiamenti; che nella stanza che usavamo come ripostiglio e come lavanderia stanno allestendo una versione ridotta del suo laboratorio, per lavorare più ore a casa. Mia madre, dice che hanno rinunciato alla persona che un giorno alla settimana veniva ad aiutare nelle faccende domestiche, perché io non mi senta oppresso dagli orari e dalla presenza di estranei. Non devo preoccuparmi per la scuola, mi dicono; riprenderò le lezioni senza fretta, quando sentirò di essere pronto per farlo. Dal momento che manca poco alla fine dell'anno, dicono che ricomincerò direttamente l'anno prossimo, dopo l'estate; che non devo preoccuparmi se devo ripetere. Mi aggiornano anche sulle novità. Entrambi mi forniscono alternativamente notizie di un mondo che sento lontano:

–La zia Marga ha avuto una bambina, e le hanno messo il nome di una nonna del marito, Ifigenia. Come ti sembra? Povera piccola, con quel nome.

–Finalmente hanno finito l'aiuola nella rotonda. Hanno messo ulivi e prugni. Era ora. Quanta polvere che è entrata in casa in questi giorni!

– Il negozio di alimentari Sempre Aperto ha chiuso, e stanno facendo i lavori per trasformarlo in un'altra pizzeria. E con questa sono tre in quartiere.

Alcune notizie mi lasciano indifferente, ma l'ultima no. La dipendente era semplicemente la signora Juana, ma è come chiamavamo il suo piccolo negozio che risolveva tutte le dimenticanze dei prodotti del supermercato, dove a me piaceva andare quando smisi di essere un bambino, mi incaricavano di fare delle commissioni e mi affidavano delle monete nelle mie piccole tasche. Ci sono esperienze che chiudono l'infanzia ed altre che aprono un periodo della vita che non so come definire. Ho l'impressione che quando tornerò a scuola, sembrerò di qualche anno più grande dei miei compagni di classe.

A tutte queste informazioni rispondo con frasi cortesi, nascondendo il mio disinteresse. Mi fa male pensare che quasi nulla di tutto ciò faccia parte del mio presente, almeno per il momento. In più, sono stanco. Stanotte non sono riuscito a dormire nemmeno un po', tenuto sveglio proprio da questo, prevedendo il mio disinteresse per il mondo a cui sto

facendo ritorno. Il sole batte sul parabrezza anteriore e mi brucia gli occhi. Abituato alla penombra del Centro, il sole di giugno è troppo forte per me. Chiedo:

–Avete lì un paio di occhiali da sole che possa mettermi?

Mi pento subito di aver fatto questa richiesta, perché i due si agitano come se si trattasse di un'emergenza, come se al posto degli occhiali avessi chiesto dell'ossigeno per respirare. Mio padre abbassa l'aletta parasole dalla mia parte e apre il cruscotto, cercando pericolosamente mentre guida. Mia madre fruga nella sua borsa e si lamenta («Ecco, sì, avremmo dovuto pensarci. Se ti fermi ad un distributore di benzina li troviamo...») e mi offre i suoi, che rifiuto con un sorriso perché sono orribili.

«Non importa», dico. Chiudo gli occhi e mi lascio cadere sul sedile. Ci sono stati altri cambiamenti importanti in me. Naturalmente i medici mi avevano avvertito: «Le mani dei tuoi genitori ti sembreranno calde, sgradevolmente calde; almeno i primi giorni, fai il possibile per non evitare le loro carezze». Ma non è che loro abbiano la febbre. È che il mio corpo è diverso, come se la sensazione di gelo che sentii quando successe quello che successe si fosse insediata definitivamente in me. La mia temperatura corporea è scesa fino a trentatré gradi. Per quelli che mi circondano io sono freddo, anche se io non percepisco la mia freddezza.

Forse avranno avvisato anche i miei genitori: «Il corpo di vostro figlio vi sembrerà freddo, sgradevolmente freddo, ma fate il possibile per non evitare il contatto con lui a meno che lui non lo richieda. Non sappiamo se più avanti recupererà una temperatura, diciamo, normale».

Ci sono altre cose che non si vedono al primo sguardo. Il mio ritmo cardiaco è sceso ad una quarantina di pulsazioni al minuto, a volte ancora meno. Mi ricordo ancora del monitor a cui mi attaccarono appena arrivai; segnava vicino alle ottanta. Mano a mano che mi facevano le analisi, si stabilizzò a quaranta.

Poi, ovviamente, c'è *neila*, che è il nome che ho dato alla pallina sensibile impiantata nel mio addome, che, fuori da questo posto, non so se avrà qualche funzione. All'inizio mi faceva un po' paura usare questa parola, questo gioco di lettere, ma alla fine mi ci sono abituato. Nel Centro eravamo *neila ed io*. Adesso, non so.

Nonostante tutto, i medici hanno assicurato ai miei genitori che sono guarito. Queste due parole gliele sentii dire nel colloquio che avemmo prima di uscire. «È guarito», dissero. C'è qualcosa di ironico in tutto questo, perché a parte la mia temperatura da rettile

e le pulsazioni da cetaceo, e questo impianto che mi rende un ibrido, dicono che non ho nessun altro effetto fisico di quello che è successo; che, pertanto, posso e devo svolgere la mia vita normale, senza pastiglie né iniezioni. Tra due settimane mi faranno un controllo, non lì ma in casa. Dal momento che me lo chiesero direttamente per metterlo a verbale nei loro rapporti, non mi rimase altro che ammettere: «Non c'è problema se vengono a visitarmi a casa». In realtà, mi dà fastidio. Non voglio che i miei genitori siano testimoni di esplorazioni o di domande che potrebbero spaventarli, e non voglio dare spiegazioni su quello che sono o che potrei essere.

Smetto di pensare a questo mentre la macchina finalmente si immette in una strada principale. Non so quanto tempo sia passato dalle ultime frasi tra me e i miei genitori. Forse pensano che io stia dormendo.

Mi manca Sawyer. I miei genitori hanno tolto la rete che separava il bagagliaio, dove stava il cane. Immagino che a casa siano spariti anche il suo tappeto, la sua coperta, la sua ciotola ed i giochi da cane. Anche il guinzaglio che appendevamo sull'appendiabiti in ingresso? «Che triste», mi sorprende a pensare. Provare dolore per la sua scomparsa mi sembra un sintomo di umanità che devo conservare ancora.

Non mi resi conto di quando staccai la mano da mia madre, sgradevolmente calda, come mi avevano avvisato. Ora la sento sul mio ginocchio come se fosse una tazza tiepida. Immagino che a questo riuscirò ad abituarci.

Mi sistemo sul sedile per togliermi di dosso la sua mano e approfitto per vedere il mio viso sullo specchietto retrovisore della macchina. Le prime settimane in cui fui lì non mi lasciarono usare gli specchi. È difficile abituarsi a lavarsi i denti o il viso senza vedersi in uno specchio. Guardi la parete di piastrelle bianche e non vedi niente, come se ti avessero cancellato. Fu spaventoso, perché, toccandolo, sentivo il mio volto gonfio e ricoperto da grossi lividi che mi bruciavano, nonostante una medicazione, immagino, tremenda.

In quei primi giorni, che in realtà non furono i primi, perché all'inizio, forse per una settimana, rimasi in una stanza leggermente illuminata, disteso su un letto, attaccato a delle macchine ed addormentato dai sedativi, capii subito che avrei dovuto riprendere piccoli compiti che uno nemmeno si ricorda di aver imparato: vestirsi, infilarsi le scarpe, usare il pettine, mettere il dentifricio sullo spazzolino senza che cada per terra... poi venne il lento recupero della memoria, con queste zone in ombra che persistono ancora. Dicevo che sto guardando il mio viso nello specchietto della macchina e mi vedo bene, senza

arrossamenti né macchie, senza le palpebre gonfie o lividi nelle labbra. In un certo senso mi sento più grande, come se al posto di nove settimane ne fossero passate venti o cinquanta, due anni interi...

–Quanto manca? –chiedo.

–Due ora e mezza, forse tre. Oggi è feriale, perciò non ci sarà troppo traffico per arrivare in città. Vuoi che ci fermiamo?

–Non ne ho bisogno.

–Non vorrai portarci senza fermarci neanche un attimo? –protesta teatralmente mia madre–. Quando arriviamo in autostrada, troviamo un posto dove prendere un caffè, almeno. Tesoro, hai fatto una buona colazione?

Non rispondo e fingo di dormire. Queste false discussioni tra loro, quando tutti sappiamo che si farà quello che è opportuno, mi annoiano, quindi decido di rimanere zitto finché non ci fermeremo, che spero sia presto. Quando saliremo di nuovo in macchina, convincerò mia madre che voglio dormire, così avrò i sedili posteriori per me. Non ho molta voglia di parlare, ma vorrei che i miei genitori mi spiegassero alcune cose. Per esempio, quando il fatto successe mio padre telefonò allo zio Marco, perciò qualcosa doveva pur sapere delle conseguenze di quegli strani fenomeni. Anche mia madre? Perché non fuggimmo da lì appena li vedemmo?

Cosa sanno i miei genitori? Sono a conoscenza delle visite dello zio Marco? Quante cose sapranno di quello che i medici hanno fatto con me? Cosa sanno della mia situazione attuale e cosa gli hanno anticipato sul mio futuro? Temo il momento in cui inizieranno a farmi domande o mi convocheranno per parlarne, ma ho anche paura che facciano finta di niente, come se mi avessero guarito da un raffreddore oppure operato di appendicite. I miei genitori sono degli esperti in segreti e silenzi.

Non so ancora se i miei genitori, ora così vicini, così apparentemente tranquilli, abbiano paura di me. Io sì che ho paura per loro, anche se li avranno preparati a quello che potrebbe succedere.

Mio padre ferma la macchina ed apre gli occhi. Poco più avanti c'è stato un incidente ed il traffico si è infittito. Nella corsia di destra vedo le luci azzurre lampeggianti. «Un tamponamento; non è nulla», dice mia madre dopo poco, ma impieghiamo molto tempo per superare l'ingorgo. Non voglio guardare. Sia mai che veda troppo.

Da quello che vedo sui cartelli, siamo vicini all'autostrada. Tra poco ci fermeremo. Vedendo che mi sono svegliato, mia madre riprende il contatto fisico con me, mettendo la sua mano sopra la mia. A cosa pensa mentre sente la freddezza della mia pelle? Considereranno tutto questo normale? So che è presto, ma desidero, tanto quanto temo, che mi spieghino o mi chiedano qualcosa. Chi prenderà l'iniziativa? Aspetteranno di arrivare a casa? Decido di essere io a parlare:

–Siete tornati alla casa?

Come mi aspettavo, ci fu un silenzio imbarazzante. Non si aspettavano la mia domanda. È a mio padre che tocca rispondere; dopotutto, la casa era sua:

–Una volta. Non c'è più nulla da fare lì. È tutto come puoi immaginarti –fa una pausa lunga e cerca di terminare–: beh, un dispiacere, ma è una di quelle tappe della vita che si concludono.

Devo accettare che mio padre è così, in grado di far finire una conversazione in cinque secondi. È davvero conclusa per lui? Era la casa di suo padre, dove crebbe da bambino, dove visse con suo fratello. Una casa che lui ristrutturò quando morirono i suoi genitori, nonostante le proteste dello zio Marco e la lite definitiva tra i due fratelli. Questo significa che non torneremo mai più lì? E cosa succederà con la tomba di Sawyer? Rimarrà lì da solo e non andremo mai a trovarlo?

Al posto di queste, faccio una domanda che mi sembra più leggera:

–Sei riuscito a recuperare i libri su cui stavi lavorando?

–No. Sono andati persi. Solo uno di loro era davvero di valore, ma era coperto da assicurazione.

So che a loro dà fastidio parlarne e non mi danno più dettagli, ma mi piacerebbe immaginare la loro visita lì, vederla come fosse un film: le pareti annerite, il tetto fatiscente e la montagna di cose che ci appartenevano e che non vedremo più. Rimase lì anche un libro che stavo leggendo io e che era della biblioteca. I miei vestiti. La televisione vecchia e pesante. L'enorme radio del nonno. I quadri con le foto. La scatola del cucito della nonna. Il frullatore che ronzava alla mattina. Lì quasi tutto era vecchio e usato, perciò non valeva molto, ma c'erano delle cose a cui mio padre era affezionato, come la vecchia cassetta degli attrezzi in legno. Non si salvò nulla? I miei genitori riuscirono a varcare l'ingresso della casa ed a rovistare tra le macerie, cercando qualcosa

o prendendosi qualcosa? Forse no. La cosa più importante adesso lì è la tomba di Sawyer, che mi piacerebbe riuscire a visitare un giorno.

–Guarda, ad un kilometro c'è un'area di servizio –dice mia madre–. Ho voglia di allungare un po' le gambe.

Obbediente, mio padre mette la freccia. Non deve fare benzina, e andiamo diretti al parcheggio. Mentre scendo sento una vampata di calore, il che non è strano perché siamo a giugno. Non ho idea di come reagirà il mio corpo in agosto; questo non me lo dissero in clinica. Mi dissero però che adesso ho bisogno di mangiare meno, il che immagino avrà qualche vantaggio.

Il posto è simile ad altri che conosco: un lungo bancone self-service e tavolini verdi uguali dappertutto. Dato che adesso non è ora di mangiare, c'è poca gente e con i vassoi quasi vuoti. Mia madre dice che come prima cosa va in bagno e mi invita ad andare, chiedendomi se voglio che mi accompagni. Che sciocchezza! Anche se fosse un luogo solitario e buio, anche se ci fosse una tormenta e fuori si radunassero pipistrelli e lupi, anche se non ci fosse luce nel corridoio o nel bagno, ora non c'è niente che mi faccia paura.

–Prendimi un tè con latte e una brioche –dice mia madre a mio padre mentre cammina verso il bagno, poi si rivolge a me–: tu cosa vuoi?

–Un frappè freddo al cioccolato–ma lei si è già allontanata e non riesce a sentirlo.

Accompagno mio padre. Adesso non ho voglia di fare pipì. Lui è uno che ci pensa a lungo, perciò dubita davanti all'abbondanza di panini e dolci esposti nella vetrina. Alla fine decide e procediamo. Scegliamo un tavolino e, prima di sederci, mi poggia una mano sulla spalla. Di solito è di poche parole, infatti mi sorprende la sua lunga dichiarazione:

–Siamo stati molto preoccupati in questi mesi. Io prendo le pastiglie per dormire; la mamma ha bisogno di altre e a volte diventa un po' nervosa; devi avere pazienza con lei. Adesso non lavora, ma vuole farlo presto. Quello che desidera di più è occuparsi di te.

–Sì, capisco.

Mi preoccupa passare tanto tempo in casa con mia madre. Non essendo una fanatica dell'ordine, le nostre discussioni hanno a che vedere col modo in cui vengono fatte le cose: prima questo, poi l'altro e poi l'altro ancora. Per esempio, prima di aprire il frappè devo avere una salvietta a portata di mano. Non si sa mai, dice. Per lei c'è sempre un non

si sa mai. E la cosa di cui ho meno bisogno adesso è che mi dicano come devono essere fatte le cose banali.

Facciamo colazione quasi in silenzio, e dopo due sorsi di frappè vado al bagno. Li sento bisbigliare alle mie spalle mentre cammino. Entro in una cabina e chiudo a chiave, anche se non per paura. Mentre faccio pipì, leggo i graffiti, alcuni di un'oscenità primitiva. La parete non ha le piastrelle, ma cemento dipinto di bianco. Mentre mi chiudo la zip, mi viene un'idea, o meglio, un ricordo. Promisi di non farlo, ma devo verificare se alcune delle mie potenzialità (per chiamarle in qualche modo) sono attive anche fuori dalla clinica.

Facendo attenzione appoggio il palmo della mano destra contro la parete sopra ad una scritta volgare, cercando di coprirlo. Mi concentro per alcuni secondi e premo con forza. La mano si scalda e sembra bruciare, anche se probabilmente non è nemmeno arrivata alla temperatura normale di un corpo umano normale. Dopo un attimo, la ritiro.

Come mi aspettavo, ho lasciato un'impronta rossa sulla parete. È di sangue. Del mio sangue. Adesso la macchia si vede rossa, ma in pochi minuti acquisirà un colore viola. È come le mani stampate di arte rupestre che si vedono in alcune caverne, ma con una differenza: finché non sfuma al viola, questo mio sangue brucerà chiunque lo tocchi, come un acido forte.

Quando esco, mia madre sta aspettando all'ingresso dei bagni. Ha un'espressione preoccupata, ma sorrido facendole vedere che va tutto bene. Usciamo in strada e sento di nuovo il colpo di caldo. Prima di salire in macchina, mi permetto di dire che mi piacerebbe dormire un po', così salgo da solo nella zona posteriore. Pur con la cintura di sicurezza agganciata, mi distendo lungo il sedile. Da questa posizione non vedo quasi nulla di quello che c'è fuori; solo frammenti omogenei di un cielo in cui non vi è una sola nuvola.

Osservo le mie mani. Nessuno potrebbe notare delle differenze tra la destra e la sinistra, ma una di esse ha rilasciato un liquido indelebile e corrosivo. Se dovessero dipingere la parete, difficilmente cancelleranno del tutto quell'impronta. È sangue con qualcos'altro, ma non sanno cosa. Per fortuna, non succede con tutto quello che tocco. Solo quando lo desidero io e quando voglio fare qualcosa di male.

Spero che i miei genitori non ne sappiano nulla.

I medici del Centro mi hanno dimesso; mi assicurano che non ci saranno altri cambiamenti nel mio corpo, e immagino che abbiano esperienza a riguardo. Non riuscii

a sapere cosa ne fu delle gemelle francesi, e non mi dissero niente degli altri pazienti curati lì, ma fin dall'inizio seppero che procedimento seguire. Appena arrivato, mi bendarono le mani. Le volte in cui mi svegliavo dalla semi-incoscienza vedevo le mie mani fasciate, la garza sul mio ventre, i monitor, i cavi degli elettrodi attaccati al mio petto. In certi momenti credo di aver pensato di aver avuto un incidente, ma a poco a poco riaffiorarono i ricordi di quello che successe nella casa. Mi imbarazza pensare che in alcuni momenti pensai con rabbia che i miei genitori mi avessero abbandonato lì, anche se fu allora che iniziai a ricordarmi delle loro visite, e mi sconvolgevano quelle scene, non sapevo se sognate, di mia madre che piangeva, con i pugni stretti sulle sue guance, mentre mio padre la abbracciava cercando di consolarla.

Ci misero un po' per togliermi le bende dalle mani, ed io a controllare le mie essudazioni. Trascorrevi già molto più tempo sveglio e ricordo le avvertenze di medici e psicologi, che all'inizio erano frequenti: «Cerca di contenere la rabbia». Ci misi un po' a rendermi conto che esisteva una relazione tra la mia ira e questo siero corrosivo generato dai palmi delle mie mani, che rovinava le sponde del letto, fondeva il vetro e corrodeva le lenzuola, ma che a me non faceva alcun male. Come successe con altre cose, imparai velocemente a controllare questa essudazione, che all'inizio era involontaria. Ora so che, anche fuori dal centro, posso rilasciarla a mio piacimento. Le mie mani possono arrivare ad essere mortali, la mia voce è pericolosa e ho ragione a temere per quelli che mi circondano, inclusi i miei genitori.

E i medici dicono che sono guarito!

–Stai bene?

–Sì, sto bene –rispondo a mio padre.

–Non ti viene la nausea disteso così?

–In realtà sì.

Non ho la nausea, ma ne approfitto per alzarmi e guardare dal finestrino, dopo aver disfatto il nodo delle cinghie della cintura. Era da molto che non vedevo macchine, persone, paesaggi...

–Immagino che non vedrai l'ora di vedere i tuoi amici. In questo periodo si sono preoccupati per te. Anche dalla scuola, i professori e la preside, hanno chiamato chiedendo come stavi –dice mia madre, e prolunga la lista –:E, ovviamente, i nonni, gli zii, qualche vicino...

Interrompo per sapere una cosa importante:

–Cosa gli avete detto?

–Beh... in realtà fu un'idea dei medici di quel posto –mio padre cerca di aggirare una domanda difficile, lo sento dal suo tono dubitativo–. Ci suggerirono di raccontare che un serpente ti morse e che ti venne una reazione allergica molto forte. Che dovemmo portarti in un centro specializzato... all'estero, in Germania.

–Perché in Germania?

–Non lo so. Dissero così, ma avrebbe potuto essere in Francia, che ne so –cerca di chiarire mia madre senza chiarire nulla, ed io penso subito alle gemelle e se si tratta di una casualità, se le hanno raccontato qualcosa.

La domanda mi brucia sulla punta della lingua, ma lascio passare l'opportunità. Mio padre continua:

–E della casa... Beh raccontammo che ci fu un incidente; che eravamo nervosi quando ti portammo in ospedale e che dimenticammo qualcosa sul fuoco.

Questa volta non mi lascio sfuggire l'occasione. Mi alzo fino a posizionarmi tra i due sedili.

–Perché mi avete portato lì, e non in un ospedale normale?

–Perché ti sembrava che non fosse un ospedale normale? –anche se questa domanda elusiva è più nello stile di mia madre, è mio padre che la formula–. Ti trattarono bene, no? È un centro specializzato.

–Sì, ma specializzato in cosa?

All'improvviso mi rendo conto che il tono della mia voce e il modo di fare le domande non sono propri di un ragazzo di tredici anni.

–Qual è la diagnosi dei medici, che io non conosco? E come sapevate che dovevate andare lì? Giraste la macchina, utilizzaste un telefono ed una cartina perché questa strada non compare nel navigatore. Questo posto non è facile da trovare. E nemmeno da conoscere.

La situazione è precipitata. Sono le domande che pensavo di fare a casa tranquillamente, non mentre corriamo a centoventi chilometri orari. Però non me ne pento: in questo modo non hanno l'opportunità di alzarsi dal divano, di dire che è ora di cena o di rispondere ad una telefonata. I miei genitori sono nervosi, è evidente, e gli fornisco un appiglio, cercando di confermare un sospetto:

–È stato lo zio Marco, vero? –mi rivolgo soprattutto a mio padre-. Tu non sapevi nulla, ma lo zio Marco sì.

–Sapere cosa? –mio padre ha ridotto la velocità e ne sono sollevato.

–Qualcosa riguardo la casa. Lui si oppose alla tua idea di ristrutturarla. Diceva che era maledetta e che sarebbe stato meglio lasciare che cadesse in rovina. In più, non venne mai a trovarci lì. Lo zio sì che sapeva dove bisognava andare quando ci successe il fatto.

Mia madre mette la mano sul ginocchio di mio padre. Non si è girata per guardarmi nemmeno una volta, e penso abbia paura di me. In condizioni normali, come può una madre avere paura di suo figlio? Ma il caso della nostra famiglia è eccezionale. Alla fine, mia madre riesce a parlare ed irrompe con qualcosa simile ad un grido:

–Mi fa terribilmente male la testa! –lo prendo per quello che è, un’invocazione disperata al silenzio, e torno al sedile posteriore, pentito per il precipitare degli eventi.

– Vuoi che mi fermi?

–Sì, per piacere, fermati un attimo appena puoi.

Non riesco a vedere il volto di mia madre neanche dallo specchietto retrovisore, forse è distesa sul sedile, sicuramente con gli occhi chiusi. Non metto in dubbio che abbia un forte mal di testa, per quello che disse mio padre, e si capisce benissimo. Ho la tentazione di appoggiarle le mie mani sulle spalle, cercando di consolarla e chiedendole scusa, ma non lo faccio. Provo vergogna al pensare che sento qualcosa di piacevole in questo suo dolore, che bilancia in qualche modo quello che provai io in queste nove settimane.

Rimaniamo in silenzio. Alcuni chilometri più avanti vedo l’indicazione di un’area di sosta, e poco dopo mio padre attiva la freccia e riduce la velocità. Anche se è quasi un terreno desertico, per fortuna ci sono degli alberi alti che a quest’ora fanno ombra su alcuni tavolini di legno con le panche. Conto cinque automobili e ci sono due tavoli liberi. La nostra macchina si ferma vicino ad uno di questi, ma è impossibile ottenere dell’ombra per la macchina, che lasciamo con le porte aperte. Nonostante il caldo, mia madre dice che rimarrà dentro, e mio padre colloca un parasole sul parabrezza anteriore facendo un po’ d’ombra.

Io e lui ci dirigiamo verso uno dei tavoli. Io porto il frappè, che non è ancora caldo. Bevo un sorso. Mio padre è preoccupato e per la prima volta noto che sembra un po’ più anziano, come se fosse invecchiato. Non ricordavo tutti quei capelli bianchi, e nemmeno

la rete di rughe intorno ai suoi occhi. All'improvviso mi rendo conto che anche lui venne morso, e un brivido mi percorre se penso che anche lui... devo sapere:

–Papà, tu stai bene, vero?

–Beh, sono un po' esausto. Abbiamo fatto bene a fermarci. Figliolo, ti ho già detto che tua madre è molto nervosa...

Interrompo il suo rimprovero per soddisfare le mie necessità:

–Papà, mi riferisco al fatto che quelle cose morsero anche te. Mi ricordo di quando eravamo in cucina. Sei stato anche tu in quel posto?

–No. Tranquillo. Mi controllarono al Centro e mi dissero che non avevo nulla. Fu una cosa simile ad una puntura di medusa, che si ridusse poche ore dopo, durante il viaggio. Alcuni giorni dopo andai dal medico perché non riuscivo a dormire, e mi fecero delle analisi, ma va tutto bene.

–Ok, meglio così. So già cosa mi dirai sulla mamma, e mi dispiace –lo affermo con sincerità; da dove sono riesco a vedere mia madre distesa come se stesse dormendo, e mi sorprendo a pensare: «Come se fosse morta»–. Ti prometto che non farò più domande finché non vorrete raccontarmi voi qualunque cosa.

–Benissimo, figliolo. L'importante è che adesso siamo tutti e tre insieme. Per quanto riguarda tua madre, queste settimane sono state molto dure per lei, e forse la cosa migliore è lasciarla tranquilla per un po'. Io e te parleremo da soli, se sarà necessario e con calma...

Continua, lui che di solito parla così poco.

–Non devi preoccuparti di nulla. A casa, vedrai, abbiamo preparato il necessario affinché tu ti senta a tuo agio. Siamo una famiglia e siamo qui per sostenerci gli uni con gli altri, capisci? Ora la questione più importante sei tu, ma dobbiamo prenderci cura della mamma.

Mio padre parla quasi con frasi fatte, e all'improvviso provo un'enorme rabbia. Mi tratta come un bambino! Cerca di ricordare l'orrore della casa come un aneddoto! Gli piacerebbe cancellare queste settimane spaventose! Nascondo le mie mani contratte sotto al tavolo. Le sento ardere mentre le premo con i palmi verso l'alto sulle assi, e le ritiro subito dopo, terrorizzato dal sapere se staranno lasciando qualche impronta rossa. Intrattengo le mie dita giocherellando con un chiodo ossidato, la cui capocchia fuoriesce di qualche millimetro dal legno.

Al Centro ebbi l'occasione di parlare molto di quello che successe nella casa dei nonni. Gli raccontai l'accaduto più e più volte, con tutti i dettagli; dopotutto, non avevo nulla di meglio da fare. Ho una domanda e mi stupisce il formularla a voce alta:

–Voi avete parlato con qualcuno di quello che ci successe veramente nella casa?

Mio padre deglutisce. So che torna a muoversi in un territorio scomodo e mi dispiace per lui.

–Una volta alla settimana, con gli psicologi del Centro, gli stessi che curarono te. Ci dissero che tu gli avevi raccontato più o meno le stesse cose. Ma con nessun altro.

–Nemmeno con lo zio Marco?

–Beh... –esita, abbassa gli occhi, farfuglia, si gratta il viso; non sa esattamente fino a che punto raccontare–. Con lui sì... Diciamo che non si stupì. Anche se i dettagli... Lui aveva sentito qualcosa... Come sai, noi litigammo quando alla morte dei nonni io comprai la casa e la ristrutturai. Lui non voleva. Mi avvisò che qualcuno voleva comprare la casa e le terre attorno...

Gioco con la capocchia del chiodo mentre mio padre mi fornisce i dettagli per completare una storia che avevo conosciuto a frammenti, perciò l'origine risale a cinque anni fa. I miei nonni paterni morirono nell'arco di una settimana. Prima lui; otto giorni dopo, lei. Il nonno a casa sua, e lei in quella dello zio Marco. Ad occhi estranei, fu improvviso ed infelice. Dopo poco, si presenta qualcuno e propone di acquistare la casa e le terre. Mio zio fa partire la trattativa, ma mio padre si oppone. Discutono. Gli acquirenti insistono ed alzano il prezzo, avvertendo che nessuno deve toccare quello che c'è lì; a quanto pare, utilizzando un velato e misterioso avvertimento. Ignorando gli ammonimenti di mio zio, mio padre rimane e ristruttura la casa, alza qualche muro e ripara il tetto. Lui e mio zio discutono. C'è un'altra visita di questi sconosciuti durante lo svolgimento dei lavori, della quale mio padre non ebbe notizia allora. Vengono a dire che se succede *qualcosa* devono urgentemente mettersi in contatto con loro. Quando qualche settimana fa mio padre chiama suo fratello dicendogli che *qualcosa* è avvenuto nella casa, lo zio Marco cerca il biglietto da visita e chiama questi personaggi oscuri, che dicono dove dobbiamo recarci...

Questo è il riassunto del racconto di mio padre, che coincide più o meno con quello che mi raccontò lo zio Marco, anche se io so molti più dettagli e in più conosco gli antecedenti, che sono importanti. Marco è il maggiore dei due fratelli, e rimase in paese

con i nonni. Mio padre voleva studiare; lui si era sempre disinteressato dei lavori familiari e, a quanto pareva, non gli dispiacevano i libri; già a diciott'anni lasciò il paese e si iscrisse a Medicina, nella capitale. I suoi due anni da studente dovettero essere un disastro: non superò nemmeno una materia o non si presentò agli esami. Il fatto è che finì per immatricolarsi in Lettere, perché all'epoca sognava di scrivere. Dovette realizzare qualche tentativo che finì in tragedia, e tre anni dopo iniziò un vagabondaggio che lo portò in diversi Paesi europei, mantenendosi con lavori precari. In questi anni, mio padre tornò poche volte al paese, e se compariva lo faceva con l'attitudine del turista, mentre lo zio Marco si occupava della casa, delle terre e del modesto negozio familiare. Molto più tardi, quando io avevo otto anni, ci fu la drammatica morte dei nonni, e allora mio padre decide di comprare e ristrutturare la casa di famiglia, con l'opposizione di suo fratello, che sapeva per certo che qualcosa di strano era successo tra le sue mura. Marco cercò di dirglielo, ma mio padre non volle ascoltarlo. Pensava che fossero voci di paese, superstizioni primitive, un prodotto dell'ignoranza e dell'ingenuità di suo fratello.

A casa non si è mai parlato di tutto questo. Da piccolo osservavo con ammirazione mio padre: si esprimeva in diverse lingue, possedeva delle abilità manuali, aveva viaggiato, tra gli amici era uno con la conversazione sempre pronta... E sapevo solo che lui aveva studiato qualcosa come Arti Grafiche; che era rilegatore, e di quelli importanti. Lo zio Marco era un familiare lontano, misterioso e, secondo me, un po' scontroso, anche se ricordavo scene affettuose con lui, di quando io ero bambino. Mi chiedo cosa proverebbe mio padre se sapesse che io conosco tutti questi particolari.

Mio padre finisce la sua versione del racconto e parla di progetti futuri:

–...Quindi tornai a casa e non volli toccare nulla. Marco ed io abbiamo parlato. Venderemo la casa e le terre.

–E Sawyer?

–Ho pensato di spostarlo, ma Marco dice che non bisogna toccare il suo corpo; che è possibile che sia infettato della stessa cosa che infettò te. Vogliono analizzarlo.

«Vogliono...». *Chi vuole?* Senza dubbio, si tratta di quegli sconosciuti che sono in contatto con lo zio Marco. Subito penso ad un'organizzazione potente e clandestina capace di creare un Centro come quello che mi trattene in queste settimane, la cosiddetta Fondazione. Si presero cura di me, ma ce ne saranno altri come me; a me successe nella casa dei nonni, ma sicuramente sarà successo in altri posti.

Quello, qualsiasi cosa sia, è capace di spaventare ed uccidere, come abbiamo visto con Sawyer e quasi con me, anche se forse con me avevano uno scopo diverso.

A forza di giocare con il chiodo, l'ho estratto dalle travi poco a poco, e mi meraviglio che non mi facciano male i polpastrelli delle dita. Dev'essere lungo dieci centimetri, ed è grosso; senza che mio padre possa immaginarlo, lo piego come se fosse di plastica. *Loro* mi hanno reso molto diverso da quello che ero. Il mio metabolismo freddo e la mia pelle capace di segregare veleno non sono i cambiamenti più preoccupanti né pericolosi. Ho la sensazione che ci siano cose che devo ancora scoprire, anche se i medici garantiscono che sono guarito.

Mia madre si rigira nel sedile e mio padre si alza per aiutarla. Lei chiede se c'è un bagno per lavarsi il viso. Si accontenta di bagnarsi con l'acqua di una bottiglietta ed osservo che poco dopo cerca nella borsa ed ingurgita una pastiglia. Mio padre mi fa un cenno con la testa e mi alzo. Prima di salire in macchina, getto il chiodo tra i cespugli. Ha la forma di una S.

Torniamo in autostrada. Leggo i cartelli che indicano più o meno la distanza alla città, e calcolo un'ora e mezza di viaggio. Ricordo il mio proposito di non parlare fino all'arrivo a casa. Faccio finta di dormire e ogni tanto socchiudo gli occhi. I miei genitori bisbigliano credendo che io non possa sentirli. Entrambi si interessano per la loro reciproca salute e vogliono tranquillizzarsi. Hanno il pranzo pronto dal giorno prima. Mio padre deve uscire al pomeriggio per risolvere alcune faccende al laboratorio. Consiglia a mia madre di avere pazienza, che andrà tutto bene. Dopo un po' di tempo capto qualcosa di mio interesse: «Di che cosa parlavate?». «Voleva sapere di Marco e della casa...». «E cosa gli hai detto?». «Più o meno la verità».

Suppongo che la differenza tra la verità e più o meno la verità possa essere immensa. Non credo nemmeno che lo zio Marco fosse del tutto sincero con me, anzi credo che lui stesso conosca solo una piccola parte della verità.

Il traffico si fa più intenso. Mi ero quasi dimenticato i rumori della strada. Nel Centro era difficile sentire qualche rumore diverso dalle voci e dai passi del personale. Quando uscii dalla terapia intensiva, mi assegnarono quella stanza ampia e luminosa di cui ho già parlato, con un piccolo balcone quasi a rasoterra che dava su un giardino. Trascorsi diverse ore su quel balcone esercitando le nuove qualità della mia vista e del mio udito. All'inizio pensai che gli uccelli e le cicale cantassero molto forte, finché mi resi conto

che il mio udito si era affinato: che potevo sentire a distanza i gemiti di terrore di un uccello mentre veniva inseguito da un rapace, a cento metri di altezza. Poi capii che percepivo frequenze più alte e più basse, come se avessi ampliato il mio spettro uditivo. Se prestavo attenzione, potevo sentire i battiti d'ali delle farfalle e lo scorrazzare dei topolini per il giardino. Come dicono che accade ai cani, come doveva succedere al povero Sawyer. Il mio olfatto, il mio gusto e il mio tatto non hanno subito cambiamenti visibili, almeno per il momento.

Non ho progetti per il futuro, non desidero fare nulla in particolare. Presumo che tra pochi giorni tornerò a scuola, anche se mancano un paio di settimane alla fine dell'anno. Le lezioni, gli amici e tutto quello che prima era il mio mondo hanno perso interesse per me, ma credo che un po' alla volta rientrerò in una certa normalità. Qualsiasi cosa pur di non passare la giornata rinchiuso con mia madre e talvolta con mio padre. È divertente pensare che alla fine mi mancano alcune attività del Centro! La macchina procede automaticamente a cento chilometri orari. Viaggiamo in silenzio, loro mi credono addormentato. Mio padre è rilassato e mia madre forse è sotto l'effetto della pastiglia. Se lei dormisse per davvero chiederei molte cose a mio padre, ma mi sono promesso di rimanere in silenzio ed aspettare che siano loro a prendere l'iniziativa. Forse non sanno molto di più di quello che sembra o credono che non convenga raccontare più del dovuto.

Dev'essere difficile essere sincero con un malato. Nel Centro, all'inizio, quando dovevo utilizzare un deambulatore per camminare, mi dicevano: «Vai bene». Se mi disperavo perché non riuscivo a portarmi il cucchiaino alla bocca, mi consolavano con un «Devi imparare a controllare di nuovo i tuoi muscoli». Poi, mano a mano che scoprivo capacità insolite del mio corpo, mi ripetevano: «È che sei qualcuno di diverso». «Sei superiore», gli scappò una volta. Dalla sesta settimana tutto cambiò e iniziarono a prepararmi per la dimissione: «Magari un giorno sarai necessario». «Ora sei pronto, ma devi aspettare». «Non rivelare le tue capacità». «Comportati come se fossi normale». «Ora sei importante». «Avremo bisogno di te». Sono frammenti di disposizioni che sentii decine di volte e che ancora non comprendo. Quanto sono stati sinceri con me, quando nessuno mi ha ancora detto cosa mi è successo e cosa devo aspettarmi dalla vita?

Le notti scorse ho pensato molto a questa Fondazione per lo Sviluppo Umano, come mi disse Rojo che si chiamava. È a questo che si dedicano? È quello che fecero alle gemelle, che hanno fatto con me e che continueranno a fare con altri? Salvarci dalla morte

e lasciare che affiorino capacità che si possono considerare sovrumane? In totale ho avuto quattro incontri con *loro*, nella stanza buia. Dopo il secondo, nel quale scoprii sbalordito che *potevamo comunicare*, ce ne furono altri due che si potrebbero considerare frustranti: io gli parlavo cercando di stabilire una specie di linguaggio comune, ma *loro* fluttuavano intorno a me come se ignorassero la mia presenza e senza che *neila* desse segnali chiari che i miei messaggi fossero capiti. Fu un'allucinazione questo secondo incontro? O al Centro hanno constatato che non sono la persona adatta a stabilire una comunicazione con *loro*, e perciò mi hanno lasciato tornare dai miei? Mi solleva che non abbiano dato una risposta a nessuna delle mie domande.

Li odio! Non so se mi salvarono oppure hanno fatto di me una specie di mostro; forse sono vere entrambe le cose. So una cosa terribile, che mi spaventa: ho la capacità di essere letale. Potrei uccidere chiunque senza uno sforzo eccessivo. Immagino che quegli esseri filiformi che abitavano nella casa si siano annidati in me, o in qualche modo formino parte di me, e questo mi spaventa.

Mia madre si rigira sul sedile. Qualcosa cambierà.

–Hai fame?

«No, non ho fame», dico. Questo non basta per iniziare una conversazione. Aggiungerei che non ho nemmeno sonno. Adesso ho bisogno di dormire poco, tre o quattro ore al giorno. Nel Centro avevo a disposizione il giardino, il cortile, la sala cinema, la biblioteca, la palestra... Potevo intrattenermi e fare conversazione. Mi chiedo cosa farò adesso di notte chiuso nella mia camera. Mi piace leggere, ma sarò in grado di farlo dalle undici di sera fino alle quattro di mattina?

Nel Centro si parlava abbastanza. Essere l'unico paziente di un edificio enorme e con almeno sedici persone attorno a me aveva i suoi vantaggi. Il personale era disposto ad ascoltarmi ed a rispondermi, ma non sempre le loro risposte erano soddisfacenti. Ovviamente, gli chiesi cosa ci aveva attaccato. «Enti», mi dissero. «Sì, però che tipo di enti?». «Non lo sappiamo». «Da dove vengono?». «Non sappiamo neanche questo». «Sono pericolosi?». «Potrebbero esserlo, ma crediamo di no, se non vengono provocati». «Perciò noi li abbiamo provocati?». «Forse sì, senza esserne coscienti». Forse avevano ragione: invademmo il loro spazio e *loro* si difesero. Penso che all'inizio volessero avvisarci, ma non capimmo il loro messaggio. Un giorno dissero una cosa che non riesco ancora a capire: «Ti hanno reso una persona migliore». «Migliore in cosa?», gli chiesi, e

non mi risposero. Ci sono altre domande che gli feci ma che non ebbero risposta: «Come arrivarono alla casa del nonno? La sua morte ebbe a che vedere con essi?». Dissero che non lo sapevano, ma è ovvio che sì. Lo zio Marco lo seppe molto più tardi, anche se in quel momento non seppe interpretare i sintomi. A quanto pare, nell'atto di morte si certifica che il nonno morì di arresto cardiaco; forse ebbe la fortuna di morire velocemente, come successe a Sawyer. Il caso della nonna fu più drammatico. Marco se la portò a casa sua. Passò una settimana assopita e delirante, cercando di descrivere alcune gigantesche falene o lucciole che li avevano assaliti le notti precedenti. Chiesi a mio zio se le avessero fatto l'autopsia, più per sapere di me che di lei. No. Per tutti, morì di dolore dopo la morte di suo marito, impazzita per la sofferenza. Gli uomini della Fondazione comparvero il giorno del funerale di entrambi, una settimana dopo.

Sono stanco. È da troppo tempo che sono seduto e ho le gambe intorpidite. In assenza di altre attività, al Centro facevo molto esercizio fisico. Dicevano che mi faceva bene, e alcune volte controllavano il mio battito e la mia respirazione. Allento la cinghia della cintura di sicurezza e mi avvicino ai sedili anteriori.

–Quando torno, mi piacerebbe iscrivermi in una palestra ed andarci due o tre volte alla settimana.

–Ma dai, questa mi è nuova – dice mio padre–. Non ti è mai piaciuto molto lo sport.

Ha ragione, ed è anche quasi sicuro che non si opporranno. Mi contraccambiano la domanda:

– E hai pensato di tornare a scuola a breve?

– Non ci ho ancora pensato. Che giorno della settimana è oggi?

– Mercoledì.

– Lunedì prossimo può andare bene secondo voi?

– Beh, se ti senti pronto –dice mia madre, che cerca di tranquillizzarmi mentre parla lentamente e con la bocca che sembra pastosa per la sete, ma che deve esserlo a causa del sedativo–. L'importante è che torni a vedere i tuoi amici, che hanno chiesto molto di te. Non preoccuparti di recuperare l'anno; manca poco alla fine, ma c'è ancora settembre, e se devi ripetere... Non è poi così grave.

– Recupererò. In questo periodo ho fatto delle lezioni per rimanere al passo.

– Ah sì? Questo non ce lo avevano detto.

Mento. Non ho fatto una sola lezione. Ma i libri di matematica, di fisica e chimica, di lingua o di storia in biblioteca mi risultavano talmente chiari che i professori mi sembravano dei pastori che cercavano di insegnare le basi ad un gregge di pecore.

Approfitto dell'esca tesa:

–E quindi, cosa vi hanno detto?

La domanda è stata automatica ed ha un tono sarcastico, ma dubitano se rispondermi o no. Li tolgo dai guai con un'altra che sembra banale: «Cosa c'è per pranzo?». Mia madre si affretta a rispondere:

– Verdure miste e hamburger di tofu.

Bene! Significa che hanno ricevuto abbastanza informazioni dal Centro. Non devo mangiare né carne né pesce, o rischio di avere una reazione allergica grave. Si presume che li abbiano avvertiti anche del fatto che ora ho bisogno di mangiare meno, perciò non dovrò litigare con mia madre per questo. Immagino la difficoltà per loro di cambiare le abitudini gastronomiche. Forse hanno fatto un corso o hanno cercato informazioni su internet.

Il traffico è più intenso all'ingresso della città. Rallentiamo la velocità ed ora riesco a concentrarmi sui volti delle persone che guidano o che fanno da passeggeri. Rimangono estranei alla realtà che ho vissuto in queste settimane. Non possono sospettare che in qualche posto del mondo esistano *enti* spaventosi, né medici o luoghi che curano le loro vittime. Molti godono di buona salute, ma altri saranno passati per gli ospedali, gli avranno estratto un dente o trattato una frattura. Forse hanno sofferto, ma non possono immaginare i miei supplizi né le mie capacità. Non sono coscienti del pericolo.

All'inizio mi davano calmanti, molti. Penso che non avrei resistito in altri modi. Mio nonno materno fu operato di ernia, e per mesi si lamentò di come il suo corpo si indeboliva finché non riuscì ad assimilare la rete, fabbricata con un materiale in teoria neutro.

Ho l'impressione che i miei muscoli e le mie ossa, il mio cuore e il mio apparato digerente siano nuovi. Devono esserlo anche alcune componenti del mio sangue, che adesso è corrosivo. Non so bene se tutto questo sia passeggero o no, e spero di non subire altre trasformazioni, perché quello aveva fatto male. Molto male. Devo fare un esercizio di fede e credere ai medici: sono guarito e non avrò bisogno di medicazioni né sedativi. Considero un buon segnale che nelle ultime tre settimane non abbia avuto bisogno di

nulla. Il mio corpo è cambiato, indubbiamente. Sento di essere «superiore», come mi dissero una volta.

Mia madre cerca la borsa sotto ai suoi piedi e tira fuori un piccolo astuccio con i trucchi. Si spalma la crema sulle guance e sulla fronte e si tinge le labbra, una piccola civetteria che esegue sempre alla fine di qualsiasi viaggio, segnale che stiamo arrivando. Ora riconosco gli edifici e le uscite dell'autostrada che ci immette in città, e potrei condurre io stesso la macchina se sapessi guidare. Tornando provo delle sensazioni già conosciute, come quando vidi di nuovo i miei genitori qualche ora fa. Voglio e non voglio. Significa che un pericolo si è concluso, ma se ne aprono altri. In più, non c'è nulla nella mia stanza che richiami la mia attenzione; né la collezione di libri della mia infanzia, né i pochi giochi o ricordi che ho salvato dai successivi scarti, mano a mano che compivo gli anni e i miei interessi iniziavano a diventare altri.

Sono diverso, e così come ho la sensazione che alcune parti del mio corpo siano cambiate, dovranno esserlo anche i mobili e gli oggetti che mi circondano. La cosa peggiore è che non sento alcun desiderio. Forse di libri sì, perché ho ancora molto da imparare, ma temo che i miei genitori non mi compreranno i libri che considero necessari per me. In qualsiasi caso, mi consola sapere che i loro primi rifiuti non mi faranno male. Bisognerà procedere poco a poco.

– I nonni volevano venire a trovarti in questi giorni, ma abbiamo detto loro che è meglio se aspettano che ti riprenda un po'. Va bene?

–Sì, è meglio.

–Comunque –continua mia madre–, non sarebbe male che li chiamassi per tranquillizzarli.

–Certo, li chiamerò. Ho voglia di parlare con loro. Anche ai nonni avete raccontato della vipera?

–Sì. A tutti...

Non ho ancora completato la mappa della mia memoria. È curioso che io abbia più ricordi dei nonni paterni, nonostante abbia vissuto di più con i genitori di mia madre. Di loro mi ricordo solo caratteristiche biografiche aneddotiche (il nonno catalano, chimico; la nonna galiziana, avvocata), ma riesco a recuperare esperienze affettive come possono essere una celebrazione di un compleanno o Natale con loro. Come mi è successo in altre occasioni, arriverà il giorno in cui uno stimolo inaspettato farà partire un vortice di ricordi

e allora sì, completerò quel vuoto con dettagli insoliti, come i vestiti che indossavano in un pomeriggio qualsiasi in cui mi portarono a passeggiare.

Da quello che vedo, la riservatezza di mio padre ha contagiato anche mia madre, che non ha avuto nemmeno la fiducia sufficiente nei miei nonni per raccontargli la verità. In parte la capisco. Anche per i miei genitori questi mesi devono essere stati duri, come se fossero vittime di una malattia imbarazzante. Un figlio infettato da esseri estranei, che lo sfigurano e lo trasformano? Meglio una familiare polmonite o un'angosciosa leucemia. Confesso che in questo periodo ho pensato a loro con più rabbia che pena, e mi imbarazza pensarlo, ma ora che sono sul punto di arrivare a casa me li immagino svegli, insonni, sconcertati, mentre tessono una rete di bugie per proteggermi e proteggersi, escludendo perfino l'aiuto dei loro cari, perché è sicuro che i nonni si sarebbero offerti ad accompagnarli in quell'ospedale esperto in veleni, in un posto lontano come la Germania. È paradossale pensare che si siano inventati questa scusa; se sapessero che il mio corpo, il mio sangue, secerne anche qualche tipo di zootossina, come i serpenti...

I miei genitori hanno molte cose da dirmi. Mi devono dare la loro versione su questo morso e i loro spostamenti, affinché coincida con quella che racconterò io. Ai nonni dirò che sì, che mi fece molto male, e che ebbi le allucinazioni, e qualche amnesia che giustifica i miei vuoti di memoria, e febbri molto alte, ma che adesso sono guarito. Con gli altri, sistemeremo la drammaticità e i dettagli. Quando saremo a casa, nei prossimi giorni, avrò già l'opportunità di concordare diverse versioni arricchite dai fatti. Mentirò con loro e per loro.

Ci fermiamo ai semafori. Stiamo per arrivare. Così come mia madre si truca verso la fine del viaggio, anche mio padre ha i suoi gesti automatici: si sistema il colletto della camicia, controlla sul cruscotto e nel vano portaoggetti che tutto sia in ordine e di non dimenticare nulla... Vedo questi gesti e come allunga il collo per vedermi dal retrovisore; e mi dice:

–Nella tua stanza c'è una cosa per te.

–Aha. Forse riesco ad immaginare cos'è.

I miei genitori si guardano, come colti di sorpresa. A Natale chiesi un computer per non usare il loro, ma mi diedero un sacco di argomentazioni riguardo le abitudini, la sicurezza, le ore di sonno... e non me lo comprarono, promettendomi che forse l'anno

prossimo. Non sanno che ora ho perso tutto l'entusiasmo per i giochi, i messaggi e le chat. Non mi interessano, ma intendo fare il possibile per fingere e ringraziarli.

Arriviamo al garage dell'edificio. Il telecomando automatico attiva la porta silenziosa, e l'oscurità del tunnel dà l'impressione che stiamo entrando in un mondo in cui qualsiasi mostro possa esistere. Non provo ansia e nemmeno paura, almeno non qui, ma ho sempre pensato che succedono troppe poche cose nei tunnel e nei garage. Poche cose macabre, intendo dire. I miei pensieri si dissolvono di fronte ad un suggerimento di routine di mia madre:

–Vedi di non dimenticarti nulla.

Cosa potrei dimenticarmi? Uscii dal Centro con nulla; solo con la mia borsa da viaggio, e tutto è lì. Non so nemmeno se quello che c'è in quel borsone sia utile, se vorrò vedermi con gli stessi vestiti o le stesse scarpe che portavo. Mi aspetto che arrivi un periodo di distacco; ci sono molte cose che ricordo della mia stanza che non mi sono più utili né care. Forse questo è un problema familiare.

Ci fermiamo e sono il primo a scendere dalla macchina. Il posto è freddo e abbastanza buio. Mi piace. Mi dico che adesso è proprio il mio ambiente. Vedo uscire i miei genitori, sicuramente sono preoccupati di sapere come sarà la convivenza, e, soprattutto, se pensano che prima o poi inizierò a fare domande. Li vedo così indifesi, così disorientati, così inconsapevoli del pericolo che immagino, che mi fanno una certa pena.

Mia madre apre il bagagliaio e, quando vado per prendere la borsa, lei si avvicina e la afferra con forza, togliendomela dalle mani. Io insisto per portarla, ma lei argomenta in modo innocente:

–Tesoro, non devi fare sforzi.

–Non è nessuno sforzo, non pesa –le dico mentre le nostre mani si incrociano e sento la sua ardente.

–Beh, allora lasciami... La porto io.

–Mamma! –grido guardandola negli occhi.

Mi spaventa la mia stessa voce. Mia madre si è allontanata, tremando, e ha lasciato nelle mie mani il manico della borsa. Mi guarda con inquietudine, con un timore che una madre non dovrebbe provare per un figlio *normale*. Osservo mio padre, che è rimasto paralizzato, con le chiavi della macchina sospese tra le dita. Ricordo il mio grido, che è

venuto fuori con delle proprietà metalliche, e penso che forse è stata qualche strana riverberazione delle pareti del garage che ha prodotto questo strano fenomeno.

Invece no. È stata la mia voce. Nel Centro mi avevano già avvisato che da qui in avanti devo imparare a modularla perché posso farla oscillare tra la seduzione, la convinzione, la coercizione e la paura, e probabilmente mi sono mosso senza volerlo all'interno di queste due ultime dimensioni. Mi dispiace, e cerco di farlo capire a mia madre:

–Mi dispiace, mamma.

Mio padre prende un giacca e va verso mia madre, che si lascia abbracciare e che è sul punto di piangere. Lui ha un'espressione severa e preoccupata. Anche lui ha paura, ma per ora, mi dico, non posso fare nulla per tranquillizzarli. Non è né il momento né il luogo.

Saliamo in ascensore. Non parliamo ed evitiamo perfino di guardarci indirettamente tramite il grande specchio del cubicolo. Devo sembrargli qualcuno di estraneo, come quel vicino sconosciuto che sale con noi e al quale non ci azzardiamo a guardargli il viso. E sono i miei genitori! Devo fare il possibile per fargli capire che voglio loro bene, anche se voler bene o desiderare hanno un significato diverso adesso per me. I medici mi hanno già detto che sono guarito, ma gli psicologi consigliano di essere cauti, di scoprire a poco a poco le mie potenzialità e i miei sentimenti.

Si sente il rumore della serratura e provo una velata apprensione. Mi rendo conto adesso che, nonostante tutto, il Centro mi forniva protezione, mentre ora mi trovo di fronte alle incertezze. Dev'essere questa paura che fa tremare *neila* per alcuni secondi, il che mi fa spaventare perché dal mio ultimo incontro con *loro*, già una settimana fa, non mi aveva più inondato di questo flusso di endorfine che sembra proteggermi. Immagino che tutto sia come lo lasciai prima di partire per la casa dei nonni, e ci metto alcuni secondi ad abituarci all'idea dell'ingresso, della porta che accede alla cucina, di una seconda che porta al salotto e di una terza che conduce alle camere, dove troverò la mia. I miei genitori mi hanno già detto che c'è un regalo in camera mia. Mi propongo di apprezzarlo, qualsiasi cosa sia. Avremo modo di parlare dei nuovi interessi.

Lasciano la borsa in entrata, le chiavi nell'armadietto e la giacca sull'appendiabiti, e cambiano le scarpe da esterno con le ciabatte da casa, come hanno sempre fatto. Io ho ancora la mia borsa in mano, senza sapere se il fatto di lasciarla in ingresso infastidisca mia madre o se preferisca che la porti direttamente in camera mia o la metta vicino alla lavatrice. Mi sento strano ed un estraneo. I mobili, i quadri, le lampade e le porte non mi

stupiscono, ma le trovo diverse. Mio padre prende l'iniziativa, ma le sue parole risultano forzate:

–È presto per mangiare. Volete dell'acqua, prendere qualcosa? Vado ad aprire una finestra –nel frattempo, si rivolge a me–: Hai freddo, caldo, vuoi che accenda l'aria? Però, dai, lascia la borsa, che non si capisce se stai entrando o uscendo.

Mia madre non deve avere ancora dimenticato il tono della mia voce nel garage; noto la sua faccia dispiaciuta. Lascio la borsa per terra e mi siedo sull'angolo del divano che occupavo di solito. Da qui riesco a vedere una collezione di foto in cornici di legno posizionate su una credenza; nella maggior parte di esse ci sono io, in diverse età, e mi riesce difficile pensare che questo bambino che sorride, che appare travestito in modi strani, che gioca con un secchiello in spiaggia o su uno scivolo, sia il prologo del ragazzo che ha vissuto due mesi¹¹ chiuso in una clinica terribile.

Percorro la camera col mio sguardo. In altre fotografie, più lontane, ci sono i nonni e, adesso sì, a partire dai loro volti riesco a ricordare i momenti che ho condiviso con loro, anche se avrò tempo di combinare il puzzle della memoria con i pezzi che hanno a che fare con la nostra vita quotidiana. Sorrido a mia madre quando torna dal bagno, per fare in modo che si sieda vicino a me, ma si siede più lontana, senza toccarmi. Facendo eccezione per i minuti in cui siamo stati insieme quando mi ripresero dal Centro e nel bar, è la prima volta che ci vediamo faccia a faccia e di nuovo torniamo a riconoscere le voci, i gesti, il modo di camminare o il modo in cui mio padre porta un vassoio, con due birre piccole per loro e un bicchiere d'acqua per me, con olive e cubetti di formaggio. È stato così veloce che si direbbe che fosse già tutto pronto per darmi il benvenuto.

–Che bello essere di nuovo insieme tutti e tre! –dice mia madre–. È stato lunghissimo per noi questo tempo senza di te.

–Bene, questa tappa si è conclusa e ora ne inizia un'altra. Hai visto i lavori sulla rotonda? –chiede mio padre.

È evidente che non ho avuto modo di affacciarmi sul balcone. Questa domanda superflua è frutto dell'imbarazzo, del non poter sopportare questo silenzio. Nonostante i suoi tentativi di tornare ad una quotidianità che avevamo dimenticato, noto una certa teatralità nelle sue parole e nei suoi gesti. Percepisco della paura, una paura che non hanno dimostrato durante il viaggio in macchina, e mi chiedo perché abbiano paura di me. Cosa

¹¹ Ho tradotto la parola “meses” al posto dell'originale errata “meces”.

sanno, oltre alla mia dieta vegetariana e alla freddezza della mia pelle? Mi riesce difficile pensare che gli abbiano parlato delle mie secrezioni, della pallina nel mio ventre, della mia forza o delle mie percezioni sensoriali affinate. Ma forse...

Hanno aperto le loro bottigliette e le bevono con ansia, come se ne avessero bisogno per continuare a parlare. Nonostante tutto, mio padre parla con la bocca pastosa e la lingua attaccata al palato. Si potrebbe dire che è alcolicamente loquace, anche se non ha bevuto quasi nulla:

–Beh, niente... Siamo insieme e dobbiamo pensare a cosa fare oggi. Io sono libero fino alle sei, poi devo passare in laboratorio. Per le otto o giù di lì avrò finito. Vi va di andare al cinema o a cena fuori? –mio padre gesticola in una maniera insolita, e alla fine si rivolge a me: –O forse vuoi semplicemente stare a casa, a riposare.

–Vedremo... –mia madre rompe il silenzio–. La giornata è molto lunga. Per il momento dobbiamo mangiare.

–Bene, prima di mangiare c'è la sorpresa– sorride mio padre.

Un sesto o settimo senso mi dice che qualcosa non va bene, come in quei film in cui l'immagine e il suono non sono sincronizzati. Mio padre sorride, ma lo scambio di occhiate con mia madre rivela un certo panico. Dio! Mi temono e non trovo il modo di fermare questo loro terrore...! Mi spiace che anche le mie parole siano piene di finzione:

–Anche io sono felice di essere qui, tutti insieme.

Questo l'abbiamo già detto, dall'inizio della giornata. Parliamo come seguendo un copione prefissato, con la paura di essere spontanei. Erano molto meno artificiose le conversazioni al Centro. Forse il ruolo di genitore spaventato non è naturale, mentre lo è quello di medici o psicologi che affrontano una tragedia. Non è che mi manchi quel posto, ma sento che sarà difficile stare qui, almeno i primi giorni. Tutti dovremo abituarci.

–Dunque... –mio padre non ha mai avuto bisogno di così tanti intercalari per parlare; finisce il bicchiere come se si preparasse a fare un lungo discorso– andiamo a cercare la sorpresa?

Sono l'ultimo ad alzarsi. Li vedo insolitamente appesantiti, nonostante la loro fretta apparente, come se i loro corpi fossero di marmo. Se sapessero quanto poco mi interessa adesso il computer, per cui avranno speso una bella quantità di soldi... Ma tengo il gioco ed accenno un sorriso di complicità:

–È bello festeggiare il mio arrivo con una sorpresa, ma credo di sapere di cosa si tratta.

Camminiamo fino alla mia stanza, mio padre davanti, io per ultimo. Sono sempre stati molto rituali con tutto ciò che riguarda i regali, sia ai compleanni che a Natale. Quando ero piccolo, preparavano una caccia al tesoro che mi faceva correre emozionato da una parte all'altra della casa, ansioso di scoprire un pacchetto che conteneva l'indicazione del successivo. Con il tempo, il gioco si è fatto più raffinato e complesso, e ci obbligava perfino ad andare in alcuni negozi per chiedere al dipendente qualcosa in codice. Una cosa simile in versione adulta erano soliti fare con i nonni e gli zii. Gli ultimi resti di una cena della Vigilia di Natale erano una confusione di scatole, borse, confezioni di regali, nastri e nastro adesivo che rimanevano attaccati ovunque. I miei genitori sono sempre stati dei buoni e generosi padroni di casa, e gli altri partecipavano alla loro festa. Tutto questo fa parte di un passato che ora sembra molto lontano. E quello che è più grave: molto estraneo.

Mio padre apre la mia camera e mi rendo conto che le persiane sono abbassate, perché l'oscurità è totale. Quando siamo dentro tutti e tre accende la luce, che non è una lampadina normale ma una luce molto tenue, che fa scendere dal soffitto il chiarore esiguo che emanerebbe una candela. Penso che debba essere un altro dei loro giochi. Abituandomi a questa penombra, automaticamente dirigo lo sguardo verso la scrivania dove studiavo di solito, che è libera da cianfrusaglie. Non c'è traccia di un computer o della sua scatola. «Quindi devo cercare...», penso.

Ma non c'è bisogno di indagare molto. Mio padre indica un armadio nuovo, dove probabilmente troverò quella scatola e chissà cos'altro. Il mobile è voluminoso, più alto di lui e largo come due sedie. È strano, perché appare nero alla luce di questa lampada, e non si abbina al resto dei mobili della camera, che sono tra il bianco e l'azzurro. Inutile dire che mi sorprende il mobile in sé, così ingombrante, così superfluo. Per cominciare, non mi piace questo cambiamento nel mio spazio. Occupa un posto che a me piaceva libero; per posizionarlo lì hanno tolto un pannello di sughero su cui io attaccavo foto e note. E riguardo al contenuto... Non so cosa pensare.

Mi lasciano da solo di fronte a lui. Si sono posizionati ognuno da un lato, dietro di me. Non vedo bene, ma l'armadio non ha specchi e le sue due porte sembrano robuste, ognuna con una maniglia di metallo. L'aspetto generale è quello di una cassaforte. Dovrei aprirlo, meravigliarmi per il regalo e poi apprezzare quel dono, qualsiasi cosa sia.

–Al Centro ci hanno detto che ne avrai bisogno –dice mio padre con voce tremante, penso per l’emozione.

Mi incuriosisce cosa possano aver affidato dal Centro ai miei genitori. Con qualche cerimonia, apro le due porte contemporaneamente. Per alcuni secondi non vedo nulla. È tutto nero, assurdamente ed incomprensibilmente nero. Questo mobile non sembra contenere mensole né scatoloni, e si direbbe che non abbia nemmeno il fondo. Allo stesso tempo mi chiedo che genere di gioco sia questo, che tipo di regalo mi aspetti, in che strano oggetto avranno riposto tante speranze.

Ma all’improvviso...

Ad un passo di distanza, in questa oscurità comincio a distinguere prima dei lievi luccichii, e poi serpentine di luce che si muovono ondeggiando nell’oscurità. Il mio cuore, abituato da settimane ad un ritmo lento, accelera all’improvviso e pare che stia per scoppiare. La mia mente torna a nove settimane fa, quando lottavamo contro questi enti che ci sorvegliavano, minacciavano e attaccavano. *Sono loro* e sono qui! Nella mia stanza! A differenza di quella volta che li vedemmo, strisciano con calma, come indifferenti alla nostra presenza. Si direbbe che non rappresentino nessuna minaccia, anche se devo ricordare quello che ci fecero. Quello che mi fecero.

Sento alle mie spalle la voce tremante di mio padre:

–Sono tuoi. Sono ai tuoi ordini...

Mi riesce impossibile distogliere lo sguardo da questi esseri inquietanti che ora, sorprendentemente, non mi fanno paura. Lentamente, guardandoli, inizio ad incastrare pezzi che fino a questo momento mi risultavano sconnessi. Ora capisco che al Centro non hanno cercato di curarmi, ma di prepararmi per dominarli. Ora so in che modo terribile sono superiore, servendomi di *loro* e delle capacità letali del mio corpo. E inizio ad immaginare quale sarà il mio scopo e perché scelsero me ed altri come me.

Non posso evitarlo. Alzo una mano verso quell’oscurità. Obbedienti, questi esseri filiformi la circondano, mi sfiorano, direi quasi che mi accarezzano. Sono molti, forse trenta, perché ci sono quasi un centinaio di puntini piccoli che mi osservano. Percepisco un sibilo che solo io sono in grado di sentire e di capire, e *neila* si è attivata palpitando ritmicamente. Non è più una pallina confinata nel basso ventre. Ora la sento estesa da lì fino ad una zona vicina al mio cuore, allungata, vibrante, connessa con questi esseri che

mi fluttuano di fronte. Non è un parassita, ma un simbiote che vive dentro di me. Ora siamo *loro* ed io.

Mi parlano all'unisono, come un solo essere. Sì, mi dicono, siamo ai tuoi ordini. Poi tacciono e svaniscono nelle tenebre, spegnendo quei minuscoli punti di luce, invisibili nell'oscurità.

Chiudo le porte e mi giro verso i miei genitori. Ora comprendo anche il loro terrore, ora che *loro* ed io siamo in casa. Gli sorrido, anche se riesco a malapena a vedere i loro volti. Sono abbracciati e tremano. Immagino che si debba amare molto un figlio per accettare che torni quasi dal mondo dei morti ad ogni costo, e per volere o permettere un regalo come questo e prevedendo ciò che li aspetta.

Non so ancora da dove vengano, ma so perché sono venuti e perché hanno bisogno di me, e useranno altri come me. Prima o poi verranno a cercarti e io gli farò strada. Sarà di notte. Può essere che tu senta una scossa quando allunghi la mano per premere un interruttore. O mentre dormi e senti un brivido mentre credi di scendere una scala, e che poi un dolore acuto morda una delle dita dei tuoi piedi. O mentre attraversi un corridoio in penombra o sali una scala e percepisci un brivido nella colonna vertebrale. All'inizio sarà lieve, vago, però poco dopo aumenterà di intensità ed arriverà la paura, che raggiungerà te e i tuoi cari. Poi, lo sai già... vivranno in te.

Usciamo dalla stanza. Mio padre chiude la porta lentamente, come se non volesse svegliare quegli esseri che aspettano nell'ombra. Mia madre non si stacca da lui. Sanno che il momento è arrivato, ma che c'è ancora luce e che finché non arriva la notte si sentiranno al sicuro.

Le prossime ore saranno difficili per tutti, ma spero di convincerli che la vita non è così terribile con *loro* al proprio interno. Farò in modo che non gli facciano troppo male. A modo mio, in questa maniera diversa da come sono io ora, continuo a volergli bene.

Presto verremo a cercarti. Non potrai fuggire. In poco tempo sarai uno di *noi*.

4. Comentario traductológico

Considerando la tipología del texto de partida y el lector al que está destinada la obra, este capítulo pretende destacar los aspectos más problemáticos de la traducción, morfosintácticos y léxicos respectivamente, partiendo de un primer análisis sobre la estrategia traductiva adoptada.

Uno de ellos es un texto literario. Un texto literario “es una creación artística expresada en forma de letras y palabras escritas.”¹² Según Garfield y Shuman (1991) se compone de un conjunto de características que lo distingue de los otros textos. “En un texto literario el autor no tiene que mantener la objetividad”, significa que es subjetivo, y que la finalidad del texto es puramente artística;

“hay una intensificación o exageración de ciertos elementos específicos, porque el autor selecciona según su intención. Esa recreación de sucesos, según la perspectiva del autor, es llevada a cabo por un lenguaje literario”¹³.

De los muchos géneros que se pueden encontrar dentro del grande conjunto del texto literario aparece la novela, que se define por Garfield y Shuman (1991) como “un texto relativamente extenso. En ella se narra la historia imaginaria o fictiva frente a su medio ambiente”¹⁴.

En particular, *Uno de ellos* es una novela de ciencia-ficción, con sus propias características, descritas por Óscar Gerardo Alvarado Vega “el texto de ciencia ficción debe ser verosímil, aunque lo relatado no sea posible; este es uno de sus mayores méritos, éxitos y fortalezas. El lector lee la posibilidad de un mundo que no existe, pero resulta probable y aceptable”¹⁵. “En la literatura de ciencia ficción el mundo posible siempre se definirá con relación a ese otro mundo que es el nuestro y que llamamos real”¹⁶.

Finalmente, la última característica que considerar, sobre todo durante la traducción, es que *Uno de ellos* es una novela de literatura juvenil. Esto significa que hay que tener

¹² E. P. Garfield, I. A. Schulman, *Las literaturas hispánicas: introducción a su estudio*, Wayne State University Press, 1991, p. 3.

¹³ *ibid.*

¹⁴ *ivi*, p. 32.

¹⁵ Ó. G. A. Vega, *La literatura de ciencia ficción: Una mirada al futuro en tiempo presente*, en “Revista humanidades”, Julio-Diciembre, Volumen 5, Número 2, 2015, p.10

¹⁶ L. O. Jaramillo, *La literatura de ciencia ficción: ¿una narrativa de la hipótesis científica?*, en “Re-Creaciones” V, p. 70.

presente que el público que va a leer el texto traducido estará formado mayoritariamente por jóvenes de 13 años más o menos.

El objetivo de cada traducción es fijarse en la naturalidad (naturalness en inglés), y como dice Newmark, “naturalness depends on the relationship between the writer and the readership and the topic or situation”¹⁷.

When you are faced with an innovatory expressive text, you have to try to gauge the degree of its deviation from naturalness, from ordinary language and reflect this degree in your translation. Thus in translating any type of text you have to sense 'naturalness', usually for the purpose of reproducing, sometimes for the purpose of deviating from naturalness¹⁸.

Con respecto a todos los elementos vistos, la estrategia traductiva que se ha adoptado está orientada hacia el texto de origen. Según Munday (2001), citando Venuti (1997: 242)¹⁹, esta estrategia, nombrada en inglés *foreignization*, “entails choosing a foreign text and developing a translation method along lines which are excluded by dominant cultural values in the target language”²⁰.

He hecho una traducción fiel, como la define Newmark:

A faithful Translation attempts to reproduce the precise contextual meaning of the original within the constraints of the TL (Target Language) grammatical structures. It 'transfers' cultural words and preserves the degree of grammatical and lexical 'abnormality' in the translation. It attempts to be completely faithful to the intentions and the text-realisation of the SL (Source Language) writer²¹.

No me he alejado del texto original, he reproducido las mismas estructuras sintácticas y he tratado de minimizar las transformaciones. Sin embargo se han encontrado muchas dificultades, y en *Uno de ellos* las principales están analizadas desde un punto de vista morfosintáctico y léxico, aunque los dos aspectos estén muy interrelacionados.

¹⁷ P. Newmark, *A Textbook of translation*, Prentice Hall, New York/ London/ Toronto/ Sydney/ Tokyo, 1988, p. 25

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Venuti, L, “The American tradition”, in BAKER, M. (Ed.) *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*, Routledge, London and New York, 1997, pp. 305-15.

²⁰ Munday Jeremy, *Introducing Translation Studies*, Routledge, London and New York, 2001, p. 147

²¹ P. Newmark, *op. cit.*, p. 46.

4.1 Problemas morfosintácticos

4.1.1 Parataxis e hipotaxis

Partiendo de un análisis sobre la sintaxis, la primera característica que se puede comentar es que en la novela predomina la parataxis, en que “la unidad de sentido de la oración paratáctica se constituye por adición (gramatical) de los sentidos de las proposiciones componentes”²². “Se estructura mediante la adición de dos o más campos simbólicos que tienen entre sí independencia sintáctica.”²³

Típica del lenguaje hablado, que es el estilo predominante en la obra, la parataxis es capaz de crear el efecto de velocidad e inmediatez. Los períodos caracterizados por parataxis se encuentran sobre todo en el primer capítulo, en el que se cuenta de la fuga y los acontecimientos en la finca del abuelo. La sensación de agotamiento del protagonista se transmite en la novela con frases breves y a veces inconexas, para recrear un sentido de desorientación y velocidad, expresado sobretodo gracias al uso de la puntuación.

«Mi padre detiene el coche. Consulta el mapa y mamá se le acerca desde el asiento de atrás. Hablan en siseos y señalan algunos lugares. No puedo oírlos.» (p.24)

«Mio padre ferma la macchina. Consulta la cartina e la mamma gli si avvicina dal sedile dietro. Parlano sottovoce e indicano alcuni posti. Non riesco a sentirli.»

«Y poco más, hasta que me encontré en el coche: el aire fresco, la torpe carrera, las manos de mamá en mi cintura, el dolor en los brazos, en las piernas, en el pecho... y el sueño. La modorra. Después, a mi padre al volante. Y la explosión...» (p. 28)

«E poco altro, finché mi ritrovai in macchina: l'aria fresca, la goffa corsa, le mani della mamma sui miei fianchi, il dolore alle braccia, alle gambe, al petto... e il sonno. Il torpore. Poi, mio padre al volante. E l'esplosione...»

En estos períodos resulta evidente la sobreabundancia de elementos coordinantes, como las conjunciones coordinantes **y**, que en algunos casos se encuentra también al

²²Carrillo Herrera, G., “Estudio de sintaxis: las oraciones subordinadas”, en *BFUCh*, Vol. 15., 1963, p. 173.

²³ *ivi*, p.166

comienzo de la frase; el asíndeton, o sea la presencia de signos de puntuación, o de la conjunción adversativa **pero**.

A la parataxis se acompañan períodos más largos, que contienen la información o reflejan los pensamientos del protagonista, y estas son estructuras de hipotaxis: siempre hay una proposición principal – de sentido autónomo – y un número variable de subordinadas, que dependen de la proposición principal, gramaticalmente y sintácticamente.

“Se ha entendido generalmente la subordinación o hipotaxis como procedimiento de composición de oraciones. Las oraciones así generadas han sido consideradas, por lo tanto, como oraciones compuestas [...]. Esta unión se realiza, según esta tradición, de manera tal que una de ellas, llamada proposición u oración subordinada, viene a ser sólo una parte de la oración total y la constituye mediante su unión con otra de la cual depende a la que, consecuentemente, se la considera como subordinante o principal”²⁴.

Se presentan ejemplos de *Uno de ellos*.

“Por fin, tras el estremecedor encuentro de anoche, puedo decir **que** estoy despierto y lúcido, **aunque** no sé si soy la misma persona **que** llegó aquí hace seis semanas, **que** es todo lo **que** he podido conocer sobre el tiempo transcurrido”. (p.29)

“Finalmente, dopo lo sconvolgente incontro di questa notte, posso dire **di** essere sveglio e lucido, **anche se** non so se sono la stessa persona **che** arrivò qui sei settimane fa, **che** è tutto ciò **che** ho potuto sapere sul tempo trascorso.”

“Lo resumen diciéndome **que** estuve inconsciente, **aunque** eso no es del todo cierto **porque, a medida que** se disipan nieblas **que** ocultan mis recuerdos, puedo evocar lo **que** quizá fueran sueños, pero también sucesos reales, como la imagen de mis padres observándome en la camilla a través de una ventana acristalada y supongo **que** insonorizada”. (p.29)

“Tagliano corto dicendo **che** ero incosciente, **anche se** questo non è del tutto vero **perché, man mano che** si dissolvono le nuvole **che** oscurano i miei ricordi, riesco a rievocare quelli **che** magari erano solo dei sogni, ma anche avvenimenti reali, come l’immagine dei miei genitori **che** mi osservavano nella barella attraverso una vetrata, credo, insonorizzata.”

²⁴ Carrillo Herrera, *op. Cit.*, p. 168.

En las estructuras hipotáticas prevalece la subordinación mediante las conjunciones subordinantes **que, aunque, a medida que, porque y quizá**.

En la traducción se ha tratado mantener lo más posible la construcción de las estructuras del texto de partida para preservar la idea original del autor. A veces, ha sido necesario realizar algunos cambios a causa de la imposibilidad de traducirlas al italiano.

Se presentan algunos ejemplos:

El nexos subordinante *aunque*, que introduce las concesivas, en italiano se ha traducido en algunos casos por el correspondiente “*anche se*” (1a), en otros casos con la adversativa “*ma*” (1b) en la coordinada que tiene el mismo valor.

(1a) «...parece que hemos llegado, **aunque** no sé adónde.» (p. 28)

«... pare che siamo arrivati, **anche se** non so dove.»

(1b) « **Aunque** las manos me temblaban, logré encender cuatro velas...» (p. 23)

« Le mani mi tremavano, **ma** riuscii ad accendere quattro candele...»

4.1.2 *Deber de + infinitivo*

Por lo que respecta a los problemas de traducción a nivel de subordinación, destaca la constante presencia de la construcción “deber de + infinitivo”. Esta construcción denota probabilidad o suposición, como recoge el *Diccionario panhispánico de dudas*. En italiano se ha traducido en la mayoría de los casos con su correspondiente “*dovere + infinito*”, como se nota en el ejemplo 2:

(2) « lo que buscamos **debe de estar** bastante escondido». (p.24)

« quello che cerchiamo **dev’essere** abbastanza nascosto».

En otros casos el mantenimiento del verbo “*dovere*” no es posible en italiano, así que se ha sustituido por otras construcciones que llevan el mismo sentido, como en el ejemplo en (2a) y (2b).

(2a) «Me alegró verle entretenido con sus quehaceres, que **debían de** hacerle olvidar la muerte de Sawyer.» (p.20)

«Ero contento di vederlo indaffarato con le sue faccende, che **probabilmente** gli facevano dimenticare la morte di Sawyer.»

(2b) «**Debemos de** estar cruzando por algún pueblo» (p.22)

«**Forse** stiamo attraversando *un* qualche paese»

En estos casos se ha traducido la construcción “deber de + infinitivo” añadiendo un adverbio de duda, ya que la traducción literal “*dobbiamo stare attraversando” no es admisible en italiano. La idea de incertidumbre se determina también por el artículo indeterminado *un*, junto al sustantivo siguiente.

(2c) «... y supongo que **deben de tener** experiencia en esto.» (p. 58)

«... e immagino che **abbiano** esperienza a riguardo.»

En el caso en (2c) la construcción dubitativa ya se ha expresado mediante el verbo “immaginare che”, así que el “deben de tener” original se ha traducido con “abbiano” italiano.

4.1.3 Repeticiones de palabras idénticas

Otro aspecto importante acerca de la estructura y organización de la novela es la repetición, a corta distancia, de palabras idénticas o de frases breves en la misma página. Traduciendo al italiano se ha tratado de mantener esta repetición, buscando las elecciones estilísticas más adecuadas.

«**Mamá fue a la cocina**, mientras yo me arrodillaba en el suelo» (p. 22)

«**La mamma andò in cucina** mentre io mi inginocchiavo a terra»

«Ya casi a oscuras, **mamá fue a la cocina** y trajo unas botellas...» (p.23)

«Quasi al buio completo, **la mamma andò in cucina** e prese delle bottiglie...»

Lo mismo se puede encontrar en la página 27, en la que aparece dos veces la misma fórmula compuesta por el verbo “parecer” + el sustantivo “juego” la primera vez (3a), y el verbo jugar la segunda (3b), con un vuelco del sentido de la frase. Si en (3a) padre y hijo parecen “vencer” este juego, unas pocas líneas adelante, en (3b), los protagonistas son víctimas de los seres que han volcado la situación.

(3a) «**Parecía un juego** no demasiado peligroso.» (p.27)

«**Sembrava un gioco** non troppo pericoloso.»

(3b) «**Parecían jugar** con nosotros.» (p.27)

«**Sembravano giocare** con noi.»

Aparecen numerosos ejemplos en todo el texto. En la pág 41 se repite la palabra *cámara*, aunque en este caso se refiere a dos sustantivos diferentes. Afortunadamente en italiano el término “camera” se presta a traducir ambos los contextos (4a y 4b).

(4a) «Puede que se tratara de una **cámara** anecoica.» (p.41)

«Probabilmente si trattava di una **camera** anecoica.»

(4b) «Me acostumbré a oír el borboteo de la sangre entre las **cámaras** de mi corazón.»(p.41)

«Mi abituai a sentire il gorgoglio del sangue tra le **camere** del cuore.»

4.1.4 Modos y tiempos verbales

Es interesante a nivel morfológico el uso que se hace de los tiempos y modos verbales, con particular atención al uso del pretérito indefinido. Es importante subrayar los contrastes que este tiempo verbal pone entre las dos lenguas.

En *Uno de ellos*, los tiempos más utilizados son presente, pretérito indefinido y pretérito imperfecto, y son también los más típicos de la narración. El presente es el más difundido porque la narración se desarrolla en tiempo real: el chico nos cuenta los hechos que le pasan a él y su familia en el coche (5a), pero a veces recuerda lo que hizo y le hicieron y estas partes están contadas en pretérito indefinido e imperfecto (5b y 5c). En la traducción logré mantener los tiempos igual que en el texto original, en todas las partes narrativas y descriptivas.

(5a) «Mamá **se sienta** en el asiento trasero, a mi lado. Cerca, **despide** un aura de calor que me **sorprende**. **Finjo** dormir.» (p.17)

«La mamma **si siede** sul sedile posteriore, vicino a me. **Emana** un’aura di calore che mi **sorprende**. **Fingo** di dormire.»

(5b) «**Acudieron** mis padres y, en cuanto **encendieron** la luz, aquello **cesó**.» (p.17)

«**Arrivarono** i miei genitori e, appena **accesero** la luce, tutto **tacque**.»

(5c) «**Era** la oscuridad lo que **debía** temer, me **decía**. Solo la oscuridad, me **repetía**.» (p.20)

«**Era** dell'oscurità che **dovevo** avere paura, mi **dicevo**. Solo dell'oscurità, mi **ripetevo**.»

Hay algunas situaciones en las que el pretérito indefinido no se puede aceptar para el hablante italiano, que percibe la acción como cercana y el pretérito indefinido sería un tiempo demasiado lejano, por eso lo he traducido con el pretérito perfecto italiano.

«Miento. No **recibí** una sola clase.» (p.68)

«Mento. Non **ho fatto** una sola lezione.»

«**Fue** el tío Marco, ¿verdad? →» (p.60)

«**È stato** lo zio Marco, vero? →»

De mencionar también que el autor juega con los tiempos verbales sin avisar al lector, que en algunos casos puede perderse. Esto fue un problema también para la traducción, que he resuelto traduciendo el tiempo verbal como el del original, para mantener el sentido de cambio temporal que el autor pensó en si mismo.

«Mis abuelos paternos **murieron** en el plazo de una semana. [...] A ojos extraños, **fue** algo repentino y desgraciado. Al poco, alguien **aparece** y **propone** comprar la casa y las tierras. Mi tío **pone** en marcha la operación, pero mi padre se **niega**.» (p.63)

«I miei nonni paterni **morirono** nell'arco di una settimana. [...] Ad occhi estranei, **fu** improvviso ed infelice. Dopo poco, **si presenta** qualcuno e **propone** di acquistare la casa e le terre. Mio zio **fa partire** la trattativa, ma mio padre si **oppone**.»

Esto es un caso de presente histórico, en el que el presente de indicativo se usa para referirse a hechos anteriores a los de la enunciación, y “permite al lector adentrarse en la época pretérita [...] y participar con mayor interés en el comentario del narrador”²⁵.

²⁵ Girón Alconchel, J. L., *Introducción a la explicación lingüística de textos: Metodología y práctica de comentarios lingüísticos*. Editorial Edinumen, Madrid, 1993., pp. 96-97.

4.1.5 Reduplicación de pronombres

Otros problemas que tienen que ver con el aspecto morfosintáctico de la traducción se refieren a la reduplicación de los pronombres, que en italiano no se admite.

En español, los pronombres átonos aparecen a menudo dentro de la misma oración junto con el complemento tónico al que se refieren²⁶. En italiano se necesita buscar una solución para traducirlo. En este caso el pronombre átono desaparece.

«...esas cosas también **te** mordieron **a ti**.» (p.62)

«...quelle cose morsero anche **te**.»

Sin embargo, en la traducción apareció un caso en el que he decidido dejar la reduplicación, ya que en algunos casos del léxico coloquial se puede admitir incluso en la lengua italiana.

«...mi desasosiego tiene que ver con lo que viene, con lo que **nos** espera ahora **a cada uno de nosotros**.» (p.50)

«...la mia preoccupazione ha a che fare con quello che verrà, con quello che **ci** aspetta ora, **ad ognuno di noi**.»

En *La nuova grammatica della lingua italiana* de M. Dardano y P. Trifone, se informa de que la reanudación pronominal, “nelle dislocazioni di complementi indiretti [...] è facoltativa, ed è adatta solo a contesti colloquiali”, dado que “nello scritto e nel parlato sorvegliato è preferibile evitare la ridondanza pronominale”²⁷. Esta construcción es una dislocación con la reanudación del pronombre personal clítico dativo, y es una forma aceptada en el italiano coloquial:

La distribuzione della DS (dislocazione a sinistra) è piuttosto regolare e operante secondo principi che vanno cercati al di là del livello della frase, e perfino al di là del contesto strettamente linguistico²⁸.

²⁶ Fernández Soriano, O., "El pronombre personal. Formas y distribuciones". En Bosque, I. y V. Demonte, V. (coord.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Vol.1, Cáp.19, Espasa-Calpe, Madrid, 1999, pp.1246-1247.

²⁷ Dardano M., Trifone P. (1997), *La nuova grammatica della lingua italiana*, Zanichelli, Bologna, p.443.

²⁸ Duranti A., Ochs E. (1979), “La pipa la fumi? Uno studio sulle dislocazioni a sinistra nelle conversazioni”. In *Studi di Grammatica Italiana*, vol.8, 1979.

4.1.6 Transposición

El último aspecto de relevancia con respecto a los problemas de traducción a nivel morfosintáctico se refiere al cambio de clase gramatical. Esta técnica pertenece a las técnicas de traducción y se conoce como transposición. Newmark en su *A Textbook of Translation*, define la transposición como “a translation procedure involving a change in the grammar from SL (Source Language) to TL (Target Language).²⁹”

Algunos ejemplos:

- Transposición de adjetivo a adverbio:
« El animal salió **disparado** del sofá» (p.15)
« L’animale scese **precipitosamente** dal divano»
- Transposición del complemento de modo formado por preposición y sustantivo con un adjetivo:
« fue hacia el perro, que ladraba **con desesperación**» (p.16)
« seguì il cane che guaiava **disperato**.»
- Transposición de frases de la forma activa a la forma pasiva:
«Recibió carantoñas de todos» (p.16)
«Tutti gli facemmo le coccole»
- Transposición de modos verbales: gerundio traducido por participio
«siento la suya **ardiendo**» (p.72)
«sento la sua **ardente**»
- Gerundio (subordinada implícita) con una explícita introducida por el “che”
«los profesores me parecían pastores **tratando** de enseñar lo básico» (p. 68)
«i professori mi sembravano dei pastori **che cercavano** di insegnare le basi»

En la misma frase está también la explicitación del *lo* español con el sustantivo en italiano.

- Adjetivo español sustituido por una relativa al italiano, ya que después hay el discurso directo:

²⁹ Newmark P., *op. cit.*, p.55

«... nos consoló oír su voz **quejumbrosa**:

– Me he quemado.» (p. 22)

«...ci tranquillizzò sentire la sua voce **che lamentava**:

– Mi sono bruciato.»

- Transposición de verbo al adverbio:

« Mi padre fue al rincón en que **solía** trabajar.» (p.24)

« Mio padre andò all'angolo dove **di solito** lavorava.»

- Transposición de sustantivo a verbo:

«Nadie me impediría **el paso**» (p.29)

«Nessuno mi impedirebbe **di passare**».

4.2 Problemas léxicos

El léxico utilizado en *Uno de ellos* es coloquial y simple, a excepción de algunos términos técnicos utilizados en contextos específicos. Fijando la atención en las dificultades encontradas en la traducción de algunas palabras, es conveniente listar los contextos sobre los que ha sido necesario reflexionar, para contextualizar la acción y buscar la palabra del sentido correcto.

Los ámbitos y los ambientes principalmente encontrados a lo largo de la novela y las palabras relativas a los diferentes campos semánticos son: la descripción de interiores, de la casa y del hospital, términos relacionados con la carretera, con el humor y los estados de ánimo, con las condiciones físicas y con el ámbito médico.

Por ejemplo, hablando del desván, aparecen términos del mundo de la construcción:

«Había enormes **tablones puestos de canto** sobre los que se debía pisar con cuidado para no meter el pie en las **planchas de escayola**.» (p.19)

«C'erano delle enormi **travi messe di traverso** sulle quali si doveva calpestare con attenzione per non mettere il piede sulle **lastre di gesso**.»

El verbo “pisar” en este contexto puede tener también el sentido de “passare” en las planchas.

Otros términos se definen semánticamente del contexto, como en el caso de “arcén”, que se puede traducir con “banchina” o “ciglio della strada”, pero que en el caso de la traducción se traduce como “corsia di emergenza”, porque en el texto se especificaba que el coche viajaba en una carretera general.

«El coche para en el **arcén** y mi madre sale y pasa a mi lado.» (p.12)

«La macchina si ferma sulla **corsia di emergenza** e mia madre scende e passa dietro vicino a me.»

En la traducción al italiano se ha añadido también el adverbio de lugar “dietro”, para enfatizar y especificar mejor la acción de movimiento de la madre.

Igualmente, con respecto a los términos que se refieren al ámbito médico se han tomado algunas decisiones:

La palabra “dottorressa” siempre se ha usado para traducir ambos “doctora” y “médica”.

Cuando se refiere al hombre siempre se ha usado “medico” para traducir “médico”, y “dottore” para “doctor”.

«...poco después, una **médica** irrumpió con una sonrisa» (p.31)

«...poco dopo, una **dottorressa** entrò sorridente»

«El **médico** que me hizo ayer la prueba [...] se llama Rojo» (p.34)

« Il **medico** che mi ha fatto ieri la prova [...] si chiama Rojo»

« El **doctor** espera a la puerta.» (p.43)

« Il **dottore** aspetta sulla porta.»

4.2.1 Los antropónimos

En la novela se han mantenido voluntariamente los nombres propios en lengua original también en el texto de llegada, con sus acentos y traduciendo solamente las aposiciones que se refieren a los nombres, presentes la mayoría de las veces: “Doctor Rojo”, “Doctora Robles” son “Dottor Rojo” y “Dottorressa Robles”. Es interesante notar que el único nombre que se encuentra es el del “tío Marco”, los otros solo son apellidos, en particular con referencia a los médicos: Calle, Del Pino, Tejedor, Romero, Palacios, Moreno y Pedroso.

Como ya se ha mencionado anteriormente, el protagonista nunca es llamado por su nombre, sus padres se refieren a él con “hijo”. El término “hijo”, por su parte, se ha traducido por “figliolo”, en los casos en los que hable el padre, “tesoro” si habla la madre.

« ...mi padre preguntó:

–¿Estás bien, **hijo**?» (p.22)

« ...mio padre chiese:

– Stai bene, **figliolo**?»

«...pero ella argumenta de forma inocente: (p. 72)

–**Hijo**, no debes hacer esfuerzos.»

«...ma lei argomenta in modo innocente:

–**Tesoro**, non devi fare sforzi.»

Otras formas de lenguaje coloquial como el de los ejemplos ya vistos se encuentra en los diálogos entre padres e hijo, diálogos que pertenecen a un ambiente doméstico e informal. Algunos ejemplos:

«–**Vaya**, eso es nuevo – dice mi padre–.» (p. 68)

«–**Ma dai**, questa mi è nuova – dice mio padre–.»

«Pero, **hombre**, deja la bolsa ya» (p.73)

«Però, **dai**, lascia la borsa»

4.2.2 Los *realia*

Uno de los problemas fundamentales con que se enfrenta el traductor es el de los *realia*. Llamados también *términos culturales* o *palabras culturales*, los *realia* expresan conceptos, significados que no son inmediatamente comprensibles en la lengua de llegada. Se definen como “le parole che denotano cose materiali culturospecifiche”³⁰.

In ogni lingua ci sono parole che, senza distinguersi in alcun modo nell'originale dal contesto verbale, ciò nondimeno non si prestano a trasmissione in un'altra lingua con i mezzi soliti e richiedono al traduttore un atteggiamento particolare: alcune di queste passano nel testo della traduzione in forma invariata (si trascrivono), altre possono solo in parte conservare in traduzione la propria struttura morfologica o fonetica, altre ancora occorre sostituirle a volte con unità lessicali di valore del tutto diverso di aspetto o addirittura "composte". Tra queste parole s'incontrano denominazioni di elementi della vita quotidiana, della storia, della cultura ecc. di un certo popolo, paese, luogo, che non esistono presso altri popoli, in altri paesi e luoghi. Proprio queste parole nella teoria della traduzione hanno ricevuto il nome di «*realia*».³¹

Estos términos se han traducido la mayoría de las veces por un término de la lengua italiana que expresa el mismo sentido: “equivalentes culturales”.

³⁰ Osimo, B., *Manuale del traduttore: guida pratica con glossario*, Hoepli Editore, Milano, 2004, p.221

³¹ *Ivi*, p. 63.

Véase por ejemplo el caso de la palabra “curso”, cuando se refiere a la escuela. En italiano se ha traducido con “anno”.

«quedan un par de semanas para acabar el **curso**.» (p.66)

«mancano un paio di settimane alla fine dell’**anno**.»

De la misma manera, el *banco corrido* (pág. 72) no tiene su correspondiente en italiano, ya que el *banco corrido* se traduce simplemente con *panca*, en este caso transformado al plural.

«...dan sombra en unas mesas de madera con **banco corrido**.» (p.61)

«...fanno ombra su alcuni tavolini di legno con le **panche**.»

Afortunadamente, en la traducción no se han encontrado muchos realia, aunque hay otros casos en los que ha sido complicado buscar una traducción satisfactoria al italiano.

Por ejemplo, en la frase:

«Mi padre había encendido una **lámpara** sobre su mesa, y mi madre tenía un **flexo** sobre su sillón.» (p.15)

En español existen dos palabras distintas para identificar dos objetos diferentes, que en italiano simplemente se clasifican como “lampada da tavolo”. En italiano no existe una verdadera traducción de “flexo” en una sola palabra, en realidad, sería “lampada da tavolo a braccio flessibile”, pero no se puede repetir la palabra “tavolo” porque resultaría redundante, ni la palabra “lampada”.

Este problema ha sido resuelto, entonces, eliminando la repetición de la palabra “lampada”, substituida por “luce”, y añadiendo el adjetivo “pieghevole”, que incluso recuerda a la palabra “flexo” española, manteniendo la repetición del adverbio “sopra” como en el original.

«Mio padre aveva acceso una **luce** sopra al suo tavolo, mentre mia madre aveva una **lampada pieghevole** sopra la sua poltrona.»

Otro problema de traducción consiste en el aparente nombre propio que aparece en la frase:

«La tienda de ultramarinos de doña **Olvido** ha cerrado», (p.52)

que no constituiría ningún problema si después no apareciera la explicación de que

«La dependienta era simplemente la señora Juana, pero es como llamábamos a su pequeña tienda que resolvía todos los **olvidos** de productos del súper».

Ha sido necesario, por lo tanto, transformar al italiano este juego de palabras relacionado con los olvidos de productos del súper.

«Il negozio di alimentari Sempre Aperto ha chiuso»,

«La dipendente era semplicemente la signora Juana, ma è come chiamavamo il suo piccolo negozio che risolveva tutte le **dimenticanze** dei prodotti del supermercato».

En la traducción al italiano se ha perdido el sentido del juego de palabras “Olvido”.

4.2.3 Las metáforas

“The purpose of metaphor is basically twofold: its referential purpose is to describe a mental process or state, a concept, a person, an object, a quality or an action more comprehensively and concisely than is possible in literal or physical language. [...] The first purpose is cognitive, the second aesthetic. In a good metaphor, the two purposes fuse like (and are parallel with) content and form”³².

Según esta definición de metáfora de Newmark, traducir las metáforas es uno de los trabajos más difíciles para un traductor, porque existe el riesgo de que se pierda uno de los dos “purposes” (sentidos) de la metáfora. En el caso de *Uno de ellos*, las metáforas se han traducido con un equivalente en italiano, que expresa el mismo sentido y recuerda la misma imagen del texto original.

«...tejiendo una red de mentiras» (p.70)

«...mentre tessono una rete di bugie»

«El tío Marco es una pieza del rompecabezas que trato de componer» (p.33)

³² P. Newmark, *op. Cit.*, p.104.

« Lo zio Marco è un pezzo del puzzle che sto cercando di ricostruire»

«...a medida que se disipan nieblas que ocultan mis recuerdos» (p.29)

«... man mano che si dissolvono le nuvole che oscurano i miei ricordi»

« Aún no he completado el mapa de mi memoria» (p.70)

« Non ho ancora completato la mappa della mia memoria»

4.2.4 Los préstamos

García Yebra propone utilizar “el nombre de préstamo para las voces de origen extranjero que han sido adaptadas al sistema fónico y morfológico de la lengua receptora y el de extranjerismo para las voces aceptadas tal como son en las lenguas de procedencia”³³.

En el caso de *Uno de ellos*, los préstamos y los extranjerismos non son muchos, y se han tratado de la siguiente forma:

- *scrabble* (p.15) se ha traducido por *partita a scarabeo*, añadiendo la palabra “partita” para especificar que se trata de un juego. En este caso en italiano el extranjerismo se ha adaptado a la lengua.

- La palabra *neila*, que es como el chico ha nombrado la canica que le aparece en el vientre, es un juego de letras con el que se obtiene NEILA → ALIEN. Se ha mantenido al inglés. Otra oportunidad sería traducirla “oneila”, para obtener la palabra *alieno* en italiano. Ya que la estrategia de traducción está orientada hacia el texto original, he dejado la versión internacional, inglés, de *neila*.

- *panaché de verduras* (p.68) se ha traducido con *verdure miste*, porque en Italia no existe este término que deriva del Francés. En la RAE se define como “Plato preparado con diversas verduras cocidas³⁴.”

- *chat* (p.71) se ha mantenido igual ya que es un término comun también en italiano.

³³ García Yebra, V.: *Teoría y práctica de la traducción*, Gredos, Madrid, 1982, p. 333.

³⁴ Diccionario en línea de la RAE: <http://dle.rae.es/?id=RczLhKx>.

4.2.5 El léxico científico

Otra categoría de palabras de mencionar son las que pertenecen al léxico científico y médico que se han encontrado a menudo en el texto. Estas palabras se encuentran principalmente en el segundo capítulo, cuando el protagonista está en el *Centro* y hacen experimentos con él.

Se encuentran palabras médicas como *presión arterial, infección, rehabilitación, eco, latidos cardiacos, sintomatología, ausencia de estímulos, vascularizado*. Otras palabras médicas más relacionadas con las herramientas que se utilizan son: *sensores, frascos, sobres con medicinas, vendas, discos*.

Aparecen también en el texto palabras que se refieren al mundo de la ciencia, como *ozono, cámara anecoica, zootoxina, neurona, dendritas, experimento*, así como palabras que pertenecen a las partes del cuerpo humano específicamente: *cerebro, cámaras del corazón, ingle, mano izquierda, pupilas dilatadas, músculos oculares, vientre*.

De todas estas palabras no hay casos difíciles que comentar, se ha buscado su correspondiente italiano, que en todos los casos se ha encontrado sin dificultades porque el léxico científico es un lenguaje que usa una terminología específica, y con una fuerte marca terminológica, y su traducción está dada por una real equivalencia entre italiano y español.

4.2.6 La fraseología

Las locuciones pertenecen a la fraseología, y se definen por Corpas Pastor (1996) como:

“construcción fija integrada por un conjunto de palabras con significación unitaria y gramaticalmente equivalente, por lo general, a un elemento único capaz de desempeñar distintas funciones gramaticales”³⁵.

³⁵ Corpas Pastor, G., *Manual de fraseología española*, Gredos, Madrid, 1996, p. 56

Las que se han encontrado en la novela se pueden dividir en: verbales (1), adverbiales (2), nominales (3), adjetivas (4), preposicionales (5), conjuntivas (temporales (6) y concesivas (7)).

El *Diccionario de expresiones y locuciones del español* de Juan Antonio Martínez López y Annette Myre Jørgensen clasifica las siguientes locuciones:

- Verbales

- (1) « cuando nos **dimos cuenta** ya era demasiado tarde.» (p.11)
« quando ce ne **rendemmo conto** era già troppo tardi.»

La locución verbal *darse cuenta* se explica como *percatarse de algo*.

En italiano se ha traducido por una locución que expresa el mismo sentido.

- (1a) « hasta que después comenzamos a **atar cabos**» (p.15)
«finché in seguito iniziammo a **collegare le cose**»

En italiano no existe una traducción exacta della locución “atar cabos”, pero existe una locución con el mismo significado. Se podría traducir también con la locución “fare due più due”, pero se alejaría demasiado del original, en el que la idea de “atar” se ha mantenido.

- Adverbiales

- (2) «estaban resignados **de antemano** a las condiciones impuestas» (p.30)
«erano **già** rassegnati alle condizioni imposte»

La locución adverbial *de antemano* se explica como *anterior a lo consabido o expresado*. En italiano podría traducirse con “precedentemente”, o “in anticipo”, pero se ha preferido traducirlo con “già”, ya que el sentido es el mismo de la locución española.

- (2) «**A estas alturas**, sospecho que tampoco vamos a casa de mi tío» (p.24)
«**A questo punto** penso che non andremo nemmeno a casa dello zio»

En italiano se ha traducido por una locución que significa lo mismo, aunque es diferente. También se ha convertido del plural al singular.

- Sustantivas

(3) « Se apellida Robles, pero no sé su **nombre de pila** » (p.34)

« Di cognome fa Robles, ma non so il suo **nome** »

La locución sustantiva indica *el nombre propio del individuo*. En italiano se ha traducido por la palabra “nome”, sin locución.

(3a) «...me dieron **un montón de** argumentos» (p.71)

«...mi diedero **un sacco di** argomentazioni»

En este caso se ha mantenido la locución también en la traducción, expresando su significado de valor intensificativo.

-Adjetivas

(4) «¿**Están al tanto** de las visitas del tío Marco?» (p.55)

«**Sono a conoscenza** delle visite dello zio Marco?»

La locución adjetiva *estar al tanto* se explica como *estar bien informado de un asunto*. En este caso la locución italiana y la española son diferentes, pero expresan el mismo significado.

-Preposicionales

(5) «...**junto al** aparador hay una nevera » (p.35)

«...**vicino alla** credenza c'è un frigorifero »

La locución preposicional *junto a* se explica como *cerca de*.

En italiano existe una locución preposicional que tiene el mismo significado.

- Conjuntivas concesivas

(6) «**A pesar de que** esa inspección me tranquilizó... » (p.32)

«**Per quanto** l'ispezione mi abbia tranquillizzato... »

La locución conjuntiva concesiva *a pesar de* que explica como *en contra la voluntad de alguien o de algo, no obstante*. (p.383) En italiano se ha traducido por una locución que exprime el mismo sentido.

- Conjuntivas temporales

(7) «**A medida que** pasa el tiempo... » (p.46)

«**Man mano che** passa il tempo... »

La locución conjuntiva temporal *a medida que* se explica como *a la vez que, según*. En italiano la locución conjuntiva tiene la misma correspondencia semántica.

4.3 Problemas estilísticos

El estilo de la obra, como ya se ha dicho, es simple y coloquial, sin embargo es necesario fijarse en algunas elecciones estilísticas que han requerido particular atención.

Contra poniéndose a la simplicidad del estilo, en la novela aparecen palabras anticuadas o que se refieren a un ámbito particular, y necesitan de una explicación, que se ha puesto en nota a pié de página, ya que el lector se supone que no conoce estas palabras no comunes.

Algunas de estas son, por ejemplo, *cuadernillos*, traducidos por *quinterni* en la frase:

«...yo le ayudé a coser, prensar y alinear **cuadernillos**, teniendo cuidado en no equivocarme.» (p.20)

«...io lo aiutai a rilegare, pressare ed allineare i **quinterni**, facendo attenzione a non sbagliare.»

Y, buscando en el diccionario, la definición de *quinterno* en italiano es: “l’insieme di cinque fogli di carta per scrivere, piegati e inseriti uno dentro l’altro”³⁶.

Otro término que necesitó una explicación fue el español *guardas*, que en el ámbito de la encuadernación se traduce al italiano como *risguardi*.

«Tenía tres volúmenes encuadernados, a falta de cortar las lengüetas que sobresalían de las **guardas**.» (p.21)

«Aveva tre volumi rilegati, rimanevano da tagliare solo le linguette che uscivano dai **risguardi**.»

Su definición en el diccionario *Treccani* dice que son “fogli di guardia, posti all’inizio e alla fine del libro per proteggere il testo scritto”³⁷.

El término *hisopo* también, que se traduce *aspersorio* al italiano, no es fácil de entender para los jóvenes, así que se ha puesto otra aclaración en nota a pie de página.

«Utilizando una espátula de madera y un paño, fabricó algo parecido a un **hisopo**» (p.26)

³⁶ Enciclopedia Treccani: <http://www.treccani.it/vocabolario/quinterno/>

³⁴ Enciclopedia Treccani: <http://www.treccani.it/vocabolario/risguardo/>

«Utilizzando una spatola di legno ed un panno, costruì qualcosa di simile ad un **aspersorio**».

El *aspersorio* en italiano es “Strumento di argento o di altro metallo terminante in una piccola palla traforata che serve ad aspergere d’acqua benedetta persone o cose”³⁸.

Hay después otros términos de los que se puede entender de qué se habla, aunque no estén tan difundidos en la lengua coloquial: *cámara anecoica*, *zootoxina*, *inverosimilitud*, *simbionte*. En estos casos no he puesto alguna nota, para no interrumpir el flujo de lectura y porque en italiano se traducen por la misma palabra.

En otros casos, tuve que reflexionar más sobre la mejor traducción al italiano. Por ejemplo, en la frase española:

«Mi padre **dejó el hacha**» (p.26)

que aparentemente no presenta dificultades, al traducir al italiano se enfrenta el problema de que no se puede traducir:

“Mio padre lasciò l’ascia”

a causa de la perturbadora asonancia. Por eso se ha cambiado el verbo por “gettare”; aunque el sentido de la oración es ligeramente diferente.

«Mio padre **gettò l’ascia**».

Otro ejemplo puede ser la traducción de la palabra *cura* en la frase:

«Acabada la **cura**, mis padres me preguntaron...» (p.23)

«Finita la **medicazione**, i miei genitori mi chiesero...»

En el contexto doméstico, la palabra *medicazione* en italiano es más adecuada y específica, porque *cura* es un término demasiado general. En este contexto el padre del chico se ha herido y la madre le ha desinfectado el brazo.

³⁸ Enciclopedia Treccani: <http://www.treccani.it/vocabolario/aspersorio/>

Conclusión

En este trabajo de tesis se ha traducido del español al italiano la novela *Uno de ellos* de Ricardo Gómez Gil.

La novela cuenta la historia de un chico de trece años que, en la finca del abuelo en que está transcurriendo sus vacaciones, es atacado por unos misteriosos entes, *ellos*, que también atraviesan su cuerpo; a partir de este momento descubre poseer potencialidades sobrehumanas. Luego el chico es llevado por sus padres a un hospital, en el que tratan de descubrir y aclarar con varios experimentos en qué se está convirtiendo el joven. Al final puede regresar a su casa, aunque algo diferente pertenece ahora a su vida...

En el primer capítulo de la tesis se habla en general del autor, de su estilo de escritura y de la obra *Uno de ellos*, en el segundo está la versión original del texto en español y en el tercer capítulo se presenta su traducción al italiano. El último capítulo comprende el comentario traductológico.

Al final de este interesante trabajo de traducción y el análisis de todos los problemas que se han encontrado, se puede afirmar que es importante, en una traducción, conocer al lector al que se destina la obra, conocer su edad y su cultura. He elegido un método de traducción orientado hacia el texto de partida, haciendo una traducción fiel sin alejarme del texto original, incluso desde el punto de vista de la sintaxis y del estilo.

Con esta idea he traducido la obra, que con su trama un poco inquietante y el aire de misterio mantiene el lector colgado al libro hasta la última página.

Desde el punto de vista traductológico, me he enfrentado con algunos problemas de distinta naturaleza, tanto morfosintáctica como léxica y estilística. Se han encontrado diferencias culturales, los *realia*, que he traducido por un término de la lengua italiana que expresa el mismo sentido; las metáforas, numerosas en el texto, se han traducido con un equivalente en italiano, que expresa el mismo sentido y recuerda la misma imagen del texto original. Algunas construcciones sintácticas han requerido una diferente estructura de la frase en italiano, con cambios de la forma activa a la pasiva o transposiciones de categoría gramatical.

Hacer este trabajo ha significado traducir mi primer libro entero del español a mi lengua materna, el italiano, entrando completamente en el mundo de la traducción, analizando y afrontando sus dificultades y buscando soluciones adecuadas siempre mirando hacia el objetivo final.

Con el libro *Uno de ellos* tuve la posibilidad de conocer mejor al autor Ricardo Gómez Gil, su vida, su estilo y su pensamiento y espero haber despertado un poco de interés sobre este autor aún no muy conocido en Italia. Como él afirma: “nunca se sabe cuándo te vas a encontrar una buena historia que merezca la pena ser contada”³⁹, y *Uno de ellos* es una historia que la merece.

³⁹ Página oficial de Ricardo Gómez Gil: <http://www.ricardogomez.com/biografia/cuentan/>

Bibliografía

- AA. VV., (2009), *Grande Dizionario di Spagnolo*, Garzanti Linguistica, Milano.
- AA.VV., (2010), *Sinonimi e Contrari*, Zanichelli, Milano.
- ALVARADO VEGA, Ó. G. (2015), *La literatura de ciencia ficción: Una mirada al futuro en tiempo presente*, en “Revista humanidades”, Julio-Diciembre, Vol. 5, Núm. 2.
- CARRILLO HERRERA, G. (1963). “Estudio de sintáxis: las oraciones subordinadas”, en *BFUCh*, Vol. 15.
- CORPAS PASTOR, G. (1996): *Manual de fraseología española*, Gredos, Madrid.
- DARDANO M., TRIFONE P. (1997), *La nuova grammatica della lingua italiana*, Zanichelli, Bologna.
- DURANTI A., OCHS E. (1979), “‘La pipa la fumi?’ Uno studio sulle dislocazioni a sinistra nelle conversazioni”. In *Studi di Grammatica Italiana*, vol.8, 1979.
- FERNÁNDEZ SORIANO, O. (1999), “El Pronombre Personal. Formas Y Distribuciones”, en BOSQUE -.DEMONTÉ, V. (Coord.), *Gramática Descriptiva De La Lengua Española*. Vol.I, Cap. 19, Espasa-Calpe, Madrid.
- GARCÍA YEBRA, V. (1982), *Teoría y práctica de la traducción*, Gredos, Madrid.
- GARFIELD, E. P., SCHULMAN, I. A. (1991), *Las literaturas hispánicas: introducción a su estudio*, Wayne State University Press, Detroit.
- GIRÓN ALCONCHEL, J. L. (1993), *Introducción a la explicación lingüística de textos: Metodología y práctica de comentarios lingüísticos*, Editorial Edinumen, Madrid.
- GÓMEZ GIL, R. (2018), *Uno de Ellos*, Fundación SM, Madrid.
- MARTÍNEZ LÓPEZ J. A., MYRE JØRGENSEN A. (2009), *Diccionario de expresiones y locuciones del español*, Ediciones de la Torre, Madrid.
- MUNDAY, J. (2001), *Introducing Translation Studies*, Routledge, London and New York
- NEWMARK P. (1988), *A Textbook of translation*, Prentice Hall, New York/ London/ Toronto/ Sydney/ Tokyo.
- OSIMO, B. (2004) , *Manuale del traduttore: guida pratica con glossario*, Hoepli Editore, Milano.
- OSWALDO JARAMILLO L. V. (2000) *La literatura de ciencia ficción: ¿una narrativa de la hipótesis científica?*, en “Re-Creaciones”,

TAM, L., (2009), *Grande Dizionario Di Spagnolo*, Hoepli, Milano.

VENUTI, L. (1995), *The Translator's Invisibility: A History of Translation*, Routledge, London and New York.

VENUTI, L. (1997) "The American tradition", in BAKER, M. (Ed.) *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*, Routledge, London and New York.

Sitografía

Ana Zagusti, Entrevista a Ricardo Gómez Gil - <http://rz100arte.com/121-preguntas-ricardo-gomez/>

(Consulta: 14/01/2019)

Diccionario panhispánico de dudas - <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/dpd>

(Consulta: 18/12/2018)

Diccionario de la lengua española de la RAE - <http://www.rae.es/rae.html>

(Consulta: 13/01/2019)

Página oficial de Ricardo Gómez Gil - <http://www.ricardogomez.com/>

(Consulta: 22/01/2019)

Treccani Enciclopedia – <http://www.treccani.it/enciclopedia/>

(Consulta: 01/02/2019)

Treccani Vocabulario - <http://www.treccani.it/vocabolario/>

(Consulta: 02/02/2019)

WordReference - <http://www.wordreference.com/ites/>

(Consulta: 28/01/2019)

Abstract

Con il presente lavoro di tesi magistrale si propone una traduzione dallo spagnolo all'italiano del romanzo *Uno de ellos* dell'autore Ricardo Gómez Gil. L'opera trattata è l'ultima pubblicazione dell'autore, risalente a settembre 2018, ed è un romanzo fantascientifico per ragazzi.

L'elaborato è suddiviso in quattro capitoli: dopo una breve introduzione al contenuto della tesi, in cui è presentato globalmente il lavoro, nel primo capitolo vi è l'introduzione alla biografia dell'autore, comprensiva dell'elenco dei numerosi premi a lui assegnati e delle principali caratteristiche del suo modo di scrivere. A seguire viene presentato il romanzo *Uno de ellos*, composto da tre capitoli, e viene fornito un breve riassunto della trama. Infine, vengono elencati ed illustrati i temi principali che compaiono all'interno della narrazione.

Il secondo capitolo della tesi racchiude il testo originale di *Uno de ellos*, in spagnolo.

Nel terzo capitolo si presenta la proposta personale di traduzione in italiano.

Il quarto ed ultimo capitolo consiste in un commento alla traduzione, nel quale vengono illustrati i principali problemi incontrati a livello morfosintattico, lessicale e stilistico.

In coda ai capitoli è presente la conclusione, in cui vengono riepilogati i punti salienti della traduzione, seguita dalla bibliografia e dalla sitografia, che hanno fornito le fonti necessarie per lo sviluppo di questo progetto.

Il romanzo *Uno de ellos* ha come protagonista un ragazzo di tredici anni che, durante una vacanza nella casa di campagna del nonno, viene attaccato da alcuni *esseri*, che gli procurano delle mutazioni a livello sensoriale e lo costringono ad un ricovero in una struttura apparentemente specializzata, chiamata il Centro. Nel corso della narrazione, il protagonista imparerà a convivere con *neila*, una sorta di nuovo organo che gli compare in seguito al passaggio di uno di questi *esseri* attraverso il suo corpo. Dubbi e paure accompagnano il protagonista, e di conseguenza il lettore, lungo tutto il romanzo, fino al finale sorprendente ed inaspettato e, in un certo senso, aperto.

Il romanzo è narrato in prima persona dal ragazzo di tredici anni.

Viene ora presentata una narrazione più dettagliata della trama, suddivisa per capitoli.

L'inizio della storia avviene con la fuga dei protagonisti dalla casa di campagna appartenuta al nonno ed in seguito ereditata dal padre. Si raccontano la fuga in macchina e la corsa in autostrada, le soste nelle aree di servizio e tutti i dettagli di un viaggio interminabile dalla destinazione sconosciuta. Allo stesso tempo, mentre si trova al sicuro seduto sul sedile posteriore dell'auto, il ragazzo ricorda i terribili momenti passati nella casa, portando anche il lettore a conoscenza degli avvenimenti accaduti.

Durante le vacanze scolastiche, il protagonista, il cui nome rimarrà sconosciuto per tutto il romanzo, ed i suoi genitori stavano trascorrendo la loro quotidianità nella casa di campagna, quando all'improvviso iniziarono a verificarsi episodi anomali. Il ragazzo, di notte, dal suo letto, sentiva un gocciolio battere sul soffitto, un battito che andava intensificandosi sempre più e, cercando di accendere la luce, venne colpito da una scossa al polpaccio, che lo bloccò e lo fece tornare a letto, impaurito. Anche il giorno successivo, al calar del sole, accaddero fatti inspiegabili, che colpirono anche i suoi genitori, e tramortirono il loro cane Sawyer, portandolo alla morte. La famiglia trascorse nella casa ancora qualche giorno per cercare di capire l'origine di quegli strani fenomeni e provando a fornirne una spiegazione scientifica. La notte della fuga madre, padre e figlio vennero attaccati da alcuni "esseri filiformi", come li descrive il protagonista, scie di fumo che serpeggiavano nell'oscurità. Riuscirono a scappare scardinando l'inferriata della finestra e calandosi dall'alto, dal momento che la porta d'ingresso era stata bloccata dagli *esseri*. Pochi attimi prima della fuga, il ragazzo protagonista vide uno di questi "serpenti" avvicinarsi a lui e passargli attraverso il corpo, inondandolo di una sensazione di freddo, paura e rabbia, ma riuscì a salvarsi grazie all'aiuto dei genitori che lo calarono dalla finestra e lo adagiarono in macchina, poi, alle loro spalle, assistettero all'esplosione della casa, causata dal fuoco appiccato dal padre, unica loro arma di difesa contro gli queste entità.

Durante il viaggio in macchina il ragazzo inizia a porsi degli interrogativi a cui fatica a trovare una risposta, complice anche il silenzio spaventato dei genitori che non rispondono a nessuna domanda. Il protagonista riesce a scoprire che è stato lo zio Marco, fratello del padre, a consigliare alla famiglia di recarsi alla struttura specializzata del Centro, e che in passato li aveva già avvertiti del fatto che la casa fosse maledetta.

Il secondo capitolo si apre con l'arrivo presso il Centro. Il ragazzo, unico paziente dell'intera struttura, viene ricoverato in questa sorta di ospedale dotato di tutti i servizi, in cui l'equipe di medici è a sua esclusiva disposizione. Dopo un primo periodo di semi-incoscienza durato sei settimane, il protagonista si riprende ed inizia a colmare le lacune della sua memoria, aiutato dagli sporadici incontri con i genitori, seppur sempre separati da un vetro e mai nella stessa stanza, fino alla quasi completa riacquisizione di indipendenza nelle mansioni quotidiane. Durante una cena con i medici che lo hanno in cura, il dottor Rojo e la dottoressa Robles, il protagonista trova risposta ad alcuni dei suoi dubbi, scoprendo che prima di lui in quell'ospedale erano state ricoverate due gemelle francesi, ricevendo poche altre informazioni. Durante la permanenza al Centro, il ragazzo viene sottoposto ad alcuni esperimenti, in cui viene rinchiuso, con dei sensori attaccati al petto, in una stanza buia, le cui uniche luci provengono da una fila di led disposta sul pavimento ed al cui interno è presente solo una sedia. La situazione è registrata da una telecamera e monitorata dai medici, che in caso di pericolo dicono al ragazzo di alzare la mano sinistra. L'esperimento ha inizio e, dopo pochi minuti di attesa, dal buio iniziano a comparire le serpi di fumo, le stesse che avevano attaccato il ragazzo e la sua famiglia nella casa. Il protagonista ha un attacco di panico e le pulsazioni molto alte appena una di queste gli si avvicina, perciò l'esperimento viene interrotto. Il giorno successivo viene ripetuto, ma questa volta il ragazzo, in procinto di alzare la mano sinistra, alza inaspettatamente la mano destra, e nota che gli esseri iniziano a muoversi ondeggiando, guidati dai movimenti della sua mano. Allo stesso tempo *neila*, la ghiandola che gli è apparsa sul ventre dopo essere stato trapassato da una delle entità filiformi, inizia a pulsare ritmicamente, e con uno stratagemma improvvisato di domande e risposte il protagonista scopre che egli stesso è in grado di comunicare con loro, riuscendo a comandarli e direzionarli.

Il terzo ed ultimo capitolo ha inizio con l'uscita dal Centro e con il ricongiungimento del protagonista con i genitori, e procede con il viaggio in macchina verso casa. Si trovano finalmente le risposte a tutti gli interrogativi che erano sorti nel corso della vicenda. Chiuso a chiave nel bagno di un'area di sosta, il ragazzo mette in pratica i poteri sovrumani che ora gli appartengono, lasciando un'impronta di sangue della sua mano al contatto con il muro bianco. Questa abilità va a sommarsi all'affinamento di vista ed udito che aveva già scoperto di possedere, e che aveva avuto l'opportunità di sperimentare al

Centro. Tra una sosta e l'altra, il ragazzo scopre antecedenti riguardanti la vita del padre, che avevano a che fare direttamente con le vicende nella casa "maledetta", come era stata definita dallo zio Marco. Egli era stato a sua volta avvisato da misteriosi personaggi, che si erano dimostrati insistentemente interessati all'acquisto della casa e delle terre, e, dopo un dissenso diretto da parte del padre del protagonista alla vendita della casa, essi ammonirono che nel caso in cui fosse successo *qualcosa di strano*, avrebbero dovuto chiamarli immediatamente.

Il protagonista è cambiato, fisicamente ma anche caratterialmente, non sopporta il calore dei genitori, preferisce il buio e il silenzio, si irrita facilmente al punto da spaventare la madre quando in un momento d'ira si scaglia verbalmente contro di lei. I genitori, avvertiti dai medici del Centro, reagiscono assecondandolo, comportandosi gentilmente con lui, e tentano di celare un terrore tuttavia percepibile. La preoccupazione dei genitori viene compresa dal figlio quando, prima del pranzo, madre e padre gli fanno avere la "sorpresa", tanto decantata durante tutto il viaggio in macchina. La sorpresa consiste in un armadio nero e grosso, situato nella camera del protagonista, contenente alcuni degli *esseri* spaventosi, completamente agli ordini del ragazzo, che subito comprende che al Centro non lo volevano curare, bensì dovevano prepararlo ad affrontare questi esseri, a comandarli per poter creare un futuro esercito. Il finale del libro rimane aperto, con una frase diretta proprio al lettore: "Presto verremo a cercarti. Non potrai fuggire. In poco tempo sarai uno di *noi*".

In ciascuno dei tre capitoli in cui è diviso il romanzo si sviluppano due linee narrative contemporaneamente, quella del passato e quella del presente. Nel primo capitolo la linea narrativa del presente è raccontata durante il viaggio in macchina, in cui il protagonista narra ciò che succede lungo il tragitto, e tutta la famiglia è salva. Allo stesso tempo ricorda gli eventi accaduti nella casa, e si sviluppa così la linea narrativa del passato.

Ugualmente nel secondo capitolo, durante il ricovero al Centro, vi è la narrazione di ciò che accade nel presente, gli esperimenti, le emozioni del ragazzo, e in contemporanea aneddoti passati, altri esperimenti precedenti, altri ricordi di ciò che era avvenuto nella casa... nel terzo ed ultimo capitolo le linee narrative si sviluppano su un equilibrio tra presente e futuro, vengono raccontati il viaggio di ritorno a casa e le diverse soste in autostrada; tuttavia l'ultimo capitolo è pervaso dai dubbi, dalle domande e dai pensieri

sul futuro, su come sarà la loro vita da quel momento in avanti, considerate le trasformazioni che il protagonista ha sofferto. Si può parlare quindi di un prima-durante-dopo, di un passato-presente-futuro con il viaggio in macchina come elemento costante e il ricovero al Centro come centro della storia.

Il romanzo affronta e sviluppa molti temi, che si incontrano a diversi livelli, alcuni riconoscibili più facilmente, ed altri in cui è necessario un lavoro di approfondimento più specifico ed una lettura tra le righe. Un esempio può essere il tema della trasformazione del corpo del ragazzo. Seppur narrato in modo esagerato ed inverosimile, il gesto di chiudersi a chiave in un bagno per scoprire il proprio corpo e le sue reazioni riporta ad un tipico comportamento adolescenziale, anche se nel caso del romanzo il protagonista lascia un'impronta di sangue sul muro. Il ragazzo prende autocoscienza di sé, di ciò che è in grado di compiere, e impara a gestirlo per non ferire, anche metaforicamente, i propri genitori. Il rapporto con i genitori è un altro tema fondamentale sviluppato nel romanzo, rapporto basato sui silenzi e su discussioni inconsistenti, senza mai arrivare al vero punto della questione. Compare il senso di colpa del ragazzo per aver spaventato i propri genitori, e anche la non volontà del padre e della madre di dialogare con lui, la paura e l'incapacità di trovare le parole adatte. Cresce così nel protagonista un senso di solitudine, più volte esteriorizzato e sempre presente nei pensieri del ragazzo. La lontananza fisica e psicologica dai suoi genitori, il fatto di essere l'unico paziente in una struttura enorme dedicata solo a lui, il non essere in grado di comunicare a nessuno le proprie paure, i propri pensieri sulle trasformazioni che avvengono nel suo corpo portano il protagonista a sentirsi molto solo. Durante la permanenza al Centro le uniche persone con cui dialoga sono i medici, che si rivolgono a lui sempre in tono professionale. Il protagonista non sa nulla di ciò che gli sta accadendo, non comprende e si pone delle domande, elabora pensieri e riflessioni il cui unico interlocutore è il lettore stesso. Il lettore è il suo unico alleato. La solitudine si dimostra anche al ritorno a casa, quando la sorpresa promessa dai genitori, prima di scoprire in cosa consista, non gli suscita alcun interesse. Il protagonista sta attraversando una fase di rifiuto e ribellione, come accade a qualsiasi ragazzo di tredici anni. Il romanzo offre molteplici spunti di lettura, e Gómez Gil è stato in grado di descrivere un mondo che, apparentemente lontano e irreali, ci riguarda più di quanto ci si possa aspettare.

Prima di passare all'analisi riguardante gli aspetti traduttologici sviluppati nella tesi, è opportuno citare qualche appunto interessante sulla biografia e sullo stile dell'autore.

Ricardo Gómez Gil nacque nel 1954 in un paese vicino a Segovia, Spagna. Iniziò la carriera lavorativa come insegnante di matematica, portandola avanti fino al compimento dei quarant'anni, quando intraprese la strada della scrittura al punto da lasciare l'insegnamento. Gómez Gil iniziò a scrivere romanzi e storie per adulti, dedicandosi solo in un secondo momento alla letteratura per l'infanzia e per ragazzi. *Los poemas de la arena* è il suo primo libro, pubblicato nel 1999; mentre dal 2003, in seguito alla pubblicazione e il secondo posto ottenuto al Premio Jaén per la Letteratura per Ragazzi con il libro *Bruno y la casa del espejo*, si dedicò completamente alla letteratura per i più giovani. La fama come scrittore non tardò ad arrivare, e lo portò alla vittoria di numerosi premi di prestigio, tra i quali il Premio Alandar, il Premio Gran Angular e il Premio Barco de Vapor, tra gli altri. Gli venne anche riconosciuta, e premiata, una grande abilità nello scrivere poesia, con molteplici Premi Poesía a partire dal 2000.

Lo stile che caratterizza Gómez Gil è semplice, colloquiale e rispecchia la sua personalità: pochi, semplici interessi, un impegno sociale e il desiderio di descrivere la bellezza del mondo, o qualche storia che meriti di essere raccontata⁴⁰.

Definite le caratteristiche principali dell'opera, si procede ora con un'analisi dal punto di vista traduttologico.

Al momento di affrontare qualsiasi traduzione, è necessario come prima cosa essere a conoscenza dell'opera che si andrà a tradurre. Bisogna quindi leggere attentamente il testo per farsi un'idea riguardo la trama e lo stile dell'autore, iniziando già ad una prima lettura a notare le difficoltà che potrebbero presentarsi successivamente al momento della traduzione. Prima di iniziare a tradurre è necessario prendere una decisione circa l'approccio da utilizzare durante la traduzione, tenendo costantemente in considerazione il pubblico a cui è diretta l'opera.

Uno de ellos è un testo letterario. Considerata la caratteristica più generale del testo, cela in sé accortezze e definizioni di genere da tenere in considerazione durante tutto il processo di traduzione, poiché è l'espressione personale dell'autore Gómez Gil e del suo

⁴⁰ Pagina ufficiale di Ricardo Gómez Gil: <http://www.ricardogomez.com/biografia/cuantan/>

stile. In particolare l'opera trattata è un romanzo fantascientifico, in cui gli elementi inquietanti e di mistero fanno da sfondo a tutto il romanzo.

L'approccio principale scelto per la traduzione dell'opera è quello definito dal linguista Venuti come "straniante", che avvicina cioè il lettore al testo di partenza, sia per quanto riguarda le caratteristiche propriamente sintattiche, sia riguardo i contenuti, le idee, le situazioni descritte che in alcuni casi possono risultare estranee o sconosciute al lettore appartenente ad una cultura diversa.

In questo senso è stata realizzata una traduzione fedele che, come spiega Newmark,

attempts to reproduce the precise contextual meaning of the original within the constraints of the TL (Target Language) grammatical structures. It 'transfers' cultural words and preserves the degree of grammatical and lexical 'abnormality' in the translation. It attempts to be completely faithful to the intentions and the text-realisation of the SL (Source Language) writer⁴¹.

Il mantenimento delle strutture sintattiche e, per quanto possibile, lessicali, non ha escluso la presenza di aspetti problematici nella resa in italiano.

Nel quarto capitolo della tesi, formato dal commento alla traduzione, sono evidenziate le maggiori difficoltà riscontrate durante la traduzione, insieme ad alcune caratteristiche interessanti e degne di approfondimento che riguardano direttamente la struttura del testo. Il commento è stato impostato suddividendo i vari aspetti secondo i tre macro-ambiti morfosintattico, lessicale e stilistico anche se, come si vedrà, i tre ambiti sono molto interconnessi tra loro.

Da un punto di vista prettamente morfosintattico, la prima caratteristica da segnalare è l'alternanza dei tempi verbali, di cui si è già parlato precedentemente in merito alla doppia linea narrativa condotta. Nel testo non vi è alcuna divisione grafica tra le due linee narrative, si passa da una all'altra direttamente, il che comporta anche uno sforzo da parte del lettore per capire in quale momento storico si colloca la narrazione. I tempi usati prevalentemente nel testo originale spagnolo sono il passato remoto, il presente e l'imperfetto, che sono i tempi più utilizzati nella narrazione in generale. Al momento della resa in italiano, seguendo l'approccio straniante scelto all'inizio e quindi mantenendo il

⁴¹ P. Newmark, *A Textbook of translation*, Prentice Hall, New York/ London/ Toronto/ Sydney/ Tokyo, 1988, p. 25.

più possibile le strutture originali, si è deciso di riportare l'alternanza anche nella versione in italiano. È importante però segnalare che l'utilizzo di questi tempi tra le due lingue porta ad una serie di contrasti che necessitano di essere chiariti.

Le prime difficoltà si sono riscontrate in determinati casi in cui l'azione espressa nell'originale con il passato remoto, accettato in spagnolo, è avvertita dal lettore italiano come troppo vicina, ed è quindi stata tradotta con il passato prossimo italiano⁴².

Rimanendo nell'ambito verbale, è da segnalare una costruzione particolare che compare spesso all'interno del romanzo, la costruzione *deber de* + infinito. Questa costruzione denota probabilità o supposizione, ed è stata tradotta nella maggior parte dei casi con il suo equivalente italiano *dovere* + infinito. Tuttavia si sono riscontrati dei casi in cui in italiano questa costruzione risulta inammissibile, ed è stata sostituita da altre costruzioni con lo stesso significato, ad esempio, la costruzione *deber de* + infinito è stata sostituita da un avverbio di dubbio. In altri contesti la costruzione dubitativa è stata resa con dal verbo *immaginare* o *supporre*.

Di notevole importanza dal punto di vista morfosintattico, ma anche relativa anche all'ambito stilistico, è da segnalare la ripetizione ravvicinata di parole identiche, a distanza di poche righe l'una dall'altra. Nella traduzione in italiano si è mantenuta questa ripetizione, che a volte può risultare ridondante al lettore ma che è, probabilmente, intenzionale.

Nell'ambito delle problematiche morfosintattiche viene trattata anche la questione della reduplicazione dei pronomi, accettabile in spagnolo e non ammissibile in italiano. Tuttavia è stato discusso un caso in cui la doppia apparizione del complemento di termine è un caso di dislocazione, e perciò viene accettata dal lettore italiano, trattandosi di lessico colloquiale e comparando all'interno di un dialogo.

Infine, una delle tecniche di traduzione che è stata applicata più volte è la trasposizione, che consiste nel cambiamento della categoria grammaticale dalla lingua d'origine a quella

⁴² In questi casi l'influenza regionale delle variazioni dialettali in Italia ha contribuito a questa scelta, in quanto nell'Italia del nord il linguaggio colloquiale preferisce il passato prossimo, l'Italia del sud invece ammette anche il passato remoto.

d'arrivo. Sono stati trasformati aggettivi in avverbi, frasi di forma attiva in forma passiva, verbi in avverbi, sostantivi in verbi ecc... tutte le trasposizioni sono state effettuate per una migliore resa in italiano, studiando il cambiamento di categoria grammaticale più adatto in base al contesto della frase.

Analizzando successivamente l'opera da un punto di vista lessicale, si sono riscontrati dei problemi per quanto riguarda la traduzione in primo luogo nella resa dei *realia*, ovvero quelle "parole culturali" che non hanno una vera e propria traduzione nella lingua d'arrivo, perché non ne esiste un corrispondente. Ci sono diversi modi per risolvere un *realia*, come proposto da Osimo (2004:121):

[...] richiedono al traduttore un atteggiamento particolare: alcune di queste passano nel testo della traduzione in forma invariata (si trascrivono), altre possono solo in parte conservare in traduzione la propria struttura morfologica o fonetica, altre ancora occorre sostituirle a volte con unità lessicali di valore del tutto diverso di aspetto o addirittura "composte".

Nella traduzione proposta, le parole sono state adattate alla cultura d'arrivo. In *Uno de ellos* sono presenti molti interessanti esempi di *realia*, discussi e commentati in base alle scelte stilistiche effettuate ed a quelle scartate.

Il lessico del romanzo *Uno de ellos* è semplice in generale, ad eccezione di termini che in alcuni casi sono utilizzati in contesti specifici ed è stata necessaria una ricerca della miglior traduzione in italiano. Sono numerose le parole appartenenti al lessico scientifico e medico, con riferimenti a patologie o strumenti propri del settore. Sono state tutte tradotte con il proprio equivalente in italiano, anche se non sono parole ampiamente diffuse nel linguaggio colloquiale, ma considerata l'adozione dell'approccio straniante come principale metodo traduttivo, ho mantenuto la trasposizione del termine senza semplificazioni o spiegazioni dello stesso.

È interessante il caso dei nomi propri di persona, gli antroponomi, per la loro assenza. Le uniche persone ad essere menzionate sono il dottor Rojo e la dottoressa Robles, il cui nome è stato lasciato in originale traducendo solo l'apposizione. Il nome del protagonista non viene mai citato, i genitori si rivolgono a lui con appellativi quali "figliolo" o "tesoro".

Sono stati commentati anche i prestiti, cioè quelle parole provenienti da lingue straniere che si sono adattate al sistema morfologico della lingua ricevente. In *Uno de ellos* i prestiti, provenienti dall'inglese, sono stati in alcuni casi adattati alla lingua italiana, in quanto esiste un corrispondente italiano come nel caso di *scrabble*, che è stato tradotto come *partita a Scarabeo*. In altri casi si è mantenuta la parola originale inglese, come nel caso di *chat*. Ci si è soffermati maggiormente sulla parola *neila*, la ghiandola che compare sul ventre del ragazzo. Il gioco di lettere creato dalla parola *neila* letta al contrario fa risultare la parola *alien*, e si è deciso di tradurla senza modifiche per lasciare il gioco di parole inglese anche nella versione in italiano, considerando sempre la strategia di traduzione orientata verso il testo originale.

Nel testo sono presenti anche molte metafore e fraseologie, in particolare locuzioni di diverso genere, verbali, avverbiali, nominali, prepositive e aggettivali.

Analizzando infine l'ultimo aspetto, stilistico, del romanzo si sono incontrati molti termini antiquati, che il lettore modello al quale è destinato il libro non è in grado di riconoscere o di contestualizzare appositamente, per questo nella traduzione in italiano in tre casi è stata aggiunta una nota a piè di pagina a spiegare il significato di quel termine. Le parole chiarificate in nota a piè di pagina sono: *quinterni*, *aspersorio* e *risguardi*.

Nella realizzazione della traduzione sono stati effettuati altri cambiamenti a livello stilistico, per meglio adattare la frase al contesto generale e per rendere una piacevole lettura.

A conclusione di questo progetto di tesi con proposta di traduzione, si può affermare che il lavoro del traduttore non include solamente il riportare il testo originale da una lingua ad un'altra, bensì richiede attente analisi anteriori e contemporanee alla traduzione, a partire dalla scelta della strategia di traduzione.

Il traduttore deve mantenere il focus sul pubblico cui è indirizzata l'opera, l'età e la cultura, per poter scegliere le tecniche di traduzione migliori per rendere il testo adatto ad un lettore giovane. Tradurre il romanzo *Uno de ellos* di Ricardo Gómez Gil ha significato tradurre il mio primo libro intero dalla lingua spagnola all'italiano, entrando completamente nel mondo della traduzione, affrontandone tutte le difficoltà e cercando in ogni caso la soluzione più appropriata.